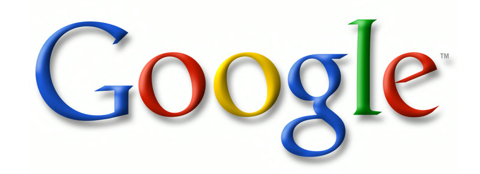
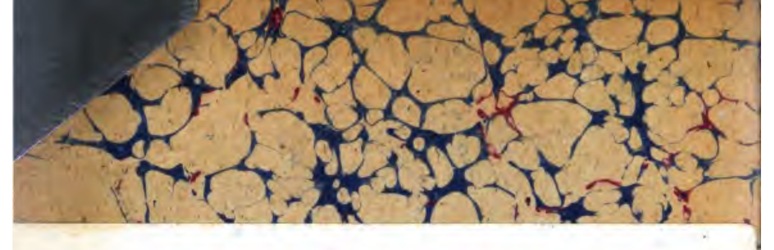
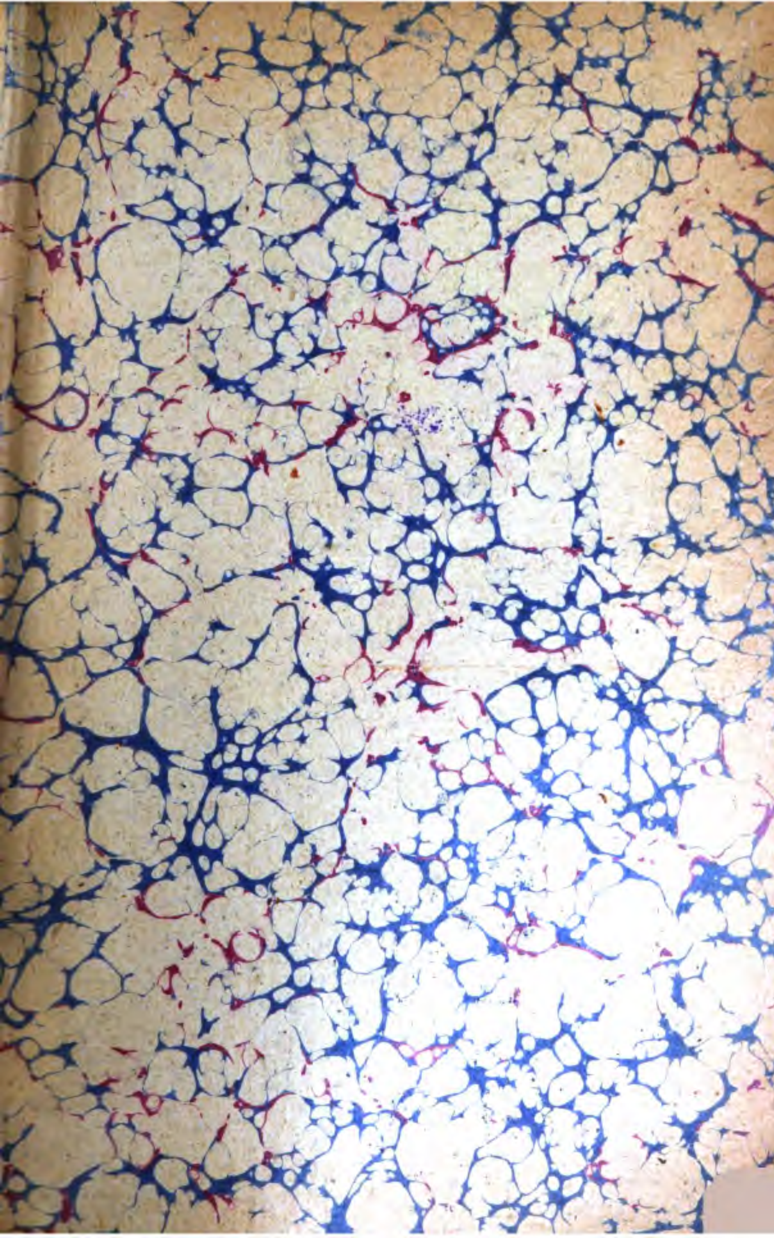



UC-NRLF
$B 289 750





OBRAS

DE

D. PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LA ALPUJARRA

LA ALPUJARRA

POR

D. PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

TERCERA EDICIÓN



MADRID
EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
Paseo de San Vicente, 20

1892



Á LOS SEÑORES

D. JOSÉ DE ESPEJO Y GODOY (de Murtas) *y*
D. CECILIO DE RODA Y PÉREZ (de Albuñol),

En señal de agradecimiento á su hospitalidad, dedica la primera edición de esta obra

El Autor





PROLEGÓMENOS.

PRINCIPIEMOS por el principio.

Muy poco después de haberme encontrado yo á mí mismo, como la cosa más natural del mundo, formando parte de la chiquillería de aquella buena ciudad de Guadix, donde rodó mi cuna (y donde, dicho sea de paso, está enterrado ABEN-HUMEYA), reparé en que andaba buscándome las vueltas el desinteresado erudito, Académico..... correspondiente de la Historia, que nunca falta en las poblaciones que van á menos.

Recuerdo que donde al fin me abordó fué en las solitarias ruinas de la Alcazaba.

Yo había ido allí á ayudar á los siglos á derribar las almenas de un torreón árabe; y él, á consolarse, entre las sombras de los muertos, de la ignorancia de los vivos.

Tendría él sesenta años, y yo nueve.

Al verlo, dí de mano á mi tarea y traté de marcharme; pero el hombre de lo pasado me atajó en mi camino; congratulóse muy formalmente de aquella afición que advertía en mí hacía los monumentos históricos; tratóme como á compañero nato suyo; dióme un cigarro, mitad de tabaco y mitad de matalahuva, y acabó por

referirme (con melancólico acento y profunda emoción, no obstante ser muy buen cristiano y Cofrade de la Hermandad del Santo Sepulcro) todas las tradiciones accitanas del tiempo de los Moros y todas las tradiciones alpujarreñas del tiempo de los Moriscos, poniendo particular empeño en sublimar á mis ojos la romántica figura de ABEN-HUMEYA

Yo lo escuché con un interés y una agitación indefinibles....., y, desde aquel punto y hora, abandoné la empresa de demoler la Alcazaba, y dí cabida al no menos temerario propósito de salvar un día las eternas nieves que cierran al Sur el limitado horizonte de Guadix, á fin de descubrir y recorrer unos misteriosos cerros y valles, pueblos y ríos, derrumbaderos y costas que, *según vagas noticias* (tal fué la expresión de aquel genio fósil), quedaban allá atrás, como aprisionados, entre las excelsas cumbres de *Sierra Nevada* y el imperio líquido del mar.....

Porque aquella región, tan inmediata al teatro de mis únicas puerilidades legítimas, y de la cual, sin embargo, todo el mundo hablaba *sólo por referencia;* aquella tierra, á un tiempo célebre y desconocida, donde resultaba *no haber estado nunca nadie;* aquella invisible comarca, cuyo cielo me sonreía sobre la frente soberana del Mulhacem, era la indómita y trágica *Alpujarra.*

Allí (habíame dicho en sustancia el amigo de las ruinas, y repitióme luego la Madre Historia) acabó verdaderamente el gigantesco poema de nueve siglos, que empezó con la traición de D. Julián y que juzgó terminado ISABEL LA CATÓLICA con la toma de Granada;

aquella fué la Isla de Elba del desventurado BOABDIL, desde su memorable destronamiento hasta que se vió definitivamente relegado á los desiertos de la Libia: allí permanecieron sus deudos y antiguos súbditos, durante ochenta años más, legándose de padres á hijos odios y creencias, bajo la máscara de la religión vencedora: allí estalló al cabo el disimulado incendio, y ondearon nuevamente entre el humo del combate los estandartes del Profeta: allí se desarrolló, lúgubre y sombrío, el sangriento drama de aquellos dos Príncipes rivales, descendientes de Mahoma, que sólo reinaron para llevar á un desastroso Waterloo el renegado islamismo granadino; y allí fueron, no ya vencidos, sino exterminados, aniquilados y arrojados al abismo de las olas, sus últimos guerreros y visires, con sus mujeres y sus hijos, con sus mezquitas y sus hogares; único modo de poder extirpar en aquellas guaridas de leones la fe musulmana y el afán de independencia.—La nube de Alarbes que entró por el Estrecho de Gibraltar como tromba de fuego, y que por espacio de ochocientos sesenta años recorrió tronando el cielo de la Península, desbaratóse, pues, entonces, y volvió de España al mar, en arroyos de lágrimas y sangre, por las ramblas y barrancos de la despedazada *Alpujarra*.

Buscar, para adorarlas poéticamente, en los actuales Lugares y Aldeas de aquella región, las ruinas de los pueblos que dejó totalmente deshabitados la Expulsión de los Moriscos; evocar en toda regla, entre los nuevos alpujarreños, oriundos de otras provincias españolas, los encapuchados fantasmas de los atroces *monfíes* ó de los airosos caballeros árabes que componían la corte militar de ABEN-HUMEYA y ABEN-ABOO; seguir los pasos de estos dos régulos de aquellas montañas, y lamentar patéticamente los funestos amores del uno, la cruel

desdicha del otro, las traiciones que los pusieron frente á frente y las catástrofes que de aquí se originaron, todo ello en el propio paraje en que aconteció cada escena; saludar (ó maldecir en nombre de un equívoco sentimiento cosmopolita) los campos de batalla inmortalizados por las victorias de los Marqueses de Mondéjar y de los Vélez, del Duque de Sesa y de D. JUAN DE AUSTRIA, y discernir, con toda la severidad correspondiente, los calamitosos resultados que trajo á la común riqueza la política intolerante de FELIPE II y FELIPE III; —tal fué, en resumen, el *interès histórico* que ofreció desde entonces á mi imaginación la idea de un viaje á las vertientes australes de *Sierra Nevada;* interés histórico que, llegado que hube á la juventud, participó algo (no lo debo ocultar) de cierta filantropía, tan superficial y fatua como extensa, á la sazón muy de moda, y cuyo especial y perpetuo influjo en el ánimo de los granadinos, para todo lo concerniente á los Moros, paréceme bastante digno de disculpa.

Semejante afán por aquel viaje subió luego de punto al estímulo de otra curiosidad vehementísima y de índole más real y permanente, que denominaré *interès geográfico.*

Sierra Nevada es el alma y la vida de mi país natal. Á su pie, reclinada la frente en sus últimas estribaciones septentrionales, y tendidas luego en fértiles llanuras, están, en una misma banda, la soberbia y hermosa capital de Granada y mi vieja y amada ciudad de Guadix, á diez leguas una de otra; aquélla al abrigo del elegante Picacho de Veleta, y ésta al amparo del supremo

Mulhacem, cuyos ingentes pedestales se adelantan al promedio del camino con titánica majestad. Bajan de aquella Sierra, por tanto, los ríos que amenizan las Vegas de ambas ciudades, los veneros de las fuentes que apagan la sed de sus moradores, los ganados que les dan alimento y los abastecen de lana, las leñas que los calientan el invierno, cien surtideros de aguas medicinales, salutíferas hierbas y semillas, mármoles preciosos, minerales codiciados, y el santo beneficio de las lluvias, que allí se amasan en legiones de pintadas nubes, y luego se esparcen sobre la tierra, no sin almacenar antes, en perdurables neveras y renovadas moles de hielo, el fecundante humor que ríos y acequias, pozos y manantiales destilan y distribuyen próvidamente durante las sequías del verano.

Pero ni en Guadix ni en Granada conocemos más que una de las faces de pizarra y nieve de aquella muralla eterna que se interpone entre sus campiñas y el horizonte del mar; muralla insigne por todo extremo en el escalafón orográfico; como que es la cordillera más elevada de toda Europa, si se exceptúa la de los Alpes. Hay que esquivarla, pues, para pasar al otro lado y trasladarse á la costa, y yo la esquivé, en efecto, repetidas veces, ora buscando en su extremo occidental el portillo del *Suspiro del Moro*, y bajando de allí despeñado hasta Motril, ora flanqueándola por Levante hasta ir á parar á las playas de Almería.

No se consigue, sin embargo, ni aun por este medio, ver el reverso de la *Sierra*, ni vislumbrar siquiera aquel espacio de once leguas de longitud por siete de anchura en que queda encérrada la *Alpujarra*.—Lejos de esto, la curiosidad llega hasta lo sumo al reparar en el empeño con que la gran cordillera, auxiliada por sus vasallas laterales, oculta su aspecto meridional y el fragoso

reino de los moriscos.—Sierra de Gádor por una parte, y Sierra de Lújar por la otra, cubren los costados de aquel inmenso cuadrilátero, dejando siempre en medio, encajonado é impenetrable á la vista, el secreto de *Sierra Nevada*, el principal teatro de las hazañas de ABEN-HUMEYA, las *tahas* de Órgiva, Ugíjar, Andarax y los dos Ceheles, regiones misteriosas, cuya existencia no puede ni aun sospecharse desde las comarcas limítrofes; tierras de España que sólo se ven desde África ó desde los buques que pasan á lo largo de la Rábita de Albuñol.

Sin gran esfuerzo os haréis cargo del nuevo atractivo que estas singulares condiciones topográficas le añadirían en mi imaginación á aquel país de tan dramáticos recuerdos. ¡Suprimir la *Sierra;* desvelar la *Alpujarra*,

Si licet exemplis in parvo grandibus uti,

representábame un placer análogo al que experimentaría Aníbal al asomarse á Italia desde la cúspide de los Alpes, ó Vasco Núñez de Balboa al descubrir desde lo alto de los Andes la inmensidad del Pacífico.

Pues agréguese ahora la dificultad material de transportarse al otro lado del Mulhacem, ó sea el infernal encanto de la incomunicación.....

¡No habláramos de acometer la empresa de frente desde la ciudad de Granada!..... La *Sierra* es infranqueable todo el año, menos algunos pocos días del mes de Julio (*entre la Virgen del Carmen y Santiago*—dicen los prácticos del terreno), y esto con insufrible fatiga y

peligros espantosos..... Cierto que por la parte de Guadix, casi al extremo de la cordillera, hay un Puerto, llamado de la Ragua (*Rawa* se escribía antes), al que conducen escabrosísimas sendas, y por donde es algo frecuente el paso en días muy apacibles, si bien nunca en el rigor del invierno; pero, así y todo, se han helado allí, en las cuatro estaciones, innumerables caminantes, de resultas de los súbitos ventisqueros que se mueven en aquel horroroso tránsito.

Quedaba el camino de Lanjarón, que es el ordinario y el histórico; mas, aunque fuese el menos malo (pues el entrar por la costa en el territorio alpujarreño no se avenía con mis ilusiones), todavía me lo pintaban áspero, difícil, arriesgado, pavoroso, sobre todo de Órgiva en adelante; verdadero *camino de palomas*, según la frase vulgar, sujeto á largas interrupciones y contramarchas á la menor inclemencia de los elementos.

Explicábame ya, por consiguiente, la singularidad de que la *Alpujarra* sólo fuera conocida de sus hijos; de que apenas existiese un mapa que la representara con alguna exactitud, y de que ni los extranjeros que venían de Londres ó de San Petersburgo en busca de recuerdos de los moros, ni los poetas españoles que cantaban estos recuerdos de una gloria sin fortuna, hubiesen penetrado jamás en aquel dédalo de promontorios y de abismos, donde cada peñón, cada cueva, cada árbol secular sería de juro un monumento de la dominación sarracena.

Mi viaje á África con el Ejército, hoy casi legendario, que plantó la bandera de Castilla sobre la Alcazaba de

Tetuán; mi larga residencia en aquella *ciudad santa* de los musulmanes, á la cual se refugiaron, del siglo XV al XVI, innumerables moros y judíos expulsados de España; mis frecuentes coloquios, ora con *Sabios* hebreos, que aun hablaban nuestra lengua, ora con mercaderes argelinos versados en el francés, ora con los mismos marroquíes, merced á nuestro famoso intérprete Aníbal Rinaldy; mis interminables pláticas con el historiador y poeta Chorby, en cuya casa encontré una hospitalidad verdaderamente árabe; aquellas penosas y casi estériles investigaciones á que me entregué con todos ellos respecto del ulterior destino de tantos ilustres moros españoles como desaparecieron en los arenales africanos, á la manera de náufragos tragados por el mar; todas aquellas aventuras, emociones, complacencias y fantasías, que relaté, en fin, en el *Diario de un Testigo de la Guerra de África*, lejos de calmar mi ardiente anhelo de conocer la tierra alpujarreña, hiciéronlo más activo y apremiante.

¿Cómo no? Las tradiciones y noticias de los moros y judíos de 1860 acerca de la estancia de sus mayores en nuestro suelo eran menos inexactas y borrosas cuando se trataba de la *Alpujarra* y de la guerra de los Moriscos, que cuando se referían á otros territorios y sucesos de Andalucía; y el último héroe musulmán de España, ABEN-HUMEYA, inspirábales especialmente profundísima veneración, como si vieran en él un modelo digno de ser imitado en Ceuta y en Melilla por los marroquíes sujetos á la dominación cristiana.....—Ni esto era todo: aquellos fanáticos islamitas, semibárbaros en su vida externa, místicos y soñadores en lo hondo de su alma, dejábanme entrever, cuando la afectuosidad de una larga conferencia los hacía menos recelosos y desconfiados, esperanzas informes y remotas

de que la morisma volviese á imperar en nuestra patria; y entonces, al expresarme la idea que tenían de la hermosura de estos sus antiguos reinos, celebraban sobre todo la comarca granadina, y, nominalmente, algunas localidades alpujarreñas, avergonzándome de no haberlas visitado; ¡á mí, que las tenía tan cerca del pueblo de mi cuna!

La Historia, pues; la Geografía; mi culto filial á *Sierra Nevada;* no sé qué pueril devoción á los moros, ingénita á los andaluces; la privación, los obstáculos, la novedad y el peligro, conspiraban juntamente á presentarme como interesantísima una excursión por la *Alpujarra*.....

Sin embargo, cuantas veces la proyecté (y fueron muchas), otras tantas hube de diferirla, con pesar ó remordimiento, ya para atender á menos gratos cuidados, ya para lanzarme caprichosamente á más remotas y noveleras expediciones.....

Pero he aquí que, de pronto, y cuando ya estaban algo amortiguados en mi espíritu ciertos entusiasmos y fantasmagorías de la juventud, circunstancias harto penosas condujéronme á realizar el sueño de toda mi vida.....

Poco antes de empezar la última primavera, hallándome en aquella inmensa oficina llamada «Madrid», donde sólo hay aire respirable para los días de prosperidad y ventura, plugo á Dios enviarme uno de aquellos dolores del alma que sólo se pueden comparar al embeleso de que nos privan.....—¡Oí los pasos de los que se llevaban al cementerio una hija de mi corazón, y

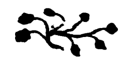
quedéme asombrado de no morir cuando me arrancaban el corazón con ella!....

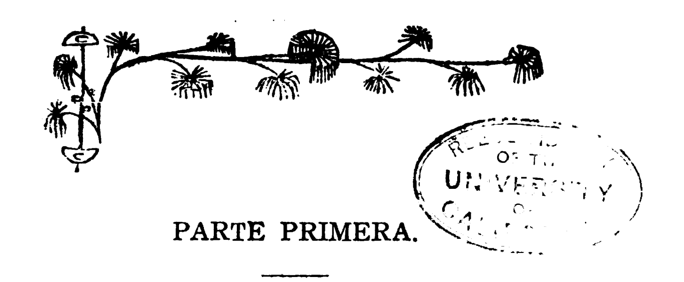
Perdóneseme este primero y último grito con que profano la majestad de mi sentimiento; pero hubiera considerado más impío no ponerle al melancólico viaje que se va á leer su verdadera y triste fecha....

Partida el alma, quebrada la salud, mis dias sin paz, mis noches sin sueño, volví los ojos, por consejo de personas amadas, hacia la Madre Naturaleza, eterna consoladora de los infortunios humanos.... — Y como un amigo mio queridísimo tuviese por entonces precisión de recorrer la *Alpujarra* para asuntos propios, quedó convenido que iríamos juntos....

Ahí tenéis la historia de por qué se hizo este viaje. Escuchad ahora la historia del viaje mismo.

Valdío de Casa-Tejada (Extremadura),
á 10 de Marzo de 1873.





PARTE PRIMERA.

EL VALLE DE LECRIN.

I.

Preparativos de viaje.



Todo estaba dispuesto para marchar.

Era el 19 de Marzo de 1872, día de San José (en el Almanaque romano), y víspera de la llegada de la Primavera...., en la zona templada septentrional.

Hacía tres dias que mi compadre y yo nos hallábamos en *Granada*.

Mi compadre era aquel amigo de Madrid que iba á la *Alpujarra* á asuntos propios.....

Además, en *Granada* se había asociado á nuestra expedición cierto primo mío, más semítico que jafético, á quien quiero como á un hermano, camarada tradicional é indispensable en mis reiteradas excursiones á caballo por aquella provincia.

Todos teníamos relaciones en los pueblos alpujarreños, y habíamos escrito ya á nuestros respectivos amigos, avisándoles el día, punto y hora en que nos prometíamos abrazar á cada uno.

Los criados habían salido el día anterior, á esperarnos en la *Venta de Tablate*, á seis leguas de *Granada*.

Hasta allí iríamos en la Diligencia de Motril, que nos dejaría en aquella venta—desde la cual arranca el camino de Lanjarón, el camino de la *Alpujarra*.....

Y como el tal camino se convierte luego en *sendas de palomas*, según indicamos en los PROLEGÓMENOS, habíamos prevenido también que en Órgiva, donde haríamos noche, nos aguardasen mulos del país, calificados de irremplazables para las asperezas extraordinarias; en los cuales nos proponíamos atravesar al día siguiente el famoso Puerto de Jubiley y lo más encumbrado de la Contraviesa.

Los caballos pasarían entonces á formar á retaguardia (éste era el plan á lo menos), de reserva para los senderos verosímiles, y especialmente para las ramblas, las playas y los ríos.

Por último: iban conmigo, como Ayudantes de campo de mi memoria; ó, por mejor decir, llevaba en mi maleta las obras de D. DIEGO HURTADO DE MENDOZA, caballero; de LUIS DEL MÁRMOL CARVAJAL, andante en corte, y de GINÉS PÉREZ DE HITA, poeta y soldado (testigos presenciales los tres é historiadores *d'après nature* de la Rebelión y Guerra de los Moriscos), con más un sinnúmero de apuntes sacados de libros y manuscritos españoles y árabes, nacionales y extranjeros referentes á la *Alpujarra*, y debidos á la pluma de cronistas, poetas, militares, académicos, go-

lillas, diplomáticos, inquisidores, prelados, ministros y hasta reyes..... [1].

Habéis de convenir, amados lectores, en que no iba mal acompañado á la *Alpujarra*.....—Acompañadme también vosotros con una benévola atención, y este viaje será redondo.

II.

En la *Vega de Granada*.—Los *Llanos de Armilla*.—El *Mulhacem*.

Á las ocho en punto arrancó la Diligencia. La mañana estaba hermosísima, fulgente, llena de preludios de la Primavera que iba á empezar.

Esto..... por lo que respecta al cielo; que en la tierra, es decir, en aquella magnífica *Vega* que pocos momen-

1 *Autores consultados para escribir este libro, ó citados por ellos, y cuyas opiniones he tenido también en cuenta:* Hurtado de Mendoza.—Mármol.—Pérez de Hita.—Martínez de la Rosa.—Conde.—Mahoma.—Washington Irwing.—William Prescott.—Lafuente Alcántara (D. Miguel y D Emilio).—Dozy.—Romey.—Sacy.—Gayangos.—Al-Makary.—Fernández y González (D. Francisco).—Moreno Nieto.—Fernández-Guerra (D. Aureliano).—Oliver (D. José y D. Manuel).—Simonet.—Amador de los Ríos.—Janer.—Schack.—Casiri.—Abu-Zacaria.—Ibn-Aljatihib—Ben-Katib-Alcatalami.—Abu-Sofian.—Abulfadhl-Ben-Xafat-Alcairawani.—Abutahia.—Aben-Ragid.—Idrisi.—Ibn-Hayyan.—Xerif.—Aledrix.—Abu-Harirat. (*Las obras de todos estos escritores árabes se hallan traducidas al castellano ó al francés por los orientalistas antes citados.*)—Núñez del Prado, veedor y contador de la Alhambra, en 1753.—Miñano.—Madoz.—Carrasco.—Rojas Clemente.—Góngora (D. Manuel).—Alonso del Castillo.—Miguel de Luna.—Hernando de Baeza.—Hernando del Pulgar.—Bermúdez de Pedraza.—El Cura de los Palacios.—Rodríguez Escabias.—Fr. Marco de Guadalajara.—Córdoba y Peralta.—Salazar y Castro.—Robles.—Zurita.—Alonso de Palencia. (*En Londres, en el Museo Británico, había hace algún tiempo, una obra inédita, del jesuita Las Casas, sobre la* REBELIÓN DE LOS MORISCOS Y SU TOTAL EXPULSIÓN.—*De desear fuera que se publicara. Por mi parte, confieso no haberla consultado.*)

tos después recorríamos, todavía era Invierno—si bien un Invierno granadino.

Los trigos, las cebadas, los centenos y las hortalizas, mostraban alternados sus distintos verdes en espléndidas llanadas, que se perdían de vista al Norte y al Ocaso, mientras que, á Mediodía y Levante, dejábamos atrás bosques de frutales y prolongadísimas alamedas, sin flores aun y sin hojas.

Los áridos esqueletos de sus ramas ofrecían un contraste muy filosófico con el perenne verdor de los olivos de Huétor y de los cipreses y laureles de la Zubia.....—Pero todavía era demasiado pronto para filosofar.

Insensiblemente fuimos subiendo desde la junta del Darro y del Genil (donde sor Ana de San Jerónimo había dicho:

.... el abrazo de estos ríos,
En dulces de cristal amantes lazos,
Me representa viva y tristemente
Los que un tiempo formaron nuestros brazos.....)

hasta ganar los despejados *Llanos de Armilla*.

Y como, adrede, íbamos nosotros en el departamento posterior de la Diligencia, á fin de despedir los panoramas que fuésemos abandonando, é imaginarnos la emoción con que los mirarían por última vez los Moros en 1492 y los Moriscos en 1570, pudimos apacentar desde allí nuestros ojos en la contemplación, siempre nueva, de la incomparable *Granada*.....

Desde aquel mismo sitio, y tal vez á aquella misma hora, le devoraban con la vista los REYES CATÓLICOS la mañana del histórico 2 de Enero, aguardando con afán patriótico y cristiano á que apareciesen en la Torre

de la Vela las Cruces de plata y su morado Estandarte; señal de que el Conde de Tendilla se había entregado ya de la Alhambra, y de que sus Altezas podían adelantarse á tomar posesión de la Jerusalén de Occidente.....

Y la verdad es que el año pasado, lo mismo que hace cuatro siglos; no obstante los estragos del tiempo y la continua decadencia local, la Corte de BOABDIL, vista á aquella distancia (que permite todavía distinguir separadamente colinas, casas, iglesias, torres cristianas y torres moras, cármenes, arboledas y murallas; pero presentándolo ya todo en comprensivo y armonioso conjunto), ofrecía un aspecto embelesador, muy por encima de cuanto pueden escogitar poetas y pintores, y asaz digno de la codicia de todos los Reyes de la tierra.

Mas no era cosa de entretenerse en tales consideraciones yendo en Diligencia; máxime cuando ya estaban hechas admirablemente en verso y en prosa por escritores de punta; y púseme á contemplar, antes de abandonarlos, los humildes *Llanos de Armilla*, que de seguro no se habían visto en otra.....

La privilegiada comarca granadina, por encerrar todas las bellezas naturales, encierra hasta la ascética y melancólica de los Desiertos.—No contento Dios con reunir casi á las puertas de la gran Ciudad, nevadas montañas, cerros bermejos, las rocas moradas de Sierra Elvira, la feraz planicie de la Vega, jardines y bosques, y, por último, ríos de todas clases (aquí el manso Genil, fluyendo entre alamedas; allí el Darro, mugiendo entre peñascos; acá el despeñado Dilar; allá el juguetón

Alfácar, y el Monachil y el Cubillas, y el Beiro; todos formando como una red de plata), puso también en yermo, enclavado, aquella región los *Llanos de Armilla*, desconsolado como un oasis negativo, en medio de una llanura siempre frondosa, para más lucimiento y realce del edén que lo rodea.

Ahora bien: allí han reñido muchas batallas los Moros entre sí, y los Moros con los Cristianos: allí revistaban sus huestes D. FERNANDO Y D.ª ISABEL: allí hubo, en aquel tiempo, de día y de noche, citas, sorpresas, conciliábulos, desafíos, amantes coloquios y otros lances propios de la soledad..... (así los que refieren las Crónicas, como los innumerables que no habrán tenido cronista); y allí no ocurre hoy maldita la cosa..... mientras el sol está en el horizonte—á no ser algún *simulacro* de batalla, ó los cotidianos ejercicios de las tropas de la guarnición.....

Pero los soñadores que, en noches de luna, cabalgan por aquella meseta, siguiendo los escapados caballos de apuestas amazonas, en busca de los puntos de vista más á propósito para contemplar á *Granada* á la mágica luz del astro de sus recuerdos, saben todo el fantástico hechizo que las memorias de otros tiempos comunican á tan esquivo despoblado.....—¡Lo menos que se cree entonces cada uno es que se llama Gonzalo Fernández de Córdova, Hernán Pérez del Pulgar, ó Garcilaso de la Vega, y que va en pos de la REINA CATÓLICA, de D.ª Beatriz de Bobadilla y de sus otras damas, haciendo reconocimientos militares y adorando de paso lo imposible!.....—Yo sé, por lo menos, de alguno que, si hablase.....—Pero déjemonos de divagaciones y tristezas.

Mientras nuestra imaginación acariciaba estas añejas fantasmagorías, la Diligencia se acercaba al pie de *Sierra-Nevada,* bien que procurando siempre, en su marcha oblicua, dejarla á la izquierda, y llegar al viso del *Suspiro del Moro*.....

El *Picacho de la Veleta,* erguido encima de nosotros, y el *Mulhacem,* que asomaba más allá su frente augusta (ambos vestidos de nieves recientísimas, sobre las eternas que los acorazan), eran, por lo tanto, el eje inmóvil que nos sujetaba y nos repelía á la par, como la mano á la piedra aprisionada en la honda, si bien parecía que ellos giraban por sí mismos, para mostrarnos sucesivamente las diversas fases de su grandeza.....

El *Mulhacem,* sobre todo, atraía nuestra ávida atención.—Él era el protagonista del viaje: él había de ser el polo perpetuo de nuestras idas y venidas, y el fondo constante de cuantos vistosos cuadros esperábamos contemplar: él es el Rey de los montes alpujarreños.....; ¡aquél que, dominándolos á todos, descubre las dos orillas del Mediterráneo—la española y la berberisca—como las de un lago de su imperio, mientras que por la parte del Norte registra con su mirada escrutadora hasta las soledades de la Mancha!

Así es que yo le decía muy por lo serio, con una indefinible mezcla de veneración, curiosidad y cariño:

—¡Á tu otro lado voy! ¡Detrás de ti estaré mañana! ¡Mañana habré visto todos los misterios que me ocultas desde que nací!

Al propio tiempo, esta denominación de «*Mulhacem*» que lleva la cúspide más alta de toda España, recordábame su patético significado.....

Recordábame en primer lugar el nombre del imprudente esposo que repudió por fea á la altanera AIXA;

el nombre del que en mal hora engendró al muy pronto rebelado BOABDIL; el nombre del constante adorador de ZORAYA (*Lucero de la mañana* en habla mora, y lucero cuya hermosura fué tan fatal á los granadinos como la de Elena á griegos y troyanos); el nombre de MULEY HACEM, en fin, penúltimo Rey de Granada..... Y recordábame luego la razón y motivo por qué tan excelso monte llegó á ser homónimo de tan cuitado Rey.....

Cuentan la tradición y las historias [1] que, vencido y destronado el viejo MULEY HACEM por su indigno hijo, á quien la despechada AIXA, de áspero rostro y corazón de leona, había inspirado tan sacrílega usurpación; retirado con su fiel ZORAYA y con los hijos en ella habidos á un lugar escondido en las faldas de la *Sierra* [2]; viéndose abandonado del resto del mundo, ciego, miserable y próximo ya á la apetecida muerte, rogó á aquellas prendas de su alma que lo sepultasen en paraje tan ignorado y solo, que no pudiese turbar nunca la paz de sus cenizas la vecindad de hombres vivos ni muertos; «*pues le causaban tal horror sus semejantes, que temia no dormir tranquilo, si era enterrado cerca de otros cadáveres humanos*».

ZORAYA y sus hijos cumplieron religiosamente esta solemne manda, sepultando los restos del infeliz MULEY HACEM en lo más alto de la *Sierra*, allí donde nunca posa el hombre su planta, ni llegan jamás los rumores de la vida.—Para aquel sublime sarcófago, los hielos suministraron la urna de cristal, pirámides de alabas-

1 Córdoba y Peralta, *Historia de las Montañas del Sol y el Aire*, MS. de que hace mención Lafuente Alcántara en su *Historia de Granada*.
Pulgar y el Cura de los Palacios, en sus respectivas Crónicas, refieren el caso de otro modo; pero la versión que corre válida es la que doy.

2 Otros creen que se retiró á Salobreña.

tro las sempiternas nieves, y perpetua ofrenda las nubes, respetuosamente agrupadas debajo de él..... ¡Y allí está, y ha de estar hasta la consumación de los siglos, el misántropo Rey moro; y desde allí puede ver á un tiempo mismo (con los ojos de los poetas, se entiende) á *Granada* por una parte, ufana todavía de poseer la Alhambra y el Generalife, y por la otra, allende el mar, la nobilísima cordillera del Atlas, que viene á ser la *Sierra Nevada* del Imperio de Marruecos!

. . . .

Pero á todo esto, la *Vega* se nos acababa; hacía rato que habíamos pasado el río *Dilar* y cruzado por el alegre pueblo de *Alhendín:* la Diligencia emprendía el ascenso á unas lomas estériles y mansas, y la *Sierra* no nos presentaba ya su frente, sino que huía por nuestra izquierda, como un ejército derrotado, dejándonos paso libre al Mediodía.....

Íbamos, pues, á salir del horizonte granadino por el ya mencionado otero del *Suspiro del Moro.....*

¡No había tiempo que perder! Era necesario abandonar al Padre para acudir al Hijo; esto es, era necesario olvidar á MULEY HACEM para acordarse de BOABDIL.

III.

El Suspiro del Moro.

Cuando pasamos por la *Venta del Suspiro del Moro* eran las diez menos algunos minutos.

Estábamos á dos leguas y media de *Granada.*

Desde allí se distinguía como desde un mirador, no sólo la ciudad, sino toda su comarca, toda su campiña, todo su cielo esplendoroso: panorama inmenso, deslumbrador, matizado de mil colores, é inundado de una luz de paraíso, siquier velado en algunos puntos por tenues jirones de transparente niebla, entre cuyas rotas gasas relucían las acequias y los ríos como cintas de cristal, ó salían del seno de pardos olivares y de los pliegues de graciosas colinas, modestos campanarios y azuladas columnas de humo, marcando la situación de innumerables lugares, aldeas y caseríos.....

Granada se veía blanquear á lo lejos, tendida en los cerros umbrosos de la Alhambra y del Albaicín, como una odalisca envuelta en cándido alquicel, echada sobre obscuros almohadones.....—Ya no se percibían sus pormenores y detalles..... Sólo se divisaba una elegante ráfaga de blancura, intensamente alumbrada por el sol, bajo el risueño azul del purísimo firmamento.

Un paso más, y todo aquel cuadro de población, de vida, de riqueza, de hermosura, de actividad humana desaparecería súbitamente.—Delante de nosotros se prolongaba, girando hacia la izquierda, un angosto pasaje, árido y feo, pedregoso y sombrío, que contrastaba de un modo horrible con la maravillosa vista que estábamos contemplando.....

¡Aquel crítico punto era, por consiguiente, el lugar en que BOABDIL dió el supremo adiós á la ciudad en que había nacido, que había sido suya, y que no debía volver á ver en toda su vida!

BOABDIL no llegaba del mismo *Granada*, sino del que había sido Campamento de los Cristianos del Real de *Santafé*—situado en medio de la Vega.

Allí había permanecido desde la memorable mañana del 2 de Enero—en que entregó humildemente á los

REYES CATÓLICOS, á las puertas de aquella Capital que abandonaba para que la ocupasen ellos, las llaves de la codiciada Alhambra y el anillo Real de los Alhamares.....

Durante los diez ó doce días transcurridos desde entonces, el infortunado descendiente de cien monarcas, tolerado huésped en las ya desiertas tiendas de sus triunfantes enemigos, había ido enviando de noche á la *Alpujarra* (á aquel irrisorio Señorío que le dejaban como limosna) todas sus riquezas y equipajes, con muchos súbditos fieles, resueltos á seguir su destino.....— ¡Entretanto, D. FERNANDO y D.ª ISABEL, príncipes venturosos, habitaban el palacio árabe de la Alhambra, donde el Gran Capitán y otros veteranos de la Conquista traducían á las Damas de la Corte las inscripciones poéticas de sus afiligranados patios y camarines!

Era, pues, una mañana de mediados de Enero. La hora debía de ser entre las siete y las ocho—puesto que BOABDIL, según todos los historiadores, había salido de *Santafé* mucho antes de apuntar el alba, á fin de sustraer su ignominiosa partida á la humillante curiosidad de los pueblos de la vega.....

Iban con él su adusta madre, su dulce y bella esposa MORAIMA, su tierno hijo (que había estado como en rehén en el Campo castellano, y á quien ISABEL LA CATÓLICA llamaba el *Infantico* y quería mucho), una hermana, cuya figura no determinan las historias, y algunos visires, palaciegos y criados.—ZORAYA, la otra viuda de MULEY HACEM, no pensó ni por un momento en acompañar á los proscritos, sino que ya se proporcionaba, para ella y para sus hijos CAD y NAZAR, un porvenir mucho más cómodo en la Corte de los Cristianos, cuya Religión fué la primera y había de ser la

última de aquella aprovechada beldad, tan conocida luego con el nombre de DOÑA ISABEL DE SOLÍS [1].

«Al llegar á aquella elevación (dice la Historia) BOABDIL refrenó su caballo y se detuvo embebecido, mirando con emoción tristísima la ciudad de las hermosas torres, y centro en otro tiempo de su grandeza. El monarca infeliz alivió la amargura que rebosaba en su pecho derramando algunas lágrimas; y, exclamando «*¡Allah Akbar!* (¡Oh, gran Dios!)», picó los ijares de su caballo, y dió con hondos suspiros los últimos adioses á *Granada*.

»Se dice que AIXA, su magnánima madre, advirtió la debilidad del hijo, y le reprendió diciendo: «*Haces bien en llorar como mujer, ya que no »has tenido valor para defenderte como hombre*.....»

....
Y mirando colérica á Granada,
Huyó vencida, pero no domada [2].

Cuenta Fr. Prudencio de Sandoval, en su *Historia del Emperador Carlos V*, que cuando éste fué á Granada, en Junio de 1526, y vió la Alhambra por vez primera, exclamó generosamente: *¡Desdichado el que tal perdió!*

Y refiere Fr. Antonio de Guevara, en sus *Epístolas familiares*, que, como él entonces le narrase «cuánto gimió BOABDIL en aquella loma á que sus suspiros dieron nombre, y el duro apóstrofe de la implacable AIXA, el César replicó: «*Muy gran razón tuvo la madre del Rey en decir lo que dijo, y ninguna tuvo el Rey su hijo en hacer lo que hizo; porque si yo fuera él, ó él fuera yo, antes tomara esta Alhambra por sepultura, que no vivir sin reino en el Alpujarra.*»

¡Admirablemente hablado! ¡Es muy verdad! BOABDIL

1 Martínez de la Rosa ha idealizado y sublimado gratuitamente á esta mujer en su admirable novela del mismo nombre; novela que es también un tesoro de erudición por sus apéndices y notas.

2 De *El Suspiro del Moro*, canto épico del autor.

no supo caer; lo cual es tanto más imperdonable, cuanto que al cabo demostró que sabía morir.....—Pero, pésele á CARLOS V, á las Artes y á las Letras, AIXA no tuvo razón para acusar á su hijo de no haber sabido defender su reino.....—Él lo había defendido espada en mano en cien combates, hasta que las discordias intestinas de su familia y de sus súbditos, atizadas precisamente por la misma rencorosa AIXA, así como el alternado auxilio que cada bando moro prestaba al Ejército cristiano, le hicieron desesperar de la victoria y sacrificarse para terminar la guerra.—*¡Suum cuique!*

De todos modos, al perder nosotros de vista aquella mañana el cielo granadino, y considerar la infinita angustia con que el infeliz agareno le daría el postrer adiós, prescindimos por un instante del derecho histórico, del interés patrio y de la conveniencia particular que asistían á sus vencedores....., y sólo tuvimos entrañas para compadecer tamaña desventura.....

Porque en aquel trance fatal, el destronado y proscrito Rey se nos presentaba como el condenado á muerte que, lleno de vida y juventud, hace un alto en las gradas del patíbulo, y se despide para siempre de la luz del día y de todas las esperanzas que acarició en el mundo.....

BOABDIL tenía entonces treinta años.

IV.

Lo que fué de BOABDIL.

La melancólica esterilidad del callejón de montañas en que entramos luego, parecía imaginada por un autor

dramático aficionado á transiciones violentas y bruscas mudanzas de decoración.

Á nuestra izquierda se levantaba una inconmensurable ladera, casi vertical, sin verdura, sin árboles, sin riscos, sin arroyos, sin nieves. Asemejábase, hasta por el color, á una de las caras amarillentas de aquellas inmensas pirámides del Nilo que sirvieron de túmulo á otros reyes; y era una estribación ó antemural del costado de *Sierra Nevada*, que nos ocultaba la sierra misma, y que se llama el *Cerro Maziar*.—Á la derecha se escalonaban unas terreras y colinas, también sin vegetación de ninguna clase, derivadas de las sierrecillas de Tejada.....—Al frente..... ¡nada! ¡Las paredes del propio callejón, que culebreaba en ambos sentidos, sin el más breve asomo de horizonte, como el foso de una angulosa fortaleza!

Desde que pasamos del *Suspiro del Moro* ya no ofrecían interés alguno las contemplaciones retrospectivas..... Nos habíamos trasladado, por lo tanto, á la berlina de la Diligencia, con el afán de ir descubriendo terrenos..... Pero, como sabíamos que hasta llegar al *Padul*, distante del *Suspiro* unos dos ó tres kilómetros, sólo hay que ver aquella monótona muralla con que principia el flanco de la *Sierra*, lanzamos nuestra imaginación en pos de BOABDIL, puesto que llevábamos el mismo camino, á fin de recordar qué fué de él en el amargo epílogo de su vida.

El REY CHICO, que no era chico, sino de gentil estatura y apuesto continente, pero á quien los moros pusieron aquel apodo por alusión á su siempre menguado

reino [1], fuese á residir á Cobdaa, en el extremo oriental de la *Alpujarra*, lugarcillo delicioso, que tuvo honores de ciudad mientras fué su corte, y que hoy llaman el Presidio de Andarax sus ciento cincuenta y tantos vecinos.

Lo pactado en las Capitulaciones respecto de él y de su familia, en un Tratado secreto, de diez y seis artículos, que existe en el Archivo Municipal de Granada y también en el de Simancas, había sido lo siguiente:—Los Reyes Católicos aseguraban á Boabdil, á su esposa, á su madre, á Zoraya (la favorita de su padre) y á los hijos de ésta, todas la huertas, tierras, hazas, molinos, baños y heredamientos que constituían el Patrimonio Real, con facultad de venderlos; afianzaban también á Boabdil la posesión de sus bienes patrimoniales dentro y fuera de Granada, y le decían por juro de heredad, para sí y sus descendientes (con la tácita condición de vivir en ellas), las *tahas* (distritos) de Berja, Dalias, Marchena, Boloduy, Lúchar, Andarax, Ugíjar, Órgiva, Jubiles, Ferreira ó Ferreirola y Poqueira (esto es, toda la *Alpujarra* y un poco más), con todos los pechos y derechos de sus pueblos (menos la fortaleza de Adra); y se obligaban, por último, á darle treinta mil castellanos de oro (unos cuatrocientos cuarenta mil reales).

Vivía, pues, á orillas del Andarax aquel régulo que había sido verdadero Rey; y vivía tranquilo, ya que no dichoso. Rico, espléndido, querido de sus súbditos, habíase consagrado exclusivamente al amor de su es-

1 Don Luis de Salazar y Castro, en su *Crónica del Gran Cardenal de España*, dice, separándose de la opinión general, que los moros llamaron á Boabdil «El Rey Chico» para distinguirle de su tío el Zagal, á quien llamaban «El Rey Viejo».

posa, la mansa y hechicera MORAIMA (que tanto elogian los cronistas africanos), y al cuidado del *Infantico*, cuyo rastro pierden luego las historias [1].—Su único esparcimiento era la caza de liebres con galgos, ó de pájaros con azores, que le hacía extenderse á veces seis y ocho leguas, hasta el término de sus dominios, por los campos de Berja y de Dalias, y pasar semanas enteras fuera de su casa [2].

Mas he aquí que los REYES CATÓLICOS juzgaron que la permanencia de BOABDIL en España podría ser inconveniente con el tiempo; y, aunque ninguna queja abrigaban de él respecto de sus pasos y conversaciones (que sabían diariamente, por tener comprado á su Ministro Aben-Comixa), propusiéronse obligarlo, ya que no podían compelerlo, á emigrar por siempre de nuestra tierra.

Á las primeras proposiciones que se le hicieron, en Diciembre del mismo año de 1492, fundadas en argumentos especiosos, para que vendiese sus bienes y se marchase á África, el Príncipe islamita se alteró mucho y dió esta sentida respuesta:—«*Yo he cedido un Reino para estar en paz, y no he de ir á otro ajeno á estar en cuestiones* [3].»

1 *Al-Makari*, el ya citado historiador árabe, traducido al inglés por D. Pascual de Gayángos (*Mohammedan-Dynasties in Spain*), es el único que habla algo de la prole de BOABDIL, y, con ser tan poco lo que refiere, todavía se duda mucho de su certeza.—Dice así: «Dejó (BOABDIL) dos hijos varones, llamados el uno Jusuf y el otro Ahmed, de cuya descendencia hay aun en Fez algunos restos; pues cuando visitamos aquella ciudad en el año 1037 (de la Egira), conocimos algunos de sus descendientes, reducidos á vivir de los piadosos socorros que suelen darse á los faquires y á los pobres con los fondos de las mezquitas; es decir, que eran unos verdaderos mendigos.»

2 Carta secreta de Hernando de Zafra á los REYES CATÓLICOS. *Colección de documentos inéditos*, t. XI.

3 Carta de 9 de Diciembre, escrita por Hernando de Zafra á Sus Altezas. *Colección de documentos inéditos*, t. XI

Fácil es adivinar lo que pensaba BOABDIL al expresarse de aquel modo.—Indudablemente tenía ante la vista el ejemplo de lo que acababa de acontecer en África á otro príncipe de su propia sangre, que, como él, cedió un Reino (el de Guadix y Almería) á los REYES CATÓLICOS, á cambio de aquel mismo irrisorio Señorío de la *Alpujarra;* que, como él, residió algunos meses en aquella misma taha de Andarax (dos años hacía por entonces), y que, como él, vióse también muy luego hostigado por Sus Altezas para que les vendiese sus bienes y abandonase la tierra de España.

MULEY ABDALÁ EL ZAGAL [1] (pues dicho se está que de tan valeroso é infortunado príncipe se trata) hubo al fin de acceder á ello, y embarcóse con todos sus tesoros (año y medio hacía á la sazón), poniendo el rumbo á la costa de Marruecos..... Al desembarcar en aquella tierra la besó, creyendo que le sería más propicia; pero el Califa de Fez, so pretexto de castigar sus rebeldías contra MULEY HACEM y contra BOABDIL, apoderóse de él, lo sepultó en una mazmorra, robóle todas sus riquezas, é hizo que el verdugo le quemase los ojos [2].

El ejemplo no podía ser más terrible, y se comprende bien que el sobrino del ZAGAL [3] le repugnase la idea de pasar á establecerse á África, no obstante las muestras

1 *Muley Baudely Azagal* le llama el Cura de los Palacios en su *Historia de los Reyes Católicos*, MS.—Pulgar, en su *Crónica de los Reyes Católicos*, le nombra *Muley Abdiley*.

2 Muchos años después murió en Vélez de la Gomera un mendigo anciano y ciego, que excitaba la conmiseración pública llevando sobre su harapiento albornoz un cartel que decía en árabe: «*Este es el Rey desventurado de los Andaluces.*» Era ABDALÁ EL ZAGAL.

Esta es la historia general y corriente del fin que tuvo el Rey ZAGAL; pero *Al-Makari* asegura que de la Alpujarra fué á Orán y de allí á Tremecén, donde se estableció y residió su descendencia.

3 Según el vocabulario de Fr. Pedro de Alcalá, *zagal* significa en árabe *valiente*.

de afecto que recibía de todos sus soberanos, y muy particularmente del mismo Califa de Fez.

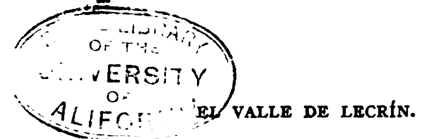
Aben-Comixa continuó, sin embargo (de acuerdo con Hernando de Zafra, Secretario de los REYES CATÓLICOS), sembrando mayores recelos, augurios y amenazas en el ánimo de BOABDIL acerca de la suerte que le aguardaba en España; y entonces pidió éste á Sus Altezas permiso para ir á Barcelona á exponerles sus temores y sus agravios, así como á rogarles que no se le importunara en su pacífico retiro..... Pero los REYES, atentos sobre todo á la *razón del Estado*, cuya moral *sui generis* no cae bajo mi jurisdicción, eludieron sutilmente el mandarle licencia, y le dijeron *que les enviara en su lugar á su Visir Aben-Comixa, que para el caso era lo mismo.*

Cayó en la red el antiguo Rey de Granada, y Comixa partió para Barcelona, donde, sin credenciales ni poderes de su amo [1], aunque en nombre suyo, *y sin que nadie se diese por entendido de aquella concertada informalidad*, el pérfido Moro otorgó con FERNANDO é ISABEL una Escritura pública, por la que BOABDIL y las Princesas les vendían todos sus Estados y bienes patrimoniales en la cantidad de nueve millones de maravedises, *obligándose á dejar la tierra de España para no volver más á ella.....*

Cuando tornó Comixa á la *Alpujarra* y dió á entender á BOABDIL lo que había hecho, tratando de demostrarle que le convenía ratificar aquel contrato, el Rey, furioso, tiró del alfanje, y hubiera cortado la cabeza á su fementido consejero, á no interponerse y salvarlo las personas allí presentes.

Pero pasaron días..... Comixa, desde el lugar en que

1 Conde, *Historia de la dominación de los Árabes en España.*



lo tenían resguardado de la cólera de su señor, inventaba mil alarmantes historias de intrigas, asechanzas y maquinaciones de los REYES CATÓLICOS contra BOABDIL, diciendo haberlas descubierto en su viaje á Barcelona; y con esto, y con los sustos naturales de las Princesas, y sus lágrimas, y los consejos de toda aquella pequeña corte, que deseaba salir del protectorado de los Cristianos, hubo bastante para que el Príncipe, fácil y condescendiente de suyo, consintiera al cabo en ratificar la obra de su Ministro.

Quedó, pues, concertado que la familia Real musulmana se embarcaría en cuanto terminasen los calores de aquel mismo año de 1493.....

. . . .

Durante los preparativos del viaje, murió de melancolía la excelente MORAIMA, la tierna esposa de BOABDIL.....

¡Aciaga estrella la de aquel hombre, efectivamente *desventurado* [1]! ¡En el momento de partir para un destierro perpetuo, perdía á la dulce compañera de su vida, al único ser que hubiera podido hacerle soportable la expatriación!

El ánimo se detiene contristado á considerar al mísero proscrito, sobre todo en el horrible trance de esconder el cadáver de su esposa en aquella amada y esquiva tierra que él iba á abandonar para siempre..... ¡Acaso cavó por sí solo la negra sepultura, en su amante recelo de que llegase á ser descubierta y profanada algún día!.....—Ello es que nadie ha sabido jamás dónde fué enterrada MORAIMA, ni ya es de temer que den con ella los anticuarios.

1 Otro de los epítetos que los Moros pusieron á BOABDIL fué el de *Zogoibi*, que significa *desventuradillo*.

¡Triste BOABDIL! ¡Cómo envidiaría unas veces á la que había compartido con él el trono de Granada, al ver que ella se quedaba al fin en el suelo patrio, refugiada en el seguro asilo del eterno sueño! ¡Cómo la increparía otras, acusándola de egoísmo, ingratitud y abandono!—«¡No has querido seguirme!..... (le diría). ¡Has desertado de la batalla, dejándome solo enfrente de mi destino!»

Y, á la verdad, la desesperación de MORAIMA en tal instante, más que un inevitable eclipse decretado por la muerte, más que aquella melancólica ausencia de los finados que van á aguardarnos á otro mundo, parecía una cruenta separación en vida; algo tan desesperado y tremendo como las despedidas al pie del cadalso, ó como un divorcio no deseado por una de las partes.

. . . .

Sucedió esto á últimos de Agosto.—En fin, á primeros de Octubre, BOABDIL, su madre, su hermana, su hijo y algunos amigos y criados salieron del puerto de Adra en una carraca de Íñigo de Artieta, mientras que en otra carraca genovesa y dos galeotas iban hasta mil ciento treinta moros más, que huían espontáneamente de la dominación castellana.

Favorables viento y mar á su infortunio, facilitáronles acceso á la costa de enfrente, y, al otro día, aquellos navegantes, que llevaban al suelo africano los tristes restos del Imperio muslímico-español, tocaron tierra en Caraza, á poca distancia de Melilla.—¡Por allí volvía á entrar en África, al cabo de ochocientos años, desheredada y llorosa, la hueste aventurera de TARIC, después de haber sido señora de casi toda la Península Ibérica!

Sin detenerse en Melilla, pasó BOABDIL á establecerse á Fez, cuyo Califa era su pariente y amigo, y donde vivió treinta y tres años más, muy considerado

y querido de aquel Soberano y de todos los marroquíes, en un alcázar que hizo construir por el estilo del de la Alhambra.—Es la única particularidad que se sabe de la segunda parte de su vida.

En cambio se conocen las honrosas circunstancias de su muerte, y la alta manera como pagó la hospitalidad á su deudo y bienhechor.—En 1526, precisamente el mismo año que CARLOS V hacía mención de BOABDIL en la Alhambra granadina, encontráronse á orillas del Guadal-Hawit (río de los Esclavos) las tropas del citado Califa de Fez, MULEY HAMET EL BENIMERIN, y las hordas bárbaras de los dos hermanos JARIFES, que le disputaban el trono—y que por cierto se lo ganaron en aquella jornada, fundando la actual dinastía de Marruecos.—La batalla fué reñidísima, y en ella mandó parte de la vanguardia del ejército de MULEY HAMET un guerrero de encanecida barba y principalísimo porte, el cual hizo prodigios de valor y temeridad, hasta que al cabo hubo de sucumbir al número de los enemigos con todos los que iban á sus órdenes.....

El ensangrentado cadáver de aquel heroico anciano fué uno de los innumerables que arrastraron al mar las aguas del impetuoso río.....

Desventurado hasta después de muerto, sus cenizas no durmieron en la tierra.

Era BOABDIL [1].

. . . .

1 Diego de Torres: *Relación del origen y suceso de los Xarifes* (Sevilla, 1586), pág. 102: «Y como los enemigos fuesen hiriendo de contino en ellos, en breve espacio estaba el río lleno de ombres y cavallos muertos, unos á hierro y otros ahogados: murió en esta batalla el Zogoví. No con pequeña admiración se puede decir que le fué la fortuna contraria, pues le rodeó la muerte en defensa del Reino ajeno, no aviendo osado morir defendiendo el suyo propio.» Lafuente Alcántara especifica más el caso, tal y como yo lo refiero.

¡Singular coincidencia!—Cuando los agarenos entraron en España, el último Rey godo, D. RODRIGO, cayó herido en las aguas del Guadalete, cuyas ondas arrastraron al mar su cadáver.—Ochocientos trece años después, el último Rey moro de España, BOABDIL, moría de la misma manera, y tenía también por sepultura los abismos del Océano.....

¡Qué cosas!

V.

El *Valle de Lecrín*.—El *Padul*.—Las aguas y los montes.
La *Fuensanta del Valle*.

Durante aquella nuestra excursión por los libros y apuntes que llevábamos á mano, el terreno había principiado á cambiar de fisonomía.

Ya estábamos saliendo del angustioso y desolado tránsito que separa la Vega de Granada del *Valle de Lecrín*. El horizonte se ensanchaba gradualmente, y la lontananza del camino ofrecía un aspecto más simpático y gozoso.

La divisoria de las aguas había quedado atrás. Todas las vertientes iban ya al Mediterráneo, y la misma Diligencia, como rindiendo también vasallaje al mar, distante todavía nueve leguas, empezaba á rodar cuesta abajo, con gran contento de las mulas.

Del flanco de la *Sierra*, que siempre veíamos á nuestro lado izquierdo, y que ya no era tan árido y monótono, manaban lucientes chorros de agua cristalina, los cuales se repartían luego por los entrecortados barran-

cos del otro lado de la carretera, esparciendo doquier vegetación, vida y hermosura, como silfos ganosos de enriquecer la comarca.....

El panorama era cada vez más amplio á nuestro frente y nuestra derecha..... La temperatura se había dulcificado mucho.....—Entrábamos en *el Valle*, llamado así por antonomasia en toda la provincia.....

Y tan cierto era que en *el Valle* habíamos entrado, que pocos momentos después estábamos en el *Padul*.

El *Padul* (donde se muda tiro) es una rica, alegre y aseada villa de 3.235 habitantes, sobre nacimiento ó muerte más ó menos, perteneciente ya al partido judicial de Órgiva y el primer pueblo del *Valle de Lecrín*.

Lecrín, en árabe, quiere decir *alegría*. Este sólo dato os hará formar juicio de la amenidad y belleza del territorio que íbamos á recorrer; belleza y amenidad que seguirían creciendo, *sempre crescendo*, hasta llegar al célebre Lanjarón.....

Pero no anticipemos las sorpresas.

El *Valle* mide tres leguas de máxima anchura por cinco de longitud. Nosotros lo abordábamos por su parte superior, y teníamos que seguirlo á todo lo largo (costeándolo, como si dijéramos, á cierta altura), hasta que poco á poco bajásemos á su planicie y girásemos con ella hacia el Oriente, en busca de la limítrofe *Alpujarra*.....

Pero esto es volver á adelantar los sucesos.

Forman la desigual cuenca del *Valle*, toda tapada de arboledas, sembrados y cortijos, los estribos laterales de *Sierra Nevada* y una hija suya denominada la *Sierra*

de las Albañuelas, y riéganla nada menos que cinco ríos, amalgamados á la postre en uno solo.

Porque el *Valle* no es una concavidad lisa, como suelen serlo todos los valles, sino que contiene fértiles colinas y hondonadas interiores, en que se abrigan sus diferentes pueblos....., según veremos más adelante.

Aquella privilegiada región goza fama en la misma Andalucía por su exquisito aceite, claro como el agua, por sus muchos y excelentes cereales, por sus ricas y variadas frutas, etc., etc.

Y digo *etc., etc.*, en razón á que ya hablaremos de cada cosa en su lugar respectivo.

Contentémonos ahora con saber que en el *Padul* inaugurábanse tímidamente todos los encantos de aquel nuevo paraíso, ¡digno prólogo de la selvática *Alpujarra!* —La naturaleza, inmortal artista, seguía complaciéndose en ofrecernos transiciones y contrastes.

Y, sin embargo, la imaginación tenía también tristezas que evocar en aquella tierra de delicias. ¡El *Valle de Lecrín* chorrea sangre de cristianos y agarenos! Diríase que sus pueblos *actuales* son humeantes escombros de otros pueblos incendiados.

Sin ir más lejos, aquella misma villa de *Padul* fué totalmente quemada por los Moriscos, como reducto peligroso, después de habérsela ganado á los Cristianos en una recia batalla dada á sus puertas.

Digo más: sus presentes moradores, aquellos que fijaban en nosotros y en la diaria novedad de la Diligencia una tranquila mirada, como diciéndonos: «¡También esto es mundo, aunque para Vds. se reduzca á un mero trámite!», no eran descendientes ni de los vencidos ni de los vencedores en las refriegas de la Conquista y de la Rebelión. Eran, sí, nietos de los que, na-

cidos en otras comarcas, se establecieron como colonos en la región de las ruinas.....

¡Qué soledad tan melancólica la que encuentra el alma en los pueblos así habitados!—«*Hic Troja fuit*», le dicen todos los azulejos de las calles.

—Al coche, señores!—gritó en esto el mayoral.

Y salimos para *Dúrcal*, distante del Padul cosa de una legua.

Esta legua es interesantísima bajo el aspecto orográfico y fluvial.—La *Sierra* principia allí á suministrar al *Valle*, no delgados arroyuelos como anteriormente, sino verdaderos ríos. Debajo del Padul vese el emplazamiento de la *Laguna* del propio nombre, que desagua en el *Dúrcal*. Poco más allá, pasamos sobre los dos brazos originarios del mismo *Dúrcal*, cuyas fuentes brotan á poca distancia, al pie del *Cerro-Caballo*, bastión de la gran cordillera, que hace dar allí una brusca vuelta al camino. Y, por otra parte, sabíamos que aquellas dos endebles hebras de agua son más lejos una sola y vigorosa corriente, que luego se llama Río Grande, y al cabo se transforma en el respetable Guadalfeo, tributario directo del mar.....

Todas estas efectividades brutales, que en los dichosos tiempos en que mi espíritu sólo se alimentaba de novelas, me hubieran parecido materialidades insulsas, cautivaban mucho mi atención.—Y es que, cuando ya se ha vivido; cuando, desde la cumbre de la edad, empieza uno á discernir sintéticamente el casuismo de cada existencia humana y las vicisitudes generales de la His-

toria, la mente se recrea en hacer la sinopsis de los montes y las aguas; en ver, por ejemplo, dónde nacen los ríos, cómo se enriquecen, qué fatalidades físicas les trazan rumbo, por qué se convierten de vasallos en señores, y de qué manera fenecen en el piélago insondable.

Adviértese entonces, con filosófica humildad, que las aguas influyen en la estructura de los montes casi tanto como los montes en el curso de las aguas.—Éstas raen y rebajan las cumbres de los cerros con la lima de las lluvias; los hienden y cortan en profundos barrancos; desgastan sus laderas; horadan y derrumban sus diques para abrirse camino; construyen colinas, deltas y barras con sus arrastres; forman valles y cañadas á su paso, y determinan la condición y aspecto de cada terreno, su aridez ó su amenidad, su depresión ó su altura.....

Tales contingencias secundarias, y los primitivos fenómenos geológicos que edificaron caprichosamente aquí ó allí esta ó aquella cordillera, para que diese origen ó leyes á las mismas nubes y calidad ó fisonomía á cada comarca, llegan á parecernos otras tantas alegorías de las grandezas del mundo, del sino de los hombres, de los antojos de la suerte, de las revoluciones de los pueblos, de los decretos de la Provincia.—*Son lágrimas de las cosas,* dice Virgilio.

Mas ¿qué digo? Esos accidentes geográficos no son meras imágenes poéticas aplicables á los hechos de la Historia: son la Historia misma.—El terreno decide del carácter de las razas: aguas y montes demarcan lo que considera su patria cada uno: quien dice *montaña*, dice *frontera:* el río se convierte en foso henchido de sangre cuando intenta pasarlo el extranjero: toda batalla tuvo por clave local ú ocasional la posesión ó la conquista de

un vado, de un desfiladero, de una eminencia.—La Historia es esclava de la Geografía.

. . . .

Cerca ya de *Dúrcal*, hacia donde bajábamos resueltamente, vimos una graciosa quinta edificada en el zócalo mismo de la *Sierra*—especie de pensil babilónico, compuesto de escalonadas mesetas y cuajado de árboles en flor ó de otros de verdura inmarcesible.

Entre las hojas de algunos de éstos, mostraban escandalosamente su olímpica hermosura, ó más bien se avergonzaban de no hallar medio de esconderla, coloradas naranjas y amarillos limones, imagen fiel de aquellas cautivas orientales, estereotipadas por Byron, que no consiguen tapar con sus cruzados brazos todos los tesoros de su pudor.

Aquel invernadero natural; aquella primera traición hecha, bajo el amparo de *Sierra Nevada*, á los vientos del Norte, á la altura sobre el nivel del mar y á la tiranía del Almanaque; aquella primera bocanada de aire tibio del Mediodía, cuajada y convertida allí en flores y frutos de otras regiones; aquel paréntesis de amenidad, aquel escondite de Primavera, llámase la *Fuensanta del Valle*.

Poco después, espacióse algo el terreno por el mismo lado, gracias á una breve condescendencia de la *Sierra*, proporcionándosele por tal medio una bonita vega al lugar de *Dúrcal*, que, sin aquella circunstancia orográfica, probablemente habría sido fundado en otro sitio, ó no hubiera sido fundado en ninguna parte, resultando así un pueblo menos en el mundo.....

Pero *Dúrcal* existe donde existe, y nosotros íbamos á entrar en él; pues ya divisábamos su campanario á poquísima distancia; lo cual significaba que habíamos

andado otra legua y algunos metros más desde que salimos del Padul.

VI.

Ochenta años en seis kilómetros.

Durante aquellos seis kilómetros, habíamos tenido tiempo de hojear *ochenta años* de la Historia del Reino de Granada, ó sea desde la partida de BOABDIL para África hasta la sublevación de ABEN-HUMEYA..... ¡De ABEN-HUMEYA, cuya romántica sombra debía de aparecérsenos de un momento á otro en la situación más crítica y solemne de su tormentosa vida!

Habíamos visto, pues, á los REYES CATÓLICOS despedirse temporalmente de «su ciudad de Granada», dejando muy recomendado á las Autoridades (sobre todo la magnánima ISABEL) que fuesen *benévolas y generosas* con los muchos millares de Moros que se quedaban allí guarecidos bajo la fe de las Capitulaciones, y que constituían el esplendor y la riqueza de aquella comarca.

Habíamos repasado luego aquellas Capitulaciones (mediante las cuales entregó BOABDIL á sus súbditos), y en ellas habíamos visto que «D. FERNANDO V DE ARAGÓN y DOÑA ISABEL I DE CASTILLA *afianzaban á los islamitas completa seguridad de bienes y de haciendas, obligándose por sí,* Y Á NOMBRE DE SUS DESCENDIENTES, Á RESPETAR POR SIEMPRE JAMÁS LOS RITOS MUSULMANES, *sin quitar las Mezquitas y torres de Almuédanos, ni vedar los llamamientos ni sus oraciones, ni impedir que sus propios y rentas se aplicasen á la conservación del rito maho-*

metano», y estableciendo, además, que «*la justicia continuaria administrada entre Moros por jueces de su propia religión y con arreglo á sus leyes*»; que «*todos los efectos civiles relativos á herencias, casamientos, dotes, etc., permanecerian atemperados á sus usos y costumbres*»; que «*los Alfaquis seguirian difundiendo la instrucción en escuelas públicas y percibiendo las limosnas, dotaciones y rentas asignadas para ello*», y que « *las contestaciones y litigios entre cristianos y moros se decidirian por jueces de ambas partes....*»

Habíamos admirado después la sabiduría y la templanza con que el virtuoso Hernando de Talavera, primer Arzobispo de Granada, y el egregio Conde de Tendilla, su primer Capitán General, pusieron en práctica el pensamiento de la gran ISABEL, procurando atraerse á los Moros con afabilidad; reprimiendo las liviandades y las rapiñas de los aventureros advenedizos mezclados con los conquistadores; ejerciendo las obras de misericordia de la sublime doctrina cristiana con los enfermos, huérfanos y menesterosos de la población infiel; haciendo que el Clero aprendiese el árabe, en lugar de prohibir á los Moros el hablar su lengua [1], y enseñándoles á éstos el castellano, al par que los socorrían y consolaban en sus desdichas—todo lo cual dió naturalmente por fruto que los Musulmanes llegaran pronto á hacer una cariñosa confusión de ambas religiones, á querer entrañablemente al Conde de Tendilla y al Prelado Talavera, á permitir que éste bendijese sus mezquitas, y á llamarle el *Gran Alfaqui*, el *Santo entre los Santos*.

En seguida habíamos visto al rígido y vehemente

1 De aquí la *Gramática* y el *Diccionario* árabes, publicados entonces en Granada por Fr. Pedro Alcalá, y tan estimados hoy de los orientalistas.

Cardenal Cisneros, lleno de impaciencia por aprovechar aquellas buenas disposiciones, y ansioso de realizar de un golpe las altas miras de la Reina Católica, presentarse súbitamente en Granada con omnímodos poderes de sus Altezas; llevar á paso de carga la conversión de los Moros de la capital, y proceder á bautizarlos de grado ó por fuerza....., «siendo tantos (decían los historiadores) los que acudieron á fingir que renegaban, movidos por el temor, por la novelería, ó por adquirir el traje castellano que en el acto se les regalaba, que el Cardenal hubo de contentarse con «*agruparlos en pelotones, y rociar sobre ellos el agua bendita con un hisopo.....*»

Y, como si esto no fuera bastante, habíamos visto á continuación al mismo Cisneros, influído por el Inquisidor general Fr. Diego Deza, sucesor de Torquemada, hacer quemar en la plaza de Bibarambla más de un millón de manuscritos [1] sobre política y religión musulmanas, recogidos violentamente en las casas de los Moros, reservándose por fortuna aquel sabio Prelado los de ciencias naturales, matemáticas y medicina, para la Biblioteca de su amada villa de Alcalá de Henares.....

Estas injustificadas violaciones del tratado de 1492, perpetradas en vida de los mismos Reyes que lo habían suscrito (era el año de 1499), produjeron un terrible alzamiento en el Albaicín.

El caso principió de esta manera: Un Alguacil, llamado Barrionuevo, intentó obligar á una joven á que bajase á la ciudad á bautizarse; la joven gritó que ella era y quería ser mahometana; acudieron muchos Moros; el Alguacil, lejos de intimidarse, los insultó arrogantemente, amenazándoles con la cólera de Cisneros,

1 Mármol, *Rebelión de los Moriscos.*

y entonces los moros lo asesinaron, siendo su muerte la señal de la rebelión.

«*Barrearon las calles.....*» (dice el gran historiador Hurtado de Mendoza [1]).—«*Un grupo de sediciosos* (añade Lafuente Alcántara) *se dirigió á casa de Cisneros, que vivia en la Alcazaba, con propósito de asesinarlo; pero el Cardenal armó á sus criados, aspilleró su casa, y se defendió bravamente toda la noche.*»

Á la mañana siguiente, el Conde de Tendilla, que había deplorado, en unión de Fr. Hernando de Talavera, los despóticos procedimientos de Cisneros, aunque sin facultades para oponerse á aquel coloso, bajó de la Alhambra con tropas, se abrió paso entre la muchedumbre, y salvó al futuro conquistador de Orán.

En seguida se dirigió al Albaicín, á ver de sosegar á los rebeldes, para lo cual les envió delante su adarga, con un escudero, en señal de paz y amistad; pero los Moros, aunque mucho querían y veneraban al Conde, apedrearon la adarga, en señal de rompimiento.

Diez mortales días se pasaron en inútiles negociaciones, sin resolverse el generoso Tendilla á entrar á sangre y fuego el barrio amotinado, cuando toda la razón estaba de parte de los insurgentes, y sin que ellos pensasen tampoco en deponer las armas.

En tal situación, ocurrió una escena verdaderamente grandiosa, que recomiendo á los pintores.

El piadoso Arzobispo Talavera penetró solo, con una cruz en la mano, en la plaza principal del Albaicín, saltando las barricadas, sin previa señal de parlamento, y llenando de asombro á los musulmanes.....—Éstos vacilan al principio; luego se le acercan, humildes y afec-

1 «Barrear las calles» era lo que nosotros llamamos ahora «hacer barricadas.»

tuosos; le exponen sus agravios; escuchan sus consejos, y acaban por besarle la ropa.....—Entonces el Conde de Tendilla, á quien enteran de lo que ocurre, juega también el todo por el todo, entra en la plaza con una reducida escolta, y arroja su bonete de grana en medio de los enemigos.....—Ellos lo alzan, lo besan y se lo devuelven.....—Y la revuelta termina en nobles abrazos y afectuosas lágrimas.

No fué, sin embargo, estéril para la política de ISABEL aquella dulce victoria. El insigne Tendilla pactó allí mismo con los Moros que «*sólo quedarían con hacienda los que se hiciesen cristianos*»; que «*todos podrían conservar su hábito y lengua*», y que «*la Inquisición no se establecería en Granada en mucho tiempo*»;—en prenda de lo cual, y de sus benévolas intenciones, el CONDE dejóles en rehenes á su esposa y á sus dos hijos pequeños.

Como veis, entre este noble león y el de Tarifa hay poquísima diferencia.

¡Y cuánto dice también aquella sublime confianza en favor de la hidalguía y la lealtad de los Moros!

Todavía eran hombres.....—Pronto los convertimos en fieras.

. . . .

Entretanto, y desdichadamente para la paz, los cuarenta vecinos que constituyeron el Gobierno del Albaicín durante aquellos diez días habían huído á la *Alpujarra* y alzádola en armas, propagando luego el incendio de la rebelión por uno y otro lado de la costa.

No bien lo supo el REY CATÓLICO, acudió presuroso á Granada, censuró duramente los actos de Cisneros, aprobando la conducta de Fr. Hernando y de Tendilla; y, acompañado de éste, del Gran Capitán, de Pulgar, y de los entonces jovenzuelos Antonio de Leiva y Her-

nando de Alarcón, salió á campaña, y batió y sujetó á los rebeldes, no sin grandes trabajos y dolorosas pérdidas, sobre todo hacia la parte de Málaga y Ronda.

Por cierto que en una de estas expediciones fué en la que perdió tan heroicamente la vida el célebre don Alonso de Aguilar.

«El resultado de aquellas costosas revueltas (observa un escritor) fué provocar la ira de los cristianos, privar de fuerza moral á los que aconsejaban tolerancia, y empeñar á FERNANDO é ISABEL en la promulgación de las leyes que imponían á todos los Moros de España *la obligación de convertirse á la fe católica* ó trasladarse á Berbería.»

Los ismaelitas optaron por el primer extremo, al menos en apariencia; todos se declararon cristianos; y desde entonces empezó á llamárseles *Moriscos*, en vez de *Moros*.

Don Juan Valera, en una de las notas con que enriquece su celebrada traducción de la obra del alemán Schack, *Poesía y Arte de los Árabes en España y Sicilia*, dice á este propósito lo siguiente:

«Así puede hacerse más clara la distinción entre Mudéjares y Moriscos. Por Moriscos parece que deben entenderse los musulmanes que después de la conquista de Granada quedaron en España, convertidos de grado ó por fuerza al Catolicismo. Por Mudéjares, nombre más usado en la Edad Media, los musulmanes que en virtud de capitulación ó pacto se hicieron vasallos de los Reyes cristianos españoles, aunque conservando el derecho del libre ejercicio de su religión y culto, y de gobernarse por sus propias leyes.»

Los reinados de DOÑA JUANA y del EMPERADOR CARLOS V no alteraron la situación de las cosas. Los Moriscos vestían, unos á la oriental y otros á la usanza de Castilla; conservaban todas sus prácticas y costum-

bres, menos el culto externo al Profeta, y seguían adorando al Profeta en lo profundo de su hogar y de su alma.

Muchas veces, es cierto, se intentó por el Santo Oficio y Autoridades granadinas acabar de cristianizarlos y castellanizarlos; pero ellos encontraron siempre amparo y defensa, lo mismo en D. FELIPE *el Hermoso*, enemigo acérrimo de la Inquisición, que en el elevado espiritu del gran CARLOS.

«Cuando éste fué á Granada, «vinieron á él (dice Prudencio de San»doval en su ya mencionada Historia) D. Fernando Venegas, D. Miguel »de Aragón y Diego López Benajara, Caballeros Regidores de Granada »(los tres descendían de príncipes moros), y diéronle, en nombre de los »Moriscos de todo el Reino, un Memorial de agravios que recibían de los »clérigos, de los jueces, de los alguaciles y escribanos. El cual Memorial, »visto por el César, se escandalizó mucho de los cristianos que tal hacían. »Puesto el negocio y leído el Memorial en Consejo, fué acordado que se »enviasen visitadores para que supiesen de raíz la razón de aquellos »agravios, y también cómo vivían los Moriscos.—Fueron los visitadores »D. Gaspar de Avalos, Obispo de Guadix, el Dr. Quintana, el Canónigo »Pedro López y Fr. Antonio de Guevara. Anduvieron visitando el Reino, »y hallaron *ser muchos los agravios que se hacían á los Moriscos*, y, »junto con esto, que los Moriscos eran muy finos moros. Veintisiete años »había que eran bautizados, y no hallaron veintisiete de ellos que fuesen »cristianos, ni aun siete.»

El EMPERADOR contuvo á los perseguidores, y dictó algunas leyes para regularizar la situación de los perseguidos; mostrándose en todo tan benévolo con éstos, que, penetrados de gratitud los Moriscos, alzaron bandera en auxilio del CÉSAR y en contra de las Comunidades; formaron una legión de cuatro mil hombres, mandada por caudillos de su propia raza, y desbarataron á los Comuneros delante de los muros de Huéscar.....—¡Á los Comuneros, cuya causa era tan análoga á la suya!.....

Pero llega el reinado de FELIPE II, y los Moriscos, lo mismo que los Aragoneses y cuantos disfrutaban fueros y franquicias en toda España, principian á ser oprimidos de una manera insoportable.

Prohíbese á los primeros el uso de armas; se les veda tener esclavos negros; se les niega el derecho de asilo; se les exigen tributos especiales opuestos á los Tratados; los recaudadores los saquean; el clero los atropella; los soldados, no sólo los castigan á ellos, sino que injurian á sus mujeres cada vez que se acercan á sus casas en nombre de la ley, y «*más eran* (dice un historiador de aquel tiempo) *los delitos que ellos cometian, que los delincuentes que apresaban.*»

Irritados los Moriscos, buscan represalias, y se dan á robar y matar cristianos, sobre todo en los campos y pueblecillos, y de aquí aquellos espantosos *Monfíes* (salteadores) de la *Alpujarra* y de otras Serranías, tan pintorescamente retratados por nuestro popular novelista D. Manuel Fernández y González.—Los *Monfíes* fueron los precursores de los verdaderos *rebeldes* beligerantes, que poco tiempo después ganaban batallas en campo abierto á Capitanes renombrados en toda la Cristiandad.

A las fechorías de aquellos bandidos contestó FELIPE II, oida una junta de guerreros, abogados é inquisidores, tomando las resoluciones siguientes.....

Mas dejemos hablar al Tácito español, al severo y profundo Hurtado de Mendoza, contemporáneo de los hechos:

«El Rey (dice) les mandó dejar la habla morisca, y con ella el comercio y comunicación entre sí: quitóseles..... el hábito morisco, en que tenían empleado gran caudál; obligáronlos á vestir castellano con mucha costa, á que las mujeres trujesen los rostros descubiertos, y á que las casas, acostumbradas á estar cerradas, estuviesen abiertas; lo uno y lo otro tan grave de sufrir entre gente celosa..... Vedáronles el uso de los baños,

que eran su limpieza y entretenimiento..... Primero les habían prohibido la música, cantares, fiestas, bodas conforme á su costumbre, y cualesquier juntas de pasatiempo.»

Luis del Mármol, contemporáneo también de la Rebelión, y más prolijo y material, añade otros pormenores curiosísimos, extractados de documentos oficiales, que nunca dejó de tener á mano.

Resulta de ellos que se ordenó á los Moriscos que *no tomasen, tuviesen ni usasen nombres ni sobrenombres de moros;*—que *si los tenian, los dejasen luego;*—que *las mujeres no se alheñasen* (esto es, que no se acicalasen el rostro con polvos de alheña);—que *ninguno pudiese hablar, leer ni escribir en público ni en secreto en arábigo;*—que *entregasen todos los libros que estuviesen escritos en aquella lengua;*—que *no se hiciesen de nuevo marlotas, almalafas, calzas, ni otra suerte de vestido moro*, y, porque no se perdiesen del todo los trajes que estaban hechos, *que pudiesen usar durante un año los que fuesen de seda ó tuviesen seda en guarniciones, y dos años los que fuesen de paño solamente;*—que en los dias de las bodas, que habian de hacerse al uso cristiano, *tuviesen las puertas de las casas abiertas, y lo mesmo hiciesen los Viernes en la tarde* (el Viernes es para los islamitas lo que el Domingo para nosotros), *y que no hiciesen zambras ni leylas con instrumentos ni cantares moriscos, aunque en ellos no dijesen cosa alguna contra la Religión cristiana;*—que *en ningún tiempo usasen de baños artificiales;*—que *los que habia se derribasen luego*—y que *ninguna persona, de ningún estado y condición que fuese, pudiese usar de los tales baños ni en sus casas ni fuera de ellas.*

Para la ejecución de la Pragmática en que se mandaba todo esto, comisionó el Rey al licenciado D. Pedro Deza, del Consejo de la Inquisición, nombrándole Presidente de la Chancillería de Granada.....

Se adivinará, pues, sin esfuerzo lo que entonces aconteció.

Deza extremó cruelmente las órdenes de FELIPE II en la forma y manera de ejecutarlas, y los Moriscos, después de apurar todos los medios suplicatorios (en lo que les ayudaron muchos personajes cristianos descendientes de los grandes guerreros de ISABEL), vista la implacable firmeza del Rey, y desesperando ya de poder vivir donde nacieron, se resignaron á perecer en aras de su Dios y desagravio de sus ofensas; decretáronse aquella especie de indirecto suicidio que hay en el fondo de la temeridad de casi todos los regicidas; se abrazaron, como Sansón, á las columnas de sus hogares, para hundirlos sobre su cabeza y sobre la cabeza de sus opresores; resolvieron, en fin, *morir matando.....*; y matando murieron, como veremos después, sin que de ellos quedase en nuestra patria más que regueros de lágrimas y sangre, algunos nombres en la Historia, y daños y ruinas en el suelo.

Desde que los descendientes de Agar tomaron esta suprema determinación, cesaron sus quejas, sus motines y toda resistencia activa ó pasiva á los crecientes atentados de D. Pedro Deza y sus esbirros.—La Inquisición los creyó ya sojuzgados para siempre.

Pero el vulgo no se engañó respecto del verdadero significado de aquella repentina inmovilidad de los Moriscos.....

—«*En el Albaicín se trama alguna cosa.....*», decía el

popular en los barrios de los cristianos, con voz de lúgubre presentimiento.

Y así era efectivamente. Los Moriscos más principales, los más ricos mercaderes, los nietos de los Abencerrajes y de otras familias ilustres, conspiraban sin cesar, con la cautela y la astucia propias de la raza semítica. Viejos astrólogos leían á las gentes sencillas y fanáticas misteriosos *jofores*, ó sea profecías, de cercana libertad, en antiguos pergaminos librados de la quema del siglo anterior y de las pesquisas inquisitoriales. Conspirábase asimismo en la *Alpujarra* y en toda la *Costa*, y la nieve de la *Sierra* aparecía todas las mañanas señalada por la babucha de atrevidos, incógnitos emisarios, que habían cruzado durante la noche aquellas pavorosas alturas, llevando mensajes á los Monfíes alpujarreños, ó de éstos á los conjurados del Albaicín.

Al efecto de contarse y saber cuántos podrían empuñar las armas en un momento dado, inventaron el más ingenioso y pérfido artificio, cual fué aparentar que trataban de construir un Hospital de leprosos, *á exclusiva costa de gente morisca, como la más plagada por aquella terrible enfermedad*, y disponer, previo el oportuno permiso del Rey y de la Iglesia, que dos moriscos saliesen á recoger limosnas por todo el reino de Granada.—Éstos fueron formando circunstanciadas listas por pueblos y casas; y el número de *cuartos* que apuntaron como recibidos en cada hogar moruno, significaba, no la efectividad del donativo, sino el número de hombres de pelea que allí habían encontrado, á quienes dicho se está que se guardaron muy bien (salvo en casos especiales) de comunicar por entonces lo que se tramaba.

De este misterioso censo resultó que los Moriscos de armas tomar eran unos cuarenta y cinco mil.

En cuanto á las Autoridades cristianas, no sospe-

charon de manera alguna el uso que los pretendidos fundadores del Hospital habían hecho de la licencia obtenida.—«El Rey y el Prelado (dice con este motivo Hurtado de Mendoza) tenían más respeto á Dios que al peligro.»

Conocedores ya de su fuerza, y después de maduras deliberaciones, los conjurados del Albaicín creyeron llegado el caso de prevenir y armar toda la gente posible, para lo cual decidieron que «los casados descubriesen el plan á los casados, los viudos á los viudos, y los mancebos á los mancebos; pero á tiento, probando las voluntades y el secreto de cada uno.»

Finalmente, respecto de la época en que debía estallar la sublevación, acordaron «que fuese en la fuerza del Invierno, porque las noches largas les diesen tiempo para salir de la Montaña y llegar á Granada, y, á una necesidad, tornarse á recoger y ponerse en salvo.»

¡Qué gente, santo Dios! ¡Preferían el Invierno para pasar dos veces en una noche la *Sierra Nevada!*

«..... Gente suelta, plática en el campo, mostrada á sufrir calor, frío, sed, hambre; igualmente diligentes y animosos al acometer, prestos á desparcirse y juntarse.....; muchos en número, proveídos de vitualla; no tan faltos de armas que para los principios no les basten; y en lugar de las que no tienen, las piedras delante de los pies, que contra gente desarmada son armas bastantes.»

Así retrata á los Moriscos el historiador últimamente citado, ó, por decir mejor, así se retrataban ellos mismos....., pues las anteriores líneas son un extracto ó referencia que hace Mendoza de un discurso que el viejo, rico y noble D. Fernando *el Zaguer*, que otros llaman Aben-Xaguar, verdadero director de la conspiración, dirigió á sus correligionarios, exhortándolos á desechar todo miedo.

En suma: el día 1.º de Enero de 1569 era el día fijado para el alzamiento.

—«*A fin de año habrá mundo nuevo*.....»—decían los Moriscos públicamente con una expresión indefinible.

Y las Autoridades, que se enteraban de esto, lo atribuían á que en aquella fecha expiraban los últimos plazos de la terrible Pragmática, por lo respectivo á lengua, ropas y demás usos orientales.

El plan era que los jefes de los Monfíes de la *Alpujarra* y del *Valle*, esto es, el Daud, el Partal de Narila y el Nacoz de Nigüelas, con cuatro mil hombres escogidos entre los que ya campaban por su respeto en aquellas fragosidades, pasasen la *Sierra Nevada* durante la noche, entrasen en Granada por la cuenca del Darro, ganasen así fácilmente el Albaicín sin ser vistos, y sirvieran de núcleo á la rebelión de todos los Moriscos de la Ciudad y de la Vega.

Mas he aquí que, según acontece casi siempre en tales casos, el movimiento se anticipó y estuvo para fracasar, por culpa de personas dotadas de mejor voluntad que entendimiento... .—Así dirían ellos desde su punto de vista.

El día de Nochebuena por la mañana llegó al Albaicín, antes que á las Autoridades, la noticia de dos gravísimos atentados cometidos el día anterior en la *Alpujarra*, no ya por los Monfíes solamente, sino por gentes acomodadas y hasta entonces pacíficas; atentados cuya magnitud y arrogancia eran como una súbita revelación de que la tormenta estaba ya encima, ó como el primer bramido del terremoto.

Refirámoslo, ó, más bien, copiemos la relación que de ellos hace un historiador de aquel tiempo; pues no tiene letra de desperdicio;

«Acostumbraban cada año los alguaciles y escribanos de la Audiencia de UXIXAR de Albacete (que los más de ellos estaban casados en Granada) ir á tener las pasquas y las vacaciones con sus mujeres; y siempre llevaban de camino (de las alcarías por donde pasaban) gallinas, pollos, miel, fruta y dineros, que sacaban á los Moriscos como mejor podían. Y como saliesen el Martes veinte y dos dias del mes de Diciembre Juan Duarte y Pedro de Medina, y otros cinco escribanos y alguaciles de UXIXAR, con un Morisco por guía, y fuesen por los Lugares haciendo desórdenes, con la mesma libertad que si la tierra estuviese muy pacífica, llevándose las bestias de guía, unos Moriscos, cuyas eran, creyendo no las poder cobrar (más por la razón del levantamiento que aguardaban). acudieron á los Monfís, y rogaron al Partal y al Seniz de Verchul que saliesen á ellos con las cuadrillas y se las quitasen. Los cuales no fueron nada perezosos, y el Jueves en la tarde, veinte y tres dias del mismo mes, llegando los cristianos á una viña del termino de Poqueira, salieron á cortarles el camino y las vidas juntamente, sin considerar el inconveniente que de aquel hecho se podria seguir á su negocío; y, matando los seis de ellos, huyeron Pedro de Mediua y el Morisco, y fueron á dar rebato á Albacete de Órgiba; y demás de éstos, á la vuelta toparon con cinco escuderos de Motril, que también habían venido á llevar regalos para la pasqua, y los mataron y les tomaron los caballos.»

Como veis, el primer atentado no fué chico. Pues el segundo fué mucho más grande.—Escuchad:

«El mesmo día entraron en la Táa de Ferreira Diego de Herrera, capitán de la gente de Adra, y Juan Hurtado Docampo, su cuñado, vecino de Granada y Caballero del hábito de Santiago, con cincuenta soldados y una carga de arcabuces que llevaban para aquel presidio; y como fuesen haciendo las mesmas desórdenes que los escribanos y escuderos, los Monfís fueron avisados de ello, y determinaron de matarlos como á los demás, pareciéndoles que no era inconveniente anticiparse, pues estaban ya avisados todos y prevenidos para lo que se había de hacer. Con este acuerdo fueron á los Lugares de Soportújar y Cáñar (que son en lo de Órgiba), y, recogiendo la gente que pudieron, siguieron el rastro por donde iba el capitán Herrera; y, sabiendo que la siguiente noche habían de dormir en Cádiar, comunicaron con D. Hernando *el Zaguer* su negocio, y él les dió orden como los matasen, haciendo que cada vecino del lugar llevase á su casa un soldado por huésped; y, metiendo á media noche los Monfís en las casas, que se las tuvieron abiertas los huéspedes, los mataron todos uno á uno, que sólo tres soldados tuvieron lugar de huir la vuelta de Adra; y, juntamente con ellos, mataron á Mariblanca, ama del Beneficiado Juan de Rivera, y otros vecinos del lugar.

» Hecho esto, los vecinos de Cádiar se armaron con las armas que les tomaron, y enviando las mujeres y los bienes, muebles y ganados, con los viejos, á Jubiles, se fueron los mancebos la vuelta de Uxixar de Albacete con los Monfís; y D. Hernando *el Zaguer* y el Partal fueron á dar vuelta á los Lugares comarcanos para recoger gente.»

Hasta aquí el ameno cronista [1]. — Concluyamos nosotros ahora nuestro sucinto resumen de los hechos.

No bien se supo en el Albaicín lo acontecido en la *Alpujarra*, Farag Aben-Farag [2], riquísimo comerciante y tintorero de aquel barrio, descendiente de los Abencerrajes, y uno de los jefes de la conjuración, concibió y ejecutó un temerario proyecto, que no consultó ni con sus más íntimos amigos. Marchó á los inmediatos lugares de Cenes y Pinos-Genil; reclutó unos doscientos malhechores musulmanes; púsose á la cabeza de ellos, y dió la vuelta al Albaicín por excusados caminos, entrando en él á las doce de la noche del primer día de Pascua, sin que aquel turbión de gente fuese visto ni oído de los habitantes de la ciudad.

El son de atabales y dulzainas y los gritos de *¡Viva Mahoma!* sacaron de su sueño á los Moriscos, los cuales, considerando aquello una imprudencia que podía frustrar todos sus planes, guardáronse muy bien de salir á la calle, y aun de asomarse á las ventanas.....

Sólo un viejo musulmán sacó la cabeza por un ajimez, y preguntó á los alborotadores:

—«*¿Cuántos sois?*»

—«*¡Seis mil!*»—contestó enfáticamente el Farag.

—«*¡Sois pocos y venís presto!*»—replicó el anciano, cerrando de golpe el ajimez.

Entoces aquel audaz y ambicioso personaje, cuyo excesivo celo y feroces instintos habían de ser siempre funestos á la causa de los Moriscos, viendo que no adelantaban nada en el Albaicín, que se acercaba el día y

1 Luis de Mármol.

2 El Romanceador del Santo Oficio, Alonso del Castillo, le llama Aben-Farage; otros escriben Farax; pero su verdadero nombre era Farag. Así lo reconoce la propia Academia de la Historia, en la publicación del *Cartulario* del susodicho Romanceador.

que en la ciudad sonaban campanas y trompetas en señal de alarma de los cristianos, se marchó con su gente, tomó las faldas de la *Sierra* á media altura, y corrióse por ella en busca del *Valle de Lecrín*.

Cuando salió el sol, divisóseles desde Granada, caminando siempre á su vista, con pintados banderines y relucientes aceros, ganando cada vez puntos más escarpados de la cordillera—que la noche anterior se había nevado hasta los estribos.

Ya habían marchado en su persecución muchas tropas, al mando del Marqués de Mondéjar, Capitán General del reino, nieto y digno heredero de aquel buen Conde de Tendilla de quien tanto hemos hablado; pero los rebeldes llevaban mucha delantera é iban por un camino en que la Caballería era inútil, y lograron meterse al cabo en el *Valle de Lecrín* sin que el Marqués les diese alcance.

Una vez en el *Valle* los insurgentes, necesitábase nada menos que un ejército para poder atacarlos.

Aquella pobladísima tierra, llena de defensas naturales, era toda de Mahoma.....

Comprendiólo así Mondéjar, y regresó á la capital.

La guerra estaba planteada.

En cuanto á nosotros, recorríamos ya las calles de *Dúrcal*, al son irrisorio de la destemplada corneta del postillón ó delantero, asombrados de hallar tan pacíficos á los hombres y tan descuidadas á las mujeres, como si no acabaran de pasar por allí Farag Aben-Farag y

sus doscientos moriscos levantando en armas todo el *Valle*...

Y era que, al cerrar nosotros los libros, habían transcurrido de pronto trescientos años, dos meses y veinte dias.

VII.

Dúrcal.—El dia de San José.—La Madre de Andalucía.—Una emboscada.—*Talará* y *Chite*.—Panorama del *Valle*.

En *Dúrcal*, lugar de 2.266 habitantes, no se detiene la Diligencia, ó á lo menos no se detuvo el año pasado; pero, asi y todo, pudimos hacer algunas observaciones.

Una de ellas fué que, con motivo de estar situado el pueblo en terreno mucho más bajo que el *Padul*, no sólo era alegre como aquella villa, sino risueño, animado, bullicioso.—El Padul nos habia ofrecido la serena placidez de la montaña: *Dúrcal* nos ofrecía el gracioso júbilo del llano.

Quizás consistiría también aquel aumento de regocijo en que era un poco más tarde; en que hacía menos frío que allá arriba; en que todo el mundo habría ya almorzado en *Dúrcal*, antes ó después de Misa Mayor, y en la propia solemnidad especial de esta Misa.—Recuérdese que era día de San José..... Los Pepes y Pepas del lugar (que de seguro serán innumerables), y sus parientes, compadres y otras cosas, no tenían, pues, ya que pensar más que en pasearse ó en jugar á las cartas hasta la hora de comer, y en preparar los bailes para aquella tarde y aquella noche..... ¡Con lo que pasaría el

día de San José de 1872, como habían pasado tantos desde 1568; y aquellos honrados labradores volverían á la otra mañana á sus acostumbradas faenas, y luego seguirían así más ó menos años, devanando cada cual la madeja de su vida, hasta que uno por uno fuesen desapareciendo todos bajo la muda tierra, con el ovillo de su historia debajo del brazo, sin que por eso mermase nunca la población — gracias esto último á los continuos zagalones que irían ascendiendo entretanto á padres de familias y ocupando las vacantes de los muertos!

. . . .

No de otra manera nosotros habíamos pasado por *Dúrcal* sin detenernos, y salido ya otra vez al campo, cuya pacífica soledad tornó á sonreirnos como una patria recobrada.

Tal sonreirán también las primeras calles al prisionero puesto en libertad — y los primeros astros al alma que va de la tierra al cielo.

Quedamos en que habíamos salido de Dúrcal.

Caminábamos, por consiguiente, hacia *Talará* (distante de allí una legua), bajando y subiendo lomas, pero siempre bajando mucho más que subíamos, y sin salir nunca de la gran cavidad general del *Valle de Lecrín.*

Sierra Nevada, nuestro constante espectáculo de la izquierda, se embellecía cada vez más, y volvía á acer-

cársenos para que la admiráramos mejor...... — ¡Digna era por cierto de ser vista en aquel punto, y eso que sólo se nos presentaba de perfil; eso que aquél era aún, como si dijéramos, su aspecto exterior; eso que no podíamos distinguir todavía ni su espléndido desenvolvimiento meridional ni sus gigantescas cumbres!

Éstas quedaban ocultas detrás de la eminencia secundaria de Cerro-Caballo, y á su pie se deslizaba el camino..... — Pero aquel cerro, parte integrante de la cordillera, nos enseñaba ya amenísimos barrancos, cuya verde frondosidad estaba como recogida con púdico recelo en las tajeas cavadas por los torrentes, contrastando aquellos oasis de abrigada y húmeda vegetación con las tersas moles de granito y de pizarras de una y otra ladera.—Doquier fluía el agua; doquier exudaba la próvida Atlántide la rica savia de sus venas; doquier jugueteaban arroyos, cascadas y riachuelos, dioses menores dedicados á distribuir las mercedes de aquella olímpica deidad, reina y señora de las nubes y mediadora poderosa entre los cielos y la tierra!.....

—«*¡Oh madre!*»..... — exclamé entonces, agradecido á tantos bienes como le prodiga á Andalucía aquella arca santa de fecundidad, alzada sobre todos sus valles y llanuras.....—«*¡Oh madre!*»..... — exclamo también ahora. — Y no digo más, porque considero que, para celebrar las virtudes de una Sierra, basta con semejante invocación, sobre todo después de haber cantado Píndaro: — «*¡Alto don es el agua!*.....» etcétera, etc.

Por otra parte, creo conveniente reservar algunas lisonjas poéticas para cuando departa mano á mano con el mismísimo cerro de *Mulhacem*, desde los supernos escabeles de su trono.

. . . .

Á un cuarto de legua de Dúrcal, pasamos sobre el río *Torrente*, con el cual ya se había unido el *Pleito*, nacidos ambos cerca de aquellos barrancos misteriosos de que acabábamos de enamorarnos.....

Entre el origen del río *Torrente* y el del *Dilar*, que brota al otro lado del mismo monte, sólo median algunos centenares de metros, y, sin embargo, estos dos camaradas de la infancia, hijos acaso de un mismo venero, no vuelven á verse ni aproximarse nunca, recorren comarcas contrapuestas, y cada uno va á morir á un mar distinto: el *Torrente* en el Mediterráneo, y el *Dilar* en el Océano; el primero por Motril, confundido con el Guadalfeo, y el segundo por Sanlúcar de Barrameda, revuelto con el Guadalquivir.—¡Así se bifurcan también los destinos humanos....., etc., etc., etc.!

En fin: cerca ya de *Talará*, cuyas campanas empezaron á decirnos con inocentes voces que allí había *otro día de San José*, cruzamos un arroyo que fluye al pie de una cuesta.....

Entre aquella cuesta y aquel arroyo aconteció una de las más horrorosas matanzas de la guerra que hemos dejado planteada por el Farag.—«*Hoy se ven blanquear los huesos no lejos del camino*», escribía D. Diego Hurtado de Mendoza tres años después.....

Fué el caso que el Nacoz de Nigüelas, terrible cabecilla de Monfíes, entendió que debía pasar por allí un convoy de vituallas con destino á Órgiva, protegido por doscientos cincuenta soldados, al mando de un Alférez llamado Moriz, «*hidalgo, pero poco proveído y muy libre*», dice el mismo historiador. Las atalayas moras avisaron oportunamente la salida de aquella fuerza, compuesta por cierto de extremeños, y el Nacoz apostó trescientos arcabuceros y ballesteros, parte en el lecho del arroyo y parte en las primeras casas del lugar, con orden de

permanecer todos ocultos. Dejó pasar á los cristianos la primera emboscada, y, cuando los tuvo cogidos entre dos fuegos, los acometió á un tiempo de frente y por retaguardia, trabándose una espantosa refriega.....

«Peleóse en una y otra parte (concluye el buen D. Diego); pero fueron rotos los nuestros, y murieron todos; con ellos el Alférez, por no reconocer; y aun dice que borracho, más de confianza que de vino.»

Bajo la impresión de este lúgubre recuerdo, entramos en *Talará*, lugar tan gozoso como su nombre, que, según véis, se canta sólo.....

Tampoco se detuvo la diligencia en *Talará*, cuyas 1.007 almas (refiérome al *Nomenclátor*), con sus correspondientes cuerpos, están repartidas entre aquel lugar y otro pueblecillo de setenta y seis casas, anejo suyo, distante de él media legua, y denominado *Chite*.—¡Diríase que este nombre le manda callar al otro!

Pero *Talará* no callaba por eso, sino que, entre el repique de las campanas, el cacarear de las gallinas—que en aquella estación alborotan mucho de diez á doce de la mañana (eran las once y media)—las alegres voces de los muchachos y el vibrante martilleo del herrador, formaba en la serena atmósfera una especie de *inarmónico concierto*, no desprovisto, sin embargo, de cierta melodía moral para las finas orejas del espíritu.

Lo que no se oía era ninguna copla, á pesar de ser tan aficionados á cantarlas todos los andaluces.....—¡Estábamos en *Semana de Pasión!*.....;—de lo cual no nos habíamos acordado en Dúrcal al suponer que los Pepes y Pe-

pas pudieran bailar aquella tarde ó aquella noche.....—Cantaban, pues, únicamente los canarios y colorines enjaulados á la puerta ó en los balcones de algunas casas;—á la puerta, si la casa era de planta campesina, y en los balcones, entre verdes macetas, si era de más señoril construcción.....

De cualquier modo, las mujeres, vestidas y peinadas con el esmero propio de un día tan clasico, hallábanse al lado de los pájaros y de las macetas, mientras que los hombres, todos armados de bastones de estoque, ó de palos de diversos calibres, entraban y salían, paseaban por las calles, ó conferenciaban en el tranco de algún establecimiento público.....—¡Ah! el hombre ama poco la casa: el hombre vaga, bulle, milita, propende á escaparse continuamente....., mientras que la mujer es la piedra fija del hogar.—Si no hubiera mujeres *propias*, no habría ciudades, villas ni aldeas: á lo sumo, habría campamentos.....—La taberna, el café, el casino, el club, el círculo comprueban mi tesis.

Cuando hacíamos estas reflexiones tan edificantes estábamos ya fuera de *Talará*, que supongo no nos honraría con un recuerdo tan duradero como el que yo he guardado de nuestro tránsito por su calle Mayor, Real, ó como se llame.—¡Lo que sí me atrevo á apostar es que la atención y las conjeturas de que son objeto, durante algunos minutos, en aquel pueblo y en todos los de carretera, cuantos viajeros los atraviesan en coche ó á caballo, no ceden en viveza y fantaseadora inventiva á las composiciones de *lugar* que íbamos nosotros haciendo por los *lugares* del *Valle!*.....

Porque lo desconocido será siempre el reino de la poesía; y *el* desconocido, ó *la* desconocida, nunca dejará de tener aires de protagonista de drama.....—¡Perdonen las susodichas *mujeres propias* la ferocidad con que les

4



doy esta noticia, que tampoco deben olvidar los *hombres propios!*

Por *Chite* no pasamos. *Chite* no está en la carretera. Esta circunstancia constituye todo un mundo moral y social de diferencia entre *Talará* y su anejo. ¡En *Chite* será posible ignorar lo que pasa en el globo, será posible la incomunicación, serán posibles la inocencia, la fe, la paz, la tranquilidad y su ventura!.....

Y por eso se llamará *¡Chite!*.....; sinónimo de *¡silencio!*

Pero ¡ah! ¡delirio! ¡ilusión! ¡pura broma es esto que digo! ¡La ventura, la tranquilidad, la paz, la fe y la inocencia no están ya de resto en el fondo de los campos! En la aldea más escondida ha penetrado un vientecillo glacial que viene de los desiertos del ateismo, y que seca en el alma de los más zafios labriegos y de los pastores más incultos y solitarios aquellas santas y modestas flores (la humildad, la paciencia y la esperanza) que perfumaban antes las asperezas de su vida: de donde vemos ahora que todos los pobres están tristes, huraños y como rencorosos, y que han perdido toda benevolencia, todo respeto, todo temor, todo lazo interno con el fatal é irremediable organismo de la sociedad humana.....

¡Tanto peor para *Chite*, y también para las grandes metrópolis, impulsoras de ese soplo de muerte;—pues en el pecado llevarán la penitencia!

Pero, dejémonos de elegías, y continuemos nuestra relación.

Al salir nosotros de *Talará*, la *Sierra* giró bruscamente hacia Levante.....

Era que había concluído su flanco; era que ya estábamos al otro lado de ella.

Sin embargo lo muy bajo del camino que seguíamos, y la interposición de algunas lomas, nos estorbaban para todavía ver la cara austral de la cautelosa Cordillera y el horizonte de la *Alpujarra*.....

El camino dió luego la misma vuelta que la *Sierra;* más, antes de darla, pasó, y de consiguiente nosotros también pasamos, por un dilatado mirador natural, desde el que vimos al descubierto toda la extensión del *Valle de Lecrín,* cuya cuenca, á partir de aquel punto, se extiende hacia Levante.....

Largo rato hacía que no nos habíamos asomado á la ventanilla que miraba al *Valle,* por atender exclusivamente á la montañosa decoración del otro lado, ó á los pueblecillos en que se había ido metiendo la Diligencia como Pedro por su casa; y á fe que hubimos de holgarnos de ello en tal momento, puesto que así fué mayor nuestro asombro al considerar de golpe toda la magnificencia á que había llegado aquella feracísima comarca.

Tratábase ya de una elipse de muchas leguas, de irregular perímetro, circuída de cerros de diversos colores, y cuajada toda ella de arbolado, viñas, praderas, cortijos, lugares y riachuelos.—¡Se diría que era la Vega de Granada, reapareciendo á nuestros ojos, no tan extensa, y rizada por colinas y collados; pero igual en vegetación y hermosura!.....

—¡Oh! ¡Bien hicieron nuestros abuelos los Moros en denominar á aquel valle el *Valle de la Alegría!*

En medio de él veíamos un pueblo, casi tapado por un bosque de frutales en flor, y de naranjos y limoneros cargados de fruto.....—¡Más que un pueblo del mapa parecía un huerto oriental, un nido paradisíaco ó un verjel mitológico; el sitio de recreo de un príncipe de las *Mil y una noches* ó la isla sagrada de una diosa del Olimpo!.....—Era *Pinos del Rey*, ó *Pinos del Valle* (que

de los dos modos se llama)—por donde no habíamos de pasar de manera alguna, ¡aunque sólo distaríamos de él un kilómetro!.....

¡Ah! Las carreteras son implacables....., cuando se viaja en coche.—¡Por eso deseábamos tanto que trascurriese una hora, á fin de montar á caballo y campar por nuestro respeto!

Al Sur del *Valle*, los montes que lo cierran se deprimían ya un poco, franqueando á la vista un cielo de infinita lontananza, cuya diafanidad luminosa tenía un encanto indescriptible.....—¡Era el cielo del mar!

El mar mismo, aunque sólo distaba de allí cuatro leguas escasas, no podía descubrirse todavía.....—Estábamos en terreno muy bajo.....—¡Pero no debía de ponerse el sol aquella tarde sin que viéramos azulear á lo lejos la llanura del Mediterráneo!.....—Y no porque hubiésemos de acercarnos aun más á la Costa en el resto del día..... (no: ya caminaríamos siempre á Levante hasta llegar á Órgiva); sino porque mientras la Diligencia bajara luego sin nosotros á la orilla del mar, nosotros estaríamos subiendo las primeras cuestas de la *Alpujarra*.

Pero volvamos al punto por donde íbamos.

Ya habíamos dejado á nuestra izquierda (sin divisarlo, aunque no distaba de nosotros tres mil metros) el lugar de *Mondújar*, todo escondido en un pliegue de la *Sierra*, y en el cual pasó sus últimos años y expiró, tan amargado como referimos, el viejo Rey MULEY HACEM, el misántropo después de muerto [1].....

Finalmente: delante de nosotros habia aparecido un pueblo de pintoresca perspectiva, situado en una posición deliciosa, defendido por los vientos de Norte por

1 Algunos historiadores dicen que murió en *Salobreña*.

un disforme cerro, llamado *Mataute*, y rodeado también de todo género de árboles floridos.....

¡Era *Bèznar*!

VIII.

Tres leguas en tres minutos.—Una mañana de nieve.—Una espada y una daga.—Quién era D. Fernando de Válor.

¡Bèznar!.....—Para explicar estas admiraciones ortográficas tengo que recordaros algunas escenas históricas, tan interesantes y tan nimiamente conservadas por los cronistas, que, más que historia, parecen capítulos de una novela de Walter Scott.

Yo no inventaré cosa alguna, ni en este ni en ningún caso. Los escritores de la época me dan todo el trabajo hecho..... Mi único oficio será elegir, cuando sus versiones no concuerden, la que me parezca más verosímil.

Conque empecemos por retroceder tres leguas en el camino que acabamos de andar.

La mañana del 24 de Diciembre de 1568 (día de Nochebuena, y además viernes; esto es, festividad á un tiempo para Cristianos y Musulmanes), sería cosa de las ocho ú ocho y media cuando penetraron en el

Valle de Lecrin, viniendo de Granada, tres singularísimos viajeros, cuya mayor singularidad consistía en el mero hecho de viajar juntos; pues éranse que se eran un caballero cristiano, una mujer morisca y un esclavo negro.

La noche anterior había nevado mucho, y el cielo amenazaba nevar más. Cerros, valle, laderas, todo estaba igualmente blanco, sin que la nieve del camino mostrase huellas de que nadie hubiera transitado todavía por él aquella mañana.

Las tres indicadas personas iban, á la sazón, cuesta abajo. El Caballero se había apeado y llevaba el caballo del diestro. La Morisca seguía á caballo. El Esclavo marchaba un poco detrás.

Al Caballero nos lo retrata del siguiente modo el historiador Ginés Pérez de Hita:

«..... Era mancebo de veintidós años. Era de poca barba, de color moreno, verdinegro, cejijunto, los ojos negros, grandes; gentil hombre de cuerpo: mostraba en su talle y garbo ser de Real sangre, como era verdad que lo era: tenía los pensamientos reales, procedía realmente; era de todos los moros granadinos muy estimado y respetado: era Veinticuatro de Granada.—Doy señas de él porque le vi, vestido de luto, en compañía de los demás Veinticuatros, en las honras de la Serenísima Reina Doña Isabel de la Paz, mujer de nuestro Católico Rey D. Felipe Segundo; y entonces supe quién era y cómo se llamaba.»

De la Morisca sólo dice la Historia que aquel viajero «*la traia por amiga*» (es la frase de Mármol); esto es, que era «*su querida*», como en lenguaje más moderno manifiesta Lafuente Alcántara.

Estos y otros historiadores convienen además en cuanto hemos indicado; es á saber, en que los dos amantes iban solos en el momento á que nos referimos; en que él llevaba su caballo del diestro, y en que el sclavo los seguía respetuosamente.....

No sería, pues, muy aventurado de nuestra parte su-

poner que la Mahometana tenía hechicero el rostro, y que el joven Regidor granadino marchaba pegado á los pies de la caballera beldad, con una mano apoyada en sus rodillas, mientras que ella se inclinaba dulcemente para mejor mirarse en los ojos de su raptor ó robado, y escuchar sus lisonjeras pláticas.—Tal es al menos la postura académica en semejantes casos.

Pero caminaran así ó menos amarteladamente, ello fué (volviendo á lo histórico) que en aquel punto y hora, al torcer una revuelta del camino, se encontraron de manos á boca con un hombre, jinete en mal pergeñada mula, que subía á todo correr la nevada cuesta que ellos bajaban.....

Este hombre, que tenía trazas de eclesiástico, aunque no llevaba ropa de tal, iba sumamente azorado y descompuesto, mirando atrás con angustia, como quien teme ser perseguido.

Ver y reconocer á nuestro caballero fué en él una misma cosa; por lo que principió á gritar inmediatamente:

—¡Alto! ¡Alto, Sr. D. FERNANDO! ¡No siga adelante vuestra señoría! ¡Vuélvase á Granada!.....

El llamado D. FERNANDO lo reconoció al mismo tiempo, y le dijo tranquilamente, avanzando todavía algunos pasos:

—¡Hola, Sr. Beneficiado! ¿Qué diantres le ocurre á vuestra merced?

Y, volviéndose á su amiga, que había hecho alto, añadió:

—Es el Beneficiado de *Bèznar*.

La Morisca se sonrió levemente.

—¡Nada! ¡Nada, Sr. D. FERNANDO! (continuó el Sacerdote, parando su mula). Monte vuestra señoría á caballo, y vámonos á Granada. Fuera gran imprudencia

que vuestra señoría diese un paso más por este camino. Los Monfíes han levantado en armas toda la *Alpujarra*, y vienen ya sublevando los pueblos del *Valle*.....

Al oir estas nuevas, estremecióse convulsivamente el joven, y volvió la cara hacia la Morisca, que se había puesto pálida como una difunta.

Dos miradas fulmíneas se cruzaron entre los ojos de él y los de ella, mientras que el Beneficiado continuaba:

—¡Sí, señor! ¡sí, señora! Hay sobrado motivo para asustarse. ¡Esta es la fin del mundo!—Los Monfíes lo entran todo á sangre y fuego..... Se cuentan horribles asesinatos cometidos ayer hasta en Ministros del altar..... ¡Por misericordia de Dios he podido yo escapar de *Bèznar!*—¡Á caballo, á caballo, Sr. D. FERNANDO, y huyamos de esos foragidos!

Cuando el Clérigo pronunciaba estas últimas palabras, ya estaba el mancebo sobre la silla, en la cual hacía, por cierto, la más gallarda figura. Alargó entonces la mano al fugitivo, sonriéndole afablemente, y le dijo con pasmosa naturalidad:

—Muchas gracias, Sr. Beneficiado.—Que vuestra merced lleve buen viaje.

Y echó á andar por la cuesta abajo, asegurándose en los estribos é igualando y tanteando las riendas, como quien se dispone á correr con gana.

La Morisca y el esclavo salieron detrás de él.

—Pero ¿á dónde va vuestra señoría por ahí?—preguntó, lleno de asombro, el pobre Beneficiado de *Bèznar*.

—¡Á *Bèznar!*—contestó D. FERNANDO, picando ya espuelas y partiendo como una exhalación.....

—¡Ave María Purísima!—repuso el buen padre de almas, santiguándose devotamente y golpeando con los talones los ijares de su mula.

Dos horas después, este Beneficiado—célebre, aunque sin nombre ni apellido—refería en Granada la anterior escena, que por él llegó á conocimiento de la Historia.

Pero por mucho que aprieten á los caballos D. FERNANDO y su compañía (con quienes nos proponemos entrar en *Bèznar*), han de tardar algunos momentos en darnos alcance.....

Y digo *algunos momentos* solamente, porque, cuando se han empleado *ochenta años en seis kilómetros*, como nosotros los empleamos desde el Padul á Dúrcal, nada tendrá de extraordinario que, por la inversa, una cabalgadura recorra ahora diez y siete kilómetros en tres minutos.

Aprovechemos, pues, este tiempo en referir otra escena que le había ocurrido el día anterior en Granada á aquel mismo apuesto joven; por donde vendremos en conocimiento de toda la importancia del al parecer sencillo hecho que acabamos de relatar.

D. FERNANDO DE VÁLOR (que así se llamaba el amante de la Morisca), Señor de *Válor*—lugar de la *Alpujarra*—era, según acabamos de ver, uno de los *Veinticuatro* Regidores perpetuos del Ayuntamiento de Granada, ó Caballero *Veintiquatro*, que se decía entonces; cargo elevadísimo, propio de magnates de esclarecida alcurnia, y hereditario como un vínculo, aunque también alienable, dadas ciertas calidades en el comprador.

D. FERNANDO había heredado la Veinticuatría de su

padre D. ANTONIO, ó, más bien, de su abuelo D. HERNANDO, pues su padre, que aun vivía, lo que había hecho era cedérsela..... por las razones que expondremos en otro lugar.....

Pero no: expongámoslas ahora mismo, que hacen más al caso.

D. ANTONIO DE VÁLOR Y CÓRDOBA, caballero ilustre y rico, de arrebatado carácter y animoso corazón, creyéndose un día insultado en Ayuntamiento por otro Concejal que discutía con él sobre los negocios públicos, echó mano á la espada para vengar su agravio dentro del mismo Cabildo, cosa que no le fué dado llegar á hacer, pues lo sujetaron y desarmaron sus compañeros.

Pero aquella mera tentativa, aquel simple desacato, bastó para que lo procesasen con todo rigor, y lo condenasen nada menos que á galeras; de lo cual dedujo la opinión que sus enemigos y los tribunales se habían aprovechado de aquella ligera falta, como de un pretexto, para satisfacer á poca costa otros rencores particulares, religiosos y políticos que se abrigaban contra el D. ANTONIO, hombre tan popular como temido, que pasaba por desafecto á Su Majestad el Rey y por adversario de la Santa Inquisición.

Hallábase, pues, el buen caballero, en la época á que nos referimos, encerrado en la Cárcel Alta de Granada (*«á falta de galeras»*, dice un historiador), mientras que su hijo, por cesión suya, ejercía el cargo de Concejal en aquel mismo Ayuntamiento que tan contrario acababa de mostrarse al apellido de VÁLOR.

Mas no era esto lo único que (según el runrún de

las gentes) hacía nuestro D. FERNANDO en lugar y representación de su animoso padre.....

Desde que D. ANTONIO DE VÁLOR Y CÓRDOBA fué con tal sevicia castigado, empezaron á amanecer en las calles de la capital, cosidos á puñaladas y muertos, hoy uno, mañana otro, casi todos aquellos de sus enemigos que se habían erigido en sus jueces.....; y el rumor público, siquier en voz muy baja, atribuyó desde luego aquellos asesinatos misteriosos al joven señor de VÁLOR, más temido y popular todavía que su mismo padre.

Yo no sé si esta sospecha sería fundada. La Historia no ha conseguido averiguar lo cierto. Paso, por consiguiente, sobre el particular como sobre ascuas, y vuelvo á mi otra relación.

La víspera del precitado día de Nochebuena, cuando más preocupados se hallaban los cristianos viejos de Granada con las fechorías de los Monfíes alpujarreños y el sospechoso marasmo de los moriscos del Albaicín, D. FERNANDO entró en la Casa Ayuntamiento, armado de espada y daga, como entonces era uso entre los nobles.

Hasta aquí no hay nada que decir, pues sobre la calidad de D. FERNANDO no cabía duda; pero era el caso que, desde el lance ocurrido con su padre, se había establecido en toda España que los *Veintiquatros* dejasen sus armas en poder de los porteros antes de penetrar en las Salas Consistoriales, y el joven, fuera por distracción, fuera deliberadamente, sólo se desciñó aquel día la espada, conservando la daga á la cintura, y de este modo se presentó en Cabildo.

«Un Caballero Veintiquatro, Alguacil Mayor perpetuo de Granada, llamado D. Pedro Maza (cuenta el hisioriador Ginés Pérez de Hita, aquel mismo que ya nos ha retratado á D. FERNANDO, por haberlo conocido personalmente), viendo que D. FERNANDO DE VÁLOR había dejado la espada y no la daga, le dijo:

—»Sr. D. FERNANDO: mal lo hace vuestra merced, no dejar la daga con la espada, como lo hacen los demás Caballeros.

»DON FERNANDO le replicó, diciendo:

—»Por cierto, Sr. D. Pedro, que, no advertido en ello, no lo he hecho; mas muy poco importa que yo entre con daga en el Ayuntamiento, pues de mí no hay que recelar, especialmente siendo tal Caballero, que bien podría entrar con espada y daga.

—»No niego eso—dijo D. Pedro—que ya se sabe que, por ser tal, tiene vuestra merced y sus pasados privilegio Real para poder llevar armas y traellas en partes vedadas y no vedadas; mas muy bien sabe vuestra merced que es uso y costumbre en todos los Reinos y Señoríos de Su Majestad que ningún Caballero, por delantero que sea, puede meter ningún género de armas en la Sala del Ayuntamiento: y así no es junsto que vuestra merced las meta, pues hay otros tan buenos como vuestra merced, y no las meten.

»A estas palabras se indignó D. FERNANDO mucho contra D. Pedro, y le dijo:

—»Ninguno hay que sea tan bueno como yo, ni que con más libertad las pueda meter en cualquiera parte.

»Don Pedro se enojó mucho con esto que D. FERNANDO le dijo, y atreviéndose á su oficio de Alguacil Mayor, le dijo á D. FERNANDO:

—»Pues, por el oficio que tengo, debo de derecho quitarle la daga, que no puede tenerla en la cinta sin tener la espada; y le tengo de hacer por ello denunciación.

»Y diciendo esto, se llegó á D. FERNANDO y le quitó la daga de la cinta.

»DON FERNANDO, ardiendo en ira, viendo que por ser Alguacil no se la podía defender, se la dejó tomar, diciendo:

—»Vos lo habéis hecho como villano, y juro por la Real Corona de mis pasados, de quien soy digno, que yo tome tal venganza de vos, que mi agravio quede bien satisfecho, y aun de algunos que han consentido que la daga se me quite.....

»El Corregidor que oyó estas palabras, mandó que lo prendiesen; mas D. FERNANDO con gran presteza, por no ser preso, salió de la Sala y fué donde estaba su espada, y, tomándola, sacándola de la vaina, les dijo á los porteros, que le querían prender, que se tuviesen, si no, que los mataría.

»El Alguacil Mayor le quiso echar mano; mas no lo pudo hacer, porque D. FERNANDO, como era mozo muy suelto, se desvió afuera, y tomando la escalera, que era llana y ancha, en sólo dos brincos la salvó toda.

»Llegado al zaguán, halló su caballo, que lo tenían sus criados aprestado, y, sin poner el pie en el estribo, se puso en la silla, y, apretándole las piernas, salió de las Casas del Cabildo con tanta presteza como un rayo; de tal forma, que D. Pedro ni los porteros y otros alguaciles que allí había pudieron tener derecho dél.

»Sus criados, visto el alboroto, y que no podían seguir á su señor, se metieron en la Capilla Real, que está muy cerca de las Casas del Cabildo.....

»..... Se presume que D. FERNANDO DE VÁLOR estaba en la conjuración del levantamiento del Reino, por haber ido aquel día al Ayuntamiento á caballo y por haber querido entrar con la daga, para por ello tener aquella ocasión de salirse de Granada.....»

Hasta aquí Pérez de Hita.

De lo que cuentan los demás historiadores se deduce que D. FERNANDO pasó aquella noche escondido en una almazara de la Vega, á donde fueron á juntársele la Morisca y el Esclavo, saliendo al amanecer del día siguiente para el *Valle de Lecrin*, á cuya entrada lo hemos visto desatender bravamente el medroso consejo del Beneficiado de *Béznar*.

Pero á todo esto no sabemos todavía á punto fijo quién era D. FERNANDO DE VÁLOR, ni qué significaba aquello de «*la Corona Real de sus pasados*», ni de dónde provenían su popularidad y el temor que inspiraba á las autoridades granadinas.

Sepámoslo todo de una vez.

DON FERNANDO DE VÁLOR, á quien los Moriscos del Albaicín llamaban D. FERNANDO MULEY (*Muley* es una especie de tratamiento árabe que vale tanto como *señor*, ó más bien *monseñor*, y que sólo se da á los príncipes Reales), era á la sazón, según el grave Hurtado de Mendoza, «*un mancebo rico de rentas, callado y ofendido*»; —«*un mozo pródigo y liviano*», según el complaciente Mármol—y «*un joven de notoria resolución y firmeza y eminentes cualidades para constituirse cabeza de la rebelión*», según el concienzudo Lafuente Alcántara—el cual dice también que «su familiaridad con los jóvenes más livianos de Granada, su lujo, sus prodigalidades y

sus obsequios á una morisca de quien estaba enamorado, habían consumido sus rentas cuantiosas y obligádole á contraer deudas.»—Finalmente, este mismo escritor compilador discretísimo de casi todos los cronistas árabes y cristianos del reino de Granada, termina el retrato del personaje con que andamos á vueltas, poniéndole la siguiente nota:—«Su carácter es altamente interesante, á pesar de los duros epítetos con que lo han calificado los historiadores contemporáneos suyos. Sus aventuras y sus hazañas, porque también las realizó, se han presentado de una manera poética por Ginés Pérez de Hita.»

Despréndese de todo lo apuntado, que D. FERNANDO DE VÁLOR era exteriormente, en la alta sociedad granadina, ni más ni menos que lo que, antes y después de él, han sido en todas partes los jóvenes de moda y calaveras de buen tono, mixtos de próceres y de políticos: lo que Alcibiades en Grecia; lo que el adolescente César en Roma; lo que Byron en Londres y en Italia: un escándalo, una esperanza, un escollo y un ídolo juntamente, así para los buenos como para los malos, así para las mujeres como para los hombres, así para la moral como para la patria.....—Si además de esto, subrepticiamente, nuestro protagonista asesinaba ó mandaba asesinar á los farisaicos perseguidores de su padre, ¡cuenta es esa que habría que abrirle por separado, y que sólo Dios, sabedor de la verdad, podrá ajustarle en definitiva!

En fin—y aquí entra lo más interesante—D. FERNANDO DE VÁLOR era nieto, como hemos dicho, de D. HERNANDO DE VÁLOR, contemporáneo de la conquista de Granada, el cual, al hacerse bautizar entonces con este nombre, trocó su condición de príncipe moro por las grandes mercedes que le hicieron los REYES

CATÓLICOS, dándole privilegios de armas y acostamientos de lanzas, con aventajados sueldos.....

Ahora bien: aquel Príncipe moro, pariente muy cercano de BOABDIL, y descendiente en línea recta de los ABDERRAHMANES que reinaron en Córdoba, procedía de la egregia estirpe de los OMMÍADES, cuyo apellido de familia era HUMEYA, nombre de uno de los nietos de MAHOMA, hijos de su hija [1].....

Por consiguiente, el joven D. FERNANDO, el Regidor fugitivo, el amante de la Morisca, el viajero del *Valle de Lecrín*, contaba entre sus abuelos al mismísimo PROFETA, no al través de una prolongada y obscura genealogía perdida en la noche de la fábula, sino tan clara y distintamente como el actual duque de Medinaceli desciende de los Infantes de la Cerda, ó el duque de Frías de los condes de Haro.....

Y, por consiguiente también, aquel á quien el pobre Beneficiado de *Bèznar* aconsejaba que se volviese atrás y que huyese de los *Monfíes;* aquella *señoría*, al parecer tan castellana y tan católica, era el ídolo de los irritados Moriscos, era la esperanza de sus agravios, era el que, por su estirpe sagrada, por su regia categoría y por sus prendas personales, ambicionaban para jefe; era el que algunos habían tachado en otro tiempo de indiferente á los dolores de su raza, al verlo disipar su juventud en fiestas y amoríos, confundido con los aristócratas cristianos; era el que tornó á captarse la adoración supersticiosa de todos los descendientes de los Moros, no bien empezó á creérsele autor de aquellas desastradas muertes de los enemigos de su padre; era el REY deseado de los conspiradores, el anunciado de los astrólogos, el temido de los que veían condensarse

1 Hurtado de Mendoza.

la rebelión musulmana; era, en fin, ó comenzaba á ser desde aquel día, el trágico personaje que conoce la Historia bajo el sangriento nombre de ABEN-HUMEYA.

———

Pero han trascurrido los tres minutos y las tres leguas que nos separaban de él.....

¡Helo que llega á toda brida; pasa como un relámpago; nos deja atrás, sin curarse de nosotros, y penetra en *Béznar*, seguido de la Morisca y del Esclavo negro!.....

¡Todavía es D. FERNANDO DE VÁLOR!.....—¡Sigámosle!.....—Quiero decir: cerremos los libros de Historia, y entremos también en *Béznar* inmediatamente, procurando no perderle de vista ni un solo instante.....

Los momentos son preciosos para todos.—¡El insensato corre al trono y á la muerte!.....—Nosotros vamos á cambiar el último tiro..... para llegar á donde nos esperan los caballos de silla que han de conducirnos también á la suspirada *Alpujarra*.

IX.

En *Béznar*.—Naranjas y limones.—De Regidor á Rey.

Cuando algunos minutos después hicimos alto en la *Administración de Diligencias*, sita en el centro del pueblo, nadie daba muestras de haber visto entrar á ABEN-HUMEYA y á sus acompañantes, ni pudimos sacar en claro dónde vivían los *Valoris*—á cuya casa sabíamos

fijamente que habían ido de posada el mencionado viernes.

¡Son tan recelosos y disimulados los Moriscos!.....— Pero ¡ah! no..... ¡El disimulado era el tiempo!—Me acontecía lo mismo que en Dúrcal con Farag Aben-Farag: que, entre mis visiones históricas y la realidad presente, habían trascurrido tres siglos menos cuatro años.

Así es que *Bèznar* estaba muy tranquilo, celebrando también cristianamente el día de San José con el asueto y atavío de sus moradores; que no profanando todo un día de Nochebuena con abominaciones mahometanas, como aquel Viernes de 1568 en que ya por dos veces había yo creído encontrarme.....—Y así se explicaba también que el lugar estuviese lleno de sol y regocijo que no encapotado y lúgubre; florido, que no nevado; en Primavera, que no en Invierno.

¡Tanto mejor para nosotros, que no lo habríamos pasado muy bien, á fuer de verdaderos católicos apostólicos romanos, si hubiéramos aparecido por allí aquel infausto día en que el padre Beneficiado tuvo que poner tierra por medio entre él y sus feligreses, metamorfoseados de pronto en fanáticos y crueles islamitas!

Conque describamos á *Bèznar*.

Bèznar, el *Bèznar* de hoy, con el cual tenía que contentarse nuestra sed de aventuras, es un lugar de 807 habitantes, repartidos entre la genuina población de este nombre, que comprende 72 casas, el *Barrio Bajo*, que se compone de 63, y el barrio de la *Jábita*, que sólo cuenta 32.—Pertenece también á este pueblo la *Venta de Tablate*, distante de él dos kilómetros, donde debíamos dejar la Diligencia y montar á caballo.

Dijimos del Padul..... que era alegre; de Talará..... que era gozoso; de Dúrcal..... que era risueño.—De

Bèznar digo....., no ya que se sonreía, sino que se reía á carcajadas.—En efecto: nada más alborozado que este pueblecillo, situado en medio del *Valle*, cuya espléndida lozanía verdegueaba al final de todas sus arábigas callejuelas.....—Las casas, generalmente pobres y de aspecto morisco, disimulaban su vejez bajo una flamante capa de cal, como en las ciudades africanas, y hacían olvidar su modestia con las flores, con las jaulas de pájaros, con las ramas de naranjos y limoneros y con las emperejiladas mujeres que decoraban sus balcones, sus puertas, las tapias de sus corrales y las cercas de sus huertecillos.....

El *crescendo* de hermosura del *Valle de Lecrín* había, pues, llegado casi al *summum*....., y me quedo en el *casi*, porque aun nos faltaba ver á Lanjarón!.....

Bèznar es uno de los emporios de naranjas del Mediodía de Europa, y su mercado sirve como de *bazar* á los innumerables miles de ellas que *se cautivan* á poquísima costa en los bosques y huertas de las cercanías y en sus propios alrededores.....

Perdonadme esta insistencia en comparar á las naranjas con las cautivas destinadas á extranjeros harenes; pero el símil es tan exacto y tan mío, que tengo empeño en que lo admitáis.—Y, si no, deteneos á estudiar un momento el ulterior destino de estas princesas del reino vegetal, de estas rústicas diosas de nuestra tierra, de estas hijas de nuestro sol.....

Las encontramos aquí apiladas de cualquier modo en plazas y calles: cómpranlas luego mercaderes de otros países; enciérranlas en lujosos estuches, que es como si dijéramos en andas ó literas de viaje, envuelta cada cual en una finísima bata de papel de seda; condúcenlas después por camino de hierro ó en barco de vapor á Berlín, á Londres ó á San Petersburgo, y allí véselas (¡qué

horror!) empingorotadas, como en un trono, en áureos fruteros, entre caloríferos y perfumadas bujías, ostentar su hermosura en los triclinios de los bárbaros del Norte y regalar el gusto de tal ó cual Sardanápalo aforrado en *inultas* pieles..... ¡de otros animales por su estilo!.....

¡Y lo mismo digo de los limones!

Con lo cual, ya es tiempo de que volvamos á pensar en los Moriscos.....

Mas ¿dónde encontrar ahora á ABEN-HUMEYA?

Que está en *Béznar* con nosotros, es indudable; pero buscarlo en las actuales casas del lugar, ya hemos visto que es imposible.....

Recurramos, pues, á las perennes páginas de la Historia.

Un nuevo Rey entre ellos levantado
DON FERNANDO DE VÁLOR se decía:
Salióse de Granada, y concertado
Quedaba de volver al otro día.
El día de la Pascua han señalado
Que torne con pujanza y morería,
Y que den en *Granada* lo primero,
Que será el *Albaicín* buen compañero [1].

El noble SEÑOR DE VÁLOR se apeó en casa de su pariente el Valori, corifeo del Lugar y jefe de una dilatada parentela.—Podía decirse que estos VALORIS eran los amos del pueblo, compuesto casi exclusivamente de Moriscos, ó, por mejor decir, de recalcitrantes islamitas.

1 Estos versos son de un curioso libro, hasta hoy inédito, pero ya en prensa, que va á dar á luz D. Pascual de Gayangos, y que contiene muchos escritos de un español cautivo en la Goleta por los años de 1574, el cual había sido testigo presencial de la Guerra de los Moriscos. El Sr. Gayangos se inclina á creer que este cautivo fué un cierto amigo del inmortal Cervantes, de la familia de Aguilar; sobre cuyo punto sigue haciendo investigaciones aquel profundo bibliófilo. Nosotros le damos aquí las gracias por estas y otras noticias que le debemos relativas á la *Alpujarra*.

Todos ellos estaban ya en armas, y abiertamente rebelados al compendioso grito de *¡Viva Mahoma!*—Recibieron, pues, con los brazos abiertos, y como á un nuevo Enviado de Alá, al joven descendiente del Profeta; celebraron aquella noche una junta; y ¡oh sacrílega coincidencia! á la misma hora en que toda la Cristiandad conmemoraba el sublime misterio de Bethleem, aquellos perros eligieron Rey de Granada, en odio á los Cristianos, al que desde entonces se llamó MULEY MAHOMET ABEN-HUMEYA.

«Vistiéronle de púrpura (dice Hurtado de Mendoza), y pusiéronle á torno del cuello y espaldas una insignia colorada á manera de faja. Tendieron cuatro banderas en el suelo, á las cuatro partes del mundo, y él hizo su oración, inclinándose sobre las banderas, el rostro al Oriente (*Zalá* la llaman ellos), y juramento de morir en su ley y en el Reino, defendiéndola á ella y á él y á sus vasallos. En esto levantó el pie, y, en señal de general obediencia, postróse Aben-Farag en nombre de todos y besó la tierra donde el nuevo Rey tenía la planta. (Á éste hizo su justicia Mayor.) Lleváronle en hombros y levantáronle en alto, diciendo: «*Dios ensalce á* MAHOMET ABEN-HUMEYA, *Rey de Granada y de Córdoba.*» Tal era la antigua ceremonia con que elegían los Reyes de la Andalucía, y después de Granada.»

En el precedente relato padece un error el insigne Hurtado de Mendoza. Aben-Farag no estaba ni podía estar en *Bèznar* la noche del 24, en que eligieron su Rey los Moriscos. Y la prueba es que, como hemos visto, el fogoso tintorero salía de Granada á la misma hora con dirección á Cenes, en busca de la gente con que entró en el Albaicín el 25 á media noche, para oir aquella despreciativa y célebre frase de «*Sois pocos y venís presto*» que apuntamos más atrás.

Cuando el impaciente conjurado del Albaicín llegó verdaderamente á *Bèznar* fué en la mañana del 27, tercer día de Pascua.....

«.....Asomó (dice Mármol) por un viso Farag Aben-Farag con dos banderas, acompañado de los Monfíes que habían entrado con él en el Albaicín, tañendo sus instrumentos y haciendo grandes algazaras de placer, como si hubieran ganado alguna gran victoria. El cual, como supo que estaba allí D. HERNANDO DE VÁLOR y que le alzaban por Rey, se alteró grandemente, diciendo que cómo podía ser que, habiendo sido él nombrado por los del Albaicín, que era la cabeza, eligiesen los de Béznar á otro. Y sobre esto hubieran de llegar á las armas. Farag daba voces que había sido autor de la libertad y que había de ser Rey y Gobernador de los Moros, y que también era él noble, del linaje de los Abencerrajes. Los Valoris decían que donde estaba D. HERNANDO DE VÁLOR no había de ser otro Rey sino él. Al fin entraron algunos de por medio y los concertaron de esta manera: que D. HERNANDO DE VÁLOR fuese el Rey y Farag su Alguacil Mayor, que es el oficio más preeminente entre los Moros cerca de la persona Real. Con esto cesó la diferencia, y de nuevo alzaron por Rey los que allí estaban á D. HERNANDO DE VÁLOR y le llamaron MULEY MAHAMETE ABEN-UMEYA, estando en el campo debajo de un olivo. El cual, por quitarse de delante á Farag Aben-Farag, el mismo día le mandó que fuese luego, con su gente y la que más pudiese juntar, á la *Alpujarra*, y recogiese toda la plata, oro y joyas que los Moros habían tomado y tomasen, así de iglesias como de particulares, para comprar armas de Berbería. Este traidor, publicando que Granada y toda la tierra estaba por los Moros, yendo levantando lugares, no solamente hizo lo que se le mandó, mas, llevando consigo trescientos Monfíes salteadores de los más perversos del Albaicín y de los lugares comarcanos á Granada, hizo matar todos los clérigos y legos que halló captivos, que no dejó hombre á vida que tuviese nombre de cristiano y fuese de diez años arriba, usando muchos géneros de crueldades en sus muertes.....»

También hay una equivocación en la anterior reseña, que consiste en decir que la proclamación de ABEN-HUMEYA en *Béznar* tuvo lugar debajo de un olivo.—La escena bajo el olivo, tradicional en toda la *Alpujarra*, ocurrió en Cádiar, como veremos más adelante, y fué, no ya la *proclamación*, sino la solemne *coronación* del Soberano en presencia de todos los caudillos y personas principales de su improvisado Reino, —que crecía como la espuma.

Por lo demás, las preinsertas palabras de Mármol, el historiador más adverso á ABEN-HUMEYA, dejan ya deslindadas la responsabilidad de este príncipe y la de su cruel *Justicia*, ó *Alguacil Mayor*, en los horribles martirios de cristianos que presenció aquellos días la

Alpujarra [1], y que serán el eterno baldón del alzamiento de los Moriscos.—Estas ferocidades inauditas sólo se deben imputar al inhumano tintorero, al demagogo de aquella rebelión, tipo repugnante y harto conocido, por ser igual al que ha deshonrado y deshonrará eternamente todas las revoluciones, lo mismo en París que en la *Alpujarra*, lo mismo en el siglo XVI que en el siglo XIX.

En cambio, no nos faltarán más adelante ocasiones en que hacer justicia á la clemencia y magnanimidad del que había dejado de ser D. FERNANDO DE VÁLOR, el cual, si se mostró duro y cruel otras veces, extremado por la adversidad y por las bárbaras necesidades de la guerra, no rayó más allá que el Duque de Alba y otros venerados Capitanes de aquellos tiempos.....

Y si me equivoco, y me lo probáis, tanto mejor; pues yo no soy defensor nato de los infieles.

Conque partamos, y perdonad si sufre nuevas interrupciones la leyenda documentada de ABEN-HUMEYA; —leyenda que es la Historia particular de la *Alpujarra* como Estado autónomo; leyenda mal conocida de la generalidad de las gentes, por la parcialidad de unos escritores, por la ligereza de otros, por las contradicciones que se notan entre ellos y por la escasez de los libros que las ponen en claro; leyenda admirablemente sentida, y, sin embargo, desfigurada, en la materialidad

1 El Sr. D. Florencio Janer, en su erudita Memoria, titulada *Condición social de los Moriscos de España*, premiada por la Academia de la Historia, dice: «.....El nuevo Rey era joven, de esclarecidas prendas y recomendaba la tolerancia á sus sectarios.»

Y más adelante añade: «Desaprobaba ABEN-HUMEYA tantas crueldades, y mientras, impedía que se cometieran de nuevo.....», etc.

de los hechos, por el ilustre Martínez de la Rosa en aquel drama que me atrevo á calificar de Elogio del Rey Morisco; leyenda, en fin, que continuaremos y terminaremos nosotros, confundida con la de ABEN-ABOO, cuando recorramos las fragosidades alpujarreñas y la augusta soledad de *Sierra Nevada.*

Pero tened presente que reclaman también nuestra atención misterios de otro orden y curiosidades de otro género.....—¡Para algo más que para leer y depurar historias humanas hemos dejado nuestro gabinete de Madrid!—La inmortal Naturaleza nos aguarda amorosamente al otro lado de aquesos últimos cerros de dominio público, dispuesta á hablar á solas con nuestro fatigado espíritu. El arcano geográfico que inquirimos hace tiempo, está para descifrarse á nuestros ojos. La incógnita *Alpujarra* escucha ya nuestros pasos detrás de esa ondulante cortina. La gran Cordillera va á mostrarnos de un momento á otro sus nevadas espaldas..... El almuerzo y los caballos nos esperan, en fin, en la *Venta* (que sólo dista dos ó tres kilómetros), y tenemos hambre, mucha hambre, y necesidad también de estirar nuestros entumecidos remos.

Partamos, partamos, sí; entre otras cosas, porque ya está enganchado el nuevo tiro, y el mayoral en su trono, y el zagal abriéndonos la portezuela, y el postillón, con la cabeza vuelta hacia nosotros y la corneta en los labios, aguardando impaciente el «*¡Arrèeee!!!*.....» del automedonte para anunciar al mundo, con su trompeteo, que la diligencia de Motril abandona el lugar de *Bèznar*.

X.

El *Puente de Tablate*.—Llegada á la *Venta*.—¡A caballo!—*Lanjarón*. Adiós al mundo.

Al sonar las *ave-marías*, esto es, á las doce en punto, salimos de aquel deleitoso pueblo, último de la carretera para nosotros.

El terreno se angostó al poco rato, formando una profunda garganta; y, minutos después, pasamos el imponente y sombrío *Puente de Tablate*, cuyo único, brevísimo ojo, tiene nada menos que ciento cincuenta pies de profundidad. Dicho se está, pues, que el *Tablate*, más que río, es un impetuoso torrente, el cual se precipita de la *Sierra* en el Río Grande, abriendo un hondísimo tajo vertical, tan pintoresco como horrible.

Aquella cortadura del único camino medio transitable que conduce á la *Alpujarra* es una de las principales defensas de este país, su llave estratégica, el foso de aquel ingente castillo de montañas.....—Así es que con este foso acontece lo que con el llano de las Navas de Tolosa, lo que con el Guadalquivir por la parte de Alcolea, lo que con el paso de Roncesvalles y con los demás campos de batalla repetidamente históricos: que se han dado y habrán de darse en lo sucesivo muchas acciones cerca de él, subordinándose siempre el plan de campaña al perpetuo fenómeno topográfico.—Ya dije más atrás que la Historia es esclava de la Geografía.

Ha habido, pues, muchos *Puentes de Tablate*, quema-

dos unos, volados otros, y todos cubiertos de sangre de fenicios, cartagineses, romanos, godos, árabes, moriscos, austriacos ó franceses, y, por supuesto, de españoles de todos los siglos.....—Aun circunscribiéndome al período histórico de que más me preocupaba en aquel viaje, pudiera citar varios hechos de armas ocurridos á los dos lados de tan honda sima; pero me limitaré á recordar uno solo, verdaderamente dramático y hasta épico.

El 10 de Enero de 1569, es decir, diez y siete días después de la elección (que referiré más adelante) del temerario ABEN-HUMEYA; hallándose ya éste en el corazón de la *Alpujarra*, y alzada en su favor la mitad del Reino granadino, el Marqués de Mondéjar, que había salido de la capital en busca de los insurgentes, con una división de dos mil infantes y cuatrocientos caballos, llegó á la vista del *Puente de Tablate*.....

«Los rebeldes (dice un historiador), en número de tres mil quinientos, capitaneados por Girón de Archidona, por Anacoz y el Rendati, se habían atrincherado en la cuesta y colinas que dominan por la parte de Lanjarón, y cortado el *Puente de Tablate*, que facilita el paso de un barranco profundísimo. El Marqués llevaba ordenada su gente en batallones y protegida por una manga de arcabuceros y una vanguardia de corredores.

»Al llegar á los visos inmediatos al *Puente*, se divisaron las partidas moriscas, formadas bajo banderas blancas y coloradas, con ánimo de defender el paso. El Marqués se adelantó con los arcabuceros y rompió el fuego, que fué contestado; pero como los arcabuces cristianos hiciesen estragos en los enemigos, cedieron éstos y se alejaron algún trecho, en la persuasión de que era imposible pasar por el puente desbaratado.

»Dió ejemplo á los soldados y terror á los moriscos un fraile francisco, llamado Fr. Cristóbal Molina, el cual, con un crucifijo en la mano izquierda, una espada en la derecha, los hábitos cogidos en la cinta y una rodela á la espalda, llegó al paso, se apoyó en un madero, saltó, y cuando todos esperaban verle caer, se admiraron de contemplarle salvo en la orilla opuesta.

»Siguiéronle dos soldados animosos: uno cayó y murió en lo hondo, el otro fué más afortunado. Recompusieron éstos los maderos al abrigo del fuego de los arcabuceros, facilitaron el paso á otros, y, últimamente, rechazados los moros y consolidado el puente con tablones y piedras, pasó toda la división con caballos, carros y artillería, y se alojó en Tablate. El

Marqués peleó como soldado en primera línea, y, á no haber sido por la fortaleza de su coraza, que le aplastó una bala, hubiera perecido.»

. . . .

En cuanto á nosotros, pocos momentos después de pasar, sin peligro alguno, el *Puente de Tablate*, tuvimos también la dicha de llegar sanos y salvos á la *Venta* del mismo nombre.

Esta *Venta*, llamada además *«de Luis Padilla»* (no sé si por referencia á su fundador, á su propietario ó á su inquilino), ocupa una posición tan estratégica *desde el punto de vista hostelero*, como el Puente *desde el punto de vista militar*.

Aquel paraje es un foco de caminos (un *fondac*, que dirían los Moros), donde se cruzan todos los días los viajeros y trajinantes de la Costa, los de Granada, los del Valle y los Alpujarreños....., y, para la *Alpujarra* sobre todo, la tal Venta hace el oficio, ya que no de puerta, de aduana ó portazgo avanzado sobre las vías oficiales de los hombres.—¡De allí arranca la senda de lo desconocido!

Tanto es así, que, mientras la Diligencia, después de aligerarse de nuestro peso, seguía adelante hacia el Sur, para bajar como despeñada al Mediterráneo, nosotros nos desojábamos en mitad de la carretera, contemplando extasiados cierto caminillo que amarilleaba hacia Oriente, al modo de flotante cinta, y desaparecía luego entre las montañas en busca de Lanjarón....., de Órgiva....., de.....—Pero no seamos impacientes, y entremos en la *Venta*.

¡Líbreme Dios de describirla!—¿Quién habla de ventas, después de haber leído el *Quijote*?—¿Qué pintor se

atrevería á *tratar* de nuevo los asuntos pintados por Velázquez?—Sólo os diré que allí encontramos á nuestros respectivos escuderos (granadinos del Albaicín..... de pura raza); que éstos nos tenían ensillados los caballos, antiguos conocidos nuestros; que el almuerzo nos aguardaba sobre la mesa, gracias á nuestra previsión; que almorzamos (*á la navaja*, por supuesto) como se almuerza á la una de la tarde, cuando se está viajando desde las ocho de la mañana; y que en tan gustosa operación fuimos agradabilísimamente sorprendidos por un noble y apuesto caballero que, en representación de sus poderosos parientes, llegó en nuestra busca para introducirnos en la *Alpujarra*.....

Reciba de nuevo aquel ilustrado y amable joven (ingeniero por más señas) el afectuoso saludo que allí le dirigimos;—y *la paz*, que dicen en Morería.

....

Á las dos en punto montamos á caballo.

¡Oh delicia!.....—Ya estaba bueno.

Perdonadme este exabrupto..... ¡Es una reminiscencia de la especie de resurrección que sentí entonces!..... ¡Es un testimonio de agradecimiento y cariño al más ilustre de los animales!

Porque habéis de saber que á mí me sucede lo contrario que á Anteo: Anteo recobraba su vigor al sentar los pies en la tierra, y yo recobro la salud y la alegría tan luego como monto á caballo. ¡Paréceme que, al poner el pie en el estribo, reivindico mi libertad, como el pájaro que se escapa de la jaula! Y es tal mi entusiasmo en este punto, que muchas veces me he propuesto la cuestión de si el hombre nacería realmente para centauro, y el caballo será su complemento providencial.....

En equivalencia, inclínome á creer que el hombre es

el complemento del caballo.....—Y si no, decidme: ¿qué viene á ser este noble animal sin un jinete encima? ¿No os parece un ser tan miserable como el hotentote, sin religión, ropa ni ley? ¿No habéis reparado en la ufanía con que el caballo soporta y luce al caballero, una vez ajustada entre ellos la alianza? ¿Habéis visto cómo se enardece y apasiona en la guerra, cómo se da tono en la entrada triunfal del héroe que lo rige, ó cómo gallardea al pasar bajo los balcones de la mujer que ama su socio?—¡En los tres casos, diríase que el engreído cuadrúpedo procede y trabaja por cuenta propia!.. ..

....

Resultado final: que partimos.....

Pero ¡con qué emoción! ¡con qué júbilo! ¡con qué entusiasmo!

Baste decir que estábamos á media hora de *Lanjarón* y á tres cuartos de hora de la *Alpujarra!*.....

Arrancamos, pues, al galope.

La legua que hay entre el *Puente de Tablate* y *Lanjarón* tiene todavía honores de camino carretero, y no sólo los honores, sino también el ejercicio, puesto que la recorre todos los días á saltos mortales un coche especial, que sale de *Granada* con tan azarosa predestinación. De un modo ó de otro, aquel camino se esconde desde luego entre los enormes y adustos contrafuertes de la *Sierra*, como si *todo estuviese ya consumado;* como si ya hubiera concluído el *Valle de Lecrín;* como si no debieran reaparecer los horizontes del..... siglo; como si ya hubierais tomado el hábito de Alpujarreño.....

Sin embargo, hay momentos en que se notan indi-

cios de que aun falta que ver algo relacionado con las profanas alegrías que se han dejado atrás..... ¡Adivínase (apuremos la anterior metáfora) que aun se tiene que pasar por aquella simbólica ostentación de las glorias de la vida y de los bienes terrenales que precede á la fúnebre ceremonia de ciertos votos monásticos!

Todo esto quiere decir que de vez en cuando encontrábamos en el camino largos convoyes de naranjas y limones, procedentes de aquella presunta austera soledad, mientras que á la puerta de tal ó cual cabaña ó cortijo, alzábanse, al lado de carros vacíos, altísimas pirámides..... de más limones y más naranjas.

El criadero debía, pues, de estar muy cerca.

¡No estaba lejos!—¡Repentinamente, como cuando, al remate de majestuosa sinfonía, después de una pausa ó de un *pianissimo*, estalla de nuevo la interrumpida *stretta finale*, y el imponente *tutti* del graduado *crescendo* llega al *fortissimo* y al *strepitoso*, semejando una tempestad de armonía—así, pero no así, sino de modo mas sorprendente, que diría un poeta épico—al revolver de una loma; al esquivar un viso; cuando menos lo esperábamos..... apareció á nuestros ojos *Lanjarón!*

¡Alto y parada!—y procuremos enumerar ordenadamente, aunque sin echar pie á tierra, todos los prodigios que resume la palabra «*Lanjarón*», célebre en el mundo por la hermosura, fecundidad y riqueza del edén que lleva tal nombre y por la virtud de las aguas que allí se toman.

Vamos por partes: procedamos con calma: dejemos lo mejor para lo último, y comencemos por leer los datos históricos y estadísticos que llevamos en cartera.

Por fortuna, mis datos estadísticos se reducen á lo siguiente:—*Lanjarón* encierra 2.872 almas, número que se duplica en las temporadas de aguas y baños con los enfermos que acuden de toda la Península en busca de sus fuentes medicinales, particularmente de una magnesiana y de otra acídulaferruginosa, que son las que tienen más nombre.

Comentario á la ligera:

«*El hígado es el lazareto de la bilis*», ha dicho lord Byrón: es así que las aguas de *Lanjarón* son prodigiosas contra las afecciones hepáticas; luego *Lanjarón* es el antídoto de la tristeza, y hubiera bastado por sí solo á darle al *Valle* su nombre de *Valle de la Alegría.*

(Para comprender toda la lógica del anterior argumento, es preciso ser muy melancólico.)

En cuanto á la historia de *Lanjarón* está como resumida en dos hechos..... que no *desmerecen* entre sí, y que siempre debieran publicarse como yo los voy á publicar—el uno detrás del otro.

Primer hecho:

El Viernes 8 de Marzo de 1500, durante la primera rebelión de los entonces recién conquistados granadinos, el mismo FERNANDO EL CATÓLICO atacó el Castillo de *Lanjarón*, defendido por un terrible y célebre Capitán negro, quien tenía á sus órdenes nada menos que trescientos musulmanes escogidos.

Los cristianos, con un denuedo heroico, asaltaron el Fuerte bajo una lluvia de balas y saetas, obligando á entregarse á toda la guarnición; pero el Capitán negro, por no rendirse, se arrojó desde lo alto de una torre, y murió.

«Con esto (dice un cronista), y *con la voladura de la mezquita de Lanjarón, llena de rebeldes*, se sometieron todos, y fueron bautizados.....»

Segundo hecho:

Era el 28 de Diciembre de 1568, ó sea el día siguiente al de la proclamación de HABEN-HUMEYA en *Bérznar*.....

Pero oigamos á Luis del Mármol.

«Luego, como en *Lanjarón* (dice) se entendió el desasosiego de los Moriscos, el licenciado Espinosa y el Bachiller Juan Bautista, Beneficiados de aquella iglesia, y Miguel de Morales, su Sacristán, y hasta diez y seis Christianos, se metieron en la iglesia; y llegando Aben-Farag les mandó poner fuego, y el Beneficiado Juan Bautista se descolgó por una pleyta de esparto, y se entregó luego al tirano, el cual le hizo matar á cuchilladas, y prosiguiendo en el fuego de la iglesia la quemó, y se hundió sobre los que estaban dentro. Y haciéndolos sacar de debajo de las ruínas, los hizo llevar al campo, y allí no se hartaban de dar cuchilladas en los cuerpos muertos: tanta era la ira que tenían contra el nombre Christiano.»

Conque soltemos ya la pluma y cojamos los pinceles: dejemos á los hombres, y contemplemos á la Madre Naturaleza: olvidemos las enfermedades físicas y morales que recuerda esa villa, y digamos todas las excelencias del cuadro que acababa de aparecer á nuestros ojos.

En primer lugar, descubrir á *Lanjarón* implicaba haber descubierto ya también el que tantas veces hemos llamado «revés de *Sierra Nevada*.» No de toda la *Sierra* ciertamente....., pero sí de una de sus cúspides más importantes, de la segunda en categoría, de la más popular acaso; del *Picacho de Veleta*, en fin, heredero inmediato de la corona del *Mulhacem*.

En efecto: estábamos (por la banda del Sur) al pie del afortunado monte á cuyo lado opuesto habíamos dejado á Granada hacía pocas horas..... ¡Sólo que allá el galante coloso se eleva gradualmente sobre la hechi-

cera ciudad, merced á una serie de transacciones con la llanura, mientras que en *Lanjarón* lo veíamos levantarse sobre nosotros casi verticalmente, áspero, altivo, abrumador, en toda la plenitud de su tiránica potestad!

Enterados de esto, imaginaos ahora las siguientes maravillas, acumuladas una sobre otra, como edificación de titanes, desde la hondura del *Valle de Lecrín* hasta la región que rara vez logran escalar las nubes.

En todo lo alto, destacándose en la inmensidad del cielo, á doce mil seiscientos ochenta pies sobre el nivel del mar, álzase un disforme y atrevido cono de intacta nieve.—Es el *Picacho*, el elegante Califa de la Sierra, feudatario del *Mulhacem*, inaccesible Gran Señor de aquel imperio.

Debajo del cono de nieve hay, aunque desde aquí no las vemos, una meseta y unas hondonadas interiores, llenas de misteriosas lagunas, nacimientos de grandes ríos y resguardados ventisqueros.—Todo aquello es el famoso *Corral del Veleta*.

De esa especie de plataforma se desgaja otro monte, ó sea otro cuerpo inferior de tan inconmensurable edificio.—Es *Cerro Caballo*, magnate del susodicho califato, ó sea Grande de primera clase, *cubierto* también (de nieve) ante el Rey.

En medio de este monte fórmase una segunda meseta, donde se hallan mármoles parecidos al ámbar y al nácar, el llamado *jaspe verde de Granada* (que no es otro que la serpentina [1], y todos los tesoros que enumeraremos más despacio cuando estudiemos á fondo la próvida Cordillera.....

1 De allí son las magníficas columnas de serpentina de las Salesas Reales de Madrid.

Y, por último, de aquella segunda plataforma arranca el Cerro patrimonial de *Lanjarón*.

Este Cerro, loma ó estribo, que todavía llega con su frente á donde nunca ha reinado la Primavera, y termina, debajo de nosotros, donde nunca ha reinado el Invierno, no tiene tal vez igual en el mundo. Él solo independientemente de la inmensa estratificación ó superposición de montes colosales que acabamos de reseñar, ofrece el aspecto de una ciclópea torre de pisos, por el estilo de esas *Torres de Babel* que se atreven á dibujarnos los *ilustradores* de la Biblia; ó, más bien, simula un descomunal *anfiteatro convexo*, más alto que ancho, en cuyas gradas ha escalonado la Naturaleza una prodigiosa exposición de todo el reino vegetal.

Allá arriba, donde un perpetuo frío achica los robles, las encinas y los castaños, se crían el líquen del Spitzberg, la sablina de Noruega, el quebrantapiedras de Groenlandia y los sauces herbáceos de Laponia.—Más abajo, donde los castaños y las encinas se agrandan, y aparecen ya los cerezos y manzanos silvestres, con los tejos, el boj, los aceres y los alisos, prodúcense la salvia, una manzanilla especial, la mejorana, el ajenjo y otras plantas aromáticas y alpinas.—Luego siguen los morales, los fresnos y las higueras.—Después los olivos, las vides y los granados.—Á continuación, los naranjos y los limoneros.—Y, por último, la africana pita, la higuera chumba, el plátano de América, y la palmera de los desiertos de Arabia.—¡Añadid á esto, en ordenada progresión, todos los demás frutales, flores, semillas y cereales de las tres zonas en que se divide la Tierra, pues de ninguno faltan allí ejemplares, y formaréis una leve idea de la riqueza de aquel verjel, tan curioso como productivo!

Pues ¿qué diré de su hermosura?

Contábannos allí (y harto lo adivinábamos nosotros) que cuando, dos meses después, en Mayo, tienen pámpanos todas las vides y hojas todos los árboles (hasta aquellos que vegetan en las eternas nieves), *Lanjarón* es un sueño de poetas.....—Lo que yo puedo asegurar es que, en Marzo, cuando lo vimos nosotros, parecía un verdadro paraíso; pues, en la base del cerro, todo era ya verdor, y hasta fruto; en su cumbre abundaban aquellos árboles que no pierden sus hojas en el invierno; y, en la parte intermedia, los almendros, los guindos, los cerezos, los perales y los duraznos, si no tenían hojas, tenían algo mejor: tenían flores—ora cándidas, ora rosadas, ora bermejas, asemejándose á esos árboles fantásticos que creemos inverosimilitudes de la escenografía.—Combinad ahora todo esto con infinidad de espumosas cascadas, con las pintas rojas de las naranjas ó las amarillas de los limones, con los vistosos matices de las piedras, con el blanco de la nieve y con el azul del cielo; agregad, en primer término, las bruscas líneas de las casas, la torre de la iglesia y el humo de los hogares, sirviendo como de alma humana á aquel portentoso conjunto; figuraos, en fin, al sol y á la sombra, con sus poéticos pinceles, armonizando colores, dulcifiicando tintas y estableciendo el pintoresco claro-obscuro de una composición tan prodigiosa, y tendréis otra leve idea del arrebatador espectáculo que había aparecido ante nuestros ojos.— ¡Podía decirse que aquello era una fusión de las cuatro Estaciones, la síntesis del *Valle* y de la *Alpujarra*, un resumen de todas las maravillas de la *Madre Sierra*, la compendiosa sinfonía de todo nuestro viaje!.....

Y otras muchas cosas más podían decirse; pero nosotros dimos aquí punto á nuestra contemplación, pues nos devoraba la impaciencia por seguir marchando.....

¡Cómo no....., si estábamos á poco minutos de la *Alpujarra!*

Fuera ya de *Lanjarón*, ganamos de una trotada cierto célebre *viso*, que siento no tenga nombre propio, desde el cual se disfruta la más recomendada vista de aquel delicioso pueblo y se descubre también (por la vez postrera) todo el ameno *Valle de Lecrín.*

Pero nosotros no teníamos ya ojos, ni tranquilidad, ni tiempo para contemplar con la delectación que se merece aquella extensa y radiante perspectiva; sino para darle, cuando más, un rápido y solemne *adiós;* para saludar en ella el último asomo del mundo que íbamos á dejar, para despedirnos de los horizontes conocidos, y ver de llamar luego nuestro espíritu á sí propio, á fin de entrar con el debido recogimiento en el horizonte inexplorado, en la tierra misteriosa, en la región de aquellos sueños y curiosidades que enumeré al comienzo de este libro.....

Porque (¡loor á Dios, que es digno de loores!) iba á llegar el momento presentido: del lado allá de la altura en que nos despedíamos del *Valle*..... principiaba la *Alpujarra:* dejar de ver una comarca y empezar á ver la otra, sería una cosa misma: bajar la cuesta, distante pocos pasos, que se encuentra al reverso de aquella loma, equivaldría, en fin, á penetrar en la inexpugnable ciudadela de ABEN-HUMEYA y ABEN-ABOO, en el amurallado imperio de *Sierra Nevada*, en los dominios de la leyenda y de la poesía, en el escenario de las lúgubres tragedias humanas y de las terribles convulsiones geológicas, en el palenque de las catástrofes y los cataclismos.

La escabrosa senda en que habíamos entrado (los caminos de ruedas habían concluído ya definitivamente) parecía, pues, un largo rótulo, extendido sobre aquella crítica eminencia, y que el rótulo era tal ó cual imitación del más conocido....., digo, del más citado terceto de Dante:

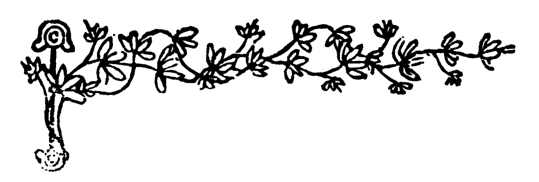
Per me si va...................
Per me si va...................
Per me si va...................

Colocando iba yo mentalmente hemistiquios de mi cosecha en lugar de estos puntos suspensivos, cuando dió una repentina vuelta el sendero, y *Lanjarón* y el *Valle* desaparecieron á nuestros ojos.

Estábamos en la *Alpujarra*.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.





PARTE SEGUNDA.

LA TAHA DE ÓRGIVA.

I.

Lo que hay donde no hay nada.

DELANTE de nosotros había una reducida cañada, inculta y melancólica, sin más vestigio humano que una ondulante vereda—la cual bajaba á lo hondo, se remontaba junto á la loma de enfrente, y desaparecía en busca de otra cañada y de otra loma.

La segunda cañada estaba tan sola como la primera. Quiero decir, que su absoluta soledad excluía hasta la presencia, más ó menos remota, de otras montañas ú otro cielo que el cielo y las montañas de su limitadísimo horizonte. —Era aquello de «*á solas, sin testigos*», que dice Fr. Luis de León.—Era una soledad sin esperanza, ó sea sin perspectivas del mundo.

Aquellas cañadas y otras que recorrimos sucesivamente, todas olvidadas ó desatendidas por la industria del hombre—á tal punto que sus mismos propietarios ignorarían si eran suyas ó ajenas, ó del común de veci-

nos de *Lanjarón* (pues todo tiene dueño en Europa—lo cual no acontece en el Desierto de Sahara, granja modelo que se proponen copiar entre nosotros los novísimos filósofos del más ilustrado de los siglos);—aquellas cañadas, vuelvo á decir, encerraban, sin embargo, sus moradores especiales, y hasta su rústico reyezuelo, unos y otros libres de toda fiscalización política, estadística ó geográfica.

Sus moradores eran: primero, algunos pájaros que piaban acá ó acullá, como dándonos el *¡quién vive!*; segundo, varios pobres matorrales que se habían establecido en aquel terreno; y tercero, tal ó cual florecilla que, sabedora sin duda de que ya había mediado Marzo, abría allí los ojos á la luz del sol, constituyendo por sí sola una primavera en miniatura, como aquellos alcaldes pedáneos que hacen en su cortijada el pronunciamiento prevenido en el *Boletín oficial.*

En cuanto al reyezuelo de cada uno de los mencionados parajes, era un arroyillo de agua cristalina, que charlaba si había que charlar con todas las guijas que encontraba á su paso, reía si había que reir con la menuda arena, y se alejaba triscando como un bendito, ignorante, por lo visto, el desgraciado de que moriría de consunción, como todos sus antecesores, no bien llegase la Canícula.

Estos arroyuelos anónimos; aquellos arbustos no incluídos en el catastro; aquellas flores extraoficiales; aquellos pájaros que no tenían ni la más remota idea de una escopeta ó de una jaula, y las innumerables hordas de insectos que ya empezaban á romper sus crisálidas y á invadir el aire (como aquellas razas del Norte ó del Sur que alternativamente hicieron su irrupción *internacional* en nuestra patria historia, brotando del hielo ó de la arena); toda aquella población, en fin,

de cada solitario pliegue de tierra que recorríamos..... hacíanos pensar á cada instante en el fragoso país de las Batuecas—cuyos antisociales moradores pasaron tantos siglos, al decir del vulgo, en el centro mismo de España, sin que nadie sospechase su existencia ni la de sus escondidos valles, y sin pagar contribución ni entrar en quintas.

Pero, por mucho que nuestra pendenciera fantasía se empeñase en animar y poblar aquellas desiertas cañadas, lo cierto es que estaban solas, y que transmitían á nuestra alma la paz y la quietud de los recintos inhabitados, de los parques sin cazadores, de las iglesias sin gente, de nuestra casa en los días de adversidad política, de un coliseo sin público ni gladiadores, ó de un monasterio por el estilo del que dió hospitalidad al cantor de Beatriz, cuando erraba por el mundo *cercando la pace*.

¡Oh! Sí: en la carencia de lontananza de aquellos breves horizontes; en el alto silencio que allí reinaba; en la religiosa austeridad que respiran siempre los países montuosos; en aquella ausencia de toda relación con la vida social, había, en efecto, algo del claustro.

Figurábasenos, pues, que recorríamos la planta baja de un convento campestre á la hora de la siesta. El aislado y sonoro murmullo de los arroyuelos recordaba el sempiterno monólogo del caño de agua que cae allá sobre amplias y repletas tazas de mármol, amenizando con su son el sosiego de patios y crujías. El olor del espliego, del heno y del tomillo suplía por la tufarada de incienso que transciende de la iglesia á toda la santa casa. Píos de aves tampoco faltan jamás ni en los cina-

momos del patio de una cartuja, ni en los frutales de su huerta, ni en los cipreses de su cementerio.....

La ilusión era completa; y yo no podré olvidar nunca la benéfica tranquilidad que experimenté aquella tarde en un terreno al parecer tan ingrato y fastidioso como el que sirve de compás ó de atrio á la *Alpujarra*.

Ni se crea que he incurrido en contradicción al hablar simultáneamente del silencio de tales sitios y de canto de pájaros y de susurro de agua.....—El silencio verdadero no está á merced de los fenómenos que se atreven á turbarlo, sino que es un estado inmanente y esencial de ciertos lugares y determinados momentos. El silencio reside ó no reside en el fondo de esta ó aquella situación. Cabalmente, cuando no hay silencio, no se oye nada; á lo menos, de una manera distinta; y, cuando lo hay, por profundo que sea, se oye siempre algo; el vuelo del insecto, el llanto del agua, el beso del aire en la hoja, el latido de vuestro propio corazón.—¡Cuántas cosas se oyen de noche! ¡Cuántas no se oyen de día!

Pues lo mismo digo de la ciudad y del campo.—Y es que de día, ó en la ciudad, los sonidos se destacan sobre el fondo del ruído, y de noche, ó en el campo, sobre el fondo del silencio.

Entonces también, cuando todos callan y todo habla, percibe el hombre, *si quiere* (y esto es lo más importante de mi peroración), tenues voces que bajan de la excelsitud de su espíritu ó se alzan de los abismos de su conciencia..... ¡Entonces oye, dentro de sí, á poco que escuche, las tácitas bendiciones de su agradecimiento; el gemido apagado de sus recuerdos juveniles; el cuchicheo de los celos, de la sospecha ó de la duda; el blando aliento de la esperanza; el vuelo remoto de los amores que se fueron; el roer de las deudas; los

pasos de la muerte (más cercanos cada día); el tartamudeo de los remordimientos; la confidencia misteriosa de la Gracia; los ayes de sus víctimas; los suspiros de los menesterosos; el clamor de la opinión; los encargos de los que murieron, y sobre todo, aquella gran voz, cuyos ecos llenan el mundo, denominada *¡Voz de lo Alto!*

Por lo demás, á mí no se me oculta hoy que casi todo lo que encontrábamos de particular en aquellas primeras lomas y arroyadas de la *Alpujarra* procedía principalmente de la circunstancia de haber montado ya á caballo.

La prueba es que en el *Valle de Lecrín* habíamos pasado por lugares muy parecidos, sin reparar en ellos.— ¡El ruido del coche y su inflexible marcha nos habían impedido allí entrar en íntimas relaciones con la soledad, y merecer, como ya merecíamos, toda la confianza de la Naturaleza!

Y es que, como dije anteriormente, el caballo nos da la independencia y la libertad al darnos la fuerza: aíslase uno fácilmente con ayuda de él; quédase atrás, ó echa delante de la caravana, según le acomoda; apártase del sendero; sube á la cima; desciende á los barrancos; registra todas las fases de las peñas; párase ante los arroyos para verlos correr, ante las aves para oirlas cantar, ante las flores para contemplarlas enamorado..... ¡Es uno, en fin, rey del mundo!..... ¡Tiene alas!

Volemos, pues; y tratemos de llegar temprano á *Órgiva*—término de nuestra jornada de hoy.

II.

Dos encuentros.—Llegada á *Órgiva*.

Caminando íbamos en esta dirección, sin hallar otros lances ni espectáculos que más soledad y más silencio (como si no fuéramos á ninguna parte, ó recorriésemos un país encantado), cuando la casualidad nos deparó un encuentro..... que no lo dispusiera mejor ningún novelista.

Por lo alto de una gran cuesta que nosotros empezábamos á subir, después de haber atravesado la cuarta ó quinta cañada, vimos aparecer mucha gente á pie, en deshilada procesión, precediendo á una cosa cuadrangular, que pronto conocimos ser una silla de manos—en cuyo seguimiento venían después otras personas, montadas en variedad de caballerías y en diferentes posturas.

Imagináos el efecto que nos produciría semejante cortejo, saliendo de aquel incógnito país en que hasta entonces no habíamos encontrado alma ni vivienda humana.....—¿Quién iba tan cuidadosamente encerrado en aquella litera? ¿Era un Santo en andas de viaje, como San Torcuato cuando lo llevan desde la catedral de Guadix á su selvática Ermita? ¿Era una Princesa mora que trasladaban de un harem á otro? ¿Era el Duque de Sesa, que, afligido por la gota, iba á presentar la batalla á ABEN-ABOO? ¿Ó era ABEN-ABOO, después de sufrir el más bárbaro tormento?

Como la caravana bajaba la misma ladera que nos-

otros subíamos, presto nos encontramos; y, como todos los criados del universo, habidos y por haber, son *confidentes* natos unos de otros, supimos en seguida por los nuestros lo que habíamos empezado á adivinar.....— En la silla de manos iba un enfermo (como en recurso de alzada) á que lo reconociesen y curasen los más célebres facultativos de la capital.

Rico y poderoso, respetado y querido en mayor ó menor parte de la tierra, debía de ser el paciente, á juzgar por su comitiva.—Entre los qne marchaban á pie, no sólo había muchos mozos de labor, encargados de relevarse en la conducción de la litera, sino algunas personas más acomodadas (colonos sin duda del sentenciado), que no se separaban de las portezuelas, ó miraban dentro de la silla al través de sus pequeños y ovalados cristales. Unos y otros presentaban el más grave continente, con su uniforme traje campesino..... ¡de los días de fiesta!

Los jinetes eran dos señores de imponente aspecto, semirural, semiurbano, caballeros en sendas yeguas— y una señorita y una labradora, la primera en mulo y la segunda en jumento, á cual más circunspecta y más guapa, arrellanadas las dos en amplias jamugas, muy guarnecidas éstas de pontificales colchas y almohadas..... dignas de formar parte de una carta dotal.

Finalmente, cerraban la marcha cuatro mulas cargadas de todo lo nacido, aparte de lo que ocultaran sus enormes capachos.—Sólo por fuera, veíanse baúles, catres, colchones, cestas muy empapeladas, sartenes, ollas de cobre, trébedes de hierro, y hasta una gran jaula de mimbres llena de gallinas y pollos..... vivos y cacareando.

La señorita y los dos señores constituían á todas luces la familia del infeliz desahuciado por los médicos

de la *Alpujarra*—el cual debía de ser viudo.—La joven labradora iría en calidad de *dama* de la que acaso era su hermana de leche.—El equipaje y las provisiones, custodiados por cuatro escopeteros, iban, en fin, á las inmediatas órdenes de una venerable ama de llaves y directora de cocina, encaramada en lo alto de la carga más voluminosa.....

¡Miseria humana! Todo aquello, que era un curioso espectáculo para nosotros y un caso de honra para la familia viajera—el orden etiquetero de la procesión, el silencio y compostura con que caminaban todos, la pesadumbre de que hacían no sé qué enfático alarde, y el ceremonioso respeto que les infundía..... la silla de manos—¿qué le importaba al afligido enfermo, encerrado con sus implacables dolores dentro de cuatro tablas?—¡Para él, aquella hora y aquella cuesta no eran más que trámites neutros y pavorosos del tremendo litigio en que se ventilaba su vida ó su muerte! ¡Para él, se reducía ya el mundo á estos solos términos: «*Granada: los facultativos: su enfermedad: la salud..... ó el sepulcro!*»

Del dinero y del amor propio habría ya prescindido—como prescinde el náufrago de su equipaje.

Pasó y desapareció la caravana, camino del infinito, donde á la postre van á perderse todos los viajeros enfermos ó sanos; y nosotros llegamos á la altura que tan distante nos había parecido desde lo hondo de la cuesta.

Allí nos esperaba otro encuentro, mucho más grato que el referido.—El horizonte se ensanchó un poco, dejándonos ver las modestas cumbres de algunas lomas sucesivas, que se escalonaban ondulando á nuestro

frente, hasta acabar por cerrarnos de nuevo la perspectiva de verdaderas lontananzas..... Pero estas mismas lomas tuvieron por la izquierda dos leves descuidos, casi simultáneos, que nos permitieron divisar, durante algunos momentos, allá, legísimos, tras los angulosos claros de varias laderas coincidentes, como por los postigos de un balcón, dos triángulos (ó dos *pañoletas*; que dicen los caminantes clásicos) de un azul más obscuro que el del cielo..... ¡Era el mar!

La diligencia de Motril habría llegado ya á la costa.....—Nosotros estábamos á la misma distancia del Mediterráneo que cuando dejamos el coche.....—Esto fué lo primero que se nos ocurrió al descubrir aquellas vislumbres del húmedo elemento.—¡Tan trivial es algunas veces la expresión del más acendrado cariño, de la más profunda pena, de la admiración más entusiasta!

Luego pensamos en que semejante descubrimiento demostraba la exactitud de nuestras noticias sobre la configuración de la Península española—idea mucho más fútil que la primera, pero de la cual tampoco éramos responsables..... ¿Quién pudo nunca responder de sus pensamientos?

En seguida nos sentimos casi disgustados. La aparición del mar por aquel punto realizaba brusca y sumariamente nuestro deseo de robarle su secreto á la *Alpujarra*. Aquel agua era el término, el lindero, el *non plus ultra* de nuestras ilusiones. Allí concluía lo que estábamos empezando á ver. El teatro de nuestra peregrinación quedaba acotado ya de Norte á Sur entre el *Veleta*, que acabábamos de contemplar, las dos *pañoletas* azules que á la sazón contemplábamos.....—Nuestro disgusto era, pues, análogo al del lector que oye referir á su pesar, el desenlace de una novela que le va

interesando mucho, ó al del enamorado que se encuentra con que es fácil y obvio el corazón de la mujer que suponía inconquistable.....

Pronto nos consoló empero, devolviéndonos nuestras ilusiones, lo fugitivo de aquel espectáculo y la veleidosa ligereza con que desapareció. Cobraron entonces nuevo ímpetu nuestros deseos de explorar en varios sentidos todo lo encerrado entre aquel monte y aquelles olas, y de dormirnos al son de aquellas olas mismas;—como se aumenta el hambre cuando no se ha hecho más que probar el apetitoso guiso, ó como redobla el incendio cuando se le echa poca agua; ó como..... Pero *suficit*.

Y entonces también recobró á los ojos de nuestra imaginación toda su peculiar importancia el mar alpujarreño, y volvieron á nuestra memoria las horribles crueldades de que su oleaje había sido cómplice.....—¡Aquel fué (y esto lo dice todo) el más frecuente escenario de las expulsiones de israelitas y moriscos!.....—En sus playas, pues, teníamos que redactar una especie de *fe de livores*, ante los doloridos espectros de aquellas pobres gentes—dado que se nos aparecieran.....

Por todas estas consideraciones, no había más remedio que seguir adelante.

Y, en efecto, seguimos; y atravesamos otras dos ó tres de las innumerables soledades incultas que cubren la mayor parte de nuestra misma civilizada Europa; y bajamos, y subimos, y tornamos á bajar; y ya principiaba á atediarnos, por no decir á alarmarnos, una tan

prolongada ausencia de todo indicio de población humana, cuando llegamos á unos frondosísimos olivares.....

Ninguna señal más elocuente de la proximidad del hombre.—El olivo es uno de sus primeros amigos y de sus mejores camaradas natos. Así es que, á poco que lo cuidéis, os dará (aparte de la oliva de la paz, las aceitunas aliñadas, etc., etc.), todos los milagros contenidos en una gota de aceite, cantados ya por Pelletan y por nuestro Melitón Martín.—Yo no agregaré cosa alguna á los inimitables panegíricos escritos por estos dos autores: sólo os diré que, aun después de *inventados* el gas y el petróleo, una aceituna en su rama sigue pareciéndome el más precioso emblema de la Providencia divina, y que al penetrar aquella tarde en los mencionados olivares, representáronseme todos los quinqués, lámparas, velones y candiles con que los hijos de *Órgiva* prorrogarán diariamente el pleno ejercicio de su vida, á pesar de todas las tinieblas de la noche.....—Y digo de *Órgiva*, porque los tales olivos no podían menos de pertenecer á aquel renombrado puebló—que ya debía de distar muy poco, á juzgar por lo que llevábamos andado.....

Con efecto; algunos instantes después, el grave son de unas hermosas campanas, que todavía (á las tres y media de la tarde) andaban á vueltas con el *día de San José*, nos avisó que estábamos llegando á la importante villa (cabeza de un partido judicial, de un distrito electoral y de una *Taha* moruna) en que habíamos de recobrar el libre uso de las piernas. En seguida empezó á descorrerse ante nuestros ojos un pintoresco paisaje, que constituía otro oásis de la *Sierra*, bastante parecido al de Lanjarón. Y, por último, en medio de él, sobre una colina, en la confluencia de una rambla y de un valiente río, vimos surgir por grados, primero dos to-

rres gemelas, luego la iglesia á que pertenecían las dos torres, y, finalmente, el apiñado caserío de una extensa población.....

Estábamos en *Órgiva.*

Pero vamos á cuentas, lectores.

Antes de penetrar en esa villa tenemos que discurrir breves momentos sobre la etimología y verdadero sentido geográfico é histórico de la voz que sirve de título á la presente obra.

No se me oculta ciertamente que semejante digresión á estas alturas va á pareceros muy árida y enfadosa..... Mas ¿qué remedio? Yo la he retardado cuanto me ha sido posible, á ver si hallaba manera de ahorraros ese disgusto; y si os lo causo ahora, es porque ya me llega el agua al cuello.....—¡Qué se diría de un autor que escribiese todo un libro denominado LA ALPUJARRA, sin explicar en él lo que esta palabra significa!

Perdonadme, pues;—y en cambio, yo os ofrezco hacer la vista gorda, si por ventura desairais esa digresión de mis pecados, pasando por alto (como os lo aconsejo) el capítulo siguiente.

III.

¿Cuál es la etimología de la palabra *Alpujarra?*—¿Se debe decir *La Alpujarra,* ó *Las Alpujarras?*—¿Cuáles son los verdaderos límites de esta región?—Historia antigua.—Geografía moderna.

Discordes andan historiadores y orientalistas acerca del origen y significación de la palabra *Alpujarra.....*

(Creo que este es el tono en que se suele hablar de

antigüedades..... Pero yo no puedo insistir en él: ¡estoy muy de prisa!—Resumiré, pues, desde luego.)

PRIMERA OPINIÓN.—Según Luis de Mármol, *Alpujarra* proviene de la voz árabe *abuxarra*, que él traduce: *la rencillosa, la pendenciera*.

SEGUNDA OPINIÓN.—D. Miguel Lafuente Alcántara dice lo mismo, como si lo copiara reverentemente, permitiéndose tan sólo traducir *indomable* en lugar de *rencillosa*, y conservando lo de *pendenciera*.

FUNDAMENTO DE ESTAS DOS OPINIONES.—Todos los cronistas antiguos están contestes, principiando por el historiador musulmán Aben-Ragid, en que los agarenos no lograron dominar las fragosidades alpujarreñas ni reducir á los cristianos que allí vivían, sino pasados siglos de la batalla de Guadelete y de la ocupación de casi toda la Península por las legiones africanas y asiáticas [1]. Y aun después, si éstas penetraron y reinaron en la *Alpujarra*, fué por la buena y á condición de tolerar la religión del Crucificado, cuyo culto siguió, en efecto, siendo libre durante otros dos ó tres siglos, hasta que poco á poco, y sin violencia alguna, los más absorbieron á los menos, ó los menos se refundieron en los más, al punto de no quedar ni un solo alpujarreño que se acordase de la fe de sus mayores.—Creen, pues, Mármol y Lafuente Alcántara que los calificativos de *rencillosa*, *pendenciera* é *indomable* le venían como de molde á aquella región cuando los Sarracenos tuvieron la primera idea de que existía.

IMPUGNACIÓN DE TODO LO DICHO.—Es, sin embargo, muy de extrañar que el mismo Abend-Ragid, relator de esos hechos, nunca llame á la *Alpujarra* sino la *Tie-*

1 «No sólo Asturias, sino esta comarca (dice Florián de Ocampo, refiriéndose á la *Alpujarra*), quedó por conquistar por Abdalazis, á causa de su aspereza.»

rra del Sirgo (por la mucha seda que en ella se criaba); y sorprende aun más, que después de haber publicado Mármol la citada versión, otros filólogos é historiadores hayan continuado poniendo en tela de juicio la verdadera significación del nombre que hoy lleva aquel territorio.

Romey y M. Sacy, por ejemplo (TERCERA OPINIÓN), se fijan en que Suar-el-Kaici y otros revoltosos de la Andalucía oriental levantaron por las Serranías de Granada algunas fortificaciones llamadas *Al-Bord-jela* (Castillo de los Aliados), y creen que de este nombre vino á formarse el de *Alpujarras* [1].

En cambio (CUARTA OPINIÓN), Xerif Aledrix y nuestro insigne Conde aseguran por otro lado que *Alpujarra* vale tanto como *Al-bugscharra*, voz árabe que se interpreta *Sierra de hierba* ó *de pastos*.

Finalmente, el ilustrado orientalista y literato de nuestros días, Sr. Simonet, dice (QUINTA OPINIÓN) que no le parece buena ninguna de las traducciones que conoce de *Albuxarrat* (que, según él, era como verdaderamente llamaban los moros á aquella Serranía), y aventura la idea de si podrá traducirse *Alba-Sierra*, aunque añade modestísimamente, á renglón seguido, que está muy lejos de creer haber acertado más que los otros.

Ahora....., el que leyere (si alguien me está leyendo) puede escoger, entre esas cinco, la opinión que más le guste ó le convenga.—Yo no escojo ninguna....., por la sencilla razón de que no sé el árabe.

En lo que, á pesar mío, no puedo abstenerme de dar un humilde dictamen (ó, por mejor decir, he tenido

1 *Diccionario geográfico* de Madoz.

que darlo anticipadamente, al ponerle título á esta obra), es respecto de si debe escribirse *La Alpujarra* ó *Las Alpujarras.*

Como habéis visto, precisado á elegir entre uno y otro número, he optado por el *singular;* pero debo confesaros que no ha sido sin pasar antes por angustiosas vacilaciones.

Figuraos que el *plural* tenía en su abono estos antecedentes:

1.° El empleo que hacen de él varios autores antiguos y modernos siempre que hablan de aquel país;

2.° El usarlo en la conversación bastantes gentes, bien que fuera de Andalucía;

Y 3.°, y mucho más importante: La autoridad de la Academia Española, que define así, en su *Diccionario de la Lengua Castellana,* la voz ALPUJARREÑO, ÑA: «Adj. que se aplica al natural de *Las Alpujarras,* y á lo perteneciente á ellas.»

Había, pues, harto motivo para decidirse por el *plural*—y ya lo había usado yo mismo en cierta ocasión, obligado por la fuerza del consonante.....

Sin embargo, hacíaseme cuesta arriba escribir *Alpujarras* al frente de este libro y en la mayor parte de sus hojas, cuando toda mi vida había dicho y oído decir *La Alpujarra;* y, como me pusiera á excogitar razones para mantenerme dentro de mi dulce rutina (¿qué rutina no es dulce en estos tiempos de tantas dislocaciones y extravíos?), encontré en apoyo del *singular* los tres fundamentos siguientes:

1.° Que Hurtado de Mendoza, Mármol, Lafuente Alcántara y otros escritores de muchas humanidades y escrupulosa conciencia, en sus Historias relativas á aquella región, la llaman siempre *La Alpujarra;*

2.° Que del propio modo la mientan constantemente

casi todos los naturales de la provincia de Granada, empezando por los de su culta capital;

Y 3.° y principalísimo: Que así la nombran los mismos alpujarreños.

Perdone, pues, la Academia, solícita guardadora del habla de nuestros padres, si yo, en caso tan dudoso [1], y por razones de querencia á lo tradicional, me he apartado, á sabiendas, de la respetable norma de su *Diccionario;* y crea aquella docta corporación (á que siento no pertenecer) que de manera alguna me hubiera lanzado á tal temeridad, si no contara en todo evento con que la indulgencia es compañera inseparable de la sabiduría [2].

Por lo demás, comprenderéis que á mí me importa un bledo que la *Alpujarra* se llame de éste ó del otro modo; pues, como dice muy oportunamente la Julieta de Shakespeare: «Lo que llamamos *rosa* embalsamaría lo mismo el aire si tuviera cualquiera otro nombre.»

También hay varias opiniones acerca de los límites de la *Alpujarra;* pero en este punto la verdad y el error son más evidentes á mi juicio, y más fáciles, por tanto, de separar.

No sé quién sería el primero (tal vez Méndez de Silva) que escribió la peregrina especie de que «la *Alpujarra* mide diez y siete leguas de longitud desde Mo-

1 El Sr. Simonet, en su reciente notabilísima *Descripción del Reino de Granada*, escribe indistintamente, unas veces *La Alpujarra* y otras *Las Alpujarras*.

2 El año siguiente á la publicación de esta obra, el autor fué elegido individuo de número de la Real Academia Española.

(*Nota de los encargados de esta segunda edición.*)

tril á Almería, por once de anchura, desde Sierra Nevada al mar.....»—Fuera quien fuese, este deslinde tuvo la fortuna de que lo copiasen al pie de la letra muchos graves autores, y hoy sigue dando la vuelta al mundo, como verdad de á folio, en *Diccionarios geográficos, Enciclopedias, Guias* y toda clase de itinerarios pintorescos.

Sin embargo, nada más inexacto y absurdo que semejante afirmación. La prueba es que los mismos historiadores del siglo XVI, que la transcriben á cierraojos, distinguen luego entre «*Tierra de Motril*», «*Alpujarra*» y «*Tierra ó Rio de Almeria*», presentando cada región por separado como cosas muy diferentes. Y, por si esto no bastara, esos mismísimos historiadores, al describir en otros pasajes la comarca alpujarreña, la dividen en las *tahas* ó distritos que contenía, resultando de sus propios datos que no abarcaba, ni con mucho, las vertientes orientales de Sierra de Gádor ni las occidentales de Sierra de Lújar. Por último, ningún motrileño ni almeriense (exceptuando á los que, por haber nacido en la banda occidental de Sierra de Gádor, tienen razón en creerse alpujarreños) se ha considerado jamás á sí propio como hijo de la *Alpujarra*.—¡Y, á confesión de parte!.....

Desechados con tan incontestables razones los datos erróneos del geógrafo mencionado, ó del que lo engañase á él, voy á ver de fijar ahora los linderos exactos de la *Alpujarra*, con arreglo á los antecedentes históricos, á la opinión de ilustradísimas personas de aquel país y á lo que dicta el sentido común.

Ya lo he indicado muchas veces (apoyándome en idénticas consideraciones que ahora): por *Alpujarra* se entiende todo el terreno comprendido entre Sierra Nevada y el mar y encerrado en una especie de rectángulo por las sierras laterales; es decir, todo lo in-

cluído dentro del horizonte sensible que se abarca desde las cimas del Cerrajón de Murtas; todo lo que, visto desde el mar de Albuñol, mirando al Mulhacen, tiene, como si dijéramos, *un cielo común.....*

Y esto del *cielo común* es indudablemente una de las leyes naturales en que se funda esa Geografía popular, tradicional, casera, que divide á la Península española en *Mancha, Rioja, Maragatería, Vera de Plasencia, Vega de Pas, Tierra de Barros, Tierra de Campos, Alcarria, Loma de Úbeda, Río Almanzora,* y en otras innumerables circunscripciones tan extraoficiales como la *Alpujarra.* Cada uno de los países representados por estos nombres, ó sea todos los pueblos y despoblados que comprende cada cual, reconocen una especie de común denominador, tan antiguo como la fisonomía actual del Planeta, que sirve para sumarlos, delimitarlos y definirlos;—ora un río, ora una cordillera, ora una llanura, ora un valle, aquí la identidad de vegetales, allí la ausencia de ellos, ya el verse reducidos á una misma incomunicación, ya el tener á la vista un mismo horizonte.—El común denominador, la razón de ser de la *Alpujarra* como comarca, es el cinturón de cumbres y olas que la rodea, el pedazo de cielo que la cobija.

Así, pues, la frontera occidental de la *Alpujarra* principia en el Picacho de Veleta; baja con el río de Lanjarón hasta el río de Órgiva; gana luego la Sierra de Lújar, y corre (por donde mismo va la raya del partido judicial de Motril) hasta caer al mar entre Castel de Ferro y Torre de Baños. Y la frontera occidental empieza hacia Ohanes; busca las crestas de Sierra de Gádor, y va á morir en la Punta de las Sentinas.—Dicho se está, por consiguiente, que quedan reducidas á diez ú once las famosas diez y siete leguas del consabido geógrafo.

De los límites Norte y Sur no hay que hablar: ellos se defienden por sí mismos; son el Mediterráneo y Sierra Nevada.—Sólo advertiré que, entre Sierra Nevada y el Mediterráneo, *en línea recta*, no median nunca las pretendidas once leguas, sino ocho todo lo más; y esto, sólo hacia el Campo de Dalias; que, por los puntos restantes, apenas llegarán á siete,—midiendo siempre á vuelo de pájaro.

Y ahí tenéis demarcada la tierra que vamos á recorrer en varios sentidos.

Acerca de la estructura interior de la *Alpujarra*, ó sea de aquel pintoresco laberinto de valles y montes en que la convierte la Contraviesa, hablaremos en su lugar correspondiente, desde un punto de vista menos árido que el de esta digresión.

En cambio, voy á hacer ahora, para dejar completamente servidos á los aficionados á ciertos datos y noticias, un brevísimo resúmen de la *Historia antigua* del territorio alpujarreño, ó, por mejor decir, de su Historia anterior á la Conquista de Granada.—Tal historia no ha sido compuesta todavía por nadie; pero yo la hilvanaré aquí con retazos tomados de varios libros, ó sea aprovechándome de estudios del prójimo.....; cosa tan corriente en esta clase de trabajos, que, con ocasión de lo mucho que he tenido que leer para escribir el presente capítulo, he gozado extraordinariamente al ver rodar de obra en obra, plagiadas *ad pedem literæ*, páginas enteras, llenas de erudición, que cada autor presentaba como de cosecha propia....., ó, por lo menos, guardándose muy bien de decir que eran de cosecha ajena.....

Conque historiemos.—Es cuestión de otros dos ó tres minutos de paciencia, amado Teótimo.

La *Alpujarra* no tiene historia propia ó particular,

desde la llamada noche de los tiempos hasta la irrupción de los sarracenos en España. Muchas y muy eruditas conjeturas se han escrito sobre los aborígenes de aquella región y sobre lo que pudo ser de ella durante la Dominación de los Fenicios, de los Cartagineses, de los Romanos y de los Bárbaros del Norte; pero lo más que resulta de las investigaciones historiales en que corrió la misma suerte que el resto de la provincia de Granada, y fué sucesivamente fenicia, cartaginesa, romana y *vandaluza*.

De la antigua Bética, llamada ya entonces *Vandalucia*, componía parte, en efecto, cuando el suelo granadino fué conquistado....., ora por el propio Tháric, ó Taric, ó Tarif, vencedor de D. Rodrigo, el mismo año de la batalla de Guadalete (711), ora en 712 por Abdalaziz, hijo de Muza, jefe de la segunda invasión, que lo cierto no se sabe [1].

Formaban entonces la población granadina, é indudablemente también la alpujarreña, romanos y godos (pues ya estaban embebidos ó refundidos en los romanos los primitivos iberos), y además gran número de judíos. Estos últimos conservaron siempre su fe; pero romanos y godos, ya muy cristianizados entonces (aunque todavía divididos por cuestiones de raza y de secta), uniéronse definitivamente bajo la bandera de Jesucristo ante el formidable enemigo común que entraba á sangre y fuego por su tierra; de donde llamóseles á unos y otros *mozárabes*, que quiere decir *cristianos sometidos á los islamitas*. Sin embargo, como hemos visto más atrás,

1 El orientalista M. Reinhart Dozy, en su *Histoire des Mussulmans d'Espagne*, dice que el conquistador de Granada fué Taric. La mayoría de los historiadores españoles aseguran que fué Abdalaziz. El historiador árabe Ibu-Aljathib se hace cargo de ambas opiniones, sin emitir la suya.

los valerosos cristianos de la *Alpujarra* tardaron siglos en merecer esta calificación.

Con otra mucho más cruel (aunque merecida) los estigmatizó la gente mora cuando, andando el tiempo, olvidaron la fe del Crucificado y abrazaron el mahometismo. Denominólos entonces *muladíes*, que vale tanto como *renegados*, ó *moros bastardos;* del propio modo que la gente cristiana había de apellidar en su día *mudèjares* (hijos del Antecristo) á los sectarios de Mahoma que, sin mudar de religión, se quedaban en un lugar reconquistado por la Cruz, y *moriscos* á los moros bautizados.

Son cuatro palabras (*mozárabe*, *muladí*, *mudèjar*, *morisco*) que compendian novecientos años de guerras *civiles;* y digo *civiles*, admitiendo como artículo de fe la aseveración francesa de que el África principia en los Pirineos.

Pero, aunque los alpujarreños dejasen al cabo de competir en constancia con la inmortal Asturias, y aceptasen primero el gobierno y luego la religión de los invasores, no por eso se sujetaron á la dominación islamita, sino que, comunicando su espíritu de independencia á los mismos mahometanos que se establecieron allí (ó respirándolo también éstos en aquellas encumbradas montañas), unos y otros camparon siempre por su respeto, confundidos ya en una sola raza, y hasta llevaron muchas veces la guerra á los que se consideraban sus señores.

Vemos así á los árabes y bereberes de aquel territorio (*«sumamente poblado, y por gente muy belicosa»*, según el historiador Ben-Katib-Alcatalami) rebelarse contra el Emir ó Sultán de Córdoba, á fines del siglo IX, y salir en su busca, á librarle batalla campal, acaudillados por el que se decía *Rey de la Alpujarra*, SUAR-BEN-

HAMBOUN-EL-KAISI.—El Sultán cordobés envió á su encuentro al Walí de Jaén, Gand-ben-Abd-el-Gafir, y, trabado el combate hacia el Sur de Andújar, la victoria fué de los alpujarreños, que hicieron prisionero al Walí, después de matarle hasta siete mil hombres.—La noticia de esta derrota afectó y alarmó extraordinariamente al Sultán; por lo que reunió en seguida un gran ejército y buscó personalmente á los rebeldes, que le aguardaban «en la falda de la *Alpujarra*» (el historiador árabe no termina en cuál).—Allí le tocó al KAISI ser vencido y caer prisionero; y, presentado que fué al Sultán, éste le hizo cortar la cabeza....., que por cierto envió á Córdoba, como una especie de *parte* abreviado de su campaña más lacónico aún que el «*Veni, vidi, vici*» de Julio César.

Tal, por lo menos, habían contado hasta hoy nuestras historias el fin del célebre KAISI; pero, de último estado, y en vista de lo que refieren otras crónicas árabes, cuéntanla de modo muy diferente.—Parece ser que SAWAR-BEN-HAMDUN (que es como ahora se escribe el nombre de este mismo personaje) fué muerto en una emboscada, cuando se apercibía á defenderse, no de las huestes del Sultán de Córdoba, sino de las de otro caudillo rebelado también contra el propio Sultán; esto es, del famoso Omar ben-Hafsun, dueño ya casi de toda Andalucía.

De cualquier modo, treinta años después nos encontramos á los árabes y bereberes alpujarreños tan libres como al principio, dándose otra especie de Rey, llamado ADMED-BEN-MOHAMMED EL-HAMBDANI, del cual sólo se cuenta que añadió muchas fortificaciones artificiales á las que la Naturaleza puso en aquella comarca. —Al poco tiempo volvemos á verlos en armas, levantados contra el nombramiento de Soleimán para Califa

de Córdoba.—Y, finalmente, en 1162 los hallamos otra vez batallando bajo las banderas de un cierto MOHAMMED BEN-SAID, no ya contra Califas cordobeses, como hasta entonces, sino contra los mismísimos Almohades de Granada.

Era que el Califato de Córdoba se había derrumbado, y formádose, de parte de sus escombros, el primer reino granadino; era que en este trono se habían sucedido ya tres dinastías, la de los Ziritas, la de los Almoravides y la de los Almohades, todas ellas de raza africana y tributarias de los Sultanes de Berbería; y era que ni los altivos alpujarreños ni el resto de los que ya se decían *moros andaluces* (de origen asiático en su generalidad) podían llevar con paciencia semejante estado de cosas.....—No descansaron, pues, hasta que formaron un reino árabe-español, independiente del África, lo cual se realizó á principios del siglo XIII, *siendo alpujarreño*, ó saliendo cuando menos de la *Alpujarra*, el primer musulmán que ensayó pensamiento tan atrevido.

Refiérome á MOHAMMED BEN-HUD, que otros llaman solamente IBN-HUD.—Este insigne y desgraciado príncipe, árabe puro por la sangre, oriundo de los antiguos Emires de Zaragoza, hízose proclamar rey en Ugíjar (que ya era la metrópoli de la *Alpujarra*); dominó en Granada algún tiempo; fué obedecido en Córdoba, Sevilla y parte del reino de Valencia, y murió asesinado en Almería en 1238.—«La fortuna de este caudillo (dice Simonet) fué breve y no correspondió á sus grandes ánimos, quedando reservada esta empresa á otro príncipe de prendas aun más altas y de más venturosa estrella.»—Con lo cual se refiere á ALHAMAR (el Rojo), natural de Arjona, en la provincia de Jaén, esclarecido vástago de la muy antigua y principal familia árabe de los Nazaritas

Cúpole, en efecto, á ALHAMAR la gloria de ser el verdadero fundador del reino moro de Granada, de construir el maravilloso Palacio Real de la Alhambra—lleno todo de su nombre y de su divisa «*la Galib illa Allah*» (sólo Dios es vencedor)—y de inaugurar la renombrada serie de veintiún Monarcas de su sangre y dinastía, que ocupó aquel trono durante doscientos sesenta y dos años, y que terminó en el desgraciado BOABDIL, destronado por los REYES CATÓLICOS.

La *Alpujarra* formó parte del nuevo reino granadino, cuyo litoral se extendía desde Gibraltar hasta el río Almanzora, ó sea hasta los confines de Murcia, y los alpujarreños vivieron dedicados á las dulces tareas de la paz, fomentando la riqueza de su suelo, hasta convertir en verjeles las más ásperas montañas, y no dando, que se sepa, mucho que hacer á los soberanos Nazaritas.—Éstos, sin embargo, cuidaron de tomar algunas precauciones contra la indocilidad de aquellas valerosas gentes, y así se explica que la *Alpujarra* fuese el único *clima* de la *cora de Elvira* que dividieron en *tahas*, edificando castillos en casi todos sus *alhauces*.

Explicaré esta jerga á los que no la hayan entendido (como tampoco la entendiera yo, si no me la hubieran explicado alguna vez).—*Cora, amelia* ó *waliato* son como sinónimos de lo que nosotros llamamos *provincia*.—*Elvira* es el nombre de la primitiva capital de *Granada*.—*Clima* quiere decir *zona, circunscripción* ó *partido*.—*Táa,* ó *taha,* equivale á *distrito* (y también á *partido,* cuando el *clima* no comprende más que una *taha*).—Y *alauz* vale tanto como *término*, de donde viene la palabra castellana *alfoz*, que figura en el *Diccionario* de nuestra lengua......—Por consiguiente, lo que debí escribir desde luego, en lugar de un párrafo tan enrevesado, es que la *Alpujarra* «fué el único par-



tido de la provincia de Granada que los descendientes de Alhamar dividieron en distritos, edificando castillos en casi todos sus pueblos ó jurisdicciones.»

Volviendo á lo que hemos calificado de *Historia antigua* de aquella tierra, y pasando por alto muchos sucesos de menor cuantía que no le atañen peculiar y directamente, diremos, para terminar, que BOABDIL entregó la *Alpujarra* á los REYES CATÓLICOS en 1490, después que éstos hubieron tomado á *Baza;* que los alpujarreños se rebelaron al año siguiente, que le costó al Rey mucho trabajo reprimirlos, y que, para tenerlos á raya en adelante, se vió obligado á ponerles un Gobernador.

Del célebre y desdichadísimo Rey ZAGAL, precursor de BOABDIL en las tristes sendas del destierro, y acerca de su breve y azarosa permanencia en *Andarax*, cuyo señorío obtuvo á cambio del trono de Guadix y Almería, ya tuvimos ocasión de hablar en la primera parte de este libro..... Y, como también referimos allí con detenimiento el período histórico comprendido entre la conquista de Granada y la proclamación de ABEN-HUMEYA, cátanos al corriente de todos los sucesos relativos al territorio alpujarreño que nos importaba saber antes de proseguir nuestro viaje.....

No soltaré, empero, la pesada pluma con que he borroneado trabajosamente este insoportable capítulo, sin decir que la *Alpujarra* comprende hoy sesenta y cinco pueblos, ó cabezas de Distrito municipal; otros treinta ó cuarenta lugarcillos y aldeas sin Ayuntamiento propio; más de quinientos caseríos y cortijadas (muchas de ellas compuestas de veinte y hasta treinta domicilios); más de dos mil (!) cortijos y casas de campo, y unos cuatrocientos grupos de chozas y cuevas pastoriles, especie de aduares encaramados en lo alto de

la *Sierra.*—Total: 115.000 almas, poco más ó menos.

Entremos, pues, ya en *Órgiva*, á cuyas puertas nos quedamos al fin del capítulo anterior, y descansemos allí de nuestro primer día de viaje y de la fatigosa excursión que acabamos de hacer por las regiones de la Primera y Segunda Enseñanza.

IV.

En *Órgiva* (por la tarde).—La posada del *Francés.*—El Alcalde de Otívar.—Moras y cristianas.—Una torre célebre.—La tapia de un huerto.—*Albacete de Órgiva.*—El *Río Grande* y el *Río Chico.*—Los jamones de *Trevélez.*—La *Taha de Pitres.*

Gratísima memoria conservaré eternamente, y creo que lo mismo mis compañeros de glorias y fatigas, de la tarde y la noche que pasamos en la renombrada villa de *Órgiva.*

Allí encontramos amigos: unos, que lo eran hacía mucho tiempo, y otros que lo fueron desde aquel día. Figuraba entre los primeros un inspirado poeta, autor de muy conocidos y celebrados romances caballerescos y antiguo Comandante de Artillería, que nos *hizo los honores* de la población discretísimamente, á fuer de venturoso amante de la Naturaleza y de la Historia, de las Armas y de las Letras.—Por cierto que á él le debo más de una noticia sobre aquel deleitoso rincón del mundo, donde vive *retirado*, en toda la extensión de la palabra, repitiendo sin duda con Horacio: «*Hoc erat in votis: modus agri non ita magnus*.»

Encontramos allí además, ó, por decir mejor, llegaron allí aquella misma tarde en nuestra busca, procedentes

del riñón de la *Alpujarra*, otros buenos é inolvidables amigos, que desde aquel punto y hora, y durante algunos días, formaron parte de nuestra expedición — y que ya os presentaré en el momento oportuno.

Entre estos obsequiosos recién llegados de Levante y nosotros los recién llegados de Poniente compondríamos, cuando menos, agregadas las respectivas *servidumbres*, unos diez y seis *recién llegados*; lo cual comprenderéis perfectamente ¡oh madres de familia! que era *demasiado recién-llegar* para que aceptásemos, ni por asomos, la hospitalidad que, con vivísimos ruegos, nos ofrecían en sus pacíficos hogares nuestros amigos de *Órgiva*.

Nos resistimos, pues, heroicamente, alegando sobre todo la potísima razón de que los diez viajeros de caballería queríamos vivir ó morir juntos; esto es, dormir en una misma casa, vigilando á los viajeros de infantería, á fin de que éstos, por su parte, vigilasen á las bestias; y tan pesados estuvimos, y de tal modo los embromamos, que los orgivenses hubieron de ceder, dejándonos hacer de nuestra capa un sayo y pasar la noche toledana que apetecíamos.

En virtud de esta capitulación, ocupamos militarmente la *Posada del Francés*.

¡El *Francés!* ¡Cómo abunda este posadero en España! ¡Quizás era ya aquélla la quingentésima posada del mismo nombre que visitábamos en nuestro país; todas ellas excelentes, por supuesto..... en comparación del purgatorio!

¡Posada del *Francés!*..... ¡Y luego dicen allende el Pirineo que los españoles somos salvajes, feroces, in-

hospitalarios como las hordas del Riff!—Pues ¿qué mayor prueba se quiere de la suavidad de nuestras costumbres que esas quinientas posadas abiertas por un francés....., ó que esos quinientos franceses con posada abierta....., en otras tantas poblaciones de esta patria de Daoíz, de Velarde y del *Alcalde de Otívar?*

Y, á propósito del *Alcalde de Otívar.*—Nuestra Academia de la Historia prestaría á la Patria un gran servicio si buscara, adquiriese y diese á luz el libro manuscrito en que se refieren los hechos heroicos realizados por aquel insigne patricio durante la Guerra de la Independencia: libro acerca del cual dice el malogrado Lafuente Alcántara en el catálogo de las obras y documentos que le sirvieron de norte para escribir su *Historia de Granada:*

«Hazañas gloriosas del Alcalde de Otívar D. Juan Fernández.—Este guerrillero, en la época de la invasión francesa, se valió de algún amigo para redactar una Memoria ó relación de sus hechos de armas, en un tomo en folio que conserva su familia y nos ha sido remitido para su examen por un Cura conocido. Sus correrías, sus batallas y aventuras, están referidas con una puntualidad notable, y, lo que es más, justificadas con testimonios de los Ayuntamientos, con declaraciones de habitantes fidedignos, y hasta con cartas autógrafas de algunos españoles puestos al servicio de los franceses, y empeñados en vencer con halagos al indócil y valiente partidario.»

No creo, pues, que sea difícil hallar el manuscrito.—En cuanto á la oportunidad y pertinencia de esta digresión, que alguien podrá suponer traída por los cabellos, nadie se atreva á objetarme nada, pues consisten en que el terreno de *Órgiva* fué precisamente uno de los principales teatros de las proezas del *Alcalde de Otívar* (citadas y ensalzadas por el ilustre Conde de Toreno en su monumental Historia de la epopeya española del presente siglo), y en que aquella tarde nos encontrábamos á pocas leguas del humilde Lugar que gobernaba en paz y gracia de Dios el buen Fernández

antes de salir á medir sus fuerzas con las del primer Capitán de todos los tiempos [1].

¡Ah! La *Alpujarra* se acordó entonces (¿cómo no?) de lo que había hecho en otros siglos para defender la independencia..... Sus ásperas montañas é indomables hijos fueron, por tanto, seguros escollos en que se estrellaron repetidas veces las legiones de Napoleón. Y así se explica que en los Alpujarreños y en la *Alpujarra* se apoyara de continuo el intrépido Alcalde, ora fuera para aumentar y municionar su hueste después de alguna costosa victoria, ora para lamerse sus heridas en recóndita cueva, como un verdadero león, y volver de nuevo á la lucha, todavía chorreando sangre [2].

No creáis que hoy día de la fecha evoco los recuerdos de 1808 á 1814 con ánimo de molestar á los honrados posaderos franceses que se ganan la vida en la Península.....—¡Oh! ¡No soy tan beduino!—Tampoco me anima el extemporáneo propósito de enardecer el patriotismo de los españoles contra los conquistadores extranjeros..... —¿Para qué? ¡Hoy no trata nadie de conquistarnos, que yo sepa! — ¡Contra quien sí considero urgentísimo irritar ahora el amor patrio es contra otra clase de enemigos más terribles, más odiosos, más abominables que los conquistadores extranjeros!—¿Sabéis contra quién? ¡Contra los impíos y blasfemos que reniegan de la idea de patria; contra los españoles (por que también hay españoles entre ellos) que discuten la legitimidad de tan santo amor; contra los que predican un cosmopolitismo feroz y descastado; contra

1 La Regencia de Cádiz nombró Coronel al ALCALDE DE OTÍVAR. Los más célebres generales españoles lo trataban y consideraban como á un igual suyo, procediendo en todo de acuerdo con él, pues era el alma de la tenaz resistencia que encontraron los invasores en el litoral granadino.

2 Histórico.

los que sacrificarían gustosos la nacionalidad en aras de no sé qué individualismo ó colectivismo salvaje; contra los filántropos parricidas, en fin, que derribaron ayer la *Columna de Vendôme* y que hoy hablan de derribar el *Obelisco del Dos de Mayo* [1].

Pero no olvidemos que estamos en el año pasado y en *Órgiva*.

Pues bien : una vez zanjada la dificultad de los alojamientos, dimos una vuelta por la población —tarea que resultó muy breve; — y luego salimos á contemplar el campo — tarea siempre infinita y que siempre parece nueva.

La población consta hoy de 4.897 habitantes, repartidos en las 847 casas de la villa; en una cortijada de 24 edificios, llamada *Las Barreras*, distante cosa de un kilómetro; en el caserío de *Los Carrascos*, á tres kilómetros y medio, compuesto de 16 viviendas, y en varios cortijos menores.—Todo esto..... según el *Nomenclátor* de la Dirección general de Estadística. Por lo que á nosotros toca, diré que visitamos la célebre *Torre* inmortalizada hace trescientos años por Gaspar de Sarabia, quien demostró en ella ser todo un hombre, tan previsor como denodado y tan ingenioso como previsor.....

La cosa fué (según nos contaron sobre el terreno los orgivenses, y confirman los historiadores) que, no bien cundió la noticia de los primeros atentados cometidos por los Moriscos contra las Autoridades, los

1 Léanse algunos periódicos de Madrid, del mes de Abril de 1873, fecha de las presentes páginas.

Sacerdotes y los demás cristianos viejos de otros pueblos de la *Alpujarra*, Sarabia, Alcaide de *Órgiva*, hizo recogerse á esta Villa (Lugar entonces) todos los fieles del Distrito de su mando.—Reuniérouse, pues, allí unos sesenta hombres, mujeres y niños, agrupados en torno de los doce Curas, Beneficiados y sacristanes, condenados todos, desde el primero hasta el último, á sufrir los más crueles suplicios y al fin la muerte, tan luego como llegase á aquella tierra el huracán revolucionario que la rodeaba por todas partes.....

Pero Sarabia no los había llamado para que muriesen tan aína, ni él estaba dispuesto á dejarse matar tan impunemente; sino que ya tenía formado su plan de defensa, que consistió en apresar á cuantas moriscas notables y moriscos pequeñuelos halló á mano, mezclar esta gente con las familias cristianas, y encerrarse en la mencionada Torre con tan complicado personal, hasta que llegara socorro del Capitán general de Granada ó de la Divina Providencia, no sin enviar antes á los padres y maridos de aquellos preciosos rehenes un mensaje por este orden:—«Yo no pienso hacer daño alguno á las débiles criaturas que os he arrebatado, y que os devolveré si salgo de aquí. Pero tampoco pienso entregar la Torre sino al Marqués de Mondéjar, que me confió su custodia. Por consiguiente: si los Monfíes le ponen fuego al edificio, arderán á la vez las mujeres y los niños de ambas castas, y, si nos faltan víveres, todos moriremos juntos de sed ó de hambre.»

Resultado de tan atrevida determinación fué que, cuando los rebeldes, capitaneados por Farag-Aben-Farag, entraron en *Órgiva* y bloquearon la Torre (bloqueo que duró diez y siete días mortales), los Moriscos de la población tuvieron buen cuidado de proporcionar sigilosamente á los Cristianos todo linaje de municio-

nes de boca y guerra, por cuyo medio pudieron resistir un día y otro, aunque sin dormir ni dejar de pelear un momento, los furiosos ataques de millares de Monfies. ¡Hasta máquinas de las empleadas en la antigüedad construyeron éstos, unas para acercarse á minar y volar la Torre, y otras para asaltarla; pero piedras enormes, aceite hirviendo, aguarrás inflamado, alquitrán, demonios vivos, reemplazaban entonces al arcabuz y la flecha, y destruían todas las trazas de los sitiadores!—El valor y los recursos de Sarabia no tenían término.—El valor se lo suministraba su corazón animoso: los recursos..... los parientes de las Moriscas.

Llegó al cabo con muchas tropas el Marqués de Mondéjar (á quien nosotros dejamos en el Puente de Tablate, como recordará el lector), y libertó en seguida á aquellos héroes y mártires—quienes no se descuidaron tampoco en devolver á sus respectivos dueños, sanas y salvas (¡y quién sabe si á disgusto ya de algunas de ellas!), las secuestradas Moriscas, ni en entregar á sus respectivos padres aquellos aprendicillos de infieles que tales méritos tenían ya que alegar ante Mahoma.

Por lo demás, la Torre que nosotros estábamos mirando no era precisamente la misma que creíamos mirar; quiero decir, no era la que veíamos con los ojos de la imaginación, sino otra (que forma parte del palacio del Conde de Sástago) edificada sobre los cimientos de la defendida por el buen Sarabia.....—Lo de que era otra, ya nos lo advirtieron desde luego los orgivenses, y harto lo acusaban además la materia y la forma de la construcción.....—Y lo de que ocupa el propio solar de la primitiva, no admite tampoco la menor duda, puesto que en el *Libro de Apeo de Órgiva*, hecho en 1572 (cuatro años después del secuestro de las moras), se ve, dicen, un croquis de la Villa ó Lugar de entonces, en que

la famosa Torre árabe aparece escueta, justamente donde mismo se levanta la actual; esto es, al lado de la iglesia, y separada de ésta por un huertecillo.....

Pero para nosotros todo era igual. De un modo ó de otro, la Torre legendaria hubiera acabado por hundirse y volver á la madre tierra, como Sarabia se hundió en el sepulcro cuando le llegó su hora.—El hecho histórico, único punto importante, subsistía y subsistirá siempre en la memoria de los hombres, para eterno loor y fama de aquel héroe y satisfacción de los orgiveños.

Hágoos gracia de los demás recuerdos históricos relativos á *Órgiva*.—Enumerarlos solamente, fuera cuento de nunca acabar.—Figuraos, por ejemplo, las veces que sería tomada y perdida aquella Villa, los innumerables combates que se reñirían en sus inmediaciones, y los famosos caudillos moros y cristianos que entrarían alternativamente en ella, hallándose, como se halla, situada á la puerta del laberinto alpujarreño y en la confluencia de dos grandes ríos.....—Remítoos, pues, á Mármol, que es el historiador más minucioso de aquella guerra, y vengo á los tiempos presentes.

La actual villa de *Órgiva* conserva todo su prístino carácter arábigo, así en la red de sus estrechas, tortuosas y pendientes calles y en la disposición de sus casas, como en su fisonomía general—que ofrece una pintoresca amalgama de jardines, terrados, azoteas, bajas tapias, erguidas torres, verdes huertos, viejos muros y simétricas fachadas á la moderna;—todo esto cuajado de macetas, cajones, toneles y cacharros de varias formas, llenos de diferentes plantas, que esperaban á la sazón

una sola caricia del *Sol en Aries* para cubrirse de gayas flores.....

Á propósito: recuerdo que, cuando nos dirigíamos al campo por el extremo X de la calle X, vimos un cuadro primaveral que nos dejó parados por un momento á los diez viajeros de Poniente y de Levante—sin distinción de estado, edad, ni circunstancias.

Tal fué la tapia de un huerto, recamada de lujosa hiedra y de otras plantas trepadoras, sobre la cual se alzaba luego, al modo de dosel, una extensa y añosa parra.—Asomadas á aquella especie de palco mitológico; departiendo amigablemente; morena la una y rubia la otra; las dos vestidas de luto, y ambas hermosas como una doble bendición de Dios, había.....

Creo que no debo decir lo que allí había..... Tanto más, cuanto que se quitaron en seguida que nos vieron. —¡No; no es lícito ir por el mundo, con una máquina fotográfica debajo del brazo, retratando á las gentes contra su voluntad!

Yo, con erudición, ¡cuánto sabría!
(ESPRONCEDA.)

Una vez fuera de la Villa, la conversación giró algunos minutos alrededor de un problema histórico, cuyos términos eran éstos:

DADO el hecho (patente en todas las historias) de que los escritores árabes y españoles del siglo XVI, tan pronto nos hablan de «*Órgiva*» como de «*Albacete de Órgiva*», y así hacen mención de «*Ugíjar*» como de «*Ugíjar de Albacete*»;—y CONOCIDO, es decir, NO CONOCIDO en toda la *Alpujarra* pueblo, ruina, tradición ni paraje alguno

que lleve el nombre de «*Albacete*»,—AVERIGUAR qué *Albacetes* eran aquéllos.

Maldito el resultado que dieron nuestros generosos esfuerzos de aquella tarde por aclarar semejante enigma, y maldito también lo que este resultado negativo tenía de particular, por lo que á mí toca, atendida mi criminal ignorancia en todas las materias que de obligación debía tener al dedillo el autor de una obra titulada LA ALPUJARRA..... Pero lo que sí me pareció raro fué que ni el *Libro de Apeo* ni los documentos antiguos del Archivo Municipal de la Villa (que los orgivenses nos dijeron haber registrado ya con el mismo objeto) diesen luz alguna sobre el particular.

Propúseme, pues, firmemente desde entonces no dejar ni á sol ni á sombra, en cuanto regresase á Madrid, á ninguno de los eruditos que conozco, hasta lograr salir de dudas ó perder la esperanza de ponerlas en claro; y, habiendo al fin obtenido de su bondad y de su celo la que ellos han juzgado resolución del problema, voy á participársela aquí á mis estimados amigos de *Órgiva*, como una especie de cariñosa continuación de nuestro coloquio del año pasado.

Dedúcese de los informes que he recibido hasta el día:—1.° Que antes de existir el pueblo de *Órgiva* existía el *Castillo de Órgiva* (*Hisn Órgiva*),—«*Hisn*», en árabe, equivale á «*Castillo*».—2.° Que al pie de este castillo había un pequeño llano (gran rareza en la montuosa *Alpujarra*), conocido con el nombre de «*Al-basath de Órgiva.*»—«*Al-basath*», en no sé qué dialecto árabe, significa «*La llanura*».—3.° Que cerca de esa *llanura* (la Vega actual) fundaron luego los Moros el Lugar que hoy es Villa, el cual tomó el nombre del propio sitio que ocupaba, apellidándose, por tanto, «*Al-basath de Órgiva*» (*La llanura de Órgiva*).—Y 4.° Que el uso de los mis-

mos Moros Andaluces convirtió después á «*Al-basath*» en «*Al-bacete*» (denominación que ya dieron á toda llanura), acabando de formarse por tal medio la equívoca y endiablada frase de «*Albacete de Órgiva* [1]».

Como se ve, esta lógica explicación le cuadra también perfectamente á *Ugíjar*, asentada en el único *llano* del confín oriental de la *Alpujarra* granadina, y le viene asimismo como de molde al gran *Albacete* de los desiertos de la Mancha, sito en una planicie inmensa.—«*Ugíjar de Albacete*» querría, pues, decir: «*Ugíjar de la llanura*», —y el *Albacete* manchego sería para los Moros «*La llanura*» á secas; esto es, «*La llanura*» por antonomasia.—Permítome, en consecuencia, considerar indudable la versión de mis muy amados eruditos, y les doy las gracias por la señalada merced que me han hecho.

Con que demos punto á la sección de antigüedades, y volvamos á las afueras de *Órgiva.*

Ya engolfados en el campo, nuestras observaciones y pláticas contrajéronse al estudio ó á la enumeración de las bellezas silvestres en que también abunda aquel privilegiado suelo. Su flora, su fauna, sus montes, sus ríos, sus más célebres paisajes, todo lo trajimos á colación durante un largo, deleitoso, inolvidable paseo por huertas, campiñas y naranjales, y por entre numerosísimos ejércitos de alineados olivos..... Y de lo que allí observamos y platicamos resultan, entre otras cosas, las particularidades siguientes:

Muchos pueblos de los que componían la antigua *Taha de Órgiva* hállanse enclavados en una gigantesca

1 Los arabistas que han estudiado las obras del geógrafo Inidsi de Ibn-Aljathib, de Ibn-Hayyan y de otros escritores musulmanes, aseguran que la capital del *clima* de que formaban parte las *tahas* de Órgiva, Pitres y Poqueira, residió durante mucho tiempo en *Ferreirola,* hoy modestísimo lugar, que sólo cuenta 600 habitantes.

loma que se desprende del *Veleta* haciendo *pendant* con la de Lanjarón. Al Este de la Villa hay una descomunal ladera muy pendiente, pero toda ella cultivada, donde, por más señas, verdeaban aquella tarde las esperanzas de una gran cosecha de trigo, cebada y centeno. Y, por todos lados, en la Sierra como en el río, en lo llano como en lo escabroso, corresponde al favor de los elementos, amigablemente concertados en obsequio de aquel país, una exposición universal de vegetales, desde el árbol más corpulento á la hierba más humilde, desde los que sudan goma en el Ecuador hasta los que crujen de frío más allá de los Círculos Polares.—¡Sólo *Sierra Nevada* y el sol de Berbería, puestos de acuerdo, producirían tales milagros!

ITEM.—Como ya indiqué antes, *Órgiva* se alza en la confluencia de dos ríos. Éstos son: el *legítimo* de su nombre (que nace encima de ella, muy arriba, en las nieves del *Picacho,* y baja á buscarla casi de cabeza, como un hijo cariñoso), y el mucho más importante *Río de Cádiar* (que viene de muy lejos después de haber serpenteado al través de gran parte de la *Alpujarra* y de haber sido rey de un largo valle), y pasa orgullosamente por delante de *Órgiva,* apoderándose de su verdadero río, como de todas las demás corrientes indígenas que le salen al encuentro....—Pues bien: el *Río de Cádiar,* al llegar allí, pierde para el vulgo, y para algunos geógrafos, su primitivo apellido, y se llama *Río Grande de Órgiva;* ¡mientras que al otro infeliz lo dejan reducido á llamarse, por contraposición, el *Río Chico!*.....—¿No es verdad que, aun tratándose de ríos, estas injusticias claman á los cielos?

ITEM.—Otras dos ó tres corrientes de menor cuantía afluyen á el *Cádiar;* pero más acreedor que todas ellas á que se le mencione en primer término es el *Barranco*

de Poqueira, especie de sima puesta de pie que parte de arriba abajo la *Taha de Órgiva*.—El mejor punto de vista para contemplar aquella feracísima hendedura, por cuyo negro fondo se despeña espumando un desenfrenado torrente, es, según nos dijeron, el *Molino de la Cascada de Pampaneira*, situado al promedio de la tajada loma..... Pero ¡ay! á nosotros nos había sido imposible incluir este molino y toda aquella admirable ladera en la enmarañada red del plan de nuestra expedición.....—En cambio (el que no se consuela es porque no quiere), tuvimos el gusto, al siguiente día y en otras ocasiones, de considerar varias veces, *á distancia y en conjunto*, el mismo, mismísimo espectáculo que se disfrutará *por partes y detalladamente* desde *Pampaneira*.....

Dejando, pues, para más adelante el dar idea de aquel célebre barranco, diré ahora al lector (¡mucho ojo!) que.....

Pero este asunto merece párrafo aparte.

Uno de los pueblos del Partido judicial de *Órgiva* es el nunca bien ponderado *Trevélez*—la tierra clásica de los más típicos y famosos jamones alpujarreños.

Tan especiales son los de *Trevélez*, que, como recordarán los que hayan leído mi obra titulada «DE MADRID Á NÁPOLES», Rossini, el inmortal Rossini, el primer glotón de la glotona Italia, me habló de ellos con frenético entusiasmo.—¡Creo que es un dato digno de tenerse en cuenta!

Por lo demás, la excelencia de estos perniles proviene de que se curan á la *ventilación de la nieve;* de que *los difuntos* (me repugna decir *los cerdos*) se crían en los riscos de la *Sierra* (lo cual hace que su carne esté muy

trabajada y enjuta), y de que los asesinatos, ó *matanzas*, se perpetran siempre en *jóvenes* de corta edad.—Por eso sus jamones resultan tan dulces, tan magros y tan chicos.

Añádase que *Trevèlez* es el pueblo más alto de la ya muy alta *Taha de Pitres*. De él á la cumbre excelsa del *Mulhacem* sólo hay media legua, en línea oblícua. Reina, pues, allí casi un perpetuo invierno, y los frutos y cosechas maduran mes y medio ó dos meses después que en otros lugares de la misma *Sierra*. En fin: para que se vea si estará elevado sobre nuestro bajo mundo aquel agreste émulo de York y de Westphalia, baste saber que la musa popular orgivense dice con tosco y expresivo lenguaje:

> ¡Trevélez..... donde se oye
> los querubines cantar!

No creo yo, sin embrgo, que fuera por esto por lo que el egregio autor de *El Barbero de Sevilla, Otelo* y *Semiramis* prefería las magras alpujarreñas á las inglesas y á las prusianas, sino porque su paladar epicúreo habría llegado á advertir lo bien que cae el agrillo del tomate á las ancas del paquidermo de *Trevèlez*—no curadas á fuerza de sal, y, por consiguiente, irreemplazables para fritas de aquel modo.

(¡Es como se gastan y deben gastarse!—¡Para crudos ó cocidos, encontraréis jamones más á propósito en otros muchos puntos de Europa, y también en la misma *Alpujarra!*—Pero no estarán curados á la *ventilación de la nieve*.....—¡Nieve y tomate!..... ¡Este es el *quid!* ¡Esto es *Trevèlez!* ¡Así se escribió el *Guillermo Tell!*)

Finalmente: hablaré algo de la *Taha de Pitres*, con referencia á las noticias que me comunicaron los orgivenses y al tenor de lo que yo veía ó había de ver á lo lejos.....

Taha de *Pitres* se llamaba antaño un apiñado grupo de pueblecillos (enclavados en cosa de una legua de terreno) situados á inmensa altura, en los pendientísimos declives del *Mulhacem*, y pertenecientes hoy al Partido de *Órgiva*. Casi todos ellos están defendidos de la fría vecindad de los ventisqueros por una especie de cortina de terreras coronadas de robles, carrascas y castaños; lo cual hace que sean muy ricos en trigo, maíz, centeno, habichuelas y toda clase de frutos y legumbres.

Á principios del siglo presente producían también muchísima seda, lo mismo que el resto de la *Alpujarra;* pero esta industria, que Moros y Judíos legaron á los Cristianos, ha venido tan á menos en todo aquel país, que hoy la mayor parte de los opulentos morales que allí quedan, más parecen destinados por Dios á dar dulces moras al hombre que útiles hojas á la primorosa oruga.—¡Ah! ¡Volviera á ser Granada «la Damasco de Occidente», y la *Alpujarra* seguiría llamándose la «*Tierra del Sirgo!*».....—Si ya no merece este nombre, la culpa no es de los Alpujarreños, de las moreras ni de los gusanos [1].

Pitres (*Petras* en latín, según malas lenguas); la antigua capital de aquella diminuta comarca, duerme el sueño de la Historia entre dos ríos paralelos, el *Bermejo* y el *Sangre* (que, como se ve, llevan dos señores nombres de ríos).—Á mayor abundamiento, al pie de la

1 Últimamente se ha establecido en *Ugíjar* una fábrica de filatura de seda, como ya veremos más adelante.

Taha eleva sus moles de pizarra el *Cerro de la Corona*, puesto allí indudablemente para impedir que ruede ladera abajo aquel delicioso nido de pueblos.—Y, por último, sírvele de foso á esta muralla el pujante *Rio de Trevèlez*..... (¡de *Trevèlez!* ¿Entendéis bien?), que baja..... de donde se oye cantar á los querubines, cargado de exquisitísimas truchas.....—Hay pueblos que tienen estrella en todo: ¡hasta en el río!

Innumerables cosas más hubiéramos visto en nuestro paseo por los alrededores de *Órgiva;* pero, con tanto hablar, se había puesto el sol (este final es Garcilaso puro)....., y tuvimos que dar la vuelta hacia la moruna villa—en donde entramos cuando empezaba á cerrar la noche.

V.

En *Orgiva* (por la noche).—Más de un candil en viga.—El Rosario.—La taza de Teresa.—Entre el día y la noche no hay pared.

Mis recuerdos de aquella noche no se parecen en nada á los del día.

Es el primero, en el orden cronológico, nuestra comida en la Posada—reunidos los diez viajeros en un grupo digno de Velázquez ó de David Teniers—á la *pretendida* luz de dos candiles (¡y eso que eran dos!)—y celebrando y sellando recientes amistades con el placer de yantar allí juntos....., no así como quiera *en mesa redonda*, sino *en sartèn redonda*, todos á una, con militar franqueza, á fin de que la paella de rigor no perdiese su virginal perfume al pasar por el trámite de la vajilla.....

—¡Cuántos, cuántos banquetes, precedidos de programa de divertirse mucho en ellos, y muy preparados, muy costosos y muy opíparos, no han resultado tan alegres, tan cordiales, tan apetitosos, tan gratos al alma y al cuerpo, como aquel improviso y humilde festín, sazonado de hambre, de novedad, de indulgencia, de cariño, de confianza, de pimientos picantes, y de aquella cortesía del corazón que vale más que todos los primores del ingenio!—Sin embargo, confieso que no nos hubieran venido mal otro par de candiles.

Mi segundo recuerdo se refiere á unas religiosas campanillas, á unas grandes farolas, á unos santos estandartes, á muchas ramas de tejo, y á más de cien indescriptibles caras de chiquillos, cuyas alzadas bocas cantaban en coro y á voz en cuello, «*¡Dios te salve, Reina y Madre!.....*»

Porque habéis de saber que todo esto, y algo más, penetró de golpe en la Posada, cuando estábamos en lo más profundo del arroz, dejándonos suspensos, atónitos, embelesados.....

¡Ah! La voz de los niños tiene algo del cielo; y cuando esta voz canta y reza á un tiempo mismo; cuando, en medio de las borrascas de la vida, óyense sus puros acentos en son de mística plegaria, más que hijos de los hombres, empezando á gemir y llorar en este valle de lágrimas, los tales rapazuelos parecen ángeles que desde la Gloria intervienen por nosotros, repitiendo como suyas nuestras preces.—Si conserváis la buena costumbre de ir á la iglesia, habréis sentido todo esto al oir á los *seis* niños de coro de nuestras catedrales alzar sus francas y agudas voces sobre el concertado estruendo del órgano, de los sochantres y de todos los instrumentos y cantores de la Capilla, como se perciben claros trinos de atribuladas aves sobre el ronco

estrépito de majestuosa tempestad. — Y los que sólo vayáis al teatro, habréis experimentado también algo parecido (ya que en manera alguna lo propio), durante el cuarto acto de *El Profeta*, cuando aquellos otros *seises* (que por lo regular son los mismos) cantan el grandioso villancico:

Le voilà, le roi Prophète!
Le voilà, l'élu de Dieu!

¡Oh! ¡Los niños!..... ¡Los niños!.....—«*¡Lástima que se conviertan en hombres!*.....»—exclamaba Lord Byron.—«*¡No tenemos padre!*»—gritan ellos en el místico poema de Jean Paul.—«*No escandalicéis á estos pequeñuelos*»—dice la Palabra divina.

Por todas estas razones, y *porque sí* (que es la gran razón de tejas abajo), nos quedamos embebecidos oyendo la fervorosa *Salve* que cantaban los muchachos de *Órgiva*.—En cuanto á lo demás, pronto conocimos que allí no había nada de nuevo ni de peregrino, sino que aquello era el *Rosario*.....;—el cual, en la sana y bendita Alpujarra, sigue visitando todas las noches, en tiempo de Cuaresma, las principales casas de cada pueblo, cuidando de no olvidar las posadas, donde siempre hay fieles transeuntes, más necesitados que nadie de los consuelos de la Religión.....

¡El *Rosario!*.....—Veinte años hacía ya por lo menos que no lo veía yo recorrer á aquella hora y de aquel modo (según la inmemorial costumbre) otras ciudades, villas y aldeas de la proverbial *Tierra de María Santísima*.....— ¡Y qué veinte años! Durante ellos, los mismos que solíamos felicitarnos de la desaparición del antiguo orden social y político de España, si bien no hayamos llegado, ni creemos posible llegar jamás, á

poner en duda la bondad abstracta de las nobles, justas y *sinceras* ideas de nuestro siglo, hemos venido á reconocer, en cambio, á fuerza de crueles lecciones (¡oh desengaño! ¡oh conflicto! ¡oh problema para el porvenir!), que esa libertad y esas ideas, lejos de domesticar, de civilizar, de dignificar más y más cada día á las clases bajas (como nos dignificaron á nosotros), las han hecho retroceder á la primitiva barbarie.

Inútil, ocioso, necio, y sobre todo peligrosísimo (señores del Centro de todas las cámaras del mundo) fuera cerrar los ojos á esta verdad que palpita en el fondo de la conciencia de cuantos hemos dirigido la voz al pueblo (creyéndonos sus redentores) desde el periódico ó desde la tribuna, desde el libro ó desde la cátedra..... —¡Imposible escapar á nuestros remordimientos ¡Los espantosos resultados de nuestras bien intencionadas pero imprudentes predicaciones, están harto á la vista en todas partes.....—Mirad: los ignorantes de ayer se han trocado en los insensatos de hoy. La antorcha de la filosofía moderna, en lugar de iluminar la mente de los desheredados por la fortuna, la ha incendiado, dejándola llena de humo y de cenizas. Quisimos enseñarles mucho, y les hemos hecho olvidar lo poco que sabían. Creían algo, amaban algo, respetaban algo, adoraban algún ideal, y hoy no creen, aman, respetan ni adoran sino lo concerniente á sus sentidos corporales. Tenían fe, paciencia, esperanza, y los hemos exasperado y desesperado. Eran cuando menos seres sociales, y los hemos convertido en enemigos de la sociedad. Eran ya hombres, y los hemos vuelto á hacer fieras. . . . .

. . . .

Así pudiera continuar mucho tiempo, á riesgo de que se me considerase neo-católico, ultramontano, re-

trógrado, obscurantista, persa, carlino y partidario del Tribunal de la Inquisición.....—Mas creo haber dicho ya lo bastante para explicar la profunda complacencia que nos causó aquella noche ver al pueblo orgivense, representado por sus hijos, hacer pública profesión de su fe cristiana.....—y paso á otro orden de lamentaciones.

¡Pobres Alpujarreños! Eran Cristianos cuando vinieron los Moros, y éstos no los dejaron en paz hasta que los hicieron Islamitas. Eran ya Islamitas en el siglo XVI, y FELIPE II los exterminó porque no quisieron hacerse Cristianos. Hoy son Cristianos otra vez, y ¡Dios sabe las amarguras que les estarán haciendo pasar los que han convertido la Revolución de 1868 en una conspiración contra la Religión católica!

—¡Pues V. bien votó la libertad religiosa en las Cortes constituyentes de 1869!.....—me argüirá en este punto alguno de estos conspiradores.

—¡Hombre....., déjeme V. en paz! ¿Qué culpa tengo yo de que V. sea un majadero?—¡Yo no le mandé á nadie que dejara de ser católico, apostólico, romano, ó lo que quiera que fuese, para convertirse en ateo, materialista y bestia, como va siendo la plebe urbana de toda Europa!—Lo que yo hice fué rendir culto á otra libertad mucho más antigua y sacrosanta que la política; esto es, al *libre albedrío* ó *libertad de pecar* en que Dios dejó al hombre y en que los hombres debemos dejar asimismo á nuestros semejantes para todo aquello que no traspase la órbita de su conciencia, ni se traduzca en actos que vulneren el derecho y la libertad de otro.—Es decir: yo voté en contra de toda persecución, de toda crueldad, de toda inhumanidad fundada en intolerancia religiosa..... nuestra ó ajena; pero no en contra de que el Estado procurase catequizar y conver-

tir mansamente á todos los infieles del mundo, comenzando, para ello, por pagar, y defender y difundir el culto y el clero católicos, á cuya religión pertenece la casi totalidad de los españoles.....—Y, en fin, señor mío, si erré también en aquel instante, y llego á conocerlo algún día, lo confesaré públicamente, con propósito firme de la enmienda, tal y como me declaro y confieso hoy culpable y arrepentidísimo de haberme propasado á dar lecciones á los que..... sabían más que yo, ó sea á los *pobres de espíritu*, que dice el Evangelio...

....

Mi tercer recuerdo de aquella noche revolotea dulcemente, con las flojas alas del cansancio, del sueño y de la pereza, por la sosegada atmósfera del gabinete de estudio de un poeta-soldado, ora posándose en raras y preciosas armas, cristianas y moras, antiguas y modernas; ora acariciando de pasada una variada multitud de interesantes libros; ora viendo elocuentísimas muestras de un religioso, inteligente y entusiasta culto á las flores.....—Y flota luego mi memoria, sin salir de aquella noble morada, en el luminoso ambiente de un salón cuyos honores hacía cierta dama tan amable como ingeniosa: y allí el recuerdo—una agradabilísima tertulia—un *José*, que era el amo y señor de la casa, al cual todos le daban los días;—retazos de conversaciones electorales (era tiempo de elecciones á Cortes);—infinidad de nuevas conjeturas sobre la significación del nombre del *Albacete, de Órgiva;*—muchos obsequios y atenciones con que se nos agasajaba á los tertulios;—brindis, paradojas, anécdotas;—unas tazas chicas en que había depositado sus insomnios el haba prodigiosa de la Arabia Feliz;—otras tazas más grandes en que brindaba devaneos á la imaginación la hierba aromática

de la China'—y un tazón monumental, en fin (la *taza de Teresa*), en que otra hierba no menos preciosa, la incomparable y especialísima *manzanilla de la Sierra*, regaló al más humilde de los allí presentes su rica fragancia, su tónica virtud y su savia vivificadora.

En fin: mi último recuerdo de aquella noche.....

Pero esto merece también capítulo aparte.

Cada uno tiene su modo de matar pulgas.
(*Frase vulgar.*)

Mi último recuerdo de aquella noche es casi inenarrable, por lo fantástico y sobrenatural. ¡Solamente Hoffman ó Edgard Poe, Flaxman ó Gustavo Doré, echando mano de toda su facundia figurativa, acertarían tal vez á darle forma, color, cuerpo, naturaleza artística ó literaria!—Mi tosca pluma tiene que limitarse, por consiguiente, á invocar el auxilio de la intuición de los lectores.

Figuraos, pues, como podáis—¡oh vosotros, que me habéis seguido desde Granada hasta aquí, durante esa infinidad de *dias de San José* que hemos pasado en el camino!—lo que sería ver transcurrir toda aquella *única noche correspondiente á tantos y tan solemnes dias compendiados en uno sólo*, del modo y manera que la vi transcurrir yo; esto es, en perdurable vigilia, sin lograr pegar los ojos ni tener á donde volverlos, y reconociendo que efectivamente, como dice el refrán, *entre el dia y la noche no hay pared.*

Figuraos la silla por lecho, la mesa por almohada, el insomnio por pesadilla, el velón, ya extinguido, por compañero, y, por todo recurso y vecindad, el *Infierno*

del Dante, ó sea la *cama redonda* en que mis pobres amigos gritan de vez en cuando: «*¡No hay esperanza!*» con la angustiada voz de un horroroso duerme-vela.....

Y cuando vayáis por aquí en vuestras figuraciones, paráos un rato á considerar el diabólico baile de trajes que armarían dentro de mi cerebro, iluminado *a giorno* por la fiebre, todos los recuerdos y emociones de aquel día, todos los personajes históricos con que había andado á vueltas, todas las quimeras forjadas por mi atrabilis, todos los seres ideales de que había poblado arbitrariamente los más solitarios sitios, y todas las gentes que había matado, resucitado, ó hecho nacer á mi paso por cada pueblo.....

Baile de trajes..... ¡ Sí !..... Esta pudiera ser la fórmula sensible más aproximada á lo que vi rodar por mi imaginación durante aquellas horas..... ¿qué digo? ¡durante aquellas eternidades que permanecí en vela y á obscuras en la sala *principal* de la Posada del *Francés!*.....—Pero, así y todo, ¿cómo daros idea de aquella *galop infernal* (divertidísima hasta cierto punto), en que danzaban á un mismo tiempo, ó paseaban su gravedad en el centro de inconmensurable vórtice, hombres y mujeres, montañas y ríos, bestias y pájaros, flores é insectos, con la humorística singularidad de haberse usurpado recíprocamente sus vestiduras los Tres Reinos de la Naturaleza? ¿Cómo describiros todas aquellas nuevas fábulas de Esopo, todas aquellas nuevas metamorfosis mitológicas, todas aquellas nuevas alegorías apocalípticas, todas aquellas metempsícosis fehacientes, en que los montes y los edificios tomaban, por ejemplo, el aspecto humano, y los hombres se convertían en árboles ó arroyos, y las flores y las frutas en mujeres, y las mujeres en caprichosas nubes, y los irracionales en lo que mejor les parecía (del propio modo que en el presente

libro), trocándose por lo general lo inmueble en semoviente, y viceversa, y ofreciendo todos estos disfraces, en su misma excentricidad, algún sentido filosófico, alguna paridad remota, alguna lógica íntima, alguna verosimilitud y congruencia, dentro de la ilimitada libertad de la metáfora?

¡Imposible! ¡Imposible!

Básteos, pues, saber (y supla esta árida enumeración por el trasunto pictórico que no me atrevo ni á ensayar) que, entre las cosas creadas que se habían dado cita en mi cabeza para pasar aquella noche de jolgorio, estaban—los *Pepes* y las *Pepas* del Padul,—los *Josés* y las *Josefas* de Dúrcal,—los *Don Josés* y *Doñas Josefas* de Órgiva,—Aben-Humeya,—Lord Byron,—Felipe II,—los Inquisidores,—Napoleón,—el Marqués de Mondéjar,—Meyerbeer,—el Alcalde de Otívar,—los canarios que gorjeaban en Béznar,—los chicos que aquella noche habían cantado la Salve,—las voluptuosas laderas de Sierra Nevada,—las coquetas olas de la mar,—los arroyuelos que hacían de las suyas en las cañadas anónimas,—las flores que se adherían al pronunciamiento de Marzo,—los cristianos que quemaron una mezquita llena de moriscos,—los moriscos que quemaron una iglesia llena de cristianos,—los puercos de Trevélez, á quienes acababa de tocar la quinta,—los historiadores árabes que más habían escrito contra el jamón y sobre la *Alpujarra*,—las naranjas, cautivas, haciéndose las suecas, y requebradas por dinamarqueses y rusos,—los Reyes Católicos, penetrando por primera vez en la Alhambra,—el Picacho de Veleta, deseando la muerte del Mulhacem,—Boabdil, rebelado contra su padre,—el Mayoral, conducido en triunfo por el postillón y las mulas,—el Río Grande destronando al Río Chico,—Rossini, componiendo la sinfonía del Valle de

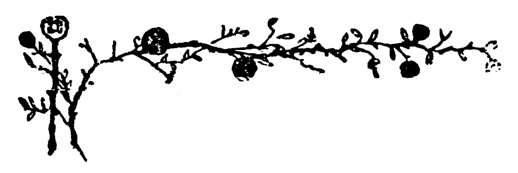
Lecrín,—Mármol, Hurtado de Mendoza y Pérez de Hita, tirándose sus historias á la cabeza,—el caballo, que se creía el verdadero novio de la novia del jinete, —los elementos y las estaciones subordinados á Lanjarón,—Chite imponiéndole silencio á Talará,—la soledad haciéndole hablar al silencio,—Aixa, perdiéndose en los desiertos de la Libia,—Zoraya, convertida en Doña Isabel de Solís,—Granada, enflaqueciendo debajo de su blanco alquicel,—Sierra Nevada, armada siempre de punta en blanco,—Moraima, amortajada por Boabdil,—el cadáver de Boabdil arrebatado por las ondas,—Muley Hacem enterrado en la nieve,—Aben-Aboo colgado cabeza abajo,—el Enfermo de la litera,—Carlos V,—el Sol en Aries,—la Venta,—Don Quijote,—Albacete,—los Silfos,—las pulgas,—los seises,—la taza de Teresa,—y otra infinidad innumerable de seres, de cosas, de entidades, de conceptos, de abstracciones, de fantasmas y de locuras.

Todo esto se hallaba allí conmigo, dentro de mí, alojado en mi ser, bajo formas indeterminables, en imágenes intraducibles, con vestimentas estrafalarias, acosándome sin misericordia en las tinieblas producidas por la extinción de una gota de aceite, en el insomnio causado por el mismo exceso de mis fatigas, y en la soledad resultante del conato de sueño de los demás.

¡Y la aurora no venía! ¡El tiempo no pasaba!—¡Los cristales del balcón seguían siempre negros!

Dijérase que se había parado el reloj de la eternidad, y que mi pobre pensamiento, única rueda que había quedado moviéndose en el roto mecanismo de los mundos, estaba encargado de contar por millonésimas los instantes de aquellas inacabables horas.

FIN DE LA PARTE SEGUNDA.



PARTE TERCERA.

LA CONTRAVIESA.

I.

Diferentes maneras de amanecer.—El acto de aparejar.—Segunda campaña contra el mulo.

La del aguardiente sería, que no todavía *la del alba*, cuando quiso Dios que cantara un gallo á lo lejos, al cual le contestó otro más cerca, y luego otro en el corral del *Francès;* y—como si aquellas tres *alertas* hubieran sido dados por la trompeta del Juicio Final, á fin de resucitar á los muertos, ó más bien por la propia Muerte, á fin de hacerles volver á sus sepulturas antes de que despertasen los vivos—siguióse un silencio muy raro, que no parecía ya el de la quietud, sino el de la *acción sin ruido*, ó sea el del tiempo que echaba otra vez á andar, y, un instante después, principió á sentirse algún movimiento en el piso bajo de la Posada.....

Trató de volver á reinar el silencio; pero ya le fué imposible. La fe en que llegaría á amanecer como todos los días, y muy pronto, iba y venía ya con alguien

por el establecimiento. Oyéronse, pues, sucesivamente chirridos de llaves y de goznes de puertas que se abrían; trastazos de tropezones; toses vitalicias; pasos remotos; gritos bruscos, que sólo entienden las bestias; coces sonando sobre tabla; juramentos, relinchos, maldiciones; otros pasos más próximos, recios como trancazos, ganando poco á poco la escalera; y, finalmente, tres furiosos golpes, aplicados á la puerta de nuestro cuarto, y una espantosa voz, semejante á un tiro, que, traducida al cristiano, había querido decir: «*¡Arriba!*»

Abrí la puerta, y el *día*, representado por un candil y por un plato lleno de copas de aguardiente, penetró en aquel calabozo, en aquel hospital de sangre, en aquel campo de batalla cubierto de heridos, ó en aquella Sala del Tormento, digna de la Venecia de los Dux, anunciando á tanta y tanta víctima como yacía con botas y espuelas sobre un colchón continuo, formado por la juxtaposición de muchos colchones, que había llegado al fin la hora de la libertad, de la convalecencia, de la misericordia.

—¡Arriba!—contestaron, pues, los nueve compañeros de cama, animándose mutuamente con el ademán, pero sin levantarse ninguno.

—¡Estaría escrito!—añadió uno por lo bajo, consultando su reloj.

—¡Cómo ha de ser!—suspiró otro amargamente, despidiéndose de la almohada.

—¡Pues, señor, á la noche dormiremos *más!*—dijo de una manera indefinible quien de seguro no había dormido poco ni mucho desde que se acostó.

Y probó á incorporarse.

—¡Vamos á Albuñol!—agregó no se quién, recreándose de antemano en el término de una jornada que no sabía cómo principiar.

Y se sentó en la cama.

—¡Pecho al agua, caballeros, que es mediodía!—gritó al fin el más guapo, dando un brinco y abriendo de par en par el balcón, á fin de que los menos diligentes perdiesen toda esperanza de dormir *algo*.....

Y se encontró con que era tan de noche á la parte afuera como á la parte adentro de los cristales.

¿Á quién le pego un tiro?—preguntaba entre tanto, en correcto andaluz, el mozo de la Posada, apuntando con la botella á las copas y con las copas á la asamblea, é indicando de aquel modo que el aguardiente era legítima *bala rasa*.

¡Nulla est redemptio!—gimió entonces el último que seguía agazapado.

Y todo el mundo se halló de pie.

Eran las cuatro y media de la madrugada; esto es, las cuatro y media de la noche.

. . . .

Pareció, por último, el verdadero día, á la hora prefijada por Dios y combinada por los astros.

Supóngolo así á lo menos; pues, por lo que á nosotros toca, la cosa aconteció, sin que nos advirtiéramos de ello, cuando más ocupados estábamos en el zaguán de la Posada, arreglando las mil y una complicaciones inherentes á la *obra de romanos* llamada *aparejar*.

Siempre he admirado á los arrieros en esta operación magna, verificada por lo regular á tientas, á la desatendida voz de «*¡Alumbra aquí, muchacho!*.....», cuando el muchacho y ellos están medio dormidos y el mesón hecho un laberinto de albardas, jáquimas, costales, sillas, bocados, alforjas, capachos, cestas, capas, mantas,

sogas y baúles; todo ello completamente igual en apariencia, dentro de su respectivo género.—¡Yo no sé cómo cada uno reconoce, no sólo lo suyo, sino también lo ajeno y la infinidad de encargos que lleva; yo no sé cómo todo parece, y cómo, si se pierde algo, se adivina en el acto su paradero; ni tampoco sé como se las componen á obscuras aquellos dedos de corcho para atar, liar, enganchar, pasar correas, ajustar hebillas, y gobernar al mismo tiempo á los irracionales —que nunca se muestran dispuestos á dejar la cuadra por el camino!

Lo único que he llegado á comprender, por vía de resumen de mis observaciones en la materia, es que, cuando menos saben las criaturas, tanto mejor conocen las pocas cosas que saben.—Y, si lo dudáis, tendeos boca abajo ó boca arriba en el campo, y estudiad durante horas y horas los prodigios de discernimiento, de sagacidad, de perspicacia, de sutileza y de picardía de que os darán muestras los insectos ó las aves.

Pero aquella mañana, el acto de *aparejar* se relacionaba con otro problema no menos arduo, que no era ya de la incumbencia de criados y arrieros, sino de la nuestra propia; razón por la cual tuvimos que intervenir en el asunto, privándonos de ver amanecer.....— ¡Tratábase de si nosotros, los huéspedes de la *Alpujarra*, los neófitos en sus caminos, montaríamos en adelante en mulo, ó seguiríamos á caballo!

Esta cuestión, que parecía resuelta previamente (y cuyo examen puede seros de gran utilidad práctica á cuantos tengáis que visitar aquel país), se reprodujo en tal instante, en virtud de la serie de razones que paso á manifestar.

Recordaréis haber leído al comienzo de estas páginas, que el mulo, según pública voz y fama, *era indispensable* para recorrer ciertos y ciertos caminos del

territorio alpujarreño, y que nosotros, cediendo á la opinión general, habíamos encargado que nos esperasen en *Órgiva* tres de aquellos tan recomendados cuadrúpedos..... Recordaréis también, los que hayáis tenido la dignación de leer mi Viaje por los Alpes [1], la profunda y razonada antipatía que siento hacia el mulo, según que allí expliqué en una extensa y luminosa disertación que me envidio á mí mismo; y, en cuanto á los que desconozcáis aquella obra, tengo por seguro que abundaréis en el propio horror al monstruoso mestizo, viviente calumnia de su doble sangre, como abundó, abunda y abundará siempre toda persona bien nacida, y como hallé que abundaban frenéticamente mis dos primitivos camaradas de viaje.....

Pues bien: los tres mulos indicados nos aguardaban desde la víspera en las cuadras de la Posada, muy orgullosos sin duda de vernos pasar por la humillación de entregarnos á ellos como el gran Bonaparte á los ingleses.....—Pero he aquí que, cuando estábamos ya con un pie en el *Bellerophonte*, ó sea en el estribo, reparamos en que dos ó tres de nuestros nuevos compañeros de expedición, procedentes por cierto del Cerrajón de Murtas, es decir, de la región de las águilas y las nubes, habían ido á *Órgiva* el día anterior, y pensaban ir á Albuñol aquel día, *caballeros en sendos corceles*.....

—¡Ah! (nos dijimos entonces los tres condenados á cantar la palinodia). ¡Conque es humanamente posible recorrer lo peor de los montes alpujarreños sin transigir con el más bárbaro de nuestros enemigos! ¡Conque se puede ir á caballo por el Puerto de Jubiley!—¡Pues á caballo iremos nosotros!

Y de aquí surgió el debate.

1 En el libro *De Madrid á Nápoles*.

Nosotros alegábamos en resumen, que preferíamos perder un tanto por ciento de probabilidades de no rompernos la crisma á implorar la protección de la bestia por autonomasía, máxime habiendo quien se atrevía á hacer aquel viaje á caballo.

Los alpujarreños de los bancos de enfrente nos contestaban con hidalga solicitud que ellos se habían constituído en fiadores de nuestras vidas....., que el casco del caballo era demasiado ancho para los vericuetos que íbamos á escalar aquella mañana, y que si los jinetes de Murtas se atrevían á prescindir del mulo, era porque ya estaban muy avezados á aquellos peligros.....

Á este argumento replicábamos nosotros—retorciéndolo—que, si el peligro era tan evidente, no debíamos, no podíamos, no queríamos (estilo parlamentario) consentir que lo corrieran solos aquellos dos ó tres amigos que ya estaban á caballo.....

Y éstos, en fin, nos apoyaban entonces elocuentísimamente, diciendo: que la docilidad, nobleza y sentido común del caballo....., en oposición á la terquedad, perfidia y estupidez del mulo, suplían con ventaja el inconveniente que pudiera ofrecer su amplia pisada en los angostos escalones del *Puerto;* y que, por tanto.....

Al llegar aquí la controversia, movióse gran tumulto en la Cámara, y las voces de «*¡Á beber! ¡Á beber!*» impidieron que se siguiera oyendo á los oradores.

Declarado el punto suficientemente discutido, y puesto el caso á votación, tomóse el siguiente acuerdo..... contra el dictamen de la mayoría:

1.° Iríamos á caballo.

2.° Dos de los criados pasarían al arma de caballería..... en mulo, é irían siempre á las inmediatas órdenes de los más delanteros.

3.° El mulo restante sería habilitado de un buen par

de capachos (que se compraron incontinenti) con destino á almacén ambulante de provisiones.

4.° Se adquirirían dos jamones añejos, un *gato* lleno de vino y todas las naranjas y todo el pan que admitiesen los capachos. (Este artículo se aprobó por unanimidad y fué también ejecutado sin dilación).

5.° El *Criado Mayor*, ó sea el *mayor de los criados*, se encargaría, bajo su más estrecha responsabilidad, de este sagrado depósito, con opción á montarse alguna vez sobre los capachos ó en las ancas del mencionado tercer mulo.

6.° Un hermoso jumento, sumamente simpático y servicial, que había salido de Granada al mismo tiempo que nuestros caballos, cargado con nuestras maletas y con un costal de cebada, sería relevado de hacer un viaje tan penoso; y, en atención á sus distinguidas cualidades, quedaría en libertad de volverse á las plácidas orillas del Genil, muy recomendado á la benevolencia del arriero que lo acompañaba.

7.° El costal y las maletas formarían también parte de la carga del mulo de los capachos, el cual tendría paciencia si le parecía muy pesada.

Y 8.° Los otros tres criados seguirían perteneciendo al arma de infantería, y, como muy prácticos en aquellos terrenos, tendrían á su cuidado la constante inspección de vados, torrentes, hoyos, trancos y despeñaderos, á fin de avisarnos por dónde debíamos echar en cualquier caso de apuro para las bestias.

Montamos, pues, y partimos.

II.

Tres alpujarreños.—El *Puerto de Jubiley*.—Cuesta arriba. En la cumbre.—Cuesta abajo.

Ya había salido el sol (eran las seis) cuando bajamos al *Rio Grande*, desde donde saludamos por última vez á nuestros buenos amigos de Órgiva.

Reducidos entonces á pensar en nosotros mismos, y antes de lanzar el espíritu en descubierta por la emprendida ruta, nos pasamos revista unos á otros.....—Pintiparada ocasión es esta, por consiguiente, para retratar á nuestros nuevos compañeros de viaje.

Tratábase, como quien no dice nada, de tres jefes de..... tribu, acompañado cada cual de alguno de sus deudos.....

Al mayor de los tres jefes lo conocíamos de larga fecha, y le profesábamos mucho cariño. Era la persona cuyo nombre figura el primero en la dedicatoria de estas páginas; persona respetabilísima, á quien varias veces habré de referirme con el debido agradecimiento cuando hable de Murtas, su patria y habitual residencia.

El que le seguía en edad era (y es, y á Dios le pido que siga siendo dilatados años) un hermosísimo Hércules, del género aristocrático y feudal, por el estilo de los *Bourgraves* del drama de Víctor Hugo; pero dotado de una genialidad tan franca y atractiva, á pesar de su aspecto imponente, que á las pocas horas le hablaba yo de tú..... sin darme cuenta de ello.

No vacilo en calificar al menor de los tres como uno de los hombres más cabales que andan por el mundo. Á un mismo tiempo era Diputado provincial, Cura párroco (de la próxima villa de Albondón), y un bravo mozo del corte físico de ABEN-HUMEYA.—Como Diputado, las puertas del sufragio universal (*portæ inferi*) no habían prevalecido contra él; como eclesiástico, había pasado por un crisol de sabiduría; es decir, por el colegio del Sacromonte de Granada; y, como andante caballero, familiarizado con montes y breñas, fué aquel día el alma y la vida de nuestra expedición.

En cuanto á los otros tres alpujarreños, repito que eran parientes de sus Jefes muy amados, y como donde hay patrón no manda marinero, sólo añadiré acerca de ellos (y es su mayor elogio) que ninguno desmentía su sangre.

Conque, en marcha.

—¡Caballeros! ¡Al trote, puesto que lo permite la ancha cuenca de este río!..... (gritó de repente el padre Cura): así llegaremos pronto al pie de aquella montaña, en cuya cima nos aguarda el *Puerto de Jubiley*, famoso por sus fragosidades; al cual hemos de subir..... yo no sé cómo, y de donde luego tendremos que bajar..... yo no sé cuándo; pues todo ello depende de la doble y terrible prueba á que vamos á someter nuestras cabalgaduras!.....

—¡Al trote! ¡Al trote!—respondimos todos los expedicionarios metiendo espuelas.

Y, al cabo de pocos minutos, estábamos al pie de la montaña á que da nombre el susodicho Puerto.

—*¡Bravo! ¡Bravísimo!* ¡Bien por los caballos!—dijo entonces uno.

—Estamos subiendo..... ¡Es posible subir!.....—exclamó otro.

—¿Qué importa que los escalones sean estrechos? (proclamó finalmente el autor de estas líneas, apelando á su gran repuesto de adjetivos, como Sancho apelaba al de refranes). ¿Qué importa que los *elegantes* cascos de los *nobles* brutos no quepan en los *exiguos* hoyos abiertos por el pie *ruin* de sus enemigos? ¿Qué importa nada? ¡El valor y la inteligencia suplen por todo!— ¡Ved, ved cómo clavan en las escabrosidades de las rocas el filo de las *amplias* herraduras! ¡Ved cómo tantean la *tajada* peña hasta encontrar una base *plana!* ¡Ved cómo saltan cuando no hay otro remedio! ¡Ved con qué precisión caen donde se proponen!—¡Vítor, vítor á los herederos de Pegaso!

Todo esto era verdad; pero también lo era que el pícaro *Puerto de Jubiley* se mostraba cada vez más digno de su alto renombre.

«*Senda de cuidados y martirios, que sólo frecuentan varones de gran abnegación y desprecio del mundo.....*»—llama el gran poeta árabe Ibn-Aljathib á no sé qué camino de la *Alpujarra.....* (Nosotros supimos desde luego que lo diría por aquél.)

«*Montaña áspera; valles al abismo; sierras al cielo; caminos estrechos; barrancos y derrumbaderos sin salida.....*»—dice nuestro viril Hurtado de Mendoza, describiendo la región en que hemos entrado,

Rebelada montaña,
Cuya inculta aspereza, cuya extraña
Altura, cuya fábrica eminente,
Con el peso, la máquina y la frente,
Fatiga todo el suelo,
Estrecha el aire y embaraza el cielo....

exclama por su parte el inmortal D. Pedro Calderón de la Barca, refiriéndose á estas mismas encumbradas breñas, en su drama *Amar después de la muerte.*

Y más adelante vuelve á decir:

Es por su altura difícil,
Fragosa por su aspereza,
Por su sitio inexpugnable
É invencible por sus fuerzas.

¡Y eso que hablaba de oídas!—Véis, pues, que no hay exageración alguna en mis encomios de la atrocidad de la *Alpujarra.*—Lo que no haré ahora será añadir ningún rasgo de mi humilde péñola á los inspirados y autorizadísimos que acabo de copiar.—La fotografía del *Puerto* queda hecha.

Diré únicamente que, en lo más terrible y dificultoso de nuestra ascensión, solíamos preguntar á los alpujarreños:

—¿Hay peor que esto en la *Alpujarra?*

Á lo cual nos contestaban de una manera indefinible:

—Hay de todo: mejor y peor.

Es la respuesta sacramental de aquellos desheredados de la..... Dirección de Obras públicas —amantísimos de su tierra, á pesar de tantos rigores como les ofrece.

Decía Tácito, hablando de la Alemania de su tiempo: —«*¿Quis porro, præter periculum horridi et ignoti maris, Asia, aut Africa, aut Italia relicta, Germaniam preteret, informem terris, asperam cœlo, tristem cultu aspectuque.... nisi si patria sit?*»

¡Nisi si patria sit!—Esta frase equivale á un poema.

Llegamos, al fin, á lo alto del *Puerto*.

Allí volvimos los caballos y nos paramos (operaciones ambas que hubieran sido imposibles durante la subida), ansiosos de contemplar á *Sierra Nevada*.....

Sierra Nevada, de la cual estábamos alejándonos, había ido surgiendo detrás de nosotros, á medida que nos elevábamos, como si, poseída de un legítimo orgullo, nos hubiera querido demostrar que nadie, por mucho que suba delante de ella, puede llegar á sobrepujarla, y que, si es tolerante con los humildes y se deja tapar allá abajo por cualquier cerrillo sin malicia, es soberbia con los soberbios, y no consiente que ningún *monte* de sus Estados se dé aires de *montaña* en su presencia.

¡Nosotros no lo habíamos dudado nunca! Digo más: precisamente por esa razón (¿quién no ama á los soberbios?) venerábamos tanto y tanto á la que más atrás intitulé la «*Madre de Andalucía*.....»—Y por eso también, aquella mañana, al par que rezábamos el *Credo* y aguantábamos como podíamos la frenética irascibilidad del *Puerto de Jubiley*, no habíamos desperdiciado ninguna ocasión de echar una mirada al indignado *Mulhacem*....., que avanzaba á caballo por la serena atmósfera, llenando de terror á todas aquellas sierrecillas de mala muerte.

Pero todavía no es tiempo de hacer la pintura del viejo rey de las montañas, ni de sus hijos, ni de su corte, ni del colosal imperio que gobierna.....—Día vendrá (y será el de nuestro viaje especial á *Sierra Nevada*;—viaje que ha de servir de argumento á la última parte de la presente obra) en que apreciemos en conjunto el sublime espectáculo que llega á ofrecer, más al comedio de la *Alpujarra*, aquella asamblea de gigantes de hielo, y en que pueda yo haceros su enumeración, medirlos uno por uno, compararlos entre sí, re-

velaros sus secretos, mostraros sus tesoros y poneros al cabo de todo lo que pasa por allá arriba!.....—Tened entretanto paciencia, y haced, como quien dice, la vista gorda ante los prodigios parciales que nos va mostrando poco á poco el que en un tiempo llamábamos «*reverso de la Sierra*.»

Por consiguiente..... ¡marchen!—y, al marchar, sírvaos de consuelo que, si ahora no vamos á *Sierra Nevada*, vamos á otras muchas partes, dignas todas de vuestra benévola atención.

Vueltos otra vez los caballos al Sur, continuamos nuestra jornada.

Ni en aquella dirección, ni á los lados del desfiladero del Puerto, se veía otra cosa que una intrincada maraña de riscos, tajos y matorrales, puestos de acuerdo con bárbara ferocidad para hacer intransitable aquella altura.—La planta del hombre, ora descalza, ora con sandalia, ora con babucha, ora con alpargate, y la herradura de las bestias, ya cóncava, ya convexa, ya triangular, ya en su actual forma de arco árabe, habían necesitado siglos y siglos para trillar el angosto sendero que nos servía de hilo de Ariadna en tal laberinto de rocas y arbustos.—Y como, por otra parte, desde la cúspide de aquel *cerrajoncillo*, más rabioso que elevado, no se descubría sino á trozos el gran panorama alpujarreño, que tanto deseábamos contemplar (y que, según el Cura, contemplaríamos á nuestro sabor pocas horas después desde la más despejada cumbre de la *Contraviesa*), nos dimos prisa á cruzar tan desabridos peñascales.....; con lo que muy luego notamos que el

pobre *Jubiley* se daba por vencido, ó sea que ya habíamos comenzado á descender por su otra banda.

El único alto que hicimos fué en presencia del famoso *Peñón del Gallo*, á fin de *oirlo* cantar.....

É incurro adrede en esta anfibología, para que tampoco sepáis vosotros si es un peñón ó un gallo el que canta á veces en aquel sitio.—Los alpujarreños de á pie decían que era un gallo *encantado:* los de á caballo, que un peñón perforado horizontalmente por las lluvias, cerca del cual había un eco.....—Yo sólo puedo decir que *lo* oí cantar dos ó tres veces, y me dió calofrío.....—¡Era el cuarto gallo fantástico que me hablaba aquella mañana desde el otro mundo!

En fin; cuando ya distaríamos de Órgiva cosa de legua y media, la *sierra de Jubiley* se despidió de nosotros, diciéndonos que no podía continuar más adelante, y nos depositó galantemente y con la mayor suavidad en terreno llano—después de haber hecho todo lo posible por dejarnos sepultados en sus breñas.

III.

La nueva primavera.—Coronación de ABEN-HUMEYA.—La *Venta de Torbiscón*, *Torbiscón* y su *Rambla*.—Algunos peñones sueltos.

Nuestra caminata de aquel día había de ser una continua serie de transiciones y contrastes.—Nada más natural, estando, como ya estábamos, enfrascados en la tierra clásica de los accidentes topográficos, de las bajadas y subidas, de las quebradas y promontorios.—La *Alpujarra* tenía que resultar digna de su nombre.

. Por ejemplo; en aquel instante, cuando aun abrumaban nuestra imaginación las escabrosidades del Puerto de Jubiley, recorríamos ya alegremente un apacible vallecillo, en que todo era inocente y delicioso, y donde experimentamos una emoción tan melancólica como dulce.—Hasta entonces, los árboles más subordinados al influjo primaveral, los que sienten correr su savia en Febrero, los que ven hinchadas sus yemas en Marzo, los que computan el curso de las estaciones del propio modo que el hombre, y tienen acaso también su *primavera médica*; verbigracia, los almendros, los cerezos, los perales, los guindos y demás frutales tempranos sólo nos habían mostrado *flores* (que, como es sabido, preceden ellas al follaje); pero allí, en aquel riente vallejuelo, encontramos ya árboles con *hojas*, ó sea *las primeras hojas del año*.....

No las ostentaban, es cierto, árboles tan codiciados y preciosos como los que acabo de nombrar.....—En aquel paraje no se veía vivienda humana, ni había señales de cultivo.....—Pero había en cambio una alameda espontánea, compuesta de alisos, olmos y abedules, muy endebles todavía, retoños sin duda de grandes árboles inmolados por el hacha ó arrastrados por el río (pues allí había también un río), y estos retoños, erguidos ya y gallardos como mozuelos de quince abriles, eran los que acababan de arrojar unas hojillas tan verdes, tan tiernas, tan nuevas, tan rizadas todavía, que parecían las primicias del amor, de la ilusión y de la esperanza.

Aquellas plácidas sonrisas de la Naturaleza, aquellos brotes de incipientes encantos, aquellos besos de labios vírgenes, aquellas dulces respuestas de la adolescente tierra á las vivificantes caricias del cielo, probábannos, mucho mejor que las flores del Valle de Lecrín, que el

sol había llegado al Ecuador, de camino para nuestro trópico; que no se había equivocado el Almanaque; que estábamos en la estación juvenil de las plantas; que la primavera había entrado aquel día.....

¡La primavera!..... Sea la periódica de la zona en que vivamos, sea la única de la vida del hombre..... (y de la mujer), siempre resultará más tristemente patética que el otoño á los ojos nublados por el llanto.....—Y ¡ay!—por poco que se haya vivido, ¿qué ojos humanos podrán permanecer enjutos en presencia de la renovación anual de las campiñas y de los bosques? ¿Quién no echará de menos flores de su alma y frutos de su vida, que huyeron en alas del ábrego para nunca más volver? ¿Quién dejará de llorar—no ciertamente el continuo descaecer de su existencia; no ciertamente este providencial envejecer de cada instante, que nos deja el consuelo de vislumbrar, más allá del sepulcro, otra primavera eterna, en cambio de los ensueños é ilusiones terrenales que nos arrebató la edad — pero sí del amargo destino de sobrevivir un año y otro, como despojado tronco herido por el rayo, á la perpetua muerte de de aquellas flores y aquellos frutos y á la emigración de las inocentes avecillas que nacieron y anidaban en sus ramas?

Doblemos la hoja.

Doblémosla, sí, y digamos qué vallejuelo era aquel á que habíamos descendido.

Verdaderamente, más que un valle, era una especie de *estrecho* que servía de tránsito de un valle á otro.

Porque lo cierto es que estábamos pura y simplemente en un escondido recodo del importante *Río de*

Cádiar, que venía de regar, dos leguas á nuestra izquierda, los amplios verjeles de aquella antigua corte de unos días.....

¡Cádiar!..... ¡El teatro del drama de Martínez de la Rosa! ¡El lugar aristocrático, donde fué coronado *oficialmente* ABEN-HUMEYA!.....—¡Cuánto deseábamos visitarlo!—¡Y cómo hubiéramos querido estar dotados del don de ubicuidad para echar río arriba, al propio tiempo que de sus orillas nos apartáramos, é ir á hacer noche simultáneamente á aquel histórico pueblo y á Albuñol, y á otras muchas partes!.....

Pero ya que esto no fuera posible, ocurriósenos leer y comentar en aquel sitio varios apuntes que *llevábamos en cartera*, acerca de la gran solemnidad histórica relacionada con el nombre de Cádiar; quiero decir, acerca de la coronación del REYECILLO, que es como casi siempre apellida Pérez de Hita al que ya había dejado de llamarse D. FERNANDO DE VÁLOR.

Aquellos apuntes, extractados de muchas historias, decían así:

«Partido Aben-Farag de Béznar, no tardó en seguirle ABEN-HUMEYA, acompañado de muchos moriscos; y llegando á Lanjarón, halló que el bárbaro tintorero había quemado la iglesia llena de cristianos.» . . . . .

. . . .

«De allí pasó ABEN-HUMEYA á Órgiva, donde los cercados de la Torre se defendían, y les requirió con la paz; y viendo que no querían oir su embajada, repartió la gente en dos partes: la una dejó en el cerro, y la otra se llevó consigo á Poqueira y Ferreira.» . . . .

. . . .

«El día de los Inocentes estuvo en su casa en Válor, y el 29 de Diciembre entró en Ugíjar de Albacete, con deseo, á lo que dijo, de salvar la vida al Abad Mayor, que era grande amigo suyo, y á otros que también lo eran, y cuando llegó ya los habían muerto.

»Allí repartió entre los moros las armas que habían tomado á los cristianos, y el mismo día fué al Lugar de Andarax..... y dió sus patentes á los moros más principales de los partidos y más amigos suyos..... mandándoles que tuviesen especial cuidado de guardar la tierra, poniendo gente en las entradas de la *Alpujarra*.....

»Hecho esto, y dejando por Alcaide de Andarax á BEN-ZIQUÍ, uno de los principales de aquella Taha, volvió á Ugíjar, donde dió sus poderes

á Miguel de Rojas, su..... suegro, y le hizo su tesorero general, porque además del parentesco que con él tenía, era hombre principal, descendiente de los Mohayguages ó Carimes, alguaciles perpetuos de aquella Taha en tiempo de los moros, á quien, por ser muy rico y de aquel linaje, respetaban mucho los moriscos alpujarreños.

»ABEN-HUMEYA hizo todas estas cosas en un solo día, y aquella misma noche se fué á dormir á Cádiar.»

Entre las anteriores noticias figuraba una, relativa al gobierno interior y vida particular del caudillo agareno, que causó á mis compañeros de viaje tanta sorpresa como disgusto....., siendo lo peor del caso que yo la sabía y debí participársela en el valle de Lecrín cuando encontramos al joven D. FERNANAO DE VÁLOR en compañía de aquella morisca tan hermosa que, al decir de los historiadores, sólo era su querida.....

Pero, creedme, no procedí de mala fe, sino por olvido: con la gloria se me fué la memoria, y ni por asomos recordé que aquel *raptor* ó *robado* (fueron mis expresiones) estaba *casado* con otra mujer, cuya suerte debía de ser bien desgraciada.....—Y no habiéndome acordado de pensarlo, mal pude acordarme de decírselo ni de condenar (como condené luego) todo lo pérfido y escandaloso de aquella manera de viajar.....

Sin embargo, yo no puedo creer que semejante perfidia con la legítima consorte llegase hasta el extremo de haberla dejado abandonada en la capital y expuesta así á crueles represalias de parte de los cristianos.....—Y como las historias se callen sobre este punto, atrévome á suponer que la ultrajada esposa viviría habitualmente en el lugar de Válor, en lo alto de la *Alpujarra*, donde ABEN-HUMEYA tenía su primitiva casa señorial, y que éste iría aquella mañana en su busca, aunque tan mal acompañado.

¡Desventurada mujer, de cualquier manera!..... ¡Mucho más desventurada, sin duda alguna, de lo que nos

la presenta Martínez de la Rosa en su célebre drama!—Siquiera allí, en medio de la más horrible catástrofe, aparece muy amada y respetada por su marido, mientras que, como veis, la verdad de las cosas era.....

Pero consolémonos. Tampoco tenía ya motivos para engreirse la hasta entonces preferida morisca; pues según nos refirió en este punto D. Diego Hurtado de Mendoza, el joven héroe, al ceñirse la corona de sus mayores, montó su casa bajo un pie severamente..... mahometano.

He aquí las palabras del noble historiador:

«Tomó tres mujeres: una, con quien él tenía conversación, y la trujo consigo: otra del Río de Almanzora; y otra de Tabernas, porque con el deudo tuviese aquella provincia más obligada; sin otra con quien él primero fué casado, hija de uno que llamaban Rojas.....»

Total..... ¡cuatro!

Ni habían de parar aquí las cosas—como veremos en su día.....—¡Ah! El amor fué el talón vulnerable de aquel Aquiles, y por el amor murió efectivamente.....

Pero la hora de tan justo castigo estaba todavía distante del momento en que dejamos á ABEN-HUMEYA durmiendo en Cádiar, ó sea la víspera de su coronación.

Amaneció al fin este día, y el primer acto del príncipe islamita fué nombrar su *Capitán general* [1] á aquel don Fernando *el Zaguer*, llamado también *Aben-Xaguar*, de quien ya hemos hablado anteriormente; el cual era tío carnal suyo, hermano de su encarcelado padre, y hombre influyente y acaudalado, que había sido cabeza y alma de toda la conspiración..... [2].

1 Yo calculo que esto querrá decir *su Ministro de la Guerra*, pues *Generalísimo de sus ejércitos* nombró pocas horas después al HABAQUÍ.

2 «ABEN CHOCHAR» llama defectuosamente Ginés Pérez de Hita á ABEN-XAGUAR, sin duda por haber tomado su nombre al oido de boca de los Moros, y no acertar á representarlo mejor en nuestra escritura.

Mas dejemos hablar á Pérez de Hita, inimitable siempre en la descripción de los cuadros pintorescos de aquella Guerra en que tomó parte como soldado.— Él fué quien nos refirió aquel día el acto solemne de la Coronación de ABEN-HUMEYA, y él es quien debe referíroslo ahora.—Algo habrá de cierto en su relación.

He aquí sus palabras:

«Cuando ABEN-HUMEYA vido que el negocio de todo punto era roto y que ya no podía hacer otra cosa sino morir ó pasar adelante, mandó que la gente que estaba junta y de guerra se recogiese en Cádiar, porque les quería dar orden de lo que habían de hacer, y porque con voluntad suya queria ser coronado.

»Y ansi, la gente en Cádiar toda recogida en cierta parte cómoda para el caso (en el campo, porque toda la gente coger pudiese), debajo de una grande y frondosa olivera, se puso un rico estrado, y en el dos sillas ricas puestas, encima de las cuales estaba puesto un rico dosel de seda, reliquia de los pasados Reyes de Granada, y en la una silla se sentó D. FERNANDO MULEY, y en la otra, á su mano izquierda, su tío Aben Chochar, el cual tenía alrededor de sí muchos Ricos-Hombres de aquellos lugares y de otros.

»Y viéndolos Aben Chochar juntos, y con ellos una grande tropa de gente armada..... se levantó de la silla, y en voz que todos lo podían oir, comenzó á hablar, mostrando gravedad, lo siguiente:»

(Aquí su discurso, que no os leo, porque es largo, y no tan bueno, ni por asomos, como aquél que pronunció en el Albaicín elogiando las cualidades de la raza morisca.—Por lo visto, al opulento Aben-Xaguar le daba por la oratoria; pero resulta que sus discursos son mejores ó peores, según las dotes literarias del historiador que los transcribe. La arenga del Albaicín ha llegado á nuestros días extractada por Hurtado de Mendoza, y por eso reviste unas formas tan severas, clásicas y elegantes [1], mientras que en la oración que aquí omito se echa de ver que el que nos la comunica es hombre de más imaginación que humanidades.)

1 Como que es imitación de un razonamiento de Tito Livio.

«Apenas Aben Chochar (prosigue Pérez de Hita) había dicho estas palabras, cuando todo aquel confuso escuadrón movió un gran alarido, diciendo: «*¡Viva el rey* D. FERNANDO MULEY, *á quien escogemos y que-»remos que lo sea, para que nos defienda y nos ponga en libertad!*»

»Y, diciendo esto, muchos de los más cercanos arremetieron á D. FERNANDO, y á él y su silla levantaron en alto diciendo: «*¡Viva el Rey de »Granada* MULEY ABEN-HUMEYA!»—Y ansí le tuvieron en alto una gran pieza.

»Luego comenzaron á sonar músicas, dulzaynas y chirimías, y trompetas, y atabales con tanto ruido, que parecía hundirse el mundo. Luego le pusieron encima de la cabeza una corona de plata dorada y rica, que era de una Imagen de Nuestra Señora, y para aquel caso la tenía Aben Chochar proveida.

»Después de coronado le fué tomado juramento sobre un libro del Alcorán, que los ampararía y defenderia hasta la muerte. Todo lo cual el REYECILLO juró (que así le llamaremos de aquí adelante), y habiendo hecho este juramento, todas las chirimías y dulzaynas y otros instrumentos sonaron con gran ruído.

»Luego muchos Lugares vinieron á darle la obediencia y á besar las manos.....

»Luego mandó hacer bandera y elegir Capitanes para que se siguiese la guerra.—Los Capitanes que se eligieron son éstos:

»El Sorri, de *Andarax.*—Zarca, de *Ugíjar.*—Puertocarrero, Alcaide de *Gérgal.*—El Maleh, de *Purchena.*—Hazem, de *Velez el Blanco.*—El Gravi, de *Velez el Rubio.*—Aben Bayle, de *Alcudia.*—Farag, negro, de *Jerque.*—El Jorayque, de *Baza.*—El Lale, Alguacil de *Macael.*—Alhadra, de *Ohanes.*—Alrocayme, de *Guadix.*—El Havaqui, de *Guadix.*—El Dere, de *Andarax.*—Gironcillo de la Vega.—El Dali.—Los Partales.—Berio.—El Meliluz.—El Corcuz, de *Dalias.*—El Garras.—El Mohaxar.—El Rentio.

»Y sin éstos, otros muchos Capitanes, el número de los cuales llegó á doscientos y cincuenta, todos de hidalga sangre, nietos, biznietos de muy principales Caballeros que en los pasados tiempos gobernaron á Granada y sus tierras.....

»Y sobre todos los Capitanes fué uno señalado por General de todos, llamado El Havaquí, varón grave, de buen juicio, valeroso de su persona, de casta de Caballeros nobles; era natural de Guadix, ó de el Alcudia.—A éste le fué dado el bastón de General contra su voluntad.....»

Oigamos ahora á otros declarantes:

«Coronado que hubieron los Moriscos á su Rey, vistiéronle de púrpura (dice Hurtado de Mendoza), y pusiéronle casa, como á los Reyes de Granada, según que oyeron á sus pasados.»

«Por último (concluye Luis del Mármol), ABEN-HUMEYA, dejando gente de guarnición en la frontera de Poqueira....., á 30 días del mes de Diciembre estuvo de vuelta en el Valle de Lecrín, para si fuera menester defender la entrada de la *Alpujarra* por aquella parte al Marqués de Mondejar.»

. . . .

—¡Vaya bendito de su Dios; que será ir maldito del Dios verdadero!—exclamamos nosotros aquel día al llegar á este punto.

Y, mientras el insensato entregaba su fortuna y su vida, y las de millares de hombres al azar de las armas, recogimos los papeles, montamos á caballo y seguimos adelante pacíficamente, en busca del grandioso panorama que nos proponíamos contemplar desde lo alto de la *Contraviesa;* ¡de la *Contraviesa*, jorobado lomo de la *Alpujarra*, cuyo escalamiento debía hacernos olvidar aquella tarde todas las proezas del asalto dado por la mañana al *Puerto de Jubiley!*

Á poco de abandonar el frondoso lecho del río de Cádiar, subimos una cuestecilla que nos condujo inmediatamente á la *Venta de Torbiscón.*

Eran las nueve. Allí almorzamos..... de lo que llevábamos *á bordo*, en una alegre plazoletilla que hay á la parte afuera del Establecimiento;—establecimiento que nos fué muy útil, sin embargo, puesto que nos proporcionó una mesa del tamaño de una silla, sillas para cerca de la tercera parte de los comensales, un agua excelente, y la picaresca cháchara del Ventero y la Ventera, tipos dignos de las novelas menores del Manco de Lepanto.

La identidad de sus caracteres, su ladina bufonería y la continua broma con que se trataban, llamaron vivamente nuestra atención.—Pocas veces se habrá visto llevar la cruz del matrimonio con tanto donaire, desembarazo y buen humor como ellos la llevaban..... (No habían tenido hijos.)—Con dificultad también se hubiera dado una familia más feliz y alborozada dentro

de tanta pobreza..... (No tenían hijos.....)—Eran ya de cierta edad; no viejos seguramente, pero tampoco jóvenes, y jugaban el uno con el otro como dos muchachos de diez años..... (No tenían hijos.....)—Y, con todo, aquel desmedido júbilo, aquella insustancialidad de su vida, aquel Sacramento practicado en chanza, aquella dicha tan fácil y segura, acabaron por inspirarnos compasión..... (¡No tenían hijos!)

—¿Quisiera usted haber tenido cuatro hijos, haber perdido dos, y que le vivieran los dos restantes?—le preguntó un día ferozmente á aquella mujer cierto viajero, al tiempo de montar á caballo.

Y es fama que la risa huyó del rostro de la esposa estéril, y que su boca se frunció tristemente, al suspirar con una franqueza que llegaba al alma:

—¡Sí, señor!

De la *Venta de Torbiscón* bajamos á la anchurosa *Rambla* del mismo nombre;—lo cual demostraba que nos íbamos aproximando al propio Torbiscón, antigua capital de la Contraviesa.

Pero ¡ay! antes de llegar allí habíamos de formar juicio de lo que significa una *rambla* de la *Alpujarra*..... Esto es: habíamos de sufrir todas las fatigas de los desiertos africanos, como acabábamos de saborear en el Río de Cádiar, á la bajada del Puerto de Jubiley, todas las dulzuras de los oásis.—Las mutaciones escénicas de aquella jornada no podían ser más bruscas ni más frecuentes.

¡Calor y arena!.....—He aquí resumida la hora interminable (de las diez á las once) que pasamos subiendo la *Rambla de Torbiscón*.—No corría un pelo de aire......

Se respiraba fuego..... ¡Ni un palmo de sombra por ningún lado!.....—Hubiérase dicho que viajábamos por el mismo globo del Sol, ó que el Sol había incendiado la Tierra.

«*¡Arena y calor siempre.....*», ó, á lo menos, hasta agotar nuestro sufrimiento!.....—Aniquilado todavía mi espíritu, sólo con el recuerdo de aquella marcha, no encuentra mejor manera de definirla.—¡Y eso que estábamos en Marzo!

No diré, pues, más.—Añadid vosotros ahora toda la arena y todo el calor que os dé la gana.

Quiso al fin Dios que *Torbiscón* apareciese á nuestros ojos anclado en la *Rambla,* y sirviendo como de cobertera á un aplastado cerrete.....

—¡Bendito sea el hombre que ha inventado los pueblos para que descansen los caminantes!.....—exclamamos todos en aquel momento, plagiando al Luciano del siglo XVIII.

Y pusimos la proa á *Torbiscón,* en busca de unos minutos de respiro, no sin darnos cuenta de la rarísima particularidad de no haber encontrado en todo el día ni un solo *caminante* en ninguna de las sendas que habíamos recorrido.

La alta meseta que sirve como de peana á la noble y vetusta villa en que íbamos á entrar, no impide que sus habitantes recelen verla sepultada bajo olas de arena, ó arrancada de cuajo, el día que menos se lo figuren, por los espantosos aluviones que la *Contraviesa* envía frecuentemente á aquella endemoniada *Rambla.*—Profesan, pues, los torbisconenses cierto linaje de cariño y de agradecimiento á un enorme y elegante Peñón en-

clavado en medio de ella, un poco más arriba del pueblo, precisamente en el punto más peligroso. El *«Peñón de Pinos»* creo que se nombra, y de su solidez y enormidad esperan que seguirá protegiéndolos como hasta aquí contra cualquier furiosa acometida de las aguas.

Hacen bien en confiar en él.....—¡Se lo digo yo!—(Así conviene hablar en este mundo.)—Aquel monolito, rodado de la próxima montaña durante algún terremoto contemporáneo de Mathusalem, y donde quiebra y tuerce visiblemente la primitiva proyección de las avenidas, es y será inconmovible....., mientras no ocurra otro cataclismo como el que le hizo establecerse allí; y, para tales contingencias (de que Dios libre ya á nuestro Planeta; pues bueno está como se halla, sobre todo para el poco tiempo que permanecemos en él *ahora* los mortales:—¡Mathusalem vivió novecientos diez y nueve años!) fuera exceso de lujo tomar ningún género de precauciones.

Torbiscón, donde paramos una media hora, nos recordó aquellas ciudades..... favoritas del sol, que describe Eugenio Fromentín en su hermoso libro *Un été dans le Sahara.*—¡Tan grato nos fué el sosiego de siesta que reinaba en la villa! ¡Tan sabrosa hallamos la sombra de sus calles! ¡Tan intensamente *meridional* era su aspecto! ¡Y tan inestimable don del cielo nos pareció allí el agua fresca!

Aparte de esto, la discreción y afabilidad de los dos ó tres indígenas con quienes cruzamos la palabra; el aire grave y circunspecto que conserva aquella antigua residencia de poderosos Corregidores y cabeza luego de un Juzgado de primera instancia; el sentimiento de respeto que no pudo menos de inspirarnos, por lo inmerecida, su actual decadencia oficial; las noticias que

teníamos de su creciente riqueza agrícola y de lo muy preciados que son sus frutos en España y en otras naciones; y, en fin, la consideración, que ya he apuntado antes, de que aquella era la tradicional metrópoli de la Contraviesa [1], fueron nuevas razones para que la imagen de *Torbiscón*, siquier entrevista tan ligeramente se grabase en mi memoria con indelebles rasgos, y lo son hoy para que me complazca de este modo en su agradabilísimo recuerdo.....

Á la salida del *Torbiscón* nos esperaba otra hora de angustias semejantes á las que sufrimos á la entrada..... Es decir, que desde las puertas de la villa hasta el pie de la *Contraviesa*, seguimos caminando por aquella perdurable *Rambla*, circuída de cerros, privada de toda ventilación y cada vez más encendida.....

Por eso nunca olvidaré nuestros amorosos requiebros y tiernos abrazos á otros dos ó tres Peñones, semejantes al de *Pinos*, que encontramos de pie, enteramente solos, en mitad de la arena, y escalonados á larga distancia uno de otro, como gigantescas estatuas del dios Término, ó más bien como Estaciones ó Ventas colocadas allí por el verdadero Dios para hacer posible la travesía de aquel desconsolado erial.....

Sobre todo, uno de ellos, más alto que los demás, cuadrado y erguido como una torre, y algo cóncavo por la cara que miraba al Septentrión, nos enamoró de tal modo y obligó tanto nuestra gratitud, que, si yo

1 *Torbiscón* tiene 2.422 habitantes, comprendidos los ochenta y tantos cortijos y caseríos de su extensa jurisdicción.—Hoy pertenece al partido judicial de *Albuñol*.

fuera Rey, lo volvería á colocar sobre la montaña de que se desprendió contra su gusto.....

Porque habéis de saber que entre la escasa sombra *exterior* (llamémosla así) que el Peñón proyectaba hacia el Norte á aquella hora, y la sombra *interior*, hija de su concavidad, resultaba, en medio del reverberante y abrasado desierto, un espacio obscuro, fresquísimo, recamado de húmedas hierbas, y hasta de flores salvajes, capaz de contener, como contuvo, y de consolar, como consoló, simultáneamente, á media docena de caballeros y algunos peones—por más que el sol se hallara á la sazón sobre aquel meridiano.

Allí nos guarecimos, sí, los que íbamos á vanguardia, y allí estuvimos como unos príncipes, hasta que llegaron nuestros compañeros y *nos relevaron*, según era justo; quedándose ellos entonces de guarnición por otros breves instantes, en aquella umbrosa isla rodeada por un océano de fuego.....—Todos á la vez no habríamos cabido.....

Partimos, pues, nosotros en busca de un nuevo *peñón*;—pero ya no encontramos ninguno: visto lo cual, y como prenda de cariño, bautizamos á aquél desde muy lejos con el nombre de *Peñón de Zorrilla*, en conmemoración de estos dos gráficos versos del príncipe de los trovadores modernos:

. . . .
Al ronco son de bárbara guitarra
Debajo de un *peñón de la Alpujarra.*

Pero si no encontramos otro peñón, en cambio pusimos los caballos al galope (á riesgo de que se asfixiasen), con tal de salir de una vez de aquella insoportable rambla..... Y, en efecto, gracias á remedio tan heroico, pocos minutos después nos vimos *al fin* libres de ella,

arrimados á una altísima montaña y guarecidos á la sombra de dos ó tres corpulentos árboles.

Allí principiaba una cuesta, que se encaramaba desde luego de roca en roca con dirección á las nubes.....

—¡Por ahí tenemos que subir!.....—nos dijo un alpujarreño.....

—¡Mejor!—contestamos los demás, hartos de arena y de llanura.

Era la famosa *Cuesta de Barriales.*

Estábamos al pie de la *Contraviesa.*

IV.

Subida á la *Contraviesa.*—Historia de una uva.

Estábamos al pie de la *Contraviesa.....*; es decir, había llegado el momento solemne de trepar á la gran montaña interior del amurallado recinto alpujarreño—de la cual el cerrajoncillo que salvamos aquella mañana, nieto suyo é hijo de Sierra de Lújar, no había sido más que una especie de avanzada ó destacamento de caballería ligera, comandado por el impetuoso Jubiley.

Desde lo alto del puerto de este nombre habíamos contemplado la línea septentrional de la *Alpujarra.....*; esto es, una octava parte de los misterios que anhelábamos descifrar.....—¡Desde lo alto de la *Contraviesa,* ó sea desde el eminente *Cerro Chaparro,* contemplaríamos, como á vista de pájaro, toda la *Alpujarra,* absolutamente toda, de la frontera del Norte á la del Sur, de la del Este á la del Oeste!

Así nos lo prometía, por lo menos, en elocuentísi-

mas arengas el joven cura de Albondón, complacido hasta la sumo al ver el entusiasmo que nos inspiraba aquella pederosa naturaleza de él tan querida.—Hubiérase dicho que era Pedro el Ermitaño describiendo á los Cruzados la hermosura de Jerusalén, á fin de animarlos á sufrir con paciencia las penalidades del camino.

Emprendimos, pues, la subida.

Ésta fué asunto de dos horas de reloj, repartidas en *mil cuatrocientos metros* de desnivel [1] (un verdadero asalto); pero, así y todo, no nos pareció tan ruda como la ascensión al puerto de Jubiley.—Ó ya *nos íbamos haciendo,* como suele decirse en aquella provincia, ó la expectativa de las grandes revelaciones topográficas que nos aguardaban en la cumbre aumentó nuestras fuerzas en aquel otro *sendero de palomas.*

Confieso, sin embargo, que más de una vez nos causó horror considerar el aspecto que ofrecía nuestra larga caravana, trepando, arañando, gateando ladera arriba, en redoblado *zigzag* ó receñidas eses, como una culebra de desmesuradas proporciones.....—Imaginaos, si no, la cosa en su prosaica realidad.

Si (pongo por caso) ibais de los últimos, sólo veíais sobre vuestra cabeza, á muchos metros de elevación, lucientes herraduras y cinchadas barrigas de mulos ó caballos; suelas de botas, apoyadas en estirados estribos, y tal vez las ventanas de las narices de algún amigo del alma, ó la parte inferior de las alas de su sombrero.....—«¡Espeluznante escorzo, vive Dios! (os decíais llenos de espanto).—¿En dónde se apoyan las bestias para ir subiendo de ese modo por una pared casi verti-

1 La *Rambla de Torbiscón* estará á unos 1.300 pies sobre el nivel del mar.—La cumbre de la *Contraviesa* (Cerro Chaparro) se halla á 6.387 exactamente la mitad de la altura del *Mulhacem.*

cal? ¿Qué nos pasaría á todos los que marchamos aquí abajo, en esta retorcida deshilada, si por evento cayera uno de los que cabalgan allá arriba?—¡Todos (os respondiais), todos iríamos rodando á los profundos infiernos, empujado cada cual por su vecino!»—Y, en prueba de ello, de vez en cuando, sentíais caer sobre vosotros menudas chinas (afortunadamente eran menudas) desprendidas por los apurados cuadrúpedos que hacían equilibrios en lo alto.....

Ahora, si en virtud de haber tomado individualmente por algún breve atajo, creyéndolo menos peligroso, caminabais entre los más delanteros, y os ocurría mirar por encima del hombro hacia aquella reata de jinetes escalonados á vuestros pies—todos de perfil; el uno vuelto á la izquierda, el otro á la derecha, y así alternadamente hasta el remate de la procesión—no podíais menos de reíros en medio de vuestro saludable miedo; pues os parecía que cada uno de los de atrás iba colgado de la cola ó de las patas del caballo del de adelante, formando en suma una de aquellas escalas vivas por medio de las cuales bajan los monos á beber agua á los pozos de los desiertos de África.....

¡Y, en los dos casos, fueseis á la zaga ó la cabeza, no comprendíais cómo habíais subido por donde la retaguardia estaba subiendo, ó cómo habríais de subir adonde ya se encontraba la vanguardia!

Todo lo cual era todavía preferible al llanísimo arenal de Torbiscón.....—¡Siquiera allí, en la *Cuesta de Barriales*, en los escalones de la *Contraviesa*, hacía algún fresco á ratos, corrían ráfagas de aire al embocar con este ó aquel gollizo remoto, y encontraba uno tal ó cual árbol ó desgajada peña, á cuya sombra encender un cigarrillo!

«Tal ó cual árbol» he dicho; ¡y no era así seguramente como me cumplía expresarme con relación á la *Contraviesa!*—Sus lomas y barrancos ostentan por doquier, entre otros vegetales menos preciados, dilatadas viñas, extensos bosques de almendros é infinidad de blanquecinas marañas de seculares higueras.

Uvas, almendras, higos..... He aquí las principales cosechas de aquella zona, al parecer salvaje.—Pero ¡qué higos, qué almendras y qué uvas!—«*¡De la Alpujarra!*.....» se dice en toda Andalucía, como suprema recomendación, al ofreceros esos tres frutos.—Y, para los inteligentes, no hay más que decir.

Cuando vayamos á Turón discurriremos especialmente acerca de los higos—en Murtas tendremos ocasión de juzgar las almendras:—aquí me toca hablar de las uvas.

La uva peculiar de la *Alpujarra*, á cuyo prototipo da nombre cierta villa de Ohanes, distante de aquí una jornada de mal camino, es grande, oblonga, dura..... y pálida y transparente como la cera.

Esta uva no fué ni será nunca hollada por el pie brutal del hombre, ni se ve compelida, *ipso facto*, á reventar para dar de sí la gran maravilla del mosto..... Tampoco va desde la cepa á los pobres mercados de la provincia, en fresco y apretado grumo, que penda luego de la mano de un cualquiera, para que este cualquiera lo desgrane paulatinamente, por vía de postre, hasta dejarlo reducido á un esqueleto ó escobajo..... Menos aun envejece y se transforma en arrugada *pasa*, como ocurre con las uvas de la vecina Costa..... Y ni por casualidad siquiera tiene la desdicha de figurar en eso que se llama *un hilo*, para pudrirse de impaciencia, colgada meses y meses del techo de harem de un metódico sibarita, empapelada ó sin empapelar, y dando

origen á éste decir de mi pueblo: «*¡Anda..... que eres màs tonto que un hilo de uvas!*»

No, señor, no; la legítima uva alpujarreña no llega nunca á ser madre..... (del vino); ni viene á parar en fácil bacante que sólo dure lo que los festines de otoño; ni acaba en solterona que se pase y acartone, como la *Eugenia Grandet* de Balzac, y sólo sirva á la vejez para sazonar, vestida de obscuro, tal ó cual especie de *pouding;* ni es, en fin, jamás emparedada odalisca que *espere vez* entre otras frutas en la despensa de un goloso, del modo y manera que refiere lord Byron en el Canto VI de su *D. Juan*.....—¡La uva de la *Alpujarra* cumple una misión más noble!—La uva de la *Alpujarra* se mete monja, vive cenobíticamente, y muere virgen.

¿Cómo así?—Vais á saberlo.

El vendimiador de la *Alpujarra* principia por construir muchas cajas de madera. Sube luego á lo alto de su montaña, donde se crían unos magníficos alcornoques, y les arranca la piel....., quiero decir, el corcho. Muele este corcho hasta pulverizarle, y, con aquella materia, que es el mejor preservativo que se conoce contra la corrupción..... de las uvas, llena las cajas susodichas. En seguida coge unas tijeras, y va cortando de cada racimo, una por una, las bayas más perfectas, limpias y sanas, separándolas para siempre de las otras. Consumado esto, procede á esconder entre el corcho pulverizado, también una por una, y en riguroso orden, las uvas elegidas, procurando que estén incomunicadas, no sólo entre sí, sino con el aire atmosférico. Y, por último, cierra y clava las cajas con el mayor esmero posible, y échase á dormir completamente descuidado, como quien sabe que aquellas reclusas pueden pasar allí años y años sin ninguna clase de detrimento.....

Lo que sucede después no es culpa mía, ni ta de las uvas alpujarreñas.—Es culpa del vendimia del grado de locura á que ha llegado nuestra p Europa.—El vendimiador, después de haberse esmerado tanto en la construcción y disposición de sus conventos de uvas, las saca luego á pública subasta, á modo de bienes nacionales; y como quiera que los ingleses y los rusos son herejes; como, además de herejes, son muy ricos; y como, á pesar de ser tan ricos, no tienen viñas en su país....., acontece que compran dichas cajas de uvas alpujarreñas, y ni respetan clausura, ni respetan votos, ni respetan nada.—Vese, pues, á estas vestales españolas (pálidas y transparentes como la cera, que dije más atrás) morir mártires en las más abominables metrópolis del Norte, devoradas por una especie de osos protestantes, ó cuando menos cismáticos, cuyos dientes, ennegrecidos y desportillados por el escorbuto..... ¡Ah! ¡Qué horror!..... No puedo continuar.....

Resumiendo: las uvas de la *Contraviesa* se exportan por Almería, Adra ó Motril con destino á las naciones septentrionales de Europa.

Por lo que respeta á nuestro viaje ó escalamiento, dicho se está que proseguía sin interrupción..... posible, mientras que yo me esforzaba de aquel modo por encerrar el universo en una uva.

Tocábamos ya, pues, casi á la cima de la *Contraviesa*, y veíamos debajo de nosotros muchas de sus fértiles cañadas (llenas de cortijos y casas de labor), bien que no extensos y remotos horizontes.....—En cuestas como aquella, no se va descubriendo terreno á medida que se

asciende, sino que hay que llegar á lo alto para descubrirlo todo de un golpe.

Nuestra ansiedad era, por consiguiente, extraordinaria cuando, á eso de las dos de la tarde, comprendimos que nos faltaba muy poco para salir á la plataforma de *Cerro Chaparro*.

—¡Prepárense ustedes á la gran emoción! (nos decía desde lejos el buen Cura con su voz de misionero y su gran instinto dramático).—¡Desenvainen lápices y carteras! ¡Estamos llegando á la cumbre!

Y nosotros sacábamos fuerzas de flaqueza, y se las hacíamos sacar á los caballos, para ganar los últimos escalones de la montaña.....

¡Llegamos al fin!

El cielo avanzó por encima de nuestras cabezas, como un mar que rompiera sus diques, é invadió un inmenso espacio circular, anegando y sepultando bajo sus olas todos los montes que hasta allí nos habían parecido insuperables.....

Sólo nosotros quedamos flotando en el general diluvio..... Sólo nosotros dominamos entonces, en muchas leguas á la redonda, la vacía soledad del aire.

La *Alpujarra* entera estaba á nuestros pies.

V.

Mapa de piedra y agua.

Realizábase, pues, en aquel momento mi deseo de toda la vida. La revelación era completa. ¡Todo el ámbito de la inexplorada región se hallaba descifrado ante nuestros ojos!

Sí; desde allí descubríamos todo el suelo alpujarreño..... *orográficamente considerado;* esto es, la misma *Sierra Nevada,* toda la *Sierra de Gádor,* toda la *Sierra de Lújar*, y toda la *Costa*, toda la orilla del mar.....—¡Las cuatro fronteras, en fin, de la comarca de mis sueños!

¡El Mar!.....—¡Calle todo ante su grandeza!—¡Salud al Mar, siempre nuevo, siempre joven, siempre el mismo!—¡Salud al Mar, indiferente á los estragos que los siglos y los hombres hacen en esta caduca Tierra, patria de los calendarios y de los mortales!—¡Salud al Mar, que no entiende de razas ni de civilizaciones, y que así acaricia con sus olas el litoral de África como el litoral granadino, y del propio modo se encoge hoy de hombros ante nuestra República ateista, que ayer se encogía de hombros ante ABEN-HUMEYA!—¡Salud al Mar!.....

Pero he exagerado un poco al decir que se veía *toda la Costa*, cuando precisamente lo que había allí de más notable era:—¡que se divisaba una gran extensión del líquido elemento, sin descubrirse por eso sus playas! Más claro: ¡los oteros australes de la *Contraviesa* se destacaban sobre la bóveda del mar—en vez de destacarse, como los otros montes, sobre la bóveda del cielo!—Y digo la *bóveda del mar*, porque desde aquella suma eminencia (¡oh maravilla!) veíamos el Mediterráneo....., no debajo de nosotros como una llanura, sino colgado del firmamento como un telón; no tendido en semicírculo horizontal, como resulta cuando se le mira desde sus riberas, sino levantando un enorme arco, ó más bien un enorme disco, sobre la línea del horizonte, cual si fuese una inconmensurable Sierra de agua!—Nunca había reparado yo hasta entonces en aquel sorprendente efecto de óptica, que, si no me

engaño, se debe, entre otras causas, á la redondez (tantos siglos desconocida) del planeta en que tengo la honrra de escribir estos renglones.....

Por cierto que, detrás de aquel arco ó mitad de disco, ó sea por encima de él, se percibían vagamente, no obstante esa redondez de la tierra, algunas cumbres del gigantesco Atlas, rey de los Montes africanos.....—¡Tan elevadas se hallan sobre el nivel del mar!—Pero, como nos constaba que en la prosecución del viaje habíamos de distinguir varias veces, y mucho más claramente que aquella tarde, la que ya hemos llamado «*Sierra Nevada del Imperio de Marruecos*», aplazamos para entonces todas las consideraciones á que se prestaba aquella exótica lontananza..... aun á los ojos de los que no teníamos parientes moros, judíos, renegados, presidiarios, ni de guarnición en Melilla.....

Reduzcámonos, pues, también ahora á la contemplación de la *Alpujarra*, dejando en paz el vecino Continente.—Miremos, sí (ya que, gracias á Dios, la tenemos ante la vista), la célebre tierra por que tanto hemos suspirado, y no seamos como los ambiciosos ó los amantes, que matan, al mismo tiempo que el deseo, la cosa deseada, y en seguida se ponen á llorar por lo que queda.

Y bien; desde lo alto de *Cerro Chaparro* se veía lo siguiente.....

Pero digamos antes lo que *no se veía*.

No se veían ni los pueblos, ni las vegas, ni las playas, ni las puntas, ni las torres (¡unas de *Carabineros* y otras de *Faros!*) que bordan, según descubrimos más ade-

lante, las solanas y el zócalo de aquellos colosales cerrajones.

No se veían tampoco (sino vagamente indicados por las curvas y vueltas de un redundante laberinto de cerros y gargantas) los valles interiores de aquella entrecortada tierra—todos los cuales quedaban ocultos (como en una especie de *subsuelo*, que dicen las Leyes de Minas) bajo el recio oleaje formado por tantas sucesivas eminencias.

Menos aún se veían (aunque se adivinara su trayecto) los prolongados ríos de Cádiar, de Yátor y de Adra—cuyos hondos lechos seguía la imaginación leguas y leguas, sin más ayuda que el continuo paralelismo con que serpenteaban ciertas y ciertas lomas.

No se veían, en fin, ni tan siquiera los mismos pueblos de la *Contraviesa*, á pesar de hallarnos encima de casi todos ellos.

¡Tanto influye la más leve oblicuidad del punto de vista en la perspectiva del dédalo de escarpaduras y derrumbaderos que constituye la *Alpujarra*.....—como, en el orden moral, influye también mucho en nuestras ideas y sentimientos el punto de partida de nuestras apreciaciones, ó sea el aspecto más ó menos *escorzado* que nos ofrecen el mundo y la vida!

Pero, aun así, ¡cuán revelador y cuán interesante era aquel desmesurado mapa de piedra y agua que nos exhibía, *en escala natural*, el efímero Reino de ABEN-HUMEYA! ¡Cuán imponente resultaba aquel panorama de ochenta leguas cuadradas de tierra firme y de no sé cuántos centenares de leguas cuadradas de flotantes olas, del cual nuestras pupilas sacaban una descompasada fotografía, iluminada y colorida por el pincel de la Naturaleza!—¡Cuán grandioso era, en una palabra, todo *lo que se veía!*

Digo más: considerando bien las cosas, veíamos con los ojos del espíritu aun aquello mismo que *no se veía;*—como se contemplan *imaginativamente* todas las calles, casas y personas de una vasta población cuando, desde su más empinado campanario, se pone uno á tirar líneas y echar cálculos sobre un piélago de tejados y azoteas.....

Ni ¿qué otra cosa era el revuelto océano de montes que dominábamos desde allí, sino los tejados y azoteas de la *Alpujarra*, debajo de los cuales estaban sus valles, alias sus plazas; sus ramblas, alias sus calles; sus barrancos, alias sus callejones, y sus pueblos, alias sus gentes?

Ochenta leguas cuadradas, vuelvo á decir, ocupaban aquellas cordilleras sucesivas, aquellas encrespadas olas inmóviles (semejantes á las que el hielo petrifica en los mares del Polo), aquellos ejércitos de cerros, aquellas cumbres amotinadas; verdes unas; pardas otras; blancas éstas; rojas aquéllas; cuáles erizadas de cenicientas rocas; cuáles dentadas de negros riscos; dónde vestidas de aterciopeladas siembras; dónde coronadas de obscuras encinas; aquí dibujándose en el azul del cielo, que resultaba de color de esmeralda comparado con el azul de Prusia del mar; allí destacándose sobre las limpias nieves de *Sierra de Gádor*, ó sobre los amarillos arenales del *Campo de Dalías*.....

Verdaderamente, tal espectáculo tenía mucho de extraordinario y maravilloso.—¡Qué soledad tan engañadora!—Aquel suelo, que no era suelo, sino la techumbre de la *Alpujarra* (escondida allí debajo, como una nación de trogloditas), podía compararse á las espesas capas de ceniza y tierra vegetal que disimularon durante diez y siete siglos la supervivencia de Pompeya.—Así es que nuestra curiosidad de conocer los pueblos y

valles alpujarreños subió más y más de punto al ver la tenacidad con que se ocultaban, y sobre todo al oir á nuestros compañeros de viaje hacernos su enumeración, señalándonos con el dedo el lugar en que caía cada uno.....

Pero concluyamos ya, diciendo algo de la *Contraviesa* en sí, ó sea de su propia configuración.

La *Contraviesa* es una cordillera secundaria, paralela á *Sierra Nevada* y á la costa; lo cual quiere decir que, mientras los demás hijos del *Mulhacem* corren de Norte á Sur, ella corre de Poniente á Levante.—De aquí su particularidad y el llamarse como se llama.

La *Contraviesa*, por lo tanto, es también el gran contrafuerte ó antemural del Mulhacem por la parte del Sur, como Sierra Arana, en el partido de Iznalloz, lo es por la parte del Norte.—El río de Fardes responde al río de Cádiar.

Para los principales geógrafos españoles (y también en mi humilde opinión), el Cerrajón de Murtas y la Sierra de Lújar forman parte integrante del sistema de la *Contraviesa*.—La *Contraviesa* tiene, pues, once leguas de longitud, bien que no en línea recta.

El corresponsal del Sr. Miñano en la *Alpujarra* (corresponsal que debió de ser hombre muy ilustrado), le dijo que «las Puntas de Carchuna y de Guardias Viejas parecen dos áncoras arrojadas al mar por la *Contraviesa* para afianzar su estabilidad en el punto que ocupa en la Península.»—Yo, por decir también algo gráfico, añado: que la *Contraviesa* parece una pantera enorme, de *remendada* piel, cuya cabeza es la Sierra de Lújar, cuyas manos se llaman la Punta de Carchuna y la Sierra de Jubiley, cuyas patas forman los montes de Adra y los cerros de Cojáyar, y cuya cola se extiende tanto como el Cerrajón de Murtas.



Finalmente: la cadena de la *Contraviesa* es la espina dorsal de la *Alpujarra*, el eje de su esqueleto; lo que la quilla en un barco, vuelto lo de abajo arriba; lo contrario de lo que sería la misma *Contraviesa*, vuelto lo de arriba abajo.

VI.

Singularidad de las montañas alpujarreñas.

No bien nos convencimos de la gran verdad con que termina el capítulo anterior, echamos pie á tierra, y nos sentamos al pie de unas robustas encinas que, en unión de los susodichos desollados alcornoques, sirven allí de penacho á la *Contraviesa*.

Serían las tres de la tarde. Para bajar á *Albuñol*, término de nuestra jornada, nos bastarían dos horas.—Podíamos, por consiguiente, descansar en aquella altura, donde hacía menos calor, pero en la que, sin embargo, no venía mal la sombra de los árboles.....

Salieron entonces á relucir las naranjas, el vino y las sabrosas pláticas propias de amistades recientes, todo lo cual encerraba una poesía inmensa en aquella región más frecuentada por las nubes que por los hombres.....

Entretanto, sumando ya en nuestra imaginación todo lo que acabábamos de ver en globo desde allí, y todo lo que llevábamos visto más al pormenor desde que salimos de Órgiva, principiamos á caer en la cuenta de la verdadera singularidad de la *Alpujarra*, singularidad que la hace diferenciarse esencialísimamente de los demás países montuosos de Europa.....

Entonces uno de nosotros pidió la palabra; y, bien que no tomando *un puño de bellotas en la mano* como D. Quijote (pues las encinas no daban más que sombra en aquella estación); pero sí tendiéndose á la larga sobre un lecho natural de seco musgo, y fijando los ojos en aquellos árboles seculares que tantas bellotas habrían criado—enderezó á la reunión (tendida también boca arriba en aquella azotea del globo terrestre) el siguiente elocuentísimo discurso:

¡Pues, señor, está visto; y se equivoca el que se figure lo contrario!—No basta haber recorrido la Cadena de los Alpes ó la de los Pirineos (entre las cuales ocupa el término medio, como elevación, la Cadena de *Sierra Nevada*); ni tampoco basta haber contemplado la faz septentrional de esta misma *Sierra*, para poder figurarse la fisonomía general de los montes y valles que van apareciendo á nuestros ojos.

Los Alpes y los Pirineos, y todas las montañas de nuestra zona, ofrecen á la vista un mismo carácter..... más ó menos pronunciado, según su altura barométrica y su latitud geográfica....., pero siempre idéntico en sus rasgos principales.—Nebulosas cimas, húmedas laderas, espumantes cascadas, brumosos lagos, un ambiente empapado de frescura, un cielo lleno de fantasmas, arroyos por todas partes; misteriosas quebradas, asilo de eternos crepúsculos; esponjadas hierbas, cabañas grises, valles melancólicos, muchas vacas, mucho humo, muchos puentecillos de madera..... y algo, en fin, de yerto, de rugoso, de aterido, de atormentado, en la austera vegetación que allí lucha á brazo partido con el inclemente Bóreas..... Tales son los obligados distintivos de

las montañas europeas, así en Santander como en la Toscana, así en Segovia como en el Tirol, así enfrente de Pau como en Suiza, así en la Auvernia como en las Provincias Vascongadas.....

La Alpujarra, como veis, es absolutamente distinta.—Verdad que aquí hay también nieves (en lo alto de aquella Sierra.....), y valles, y ríos y peñascos, y derrumbaderos, y hasta alguna vez nubes.....; pero ¡cuán diferentes todas estas cosas!—El tono, el color, la luz, el ambiente, todo varía aquí por completo.—Un cielo, casi siempre despejado y de un azul puro, intenso, rutilante, empieza por servir de fondo á la decoración, disipando con su viva refulgencia y vaguedades, misterios, nebulosos contornos, indeterminadas fantasmagorías. Una tierra cálida y enjuta nutre con la sangre de sus entrañas, y no con el lloro de sus peñas, esos manantiales de luz y fuego que se llaman el olivo y la vid, ó los elíseos frutos que roban sus más vistosos colores al iris. Aquestos valles no contrastan con lo petrificado por el frío, sino con lo calcinado por el sol. Aquestas rocas, lejos de sudar agua, funden y acrisolan metales. Las flores son olorosas y valientes, no obstante la vecindad de los viejos ventisqueros, y el arroyo que baja de las regiones muertas se asombra de encontrarse con las adelfas silvestres ó con las ferozmente grandiosas higueras chumbas, orladas de arrumacos verdes y pajizos, como las princesas etíopes.—¡Ah! La influencia de la *Sierra* es casi siempre vencida por la de los vientos de África. El sol puede aquí más que la nieve.

En resumen: así como todas las montañas de nuestra zona parecen hijas del Invierno, la *Alpujarra* parece hija del Verano.—En lo hondo de los valles de los Alpes y de los Pirineos se ven, por ejemplo, á la puerta

de las chozas, témpanos de hielo rodados de la altura, ó algunas pobres piñas desprendidas de la ladera..... Á las puertas de los cortijos alpujarreños veis montones de almendras nacidas cerca de las nubes, ó naranjas sin dueño que se han escapado del terromontero vecino.— Allí se sueña á la luz de la lámpara..... Aquí se duerme á la luz de la luna.—Allí se esculpen, en Septiembre, al fulgor de una tea, baratijas de palo..... Aquí, en Octubre, se pasan uvas é higos al calor del sol.—Aquellas montañas han sido personificadas siempre por sus bardos en deidades de ojos azules..... *La Alpujarra* es una montaña de ojos negros.—«Montaña» suele implicar la idea de maga, de sílfide, de oréada, de ser quimérico, errante, vaporoso como la niebla..... *La Alpujarra* es una saludable odalisca, ó, cuando más, una peri, una hurí, una divinidad, en suma, de carne y hueso, prometida por *El Corán* á los méritos de los musulmanes.....

Terminó el orador, y quedóse asombrado al ver que nadie aplaudía ni le contestaba.....

Entonces reparó en que todos sus compañeros se habían dormido.

Y, por cierto, que (según le contaron después) cada cual soñaba una cosa distinta.....

Soñaba uno, por ejemplo, que estaba leyendo cierto ibro titulado *La Alpujarra*, bastante parecido al presente, que, al llegar al punto por donde vamos, se había hartado ya de Orografía, Hidrografía, Topografía y demás ramos de la Geografía;—por lo que suplicó al Autor no volviese á hablarle de montes y breñas con tal detenimiento, y procurase que la *Cuarta Parte* de su

obra resultase más variada y entrenida que la *Tercera*..... —Y el Autor se lo prometió solemnemente.

Otro soñaba que ABEN-HUMEYA, el Marqués de Mondéjar, el de los Vélez, ABEN-ABOO, D. JUAN DE AUSTRIA y el Duque de Sesa, lo llamaban desde lejos con grandes voces, para que fuese á presenciar los dramáticos lances, recias batallas y amorosas escenas en que estaban interviniendo;—y que él les ofreció correr en su busca tan luego como descansase en *Albuñol.*

Soñaba otro que todos los respetables Curas Párrocos de los pueblos de *Sierra Nevada* correspondientes al partido de *Ugíjar*, nos habían enviado á decir con sus sacristanes que la Semana Santa iba á empezar, y que, si no nos dábamos prisa en recorrer los pueblos del *Gran Cehel*, se frustraría nuestro propósito de conmemorar los Misterios del Jueves y Viernes Santo en las iglesias de la región de las nieves.....,—á lo cual habíamos contestado nosotros que descuidasen, que llegaríamos á tiempo.

En fin; todos dormían y soñaban; y, advertido de ello el orador, no se ofendió en manera alguna, sino que se durmió también á pierna suelta.....

Y poco después se durmieron los criados.....

Y así se realizó lo que estaba escrito, de que en lo alto de aquella montaña,

Sin más testigos que el vecino cielo,
Y á la sombra de encinas y alcornoques

(estos dos versos los hice yo al tiempo de dormirme), descabezaramos todo el sueño que habíamos sacado íntegro de la inolvidable *Posada del Francés.*

Por consiguiente, los únicos seres animados que quedaron en pie, aunque también inmóviles, en la solitaria cumbre de la *Contraviesa*, fueron nuestras silencio-

sas cabalgaduras.....,—que, vistas desde abajo, harían el efecto de aquellos grupos de caballos de bronce que en la Antigüedad romana coronaban algunos Arcos de Triunfo.

VII.

De cabeza al mar.—*Alfornón.*—Recuerdos y tradiciones.—*Albuñol* á lo lejos.—Llegada á *Albuñol.*

Á las cuatro de la tarde montamos á caballo y emprendimos la bajada á la *Costa.*

¡Veleidad humana!—Veinticuatro horas antes no deseábamos mas que escalar montañas, medir derrumbaderos, atravesar soledades agrestes, perdernos en las inexploradas regiones, é incomunicarnos, con la llamada *sociedad*..... Y ya nuestro anhelo y nuestra impaciencia eran por bajar á terreno llano y expedito, por recorrer comarcas fértiles y cultivadas, por acercarnos á la orilla del mar (camino de todas partes)..... y por ponernos en íntima comunicación con el mundo de los hombres..... y de las mujeres.

Albuñol, el rico pueblo costeño en que habíamos de hacer noche, empezaba á sonreirnos como expectativa..... Palmeras, flores, frutos, templadas brisas, cómodas viviendas, trato social, Alcaldes, camas, periódicos, comida caliente..... y, á lo lejos, velas en el Mediterráneo, hablándonos de la universalidad de la vida humana y del movimiento del siglo.....—tales habían llegado á ser nuestros dorados sueños—que, por cierto, se convirtieron pronto en realidad.....

¡Muy pronto, sí!..... La bajada era tan pendiente como áspera había sido la subida por el otro lado.—¡Aquello era ir de cabeza á la playa!.....—Así es que, á los pocos minutos, en la cuesta llamada de *Alfornón*, empezamos á ver otra vez hojas en los árboles, otra vez olivares y viñas, y otra vez blancos cerezos y colorados guindos.....—(Esto de *blancos* y *colorados* lo digo por las flores de que estaban cubiertos.)

Hubo más. En los abrigados barrancos de aquellas vertientes, á donde no pueden llegar nunca los aires fríos de *Sierra Nevada*, pero en donde tienen libre acceso los cálidos vientos africanos, nos salieron al encuentro las primeras golondrinas de 1872.—Quince días llevaban ya de estar allí, procedentes de la costa del moro, sin que todavía se hubiesen atrevido á salvar la Contraviesa, y mucho menos el Mulhacen, para invadir el resto de España en busca de sus antiguos nidos.....

Así nos lo dijo el señor Cura;—el cual añadió luego:

—Todos los años hacen lo mismo, y, algunos, hasta se vuelven á África, si la primavera española se presenta demasiado inclemente. ¡Ya hace dos semanas que las estoy viendo revolotear por aquí, entregadas á sus observaciones metereológicas ó á sus reconocimientos militares!

—¡Nobles viajeras, padre Cura! (exclamó otro).—Son las eternas moriscas..... ¿no es verdad?

—¿Cómo he de quitarle yo la razón á un poeta?—¡Pero no olvide usted que también son las que arrancaron las espinas de las sienes del Redentor!

—¡Justamente!—Y por eso no las matan nunca los cazadores.—¡Ah! Yo adoro á las golondrinas.....

—Y yo también—dijo un tercero, gran labrador por más señas, interviniendo en aquel diálogo.

—Á mí me recuerdan siempre (continúa el poeta) aquel *Último Abencerraje* de Chateaubriand que vino á visitar religiosamente el que había sido Reino mahometano.

Pues á mí (repuso el labrador) me limpian la atmosfera de muchos insectos dañinos.

Es un tercer mérito de estas preciosas aves—se apresuró á exclamar discretísimamente el señor Cura.

Hablando así, llegamos á un Barrio, denominado *Alfornón*, anejo de un Lugar, distante de allí tres kilómetros, que se llama Sorvilán.

En las 122 casas de aquel Barrio no había casi nadie cuando nosotros pasamos. Sólo algún niño que todavía no sabía andar sino á gatas, ó algún viejo que se encontraría otra vez en el mismo caso, vimos sentados al sol, en el tramo de tal ó cual puerta, como encargados de custodiar la aldea durante la ausencia de sus moradores.....

Esto trajo á nuestra imaginación aquellos aduares que encontró el ejército del difunto General O'Donnell en las estribaciones de Cabo Negro, el día de su paso al llano de Tetuán.—¡La misma soledad, más triste aun que la de los despoblados! ¡El mismo silencio melancólico! ¡El mismo aparente aislamiento y olvido del resto del mundo!—La única diferencia que existía entre los aduares africanos y el barrio alpujarreño, era que los habitantes de aquellos los habían abandonado para guerrear, y los de éste para cultivar las laderas de los montes circunvecinos.

—Pero, ¿y las mujeres?—me diréis.

¡Pobres mujeres!—Las de los aduares estaban es-

condidas durante aquel sangriento combate en las fragosidades de Sierra Bermeja.—Las de *Alfornón* habrían ido á Sorvilán por avío, á algún arroyo á lavar, ó á los cerros de las cercanías á llevar la comida á sus maridos, padres y hermanos.....

Después de salvar las últimas defensas de los agonizantes montes, tornamos á complacernos en la creciente hermosura y progresiva templanza del terreno á que descendíamos.

Las doradas flores de la áspera y punzante abulaga, que sólo abren por Mayo en la que desde allí podíamos llamar «*Andalucía del Norte*», cubrían ya cerros y lomas con su brillante y escandalosa vestimenta. La pita, gradación anterior á la higuera chumba en el *termómetro vegetal*, brotaba otra vez enérgicamente en las laderas de los precipicios, mientras que el olivo y la vid volvían á proclamar en todas partes el absoluto imperio del sol.....—Sin embargo, lo que más nos distrajo y entretuvo en aquel rápido descenso (por la gráfica y material idea que nos dió de la variedad de climas y temperaturas que íbamos atravesando), fué la gradación de higueras que recorrimos con la vista en el espacio de dos ó tres kilómetros.—Primero, las hallamos sin asomo alguno de vida, desnudas y secas, como blancos esqueletos, ó bien como fósiles de antiquísima vegetación; más abajo, ya tenían yemas; más abajo, las encontramos cubiertas de breves y rizadas hojillas; más abajo, vestidas de amplias y lujosísimas hojas, y, por último, cerca ya de la *Rambla de Albuñol*, estaban cuajadas de adolescentes higos, cuando no de maduras y ya comestibles brevas.....

Antes de solazarnos en aquella apetecida rambla, aun tuvimos que bajar muchos escalones, tan empinados y dificultosos, que la menor distracción hubiera podido costarnos una celebridad..... á que no aspirábamos en manera alguna.

Dígolo, porque á nuestra izquierda se hallaba el célebre *Tajo del Veredón*, desafiado, si es permitido hablar así, por una de las sendas más atrevidas que hayan abierto las albarcas de los pastores..... — Encima de aquella estrechísima vereda se levantaba un desmesurado monte vertical, llamado el *Cerro de Alvarez.*— ¡Debajo se descubrían las tinieblas de un espantoso abismo, que muchos suponen llega á los antípodas!

Pues bien (y va..... no de cuento, sino de sucedido): en lo más escarpado é inaccesible de la ladera de aquel cerro, se ven todavía las estacas que clavó el tal *Alvarez* para subir á robar miel á unas abejas.—La subida le fué posible; pero al bajar, colgado de una soga que sujetó en lo alto, rompióse ésta....., y el infeliz desapareció en la sima..... ¡camino de la Nueva Zelanda!—Un trozo de la soga rota, pendiente de una de las estacas como lúgubre resto de dogal de un ahorcado, fué el único indicio de aquella desventurada empresa..... Pero esto sólo bastó para que el nombre de *Alvarez* se hiciese tan inmortal como el de Chéops, pues que ya está unido por los siglos de los siglos á la existencia de aquel Cerro, monumento de su gloria, no menos alto y sólido sin duda alguna que la gran pirámide de Djizeh..... ¡Y todo por haber muerto cometiendo un robo!.....—¡Cuán fácil es pasar á la posteridad!

Ni paran aquí las historias del *Tajo del Veredón.*— Más allá del *Cerro de Alvarez* se ve el de las *Covezuelas*, que sirve de asiento al *Cortijo del Padre Francisco.*— Dirigíase á este cortijo una viejecita con un saco de

lentejas, y, habiéndose despeñado, nacieron y fructificaron las lentejas antes de que el cuerpo de la pobre mujer llegase al fondo del Tajo.....— Señores: ¿estará profunda la sima?

Comentando íbamos estas y otras consejas populares, cuando á todo lo largo de nuestra cabalgata resonó el suspirado grito: «*¡Albuñol!*» en el mismo tono con que los Cruzados debieron de gritar: «*¡Jerusalem!*» desde lo alto de los montículos que la dominan, ó como os compañeros de Colón gritarían «*¡Tierra!*» la madrugada del 12 de Octubre de 1492, ó como los soldados de O'Donnell gritaron «*¡Tetuán!*» desde las susodichas alturas de Cabo Negro.

Reconozco que estas tres comparaciones son demasiado superiores á la cosa comparada; pero la verdad es que *Albuñol*, visto, como nosotros lo veíamos, muy á lo lejos aún y todavía desde una grande altura, no era, materialmente considerado, menos bello, seductor y atractivo que *Tetuán*, con cuyo general aspecto tenía mucho parecido.

La blanca Villa alpujarreña, iluminada por el sol poniente, parecía un puñado de mármoles rotos, restos de alguna titánica edificación, arrojados en la combada pendiente de una loma.—Esta loma relacionábase luego en apariencia, por ingentes peldaños sucesivos, con el *Cerrajón de Murtas*, detrás del cual asomaba todavía *Sierra de Gádor* su encanecida cabeza.

El mar dista de *Albuñol* cerca de una legua; pero desde *Albuñol* hasta él se puede ir de paseo por una especie de calle natural, muy llana y anchurosa, que termina en el Puerto, Castillo y lugar de la Rábita.—La Rábita es, por consiguiente, el *Grao* de *Albuñol*.

En cuanto á la que hemos llamado *calle natural*, no es otra cosa que la *rambla* á que da nombre aquella villa; arenosa faja de llanura que penetra desde la playa hasta el corazón de la Contraviesa, ondulando entre las montañas de uno y otro lado.....—Nosotros bautizamos, pues, desde luego á la *Rambla de Albuñol* con el dictado de *Boulevard de la Alpujarra;* dictado muy merecido, si se atiende á que en ella desembocan otras calles (vulgo ramblas) de segundo orden, á que es lo más desahogado y transitable del país (exceptuado el terreno de Ugíjar), á que está formada por amenísimas huertas y valiosos cortijos, y á que ha sido (dicen) recorrida (no se sabe fijamente cuándo) por cierto aparato con ruedas (¡ruedas en territorio alpujarreño!!) que conducía bañistas á la Rábita..... «*Carruaje*» quiere decir este circunloquio.

Pero, hablando en verdad, no era aquella la mejor ocasión para detenernos en tales estudios..... Bastaba por entonces á nuestra dicha el haber acabado de bajar y no tener ya que volver á subir; bastaba el hallarnos en la *Rambla de Ahijón*, que es como allí se llama todavía la que más abajo toma el nombre de *Rambla de Albuñol;* bastaba, finalmente, el estar ya casi al nivel del mar, en plena Primavera, casi en plena África, y en la hora más dulce y apacible de una hermosa tarde.....

Serían las cinco y media.

El sol había desaparecido para aquel valle, aunque todavía doraba las alturas.

La tierra, libre ya de la abrumadora presencia del astro rey (que allí es un rey tan absoluto como inexorable), principiaba á respirar y desentumecerse, inundando el aire de balsámicas esencias y placidísimos rumores.

Por la rambla corría, dividido en dos ó tres brazos,

un arroyo de agua cristalina, que difundía por todas partes amenidad y frescura.....

¡Delicioso término de jornada!

Los caballos sacudían las crines alegremente, saludando el fresco de la brisa, la reaparición de la llanura y la proximidad del pienso.....

Y nosotros abusábamos de su entusiasmo, poniéndolos á galope, á fin de llegar á *Albuñol* antes de que acabase de obscurecer.

Llegamos al fin.....—pero ya era noche completa; por lo cual sólo os puedo decir que fuimos recibidos con los brazos abiertos por nuevos é inolvidables amigos, y que en aquel punto y hora tuvimos la dicha de conocer al buen caballero cuyo nombre figura el segundo en la dedicatoria de este libro, y con quien muy luego había de ligarnos un cariño del alma que durará tanto como nuestra vida.—¡Tal y tan grande hubimos de encontrar bien pronto, en gravísimos sucesos, ajenos al argumento de la presente obra, aquel corazón de león, que me honro y honraré siempre de haber estrechado contra el mío!

Con que demos aquí punto, mis queridos lectores, á la historia de aquel segundo día de viaje (como nosotros se lo dimos metiéndonos en seguida en la cama), y dejemos para la historia del día siguiente el estudio y pintura de la semi africana villa de *Albuñol*.

FIN DE LA PARTE TERCERA.



PARTE CUARTA.

EL GRAN CEHEL.

I.

Albuñol pintoresco, histórico, geográfico, estadístico, agrícola, poético y otras muchas cosas.

HABÍA yo dejado abiertas las maderas de mis balcones para despertarme en cuanto fuera de día. Y, en efecto, no había salido el sol, cuando los pájaros vinieron á llamar con sus alas á los cristales de mi dormitorio, ó más bien á almorzar en las macetas de que aquellos balcones estaban llenos y cuyas verdes hojas y pintadas flores, coronadas de luz y de rocío por la risueña aurora, fué lo primero que vi al abrir de nuevo los ojos á este mundo.—¡Qué despertar tan apacible y tan sabroso y de tan buen agüero para el resto del día!

Gracias al sumo Alá, que tan ricos y espléndidos hizo á nuestros patrones, y gracias á nuestros patrones, que tan cariñosa hospitalidad nos acordaron, había yo dormido aquella noche como un antiguo Rey, y, al reaparecer entonces en mi mesocrática vida, halléme alojado

en un gracioso departamento, más parecido á *confortable* habitación de París ó Londres que á todo lo que podía prometerme hallar en el fondo de la *Alpujarra*.....

¡Dios se lo pague á nuestro huésped!—¡Alá le pague, digo, á aquél su gran servidor, y á su noble y santa esposa, y á sus adorables hijas, y á sus angelicales pequeñuelos, todo lo que disfrutamos en su casa las muchas veces que demandamos en ella asilo y probamos el pan y la sal, al regreso de nuestras continuas peregrinaciones por los montes y valles alpujarreños!..... ¡Auméntele la Misericordia divina sus bienes de fortuna, hasta que sean tan largos de contar como las arenas de los *Dos Zeheles!*..... ¡Prolongue sus días, para que vea las buenas acciones de los hijos de sus nietos!..... ¡Defienda la sombra de su techo, en la ciudad, y la de su tienda, en el desierto, de la presencia de huéspedes ingratos!..... ¡Conserve clara su vista, despierto su oído y fino su paladar, para que siga distinguiendo el hongo de la seta, el canto de la alondra del silbo de la serpiente, y el café de Moka del indiano caracolillo!..... ¡Déle, en fin, gratas ilusiones por el día y deliciosos ensueños por la noche!.....—Y la paz.

Hecha mi oración matutina, que no se diferenció mucho de la precedente, saqué de las alforjas á los Historiadores, Geógrafos y Poetas relativos á la *Alpujarra* que me acompañaban *in extensum* ó en extracto; abrí de par en par los balcones, que por cierto daban á la mismísima *Rambla;* me instalé en uno de ellos por de pronto, y, ora valiéndome de la lectura, ora de mis propias observaciones oculares, emprendí un doble estudio de la bienhadada villa de *Albuñol.*

La mañana estaba hermosísima. El sol, que salía en aquel momento, doraba únicamente, como la tarde antes, las crestas de los montes. La *Rambla,* solitaria y si-

lenciosa (pues no había para qué hacer alto en los pajarillos que revolaban y cantaban acá y acullá), tenía algo de exótico y ajeno á nuestro Continente ó á nuestra zona, algo de valle tropical, algo de África ó de América. ¡Tanta era la templanza del aire, á pesar de ser las seis de la mañana de un día de Marzo; tal la lujosa vegetación de las huertas; tan peregrina la índole de las plantas; tan ricos y penetrantes sus aromas!

Baste decir á buena cuenta (pues más adelante he de hablar hasta de botánica.....) que en el propio arenal de la *Rambla* crecía la caña de azúcar, mientras que por encima de las tapias de los huertos (innumerables en aquel extremo de la villa) coloreaban las naranjas, amarilleaban los limones y verdegueaban las anchas hojas de los plátanos.

La intensa luz del sol, como una inundación descendente, amenazaba anegar muy pronto con sus olas de fuego aquella honda calle de montañas, á la sazón tan húmeda y deliciosa..... Pero, entretanto, respirábase allí no sé qué paz de los sentidos, que se convertía en paz del alma, y que traía á la imaginación los ideales de silencio, de reposo y de ventura de los poetas árabes.—¡La sombra es la alegría del africano, como el sol es la alegría del europeo!

Ninguna cosa más á propósito que la en que me hallaba para apreciar y sentir todas las ventajas poéticas de la situación geográfica de *Albuñol*.—Recuéstase esta villa en una especie de cabo ó promontorio, determinado por la confluencia de la Rambla de *Ahijón* con la de *Aldàyar*, las cuales, al juntarse, forman un ángulo casi recto, y constituyen la *Rambla de Albuñol*.—Pues bien: aquella casa está edificada en el vértice de dicho ángulo, en la punta del promontorio, en el encuentro

de las dos primeras Ramblas —sobre las cuales dan, ora éstos, ora aquéllos de sus balcones.

Pero la verdad es que la fantasía del viajero menos soñador sólo se preocupa ya allí del que he calificado *boulevard* alpujarreño, ó sea de la gran *Rambla* que pone en comunicación á *Albuñol* con la mar y sus pescados.

Si este *boulevard* fuera recto, se vería el líquido elemento hasta desde los balcones bajos de aquella casa; pero, como la Naturaleza sólo ama la línea curva, y la *Rambla* hace, por lo tanto, muchas eses, hay que subir á los balcones altos para cerciorarse de que está uno, *aunque disimuladamente*, en la mismísima costa.....—En cambio, desde allá arriba, esto es, desde el primer piso, se descubre de un modo claro, entre el matizado verdor de la tierra y la diafanidad del horizonte, una ancha faja azul mucho más turquí que el del cielo (cuando la reverberación del sol no hiere la vista), ó (en el caso contrario) una bruñida lámina de acero, cuya refulgencia añade algo de sobrenatural y olímpico á tan espléndido paisaje.....—Es el agua que media entre la *Alpujarra* y el Riff.—Es el Mediterráneo.

Y aquí debo explicaros el «*aunque disimuladamente*» que subrayé hace pocos renglones.

Un célebre historiador, haciendo la pintura de estas tierras, escribía en 1570:

«Todo lo que cae hacia la costa de la mar es muy despoblado, y por eso es muy peligroso; porque acuden de ordinario por allí muchos baxeles de corsarios Turcos y Moros de Berbería.»

He aquí sencillamente expuesta la razón de que *Albuñol* y otros pueblos de su litoral, en vez de haber sido edificados en la misma playa, al lado de sus respectivos fondeaderos, estén escondidos tierra adentro, entre enmarañados montes, á tres ó cuatro kilómetros de las

olas.—Así se ocultaban, por una parte, á las codiciosas miradas de los piratas berberiscos, y así era fácil, por otra, á sus moradores tener tiempo de armarse y de reunirse, si por acaso los rapaces nautas se atrevían á desembarcar y á adelantarse por aquellos misteriosos terrenos.....

Albuñol, pues, es una población marítima, *aunque con cierto disimulo*—con el mismo disimulo que lo es también Tetuán, edificado por igual razón á tres cuartos de legua de su rada.—Sólo que en Tetuán eran berberiscos los que temían, y alpujarreños los temidos.—España no ha sido nunca menos aficionada á la costa de África que África á la costa de España [1].....

Por aquí iba en mis investigaciones, cuando tuve la dicha de ver entrar al joven Alcalde Primero de *Albuñol*, á quien había yo conocido hacía algunos años....., no creáis que en ningún bazar, mezquita ó kiosko de Oriente, sino en lo alto de la Columna de Vendôme de la capital de Francia, y el cual sabe muchísimo de Be-

1 «..... Sin necesidad de otras milicias ni armas, los mismos paisano- (de la *Alpujarra*) han defendido sus costas de los enemigos de la Cos rona..... particularmente á principios del siglo pasado.—Las Milicias del país fueron varias veces á Almería, Motril, Adra y Málaga: el año 1706 acudieron á defender á Murcia de los ingleses; y el de 1719 pasaron á Ceuta á sostenerla contra los Moros.—En toda la costa había atalayas para descubrir los enemigos en el mar; daban aviso con hachones encendidos y con humadas á los pueblos vecinos, donde se tocaba á rebato, y salía la gente de guerra á la playa.....—En atención á estos continuados servicios, expidió el Rey un decreto, dado en el Buen Retiro é 11 de Agosto de 1716, que dice así: «Teniendo consideración al continuo servi»cio que ejecutan las Compañías de Milicias del Partido de las Alpujarras »y de toda la costa de Granada, asistiendo á su socorro en los arrebatos »que ocasionan los insultos de los Moros, que penetrarían tierra adentro »si faltase esta oposición y defensa....., he resuelto que á los Capitanes y »Oficiales de estas Compañías se les conceda y mantenga el fuero militar »en lo criminal....., etc.» (*Diccionario de Madoz.*)

llas Artes, de Arqueología, de Numismática, de Cerámica y de otras cosas [1].

Hablamos largamente su merced y la mía (su merced tiene la sal de Dios, y me hizo reir lo que no es decible) acerca de los tiempos presentes, de los históricos y de los prehistóricos (sobre todo acerca de éstos, en que está muy versado, como puede verse en el famoso libro de D. Manuel de Góngora y Martínez, titulado *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*): paseamos luego por la Villa y por la Rambla; y, con lo que él me dijo, con lo que yo mismo observé, y con lo que leí en mis apuntes y autores, resulté á la hora de almorzar sabiendo de memoria todo lo siguiente:

Albuñol se llamaba en tiempo de los Moros *Hisn Al bonyul*.

«*Hisn*», según dijimos en otra parte, significa «castillo», y «*al*» es el artículo árabe.

En cuanto á «*Bonyul*», que es lo principal del caso, no sé lo que quiere decir.

Advertencia: al castillo de la *Rábita* lo nombran aparte los geógrafos islamitas.

La región en que se sienta *Albuñol* denominábase el «*Sehel*» ó «*Cehel*», que significa «*costa*».

(De esto último estoy segurísimo; pues todavía llaman los argelinos «el *Sahel*» á la marina de su comarca, como puede verse en otro admirable libro de Eugenio Fromentin, «*Une année dans le Sahel*», que recomiendo á los que no lo hayan leído.)

1 Algunos años después de escritas estas líneas, el joven á que me refiero mereció la honra de que un dibujo suyo fuese premiado en público certamen abierto por *La Ilustración Española y Americana*, donde se publicó con gran aplauso.

(*Nota de esta edición.*)

En la *Alpujarra* había dos *Ceheles*, ó sea dos Tahas con este nombre: el *Gran Cehel*, cuyas más importantes poblaciones eran *Albuñol* y Jubiles; y el *Pequeño Cehel*, ó *Suaihil*, que otros llaman *Zuayhel*, y que es la parte occidental de la Costa, donde están Rubite, Alcázar, Sorvilán, Polopos, etc.

Porque las *Tahas de los Dos Ceheles* comprendían, no sólo la Marina alpajurreña, sino todos los pueblos de la Contraviesa y del Cerrajón de Murtas.

«Esta tierra (decía el mencionado escritor del último tercio del siglo XVI) es de grandes encinares y de muchas hierbas para los ganados. Cógese en ella cantidad de pan.»

¿No es verdad que parece que habla de una región acabada de descubrir en las Indias, en vez de hablar de un pedazo de la Península Española?

«Todos los vecinos de estos lugares (añade luego, refiriendo cómo fué secundada en los *Dos Ceheles* la insurrección iniciada por Farag Aben-Farag) se alzaron viernes en la tarde; destruyeron y robaron las iglesias, captivaron y mataron todos los Christianos que había entre ellos; y, dexando sus casas, se subieron otro día á la aspereza de las Sierras con sus mujeres, hijos y ganados, y la mayor parte de ellos se metieron en unas cuevas muy grandes y muy fuertes, que están media legua encima del lugar de Xorayrata.»

Y nada más llegué á saber aquel día ni sé hoy acerca de la historia de *Albuñol*, sino que, desde la expulsión de los Moriscos hasta fines del siglo XVII, estuvo la Villa, como tantas otras, casi totalmente despoblada— que, en tiempos de Felipe V, comenzó á animarse de nuevo, bajo la dependencia administrativa de Torbiscón, muy superior entonces á ella en importancia (naturalmente, Torbiscón, más próxima á la capital, y defendida por la Contraviesa de las correrías de los piratas berberiscos, tardaría mucho menos en repoblarse y volver á florecer);—que, á principios del siglo

presente, ya había recobrado por su parte la antigua prepotencia, y llegó á ser Cabeza de Partido judicial, de que á su vez dependió Torbiscón—y que hoy día de la fecha continúan las cosas en tal estado, constituyendo la vieja *Albonyul* uno de los mayores centros de riqueza de la *Alpujarra* granadina, en su múltiple calidad de pueblo industrial, comercial, agrícola, marítimo y minero.

En punto á estadística, sólo puedo deciros que la población de la Villa de *Albuñol* ascendía hace poco tiempo (á la fecha del *Nomenclàtor* General de la Dirección de Estadística) á 8.078 habitantes, repartidos en: —la Villa propiamente dicha—diez aldeas, denominadas *El Bajo*, *Los Colorados*, *La Ermita*, *Casa Fuerte*, *La Haza de la Mora*, *Los Morenos*, *El Palomar*, *Los Pelados*, *El Pozuelo* y *Los Rivas*—veintiséis cortijadas grandes—un Lugar (la *Rábita*), compuesto de 219 casas—y muchos cortijos, molinos, caseríos, etc.:—total, 2.712 casas, 800 de ellas esparcidas por el campo.

¡Y basta ya de arideces, de guarismos y de antiguallas!—Volvamos á lo natural y á lo pintoresco.

Eran las dos de la tarde, y estábamos en una deliciosa huerta del conde de Santa Coloma, situada entre las últimas casas meridionales de la Villa y la extensa Rambla de *Aldàyar*.

Un distinguido *moro bautizado*, tan discreto como afectuoso, y Abogado de los Tribunales Nacionales, nos *hacia los honores* de los naranjos y limoneros á cuya sombra nos habíamos sentado.

Hacía mucho calor, y la deslumbradora llama del astro-sultán, si no abismaba todavía á la Naturaleza en

los letargos febriles del estío alpujarreño, iluminaba tan enérgicamente casas, huertas, arenales y montes, que una vez más creímos hallarnos, no en el Reino de Granada, sino en el Bajalato de Tafilete, en el Valle de la Orotava ó en la feraz Isla de Cuba.—Á lo menos, la pintura, la fotografía y los libros nos habían hecho concebir, acerca de estas regiones tropicales, el ideal que veíamos allí realizado ante nuestra vista.

Otras huertas como aquella formaban una especie de zócalo de verdura al pie de la morisca *Albuñol.* Luego se dilataban, amarilleando como en el Desierto, las tostadas arenas de la Rambla de *Aldàyar.* Después se veía, en el ángulo formado al Sur por esta Rambla y por su heredera, una infinidad de nuevas huertas, extensos plantíos de caña de azúcar, un laberinto de alamedillas y de enmarañados setos, y, donde quiera y por donde quiera, árboles frutales originarios de las cinco partes del Mundo.—Al término de todo se adivinaba siempre el mar, pie forzado de la especie de *poesía de descubrimiento y de colonia* que respiraba para nosotros aquel paisaje.

Difícil me sería hacer la enumeración puntual de las plantas de aquella parte de la *Costa;* pero, en cambio, me será fácil, con ayuda de mis libros, daros idea de los productos más extraordinarios de la *Costa* en general, para que vengáis en conocimiento del asombro y la veneración que causa al observador menos botánico una tierra tan privilegiada.

«*Dios* (dice *El Corán*, para concluir recomendando la contribución del Diezmo) *ha criado las legumbres y los árboles que hermosean vuestras huertas; hace brotar las olivas, las naranjas, los dátiles, las diversas frutas de forma y sabor infinitamente vario: usad de estos dones.*»

Y dice Abu-Zacaría, en el Prólogo de su *Libro de Agricultura:*

«Todo aquel que plante ó siembre alguna cosa y con el fruto de su simiente proporcione sustento al hombre, al ave ó á la fiera, ejecutará una acción tan recomendable como la limosna.»

«El que construya edificios ó plante árboles, sin oprimir á nadie ni faltar á la justicia, recibirá premio abundante del Criador Misericordioso.»

Y añade Abu-Haririat, citado por el mismo Abu-Zacaría:

«Cuida con esmero y vigilancia de tu pequeña posesión, para que se haga grande; y no la tengas ociosa cuando grande, para que no se haga pequeña.»

Abu-Sofián escribe, en fin, estas hermosísimas palabras:

*«La heredad dice á su dueño: «*HAZME VER TU SOMBRA.»

Los moros que se establecieron á ambos lados de *Sierra Nevada* cumplieron religiosamente estos preceptos y máximas de su libro santo y de sus grandes escritores.

«Los Granadinos (dice Lafuente Alcántara) aclimataron en los valles templados de la Costa, en la Serranía, en la *Alpujarra* y en las Vegas de Granada, de Guadix y Baza, los frutos que la Naturaleza había creado en los bellos climas del Oriente y en las abrasadas praderas del Africa ....

»La seda había sido una mercancía reservada en tiempo de los Romanos á los pueblos del Oriente..... Las colonias de árabes españoles, iniciados en secreto en esta granjería, encontraron en los valles andaluces un clima acomodado á ella, y poblaron el terreno con los árboles que alimentan á la más útil de las orugas. Concentrados los Moros en el territorio granadino, y animados por un saneado lucro, multiplicaron las moreras, perfeccionaron las fábricas de seda, y mantuvieron una ventajosa competencia con Pisa, Florencia y demás ciudades de la escala de Levante. El Zacatín y la Alcaicería ostentaban toda suerte de ropas, tafetanes, sargas, ricos terciopelos y otras manufacturas del gusto persiano y chinesco..... Años después de la Conquista se contaban en Granada 5.000 tornos.....

»La caña de azúcar fué también conocida, y su plantación esmerada entre los moros de la Costa. Miles de ingenios destilaban el precioso líquido, y era tal la abundancia de miel y de azúcar, según los historiadores árabes, que *bastaba para el consumo y sobraba para hacer rico el comercio.....*

»Cuantas frutas, legumbres é hilazas son conocidas hoy (concluye el ameno historiador), eran por ellos cultivadas con singular conocimiento..... y les somos deudores de la introducción de nuevos árboles, entre los cuales merecen citarse la higuera chumba, el níspero, el algodón, el membrillo, el naranjo, la palma, el madroño y el azofaifo, y muchas plantas aromáticas y medicinales.»

Además de todo lo que acabamos de leer, la *Costa* tenía sus correspondientes viñas durante la dominación de los sectarios del Profeta; pues si bien éstos no bebían vino (ó no podían beberlo, según el *Alcorán*), comían muchísimas uvas y amaban la sombra lujosa y transparente de los parrales.

¡Hay más! Según Al-Katib, conocían la elaboración del vino, del vinagre y del aguardiente, «cuyos líquidos (añade) aplicaban á medicinas ó vendían á los cristianos.»—Conste.

Y no es esto todo: Abu-Zacaría refiere que, en tiempo de los Califas de Córdoba, hubo ejemplos de altos dignatarios destituídos ó burlados por sus excesos en la bebida.....

«El rey Abul Walid Ismael de Granada (añade luego) promulgó una ley para reprimir á los consumidores de vino, y su hijo Jusef mandó en sus Ordenanzas que en reuniones familiares no incurriesen los convidados en embriaguez.»

Conste de igual manera.

Conque vengamos á tiempos más recientes.

Dice el geógrafo Sr. Miñano:

«Las faldas meridionales de la Contraviesa y de Sierra de Gádor presentan el cuadro más variado y delicioso que la Naturaleza puede ofrecer al hombre para morada suya..... Cerca de la Costa prospera el algodón y la caña dulce, y han llegado á connaturalizarse un gran número de vegetales de la zona tórrida, como las ananás, el café y el añil. Son muy pocas las plantas que no puedan cultivarse al aire libre.....»

Otro geógrafo, el erudito Sr. Carrasco, enumera de este modo los productos tropicales del litoral alpujarreño:

«Allí se ven el plátano, la caña de azúcar, el café, el añil, que da el hermoso azul, el chirimoyo, las ananás, el algodonero y el nopal, que cría el precioso insecto de la cochinilla.»

Pero lo que dicen que hay que leer, respecto de la flora alpujarreña, es lo que escribió el ilustre botánico Rojas Clemente, comisionado por nuestro Gobierno, en 1803, para describir las producciones naturales del reino de Granada.—Él formó, á lo que parece, la primera escala vegetal detallada que se ha hecho hasta el día acerca de aquel país, como parte principal de su *Geografía Botánica Bética* y de la *Ceres Española*.—Estos interesantes trabajos originales no se han publicado, que yo sepa; mas sin duda se refieren á ellos los escritores contemporáneos que nos cuentan cómo y de qué modo crecen en las playas granadinas «las periplocas, los áloes, las estapelias, las leiseras, notóceras, y casi todas las especies de la flora atlántica, muchas todavía inéditas, y aun géneros enteramente nuevos.....»

En fin, lectores: yo—que rara vez sé cómo se llaman las cosas que más me gustan, y que si os he suministrado los anteriores datos botánicos ha sido bajo la responsabilidad de mis libros, que no bajo la mía—concluiré esta larga disertación repitiéndoos que, por lo que toca á su fisonomía poética y á su aspecto pictórico, el litoral de la *Alpujarra* trae á la imaginación del viajero presentidas imágines de África y de América; que estas imágenes le hacen soñar con patios marroquíes sombreados por cortinajes de seda y plata, ó con lascivas hamacas sombreadas por el plátano y el caobo; y que, en tal situación de ánimo, no puede uno

comprender que, á cinco leguas de allí, aguarden su visita los eternos hielos y las plantas hiperbóreas de *Sierra Nevada.*

Como población urbana, *Albuñol* es Guadix, es Loja, es el Albaicín de Granada, es cualquiera de tantas villas y ciudades moriscas como aun ostenta aquel antiguo Reino, edificadas todas en anfiteatro sobre pendientísimas laderas. Igual apiñamiento gracioso de casas; las mismas retorcidas y ásperas cuestas; la misma planta árabe en los edificios; el propio animado y pintoresco conjunto. Calles en que nunca entra el sol: huertos más altos que las azoteas colindantes; mucha maceta en los balcones; mucha tertulia en la puerta de las tiendas, y un poema de amor ó de odio en todas las miradas.....— He aquí *Albuñol.*

En cuanto á las costumbres, vicios, virtudes y vestimentas de los albuñolenses que habitan dentro de la villa, diré que son iguales á los del resto de los granadinos.....; y de lo que toca á los cortijeros y cortijeras y gentes de mar, ya trataremos en ocasión más oportuna.....

Porque habéis de saber que no fué esta vez la única que estuvimos en *Albuñol,* y que, si por entonces nos limitamos á descansar allí un día, consistió en que nos solicitaban ó soliviantaban las siguientes cosas *notables,* que sabíamos encerraban los *Dos Ceheles,* y que deseábamos visitar antes de emprender nuestra gran excursión final á *Sierra Nevada:*

La prehistórica *Cuevas de los Murciélagos:*

Las célebres *Angosturas de Albuñol:*

La renombrada *Encina-Visa:*

El famoso *Cerrajón de Murtas:*
Las reputadas Higueras de *Turón,*
Y las nunca bien ponderadas Olas del Mar.

Que tal era la índole de aquel viaje, y tal tiene que ser por ende la condición del presente libro:—buscar y describir unas peñas, un árbol, un monte ó una playa con el propio afán y la misma delectación que si se tratase de la Basílica de San Pedro, de la Venus de Milo ó de las ruinas de Pompeya.

Y esto último, y no otra cosa, es la *Alpujarra:*—un rincón del mundo que sirvió de teatro á grandes y memorables tragedias, pero de donde la intolerancia y el miedo de los vencedores de un día arrancaron de cuajo la población, arrasando palacios y castillos, poniendo fuego á villas y aldeas, arando hasta los cementerios, y no dejando en pie otros monumentos ú otros testigos de la dominación de la raza vencida y expulsada, que algún hueco en las rocas, algún árbol que se salvó del hacha, los montes inconmovibles, los ríos de históricos nombres, el mar eterno, y los miles de fantasmas que la imaginación del caminante pueda ir evocando en el mudo imperio de tanta soledad y tanta muerte.

Ni ¿á qué más? El arqueólogo podrá necesitar vestigios reales y fehacientes de lo pasado para enriquecer colecciones y museos; pero el poeta sólo necesita *verificar* los sitios históricos para sentir en ellos la infinita melancolía de los destinos humanos. Las sabanas de arena que cubren hoy el antiguo campo de Babilonía no impiden que el peregrino se detenga en él, con reverente tristeza, á evocar y restablecer por medio de su fantasía las escenas en que figuraron Nemrod, Sardanápalo y Baltasar.

. . . .

Quedó, pues, acordado que á la mañana siguiente

saldríamos hacia el Norte con dirección á Murtas y Jarairátar; que desde allí retrocederíamos luego al Sur hasta bajar al Mediterráneo por la parte de Adra, y que de Adra regresaríamos á Albuñol, recorriendo para ello todas las playas del *Gran Cehel*.....

Formado este plan, que sumaba unas diez y seis leguas, repartidas entre caminos por las nubes y caminos por los abismos, pasamos el resto de aquella tarde empapando nuestro espíritu y nuestro cuerpo en el dulce reposo oriental que el cielo y la tierra brindan en *Albuñol*......—¡Ay! En *Albuñol* hubiéramos podido repetir lo que dijo de Berja (distante de allí cuatro leguas á vuelo de pájaro) un poeta árabe llamado Abulfadhl-ben-Xafat-Alcairawani:

«*Cuando llegues á Berja dispuesto á marchar, detente en ella y deja el viaje.*

»*Porque todo lugar es en ella un paraíso, y todo camino hacia ella un infierno.*»

Ó, lo que dijo el antiquísimo poeta Abulatahia, favorito del Califa Harum Arraxid:

«*El mundo procura nuestra seducción. ¡Dios sea loado!*»

II.

Sesión nocturna.—Noticias de la guerra.

Aquella noche, previa la venia de nuestros huéspedes, me retiré temprano á mi departamento; pero en vez de acostarme, como parecía prudentísimo, habiendo de madrugar al otro día, cité á cabildo á los historiadores de la rebelión de los moriscos, y allí, á puerta cerrada, celebré con ellos una importantísima sesión, relativa á los sucesos de la guerra.

He aquí lo que me contaron, cuando hube cogido el hilo de la historia de ABEN-HUMEYA por el punto en que lo dejé la víspera.

La cosa marchaba. El fuego de la insurrección se había extendido, como por regueros de pólvora, por todas las Serranías meridionales de España, desde Vera hasta Gibraltar, penetrando tierra adentro por la parte de Levante hasta el Marquesado del Cenet y la jurisdicción de Huéscar.

«Los moros (díjome Pérez de Hita, el valeroso poeta soldado) continuaban haciendo grandes apercibimientos de armas, poblando muchas cuevas seguras y ásperas (que jamás pudieron ser ganadas) de mucha harina de trigo y cebada, miel y aceite, y de otros diversos mantenimientos, y todo esto para más de seis años. Y asimismo ponían sus riquezas, sedas, oros, paños, en silos debajo de tierra, y otras partes, para que de los cristianos no pudiesen ser halladas.»

Los martirios de cristianos seguían también en toda la tierra levantada, sin que el naciente poder del Rey morisco bastase á tener á raya la ferocidad del execrable Farag Aben-Farag y de sus hordas de Monfíes. Suplicios, torturas, degüellos en masa, sacrilegios inauditos, crueldades mayores que las de Nerón y Diocleciano; nada omitían aquellos monstruos. Comunidades enteras de religiosas habían sido inmoladas entre los tormentos más atroces. Los Agustinos de Huécija (por ejemplo) habían perecido todos, unos mutilados, otros quemados y otros enterrados vivos [1].

1 El Papa Clemente X declaró *Mártires de la Fe* á los millares de víctimas sacrificadas aquellos días en la *Alpujarra* y tierras limítrofes.—Para ello tuvo á la vista Su Santidad una carta, ó más bien un libro, que le escribió el Arzobispo de Granada, D. Diego Escolano, en 1671 (un siglo después de los sucesos), y que se imprimió el mismo año con este título:—*Ad SS. D. D. D. Clementem Divina Providentia Papam decimum, consultiva epistola erga christianos veteres in sublevatione sarracenica in regno Granatensi anno* 1568, *in Alpujarrensibus populis aliisque locis in defensionem fidei occisos; a Didaco Escolano ejusdem dioecesis immerito Archiepiscopo.*

En cuanto al móvil de tamañas iniquidades, no era otro que el fanatismo musulmán, vivo aún y ardiente en aquellas almas, á pesar de los ochenta años que los decendientes de los moros acababan de pasar fingiéndose cristianos...

«Lo primero que hicieron (refirióme á este propósito el iracundo Mármol, quien, por lo visto, no podía olvidar sus ocho años de cautiverio en Africa) fué apellidar el nombre y seta de Mahoma, declarando ser moros ajenos á la Santa Fe Cathólica que tantos años había que profesaban ellos y sus padres y abuelos. Era cosa de maravilla ver cuán enseñados estaban todos, chicos y grandes, en la maldita seta.»

Aben-Humeya (los cuatro historiadores convenían en ello) había ido sabiendo la mayor parte de estas atrocidades algunos días después de ocurridas, y tratado de refrenar á los monfíes (como después vimos en Ugíjar y otros puntos); pero, convencido luego de que no podía sujetarlos, y *con ánimo de defenderse de ellos al propio tiempo que de las tropas cristianas*, acababa de enviar á África á su hermano Abdallá con un presente de cautivos, pidiendo socorro de hombres y armas al Gobierno de Argel y al Emperador de Marruecos.

«De este modo (observó Pérez de Hita) libraba de paso á aquellos cautivos de la muerte tan segura como inmediata que les amenazaba en poder de los Monfís.»

Respecto del campo cristiano, adquirí también curiosas noticias en aquella plática con los historiadores. Vimos ya, al comienzo de este viaje, cómo el insigne Marqués de Mondéjar, Capitán General de Granada, salió contra los rebeldes con dos mil infantes y cuatrocientos caballos; cómo pasó el cortado puente de Tablate bajo el fuego y las flechas del enemigo, y cómo socorrió en seguida la renombrada Torre de Órgiva..... Pero lo que no supimos entonces fué que los Moriscos

habían alcanzado antes una victoria sobre DIEGO DE QUESADA, que mandaba la vanguardia del ejército cristiano, obligándole á retroceder al *Padul*, y que el mismo Marqués no se atrevió á pasar de Dúrcal hasta que le llegaron grandes refuerzos procedentes de Úbeda y Baeza. ¡Tan formidable era la insurrección!

MONDÉJAR había avanzado después con toda esta gente, sin darse descanso alguno ni reparar en la crudeza de la estación, desde Órgiva, donde lo dejamos, hasta los confines de Andarax, reduciendo á su paso la Taha de Poqueira, los lugares de Pitres y Jubiles y la entonces «ciudad» de Ugíjar; todo ello á costa de varias escaramuzas muy sangrientas, reñidas desde el 10 al 18 de Enero, pero sin conseguir habérselas de un modo formal con el grueso del ejército rebelde; pues ABEN-HUMEYA, fiel á la tradición de los guerrilleros *españoles*, empezando por VIRIATO y concluyendo por ABDALÁ EL ZAGAL, se había propuesto desde luego, como plan de campaña, evitar los grandes encuentros y multiplicar las emboscadas y sorpresas, por medio de un continuo movimiento de partidas.

Así las cosas, había acontecido en *Jubiles* un trágico episodio, digno ciertamente de la apasionada fantasía de Lord Byron.—Á la llegada de Mondéjar, los trescientos moriscos sin armas y las mil trescientas mujeres que allí habían quedado (pues toda la gente de combate se había ido con ABEN-HUMEYA) rindieron el Castillo y se entregaron prisioneros. El Marqués dispuso que aquellos cautivos fueran muy vigilados, y no cabiendo todos en la iglesia y casas principales, ocupadas por sus tropas, mandó que unas mil mujeres acampasen fuera del lugar, cercadas por un cordón de centinelas.....

Pero oigamos á Mármol, que fué quien me relató el hecho con más pormenores:

«Sería como media noche (dijo), quando un mal considerado soldado quiso sacar de entre las otras Moras una moza: la Mora resistía, y él le tiraba reciamente del brazo para llevarla por fuerza, no le habiendo aprovechado palabras; quando un Moro mancebo, que en habito de mujer la había siempre acompañado (fuese su hermano, ó su esposo, ú otro bien queriente), lavantándose en pie, se fué para el soldado y con una almarada que llevaba escondida le acometió animosamente, y con tanta determinación, que, no solamente la moza, mas aun la espada le quitó de las manos, y le dió dos heridas con ella; y, ofreciéndose al sacrificio de la muerte, comenzó á hacer armas contra otros, que cargaron luego sobre él.

»Apellidóse el campo, diciendo, *que había Moros armados entre las mujeres*, y creció la gente que acudía de todos los cuarteles con tanta confusión, que ninguno sabía dónde le llamaban las voces, ni se entendían, ni veían por dónde habían de ir con la oscuridad de la noche.—Donde el airado mancebo andaba, acudieron más soldados; y allí fué el principio de la crueldad: haciendo malvadas muertes por sus manos, y ejecutando sus espadas en las débiles y flacas mujeres, mataron en un instante cuantas hallaron fuera de la iglesia.....

»Hubo muchos soldados heridos, los más que se herían unos á otros, entendiendo los que venían de fuera que los que martillaban con las espadas eran Moros, porque solamente les alumbraba el centellear del acero y el relampaguear de la pólvora de los arcabuces..... Duró la mortandad hasta que, siendo de día, los mesmos soldados se apaciguaron, no hallando más sangre que derramar (los que no se podían ver hartos de ella) y conociendo otros el yerro grande que se había hecho.»

Este yerro era mucho mayor de lo que ellos podían imaginarse. Precisamente aquellos días, el MARQUÉS DE MONDÉJAR, abundando en el espíritu conciliador y benévolo que su abuelo el CONDE DE TENDILLA mostró siempre á los vencidos mahometanos, andaba en tratos y negociaciones con algunos Moriscos de importancia, á fin de llegar á un acomodamiento pacífico, sobre la base de que los alzados se sometiesen al Rey D. FELIPE II y el Rey D. FELIPE II á las Capitulaciones pactadas entre los REYES CATÓLICOS y BOABDIL. Apresuróse, pues, MONDÉJAR, no bien ocurrió la catástrofe de *Jubiles*, á castigar con pena de horca á los soldados que parecieron más culpables y á dar cartas de salvaguardia á todos los alpujarreños de origen moro que se hubiesen rendido sin pelear, logrando al fin ponerse en comunicación epistolar con ABEN-HUMEYA.....—Pero por

más cartas que á éste le dirigió su pariente y amigo D. ALONSO DE GRANADA VENEGAS (quien, no obstante ser nieto del famoso príncipe moro CID-HIAYA, seguía fiel á su Majestad Católica y militaba contra los Moriscos á las órdenes del MARQUÉS), no se consiguió cosa alguna; pues ABEN-HUMEYA (díjome Lafuente Alcántara) *rehusó rendirse*—después de tanta sangre vertida—y *se obstinó en aventurar su fortuna á la suerte de las armas.*»

Semejante determinación era tanto más audaz de parte del joven agareno, cuanto que no tenía que habérselas ya solamente con el ejército de Mondéjar.—El célebre D. Luis Fajardo, Marqués de los Vélez, sin esperar la orden de su Majestad, y «ateniéndose (según la curialesca observación de Mármol) á lo que dice la ley 3.ª, título 19, Partida 2.ª, que deben hacer los vasallos por sus Reyes en caso de rebelión»; sabedor de que los Moriscos del río Almanzora estaban en armas, había reunido gente por su cuenta y por la de sus deudos y amigos, entrando á sangre y fuego en territorio de Almería, sembrado el terror en los rebeldes, y pacificado *á su juicio* todos aquellos pueblos; con lo que ya se encontraba á las puertas mismas de la *Alpujarra* por el lado de Levante, ganoso de penetrar en ella y de enseñar (decían sus soldados) al de Mondéjar cómo se debía tratar á los sectarios de Mahoma.—Mediaban ya, pues, entre ambos Marqueses aquellos celos, emulación y rencillas (tradicionales entre sus respectivos antepasados) que habían de hacer preciso á la postre el que FELIPE II enviase á su propio hermano D. JUAN DE AUSTRIA á poner paz entre los partidarios de uno y otro guerrero, y término á la Rebelión de los Moriscos: y, por cierto, que ya se me había alcanzado á mí algo sobre tales desavenencias al ver cómo se contradecían

dos de los historiadores allí presentes.....—¡Contradicción respetable en medio de todo!..... Pues el uno de ellos (D. Diego Hurtado de Mendoza) era tío carnal del de Mondéjar, mientras que el otro (Ginés Pérez de Hita) era soldado y cronista del de los Vélez; y aunque el noble D. Diego, en virtud de su austero carácter é inquebrantable energía, llegaba á veces hasta maltratar á su propio sobrino, siempre se echaba de ver en el lenguaje de ambos un fondo de irritación y apasionamiento.

Como quiera que fuese, á la fecha de las últimas noticias que leí aquella noche, la situación de Aben-Humeya y de su improvisado ejército antes resultaba ventajosa que desfavorable; pues con el buen acuerdo que tuvo el caudillo ismaelita de contramarchar á Poniente por la Contraviesa en tanto que Mondéjar marchaba á Levante por *Sierra Nevada*, había vuelto á hacerse dueño del Puente de Tablate y de casi todo el resto del Valle de Lecrín, dejando así incomunicado con Granada al ejército cristiano.

Por eso, sin duda, el malogrado Lafuente Alcántara, apreciando imparcialmente el verdadero estado de las cosas, me decía, sin ambajes ni rodeos, que «el desaliento y la confusión reinaban en Granada con el levantamiento de los Moriscos y la audacia y energía de Aben-Humeya», y que «hasta los más acérrimos partidarios de medidas severas mostrábanse ya arrepentidos de haber provocado tantas desgracias y una guerra tan cruel.»

Á todo esto, era ya muy tarde, y yo me caía de sueño.....

Levanté, pues, la sesión, no sin asegurarme antes (volviendo á meterlos en las alforjas) de que los cuatro historiadores continuarían teniéndome al corriente de todas las vicisitudes de la comenzada guerra, y me acosté con la cabeza llena de fantasmas, entre los cuales el que más agitó mi sueño fué el adusto espectro de D. Diego Hurtado de Mendoza; de aquel *«hombre de grande estatura y feo de rostro»* que tan magistralmente nos retrata el Comendador de León D. Baltasar de Zúñiga.....

III.

La Cueva de los Murciélagos.

Al ser de día estábamos á caballo.

—*¡Hasta el Domingo de Ramos á las ocho de la noche!* —nos dijeron por vía de recuerdo nuestros bondadosos huéspedes.

—*¡Hasta el Domingo de Ramos á las ocho de la noche!* —contestamos nosotros con toda solemnidad.

Y partimos.

. . . .

Un nuevo compañero se había agregado á la caravana.—Érase un nobilísimo hijo del lugar de Turón (adonde también nos dirigíamos), y pertenecía á la misma tribu que aquel bizarro joven que nos introdujo en territorio alpujarreño, á la misma que el simpático Hércules que nos acompañaba desde Órgiva, á la misma que nuestro espléndido huésped de *Albuñol*.—Dicha tribu es, sin duda alguna, la principal de la *Alpujarra;*

ha dado Ministros á la nación y Prelados á la Iglesia; cuenta representantes de su nombre y de su fibra en muchísimas localidades de la comarca, y en todas ellas, el que nació de tal sangre es objeto del amor ó de la pugna de sus convecinos, pero jamás de su indiferencia, y siempre de su respeto.—En cuanto al insigne individuo de esta familia histórica incorporado ya á nuestra cabalgata, debo añadir que tenía un título especial á mi afecto, y este título era: que veinticinco años antes nos tuteábamos ya en la Universidad de Granada.....—*Vinum novum, amicus novus: veterascet, et cum suavitate bibes illud,* dicen las Sagradas Letras.

Á la salida de Albuñol nos despedimos del señor Cura—que se marchó á su feligresía (no sin arrancarnos antes palabra formal de visitarlo en ella)—y nosotros tomamos por la Rambla de *Aldáyar* á tiempo que asomaba el sol por el Oriente.

Era Viernes de Dolores. La mañana se presentaba hermosísima. Teníamos á nuestra disposición un día entero para andar las tres leguas que dista *Murtas* de Albuñol, y el camino, según nuestros informes (de que ya os he dado cuenta más atrás), estaba lleno de curiosísimos accidentes y pintorescas perspectivas.....—Acordóse, pues, viajar muy despacio, ó más bien *ad libitum*, y cada uno por los vericuetos que prefiriese, aunque sin perdernos nunca de vista.....

Pero, me diréis: «¿Qué tenía que ver el que fuese Viernes de Dolores con semejante determinación?»

¡Oh! ¡Tenía que ver, y mucho!—Figuraos, en primer lugar, que los caminantes pueden comer jamón en día de vigilia. . . . .

(Nota.—El mulo de las provisiones no nos abandonaba.)

. . . .

Media hora después, algunos de los expedicionarios subíamos trabajosamente por unas quebradas peñas en demanda de la *Cueva de los Murciélagos*, mientras que el resto de nuestros compañeros, que por lo visto ya conocían los breñales en que íbamos á engolfarnos, seguían por la Rambla arriba, tan campantes y satisfechos como si no hubiese tal *Cueva* en el mundo, y gritándonos desde lejos, que nos esperaban «á la salida de las *Angosturas*.»

Dominamos, al fin, nosotros, subiendo por el pedregoso lecho de un torrente, la empinada montaña que nos habíamos empeñado en asaltar, y dimos vista á las *Majadas de los Campos*, cerca de las cuales hállase la entrada de la famosa *Cueva*, en el último tercio de la pared de un escarpadísimo monte, que forma con otros fronterizos el más espantoso despeñadero que pueda imaginarse.

Bájase desde la cima de la cordillera á aquella especie de alta ventana abierta sobre el abismo, por una angosta vereda de cornisa, cuya doble inclinación produce vértigo y espanto.—¡Los que hayáis andado, cuando niños, por las estrechas repisas exteriores de un campanario, saliéndoos al efecto por debajo de una campana, y dado así la vuelta á los cuatro lados de la torre, entre sus repelentes muros y la aterradora soledad del aire, podréis formaros alguna vaga idea de lo que fué bajar (á pie, por supuesto) por donde nosotros bajamos aquel día!.....

Y todo ello ¿para qué?—¡Para nada! Para ver más de cerca la tenebrosa boca de la gruta, y para percibir el fortísimo olor á nitro que salía de aquella cavidad, tan negra y pavorosa como el infierno.—Porque lo más singular del caso es que nosotros no íbamos provistos de ninguno de los útiles necesarios para penetrar con-

venientemente en la *Cueva*, como son linternas, planos, bastones, medicinas contra la asfixia, testamento, etc., etc.

¡Ni era menester! Según nuestras noticias, no se trataba de una gruta bella y fantástica por sí propia, como las que ya habíamos visto en el *Monasterio de Piedra* de Aragón, en la Isla de Capri y en otros varios puntos; ni tampoco existían ya dentro de ella los *objetos* de que fué guardadora hasta el recientísimo año de 1868, y que entonces le dieron gran celebridad, ó sean los esqueletos y momias, la corona de oro, las vestimentas de esparto, las hachas de piedra, los cuchillos de esquisto, las vasijas de barro, las cucharas de madera, los punzones de hueso y las demás cosas de que habla mi sabio amigo y paisano D. Manuel de Góngora y Martínez en su notable obra titulada *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*.....—¡Y lo que es como peregrinación, me parece que bastaba y sobraba con haber llegado hasta su misma puerta, á riesgo de no poder contarlo!

No entramos, pues, en la *Cueva de los Murciélagos*—llamada así tradicionalmente por los muchísimos que en ella habitan, y cuyo guano la alfombra, dicen, de un extremo á otro (¡puf!).....—No: no nos atrevimos á entrar; y, como no nos atrevimos, lo declaro con entera franqueza. — ¡ Proceder de otro modo fuera estafar al público y abusar de vuestra confianza, ¡oh mis lectores!

Sin embargo, creo de mi deber participaros que, por resultas de sus investigaciones y estudios, el Sr. Góngora vino en conocimiento de que la *Cueva de los Murciélagos* había sido el enterramiento de una raza primitiva, prehistórica, errante por la *Alpujarra* Dios sabe cuándo; ó una morada de los aborígenes de aquella tierra; tribus trogloditas, que, por lo que él calcula, ignoraban hasta el cultivo de los campos.....—Es decir,

¡que, según el Sr. Góngora, los objetos arriba apuntados tendrían sobre cuarenta siglos de fecha!.....—«*Más de cuatro mil años*»—dice mi valeroso amigo.

No era mucho, ciertamente, para tratarse de pueblos prehistóricos. Los Indios y los Chinos giran contra el pasado con más denuedo.....—Pero yo, pobre poeta, que, cuando ignoro una cosa, podré no pecar de muy crédulo, pero tampoco soy muy rebelde, sino dulcemente escéptico, ecléctico é indeciso, al par que muy respetuoso hacia los que están seguros de algo *bajo el sol;* yo, digo, sin meterme á examinar ninguna cuestión de hecho, hubiera preferido que la Cerámica, la Indumentaria y los demás ramos de la *Geología de la Historia* (frase que acabo de inventar), me hubiesen dejado campo para suponer que los cadáveres de la *Cueva de los Murciélagos* eran de Moriscos ó de Judíos que se refugiaron allí cuando los expulsaron los Cristianos, ó de Cristianos perseguidos por los *Monfíes.*—Esto me habría servido mucho para el drama romántico relativo á ABEN-HUMEYA que iba entretejiendo con mis excursiones por la *Alpujarra;* mientras que aquellas razas anteriores á la Historia, aquellas gentes inmemoriales, aquellos hombres de la *Edad de piedra,* no me interesaban en manera alguna.....—¿Qué tenía yo que ver con ellos?

Pero reparo que estoy plagiándome á mí mismo; pues ya hace muchos años que, refiriéndome á unas momias egipcias (¡y cuenta que aquello era ya menos extraño á mi imaginación y al mundo de mis afecciones!), expuse esta misma teoría:

«Cuando los testimonios del tiempo pasado—dije entonces [1]—se refieren solamente á tres, á doce, hasta á veinte siglos, producen en el

1 DE MADRID Á NÁPOLES, cap. III.

alma poéticas resonancias; pero cuando se extienden más allá de la historia de nuesrra raza; cuando nos hablan de civilizaciones anteriores á la nuestra; cuando nos revelan un mundo completamente extraño á nuestra genealogía histórica, lo que despiertan en el espíritu es una glacial filosofía, una ráfaga de muerte, que aniquila y barre todas las imágenes que son vida de la vida y sustancia de la imaginación —Un sepulcro de la Edad Media, por ejemplo, se contempla por todo latino con amor, con devoción, con reverente melancolía..... Diríase que á él nos une un sentimiento filial y religioso..... Pero las ruínas de Palmira, una sepultura pelasga, un jeroglífico de Tebas, nos inspiran graves y áridos pensamientos y una indiferencia estoica muy semejante á la misantropía.»

Por consiguiente, *transeamus.*

IV.

Las *Angosturas de Albuñol.*—La costumbre de vivir.—Lontananzas perspectivas, panoramas alpujarreños.—La *Encina-Visa.*

Desde la escarpada cumbre á que habíamos subido para buscar la entrada de la *Cueva de los Murciélagos,* nos habría sido fácil (*«posible»* he querido decir..... En la *Alpujarra* no hay camino *fácil*)..... enderezar nuestros pasos hacia la *Encina-Visa,* sin necesidad de volver pies atrás; pero nosotros preferimos hacer esto último, con tal de recorrer de un extremo á otro las *Angosturas de Albuñol,* de que tanto nos habían hablado, y á fin también de reincorporarnos á aquellos de nuestros amigos que, más sabios que nosotros, se habían excusado de acompañarnos á la dichosa gruta.—Tornamos, pues, á bajar á la *Rambla de Aldàyar,* y pusimos la proa en la misma dirección que éstos habían seguido dos horas antes.

No nos pesó ciertamente el haber dado este segundo

rodeo. Al contrario: quedamos tan enamorados de lo que en las *Angosturas* vimos, que, por lo que á mí toca, no fué aquélla la última, ni la penúltima, ni la antepenúltima vez que crucé, ora acompañado, ora solo, ora con buen tiempo, ora con malo, por tan maravilloso paraje.

Quisiera yo que os lo figuráseis tal cual es, y voy á ver si excogito comparaciones tan adecuadas y gráficas que os lo pongan materialmente ante los ojos.....—Figuraos..... un altísimo túnel sin techo, ó sea una angosta y profundísima trinchera de desmesuradas y paralelas paredes, tajada verticalmente por los siglos con el hacha de las aguas desde la cumbre hasta la base de una elevadísima cordillera.—Allá arriba (hacia donde alzáis recelosamente la vista como desde lo hondo de un pozo, para convenceros de que aun sigue existiendo el mundo) los hendidos peñascos ó las partidas mesetas parece que sirven de sostén al *velarium* azul del radiante firmamento, mientras que abajo, en el piso del hondo callejón que recorréis, reina una semioscuridad fantástica y se respira un ambiente fresco y sosegado en que no sentís la vida del siglo, sino una paz, una soledad y un silencio que recuerdan los patios árabes ó los claustros de las Cartujas; nótase, en fin, en el fondo de aquel simétrico tajo, algo de fúnebre y delicioso á un tiempo mismo, como en los subterráneos palacios encantados á que se baja por escalera de caracol..... en los cuentos de la niñez.

Aquel inesperado tránsito extra-natural, que se diría abierto por la estatua del Comendador, y cuyos rectos muros miden cuatrocientos cincuenta pies de altura, tiene menos de seis varas de ancho y más de un cuarto de legua de longitud.—El ingeniero á quien se debe semejante obra se llama la *Rambla de la Alcaicería*.....

Los siglos que ha tardado en hacerla no pueden calcularse..... — ¡Aquello sí que es prehistórico!

La *Rambla de la Alcaicería*, antes de llegar á las *Angosturas*, recibe el poderoso refuerzo de la Rambla de los Puñaleros, y, al salir de aquel callejón, va á fenecer, como atleta reventado de fatiga, en la anchurosa Rambla de Aldáyar.....—¡Caminábamos, pues, nosotros contra la corriente de unas aguas tan pujantes que habían abierto brecha en un muro de mil trescientos metros de espesor.....!—Sin embargo, no arrostrábamos ningún peligro en aquel momento: la *Rambla de la Alcaicería* estaba á la sazón completamente seca, del propio modo que la de *Aldáyar* y otras circunvecinas.—En cambio, así que llueve en la Contraviesa, cada una de ellas es una catarata que arrolla cuanto encuentra en su camino. Hínchanse entonces las *Angosturas* hasta una elevación enorme, como un canal cuyas exclusas se hubiesen alzado..... Pero, pasada la avenida, aquella calle vuelve á quedarse enjuta y alfombrada de finísima arena....., tal y como nosotros la recorríamos confiadamente.

Asombro y maravilla nos causaba, por otra parte, ver salir de aquellas lisas y áridas paredes, bien á una altura media, bien á extraordinaria altura, como de los balcones llenos de macetas de alguna verdadera calle, tal ó cual inopinada y brusca masa de vegetación; ora opulentos moños de verdes hierbas, ora elegantísimos lirios silvestres, ora adelfas en flor, ora grandes higueras..... — que primero se extendían en sentido horizontal, y luego encorvaban sus ramas hacia arriba para mirar devotamente al cielo.....—Todo lo cual acontecía dentro de la misma caja de las *Angosturas*, ó, como si dijéramos, en el *subsuelo* de la montaña, en aquel antro de encantamientos, en aquel edén de trogloditas; mien-

tras que en lo alto, allá fuera, en los limbos de la superficie *natural* del globo terrestre, floridos almendros festoneaban del modo más gracioso los altísimos bordes del tajo, destacándose en la harto conocida claridad del día, en el mundo exterior, en la vida real, en la *Alpujarra* de los hombres.....—Y lo cierto es, aunque parezca mentira, que aquella remota vislumbre de la faz de la tierra y aquel nunca probado reposo que se hallaba dentro de su seno, infundían al cabo no sé qué especie de *plácido pavor*, semejante al que experimentan los tristes las noches que sueñan que al fin se han muerto.

. . . .

Embebidos en estas observaciones y reflexiones, atravesamos muy despacio y en cosa de veinte minutos las umbrosas *Angosturas de Albuñol* — que al fin comenzaron á ensancharse y perder altura poco á poco, hasta convertirse en una rambla como cualquiera otra; — con lo que nos hallamos de nuevo en plena luz y pleno calor del sol....., y bastante gustosos de haber regresado á la superficie del Planeta.

No hay costumbre más arraigada que la de vivir.

Al remate de las *Angosturas* nos esperaban, fieles á su promesa, nuestros compañeros de viaje, entusiasmados como nosotros con lo que acababan de ver en aquella región *infra-natural.*

Juntos, pues, ya todos, atravesamos á galope la parte prosaica, ó anchurosa, de la *Rambla de la Alcaicería*, y, á eso de las diez, cuando el rubio Febo principiaba á ser insoportable en ella, llegamos al pie de los altos montes que separan el Partido de Albuñol del de Ugí-

jar..... — ¡Es decir, que había que emprender un nuevo viaje por las nubes!.....—¡Mejor que mejor! ¡Así respiraríamos un aire más fresco!

Á poco que subimos, reapareció el Mar á nuestra derecha..... ¡El Mar, de cuyas orillas teníamos que volver á alejarnos por entonces!..... — ¡Lástima ciertamente! ¡Estaba tan cerca en aquel instante! ¡Se hallaba tan sosegado y tan hermoso! ¡Hacía tanto tiempo que no nos arrullaban sus olas! ¡Encerraban para nosotros tales recuerdos!..... — Pero ¡qué diablo! ya volaríamos en su busca al cabo de dos días; y, por de pronto, aunque retirándonos siempre de él, no dejaríamos ya de verlo durante toda aquella jornada.....

No bien subimos un poco más (girando ya hacia el Norte), aparecíósenos otro antiguo conocido, solo en su solo cabo, como nunca lo había yo visto en parte alguna, y como únicamente él pudiera presentarse á tanta distancia..... — Era el Pico del *Mulhacem;* pero el *pico* solamente, saliendo, blanco como un fantasma, por detrás de las obscuras lomas que limitaban todavía nuestro horizonte.....

Ningún otro Coloso de *Sierra Nevada*, ni tan siquiera el arrogante *Veleta*, osaba hombrearse con él en aquel momento. — ¡Todos permanecían ocultos y como sepultados bajo la tierra, mientras que el viejo rey se asomaba de aquel modo á vigilar por sí mismo toda la *Alpujarra* — á la manera (y va de símiles) de D. Pedro el Cruel, cuando salía de ronda, solo y embozado hasta las cejas, á estudiar el verdadero estado de su pueblo..... Por lo demás (y salva la irreverencia), aquella blanca cúspide, bastante roma por cierto, y cuya silueta tiene algo de ensilladura, al campear tan solitaria y exótica sobre las pardas cimas de la *Contraviesa*, lo que más verdaderamente parecía era un in-

menso oso blanco, escapado de las regiones polares, que hubiera hecho alto al descubrir desde allí la *Alpujarra* y ver que en ella terminaba el continente europeo.

Formulando íbamos éstas y otras comparaciones, cuando, llegado que hubimos al *Cortijo del Collado*, desde donde se alcanza á ver muchísima más tierra, uno de los alpujarreños exclamó:

— ¡Ánimo, caballeros! ¡Ya se descubre la *Visa!*

En efecto: á media legua de distancia, y sobre la cumbre de otro monte, más elevado todavía que el que acabábamos de subir, veíase una gran pinta negra, redonda, inmóvil, que se destacaba sobre el cielo á la manera de un astro eclipsado.

Indudablemente era un árbol; pero tan solitario y escueto en aquella altura, como el cándido *Mulhacem* lo estaba sobre la Contraviesa. — Lo uno parecía la sombra de lo otro.

La primera impresión que nos produjo aquel árbol aislado y tétrico, fué de lúgubre desconfianza; pues hízonos pensar en el venenoso upas de la India, que no deja crecer ninguna planta bajo su sombra..... — Pero esto era calumniar á la *Encina-Visa;* encina benéfica si las hay, como lo demuestra su gran popularidad por mar y por tierra.

Porque es el caso que aquella encina debe el nombre que lleva á la circunstancia de ser una especie de *faro de día* para los navegantes que cruzan por delante de la *Alpujarra.* — Descúbresela, dicen, desde enormes distancias, merced á lo conspicuo de su situación y á la energía con que su negra copa se dibuja sobre el cielo; y, en tanto que los pilotos se orientan por ella, tomándola como *punto de marcación,* cuando no como *punto de enfilación,* los viajeros alpujarreños que regresan á

sus hogares aguardan á columbrarla para decir con toda seguridad y la consiguiente alegria: — «*Ya diviso mi tierra.*»

Lo mismo acontece cuando se discurre á pie, á caballo ó en mulo dentro de aquel laberinto de montes y valles, con poco conocimiento del país. La *Encina-Visa* sirve de polo que consulta el viandante para saber fijamente dónde se halla, y hacia dónde tiene que enderezar sus pasos.

. . . .

—Debajo de la *Encina* se ve gente..... — observó de pronto un criado.

—Y no poca.....—añadió otro.

—Y miran para acá.....—agregó un tercero.

—¡Dios santo! ¿Serán Moriscos? — exclamamos nosotros, como si estuviésemos en 1569.

Y, desde que se nos ocurrió esta idea, aquel árbol viejísimo, inmemorial, contemporáneo sin duda alguna de los tatarabuelos de ABEN-HUMEYA....., adquirió á nuestros ojos gran importancia histórica. — Nos imaginamos, por ejemplo, las muchas horas que el REYECILLO se pasaría al pie de *Encina-Visa*, mirando al extendido mar, á ver si asomaban por la parte de Argel ó por la de Marruecos ciertos misteriosos navíos, «*con una vela colorada como contraseña*», portadores de los auxilios que su hermano ABDALÁ había ido á buscar al africano Continente.

¡Aquellas velas tardaron en aparecer!..... Y, si al cabo pintaron en el horizonte, como manchas de sangre, más le valiera á ABEN-HUMEYA que hubiesen desaparecido de nuevo.....

Pero esto era demasiado adelantar el discurso, cuando aun estábamos á dos kilómetros de *Encina-Visa*, donde ya nos contarían..... los Historiadores (pues que pensá-

bamos hojearlos allí) todo lo que supiesen en la materia.....

Estábamos, sí, muy lejos de la empingorotada *Encina;* pero habíamos subido tanto en aquellos últimos minutos, que ya veíamos en lontananza, no sólo al *Mulhacem*, como hasta entonces, sino á todos los príncipes y dignatarios de su imperio, empezando por el ínclito *Veleta.*

Es decir, que el blanco fantasma de la *Sierra* y las gallardas sombras de los Moriscos reaparecieron simultáneamente ante nuestros ojos como en virtud de mutuo conjuro, poblando de quiméricas visiones el horizonte alpujarreño.....—Y siempre ocurre lo mismo, por resultas de no sé qué ley poética..... ¡ Siempre ocurre que, al contemplar aquellas nítidas montañas, todo el mundo resucita en su mente á los Mahometanos andaluces!—Diríase que *Sierra Nevada* es la Niobe agarena, petrificada por el espanto para eterno testimonio de la triste suerte de sus hijos.....—Y por eso, sin duda, cuando Aben-Xaguar, el tío de ABEN HUMEYA, excitaba á los Moriscos á la rebelión, les decía «*que se habian visto apariencias extraordinarias de gente armada en el aire, á las faldas de la Sierra,* SEÑAL DE LIBERTAD PARA LOS MOROS.»

Por lo demás, ¡ qué cuadro tan grandioso el que abarcaba en aquel momento nuestra vista! ¡ Qué sencillez y qué magnificencia en las cuatro grandes masas de color que lo formaban!..... — De una parte, el terso Mediterráneo, brillando como un espejo; á nuestros pies la montuosa *Alpujarra,* con los pardos matices propios de la tierra; al otro lado toda la cordillera de *Sierra Nevada*, deslumbrante de blancura, y, encima de todo, la bóveda azul del firmamento, coronada por el Sol de la Primavera!

Reverberación de agua, claroscuro de montes, candidez de nieve, turquí de cielo.....: he aquí las contrastadas tintas de aquel variado panorama, que parecía resumir toda la Creación.....—Y luego ¡tanta luz! ¡tanta soledad! ¡tanta alegría y tanto misterio juntos! ¡Tanta juventud en la indiferente Naturaleza, y tan funestas historias, tan lúgubres recuerdos en todo lo que se veía!.....

¡Ah! Si no hubiera Dios, ni muerte, el alma de los hombres sería el alma del mundo; —¡alma tristísima, que acabaría por hacerlo inhabitable!—Pero, afortunadamente, hay muerte y Dios, y las casuales tristezas que las criaturas adjudicamos á nuestro globo durante los breves días que moramos en él, pasan al cabo con nosotros, *sicut nubes, quasi aves, velut umbra.* ¡Vendrá un día en que nadie se acuerde de los Moriscos al recorrer la *Alpujarra*, como nosotros no sabemos hoy qué memorias humanas evocar cerca de aquellas ruinas de Méjico, de Egipto ó de la Etruria que ya carecen de historia conocida!.....—Nuestros libros de papel no han de ser eternos.

Llegamos, al fin, á la *Encina-Visa.*

La gente que allí nos aguardaba eran algunos parientes y amigos de dos caballeros de *Murtas* que iban entre nosotros.

Contrajimos, pues, en aquel momento nuevas amistades; y, dado á Dios lo que era de Dios, nos apresuramos á dar al César lo que era del César.

Quiero decir que, después de abrazar á las personas, abrazamos también á la *Encina*, coetánea y amiga de

todos aquellos Moros y Cristianos que nos traían sorbidos los sesos.

Y entonces reparamos, no sin pesar, en lo muy decrépita y pelada que se iba quedando la pobre.....

¡Indudablemente, *Encina-Visa* está en el último siglo de su existencia!

Es el triste sino de nuestro tiempo: acabar con todo lo tradicional y legendario.

—¿Quién ó qué (nos dijimos) reemplazará á este Arbol cuando deje de alzar sus ramas hacia el cielo? ¿Quién ó qué servirá de guía ó llamará con sus brazos abiertos á los que crucen los mares de la *Alpujarra*?

Uno de los dueños de la *Encina* (ó sea uno de los dos propietarios del *Cortijo de la Negra* á quienes pertenece aquel monte) hallábase allí presente.—No le dimos, sin embargo, el mal consejo de que fuese criando una chaparra en aquella altura, para que con el tiempo heredase y sustituyese á la *Visa* en su nobilísimo oficio histórico.....—Y fué que nosotros la consideramos desde luego irreemplazable. ¡Una nueva encina que allí se plantara no valdría más que un árbol de lienzo de los que figuran en los teatros!.....

Hay cosas que no se heredan..... — como hay otras que no se improvisan.—Y aquí tenéis planteada en un dos por tres toda la cuestión de las varias especies de Monarquías, hoy que buscamos rey.

Pero continuemos.

El caserío del *Cortijo de la Negra* dista de allí poquísimos pasos, y está como escondido detrás del cerro que sirve de pedestal á *Encina-Visa*.—He dicho ya que en la *Alpujarra* toda vivienda humana se oculta, en lugar de exhibirse.

Pero, ¿por qué se llama aquella heredad el *Cortijo de la Negra*?—Esta *Negra*, ¿es la propia *Encina-Visa*?—

¿La apellidarían así algunos, refiriéndose á su obscura proyección sobre el cielo?—¿Ó el Cortijo no debe su nombre á la *Encina*, sino á alguna *negra* de carne y hueso, que lo poseyó y lo labró en tiempo de los Moros?

Cuestión es ésta que inútilmente tratamos entonces de poner en claro, y no por su opaca naturaleza, ni porque era la hora de tomar *las once*, ni porque, en efecto, las tomamos en aquel Cortijo (en una hermosa y fresquísima bodega, que más parecía una pagoda), sino porque nadie sabía lo cierto—cosa frecuente en este mundo.

En cambio, nos enteramos allí (por medio de nuestros amigos los Historiadores) del verdadero resultado de la embajada que el hermano de ABEN-HUMEYA llevó á Argel.....—Porque es de advertir que los tales Historiadores llegaron al *Cortijo de la Negra* al mismo tiempo que nosotros — muy bien acomodados en las alforjas, donde, como ya sabéis, acostumbraban á viajar.

He aquí las noticias que nos dieron.

V.

Noticias de Constantinopla y de otros puntos.—El Peñón de las Guajaras.—Llegamos á *Murtas*.

El joven ABDALÁ (D. Luis de Válor, el menor de los hermanos del REYECILLO) tuvo que ir á embarcarse á Vera, en la provincia de Almería, no sin grave riesgo de ser cogido por los Cristianos.

Llevábale al que entonces era, no *Rey*—como dicen

unos cronistas, ni *Bey*, como dicen otros—sino *Dey*, ó Gobernador de Argel, Al-Uch-Alí (el «*Ochalí*» le llaman algunos), un presente de cautivos y una carta de su hermano, en que éste le daba parte de su elección, le demandaba socorros para la Causa del Profeta, y se sometía á la obediencia del Gran Señor de todos los Reyes agarenos, ó sea del Sultán de Constantinopla.

«Recibió el Rey de Argel á ABDALÁ como á hermano de Rey (díjonos Hurtado de Mendoza); regalóle y vistióle de paños de seda, y envióle á Constantinopla, más por entretener al hermano con esperanzas que por darle socorro.»

En el ínterin, Al-Uch-Alí, que había escrito con anticipación á Constantinopla, recibía la siguiente contestación del Gran Turco—que á la sazón lo era SELIM II *el Borracho;* aquel cuyas galeras habían de conquistar al año siguiente la Isla de Chipre y ser derrotadas luego en Lepanto por D. JUAN DE AUSTRIA.

«*Para el* OCHALÍ *Rey de Argel.*

»Recibí tu carta con la de los Moriscos de Granada. Me avisas del aparato y junta de armas que tienes hecha para su socorro. No te dispongas sin haber buena causa. Envía doscientos soldados de nación turcos, y no más, y éstos sean valerosos. Y según fuere el suceso de la guerra, así te dispongas. Y me darás aviso. Y si tal fuere, que se puede tomar tal empresa, pediré los puertos necesarios al Francés, y yo con gran poder entraré en Italia, y daré aviso al de Fez y Marruecos que entren por la parte del Poniente. Y si acaso la guerra no saliese á nuestro gusto, se dará de mano. No más. Destambor.

SELÍN SOLIMÁN.»

Al transcribir aquí esta carta, de que nos dió conocimiento Pérez de Hita, sé muy bien que no será, ni con mucho, traducción puntual de la del Gran Señor.—Conozco á Pérez de Hita.—Pero hasta como documento apócrifo *en la forma* (ó más bien, por serlo), resulta curiosísima su *letra.*—Hay en ella una travesura

y una inocente presunción de orientalismo que valen un imperio.

En cuanto á su *espíritu*, completamente auténtico, como lo testifican muchas historias, despierta consideraciones algo más serias. — El plan de SELÍM II confirma aquella gran verdad de que no hay enemigo pequeño, pues nos hace ver hasta qué extremo la aventura de ABEN-HUMEYA pudo convertirse en verdadero peligro para España, enredada entonces en guerra con Francia y otras naciones. ¡Una acción común de otomanos, franceses, argelinos y marroquíes, atacándonos á un mismo tiempo por mar y por los Pirineos, cuando todo el antiguo Reino de Granada, desde Vera hasta Gibraltar, estaba alzado al grito de *¡Viva Mahoma!* y se temía otra sublevación semejante en los Reinos de Valencia y Murcia, nos hubiera puesto en indudable apuro! — ¿Se hallaban acaso tan lejos aquellos días en que África y Ásia enviaban periódicamente á nuestra tierra centenaraes de miles de guerreros?

Por fortuna para la Cristiandad, los Soberanos musulmanes no dieron gran importancia á la rebelión de los Moriscos alpujarreños, mientras que el sagaz FELIPE II se la dió muy luego en altísimo grado, como veremos más adelante.....

. . . .

Tardaban, pues, en venir á la *Alpujarra* los socorros acopiados en Argel, no obstante haberse ya obtenido el beneplácito del Emperador de Turquía; é, impaciente cuanto necesitado de ellos, ABEN HUMEYA despachó en su busca á Fernando el Habaquí, su Generalísimo (natural de Alcudia de Guadix, por más señas), mientras que ABDALÁ se dirigiría, creo yo, desde Constantinopla á Marruecos, á desempeñar la segunda parte de su comisión.

El Habaquí empleó ocho días en cruzar el agua, y llegado que hubo á Argel (lo que sigue nos lo refirió Mármol),

«hizo instancia con Aluch Alí (tercer modo de escribir este nombre) para que le diese socorros de navíos y gente; poniéndole por intercesores algunos Morabitos que le moviesen á ello por vía de religión; el cual mandó pregonar que todos los turcos y moros que quisiesen pasar á socorrer á los Andaluces, que así llaman en Africa á los Moros del Reino de Granada, lo pudiesen hacer libremente. Mas después, viendo que á la fama de este socorro había acudido mucha y muy buena gente, acordó que sería mejor llevarla consigo al Reino de Túnez; y así lo hizo 1, dejando indulto en Argel para que todos los delincuentes que andaban huídos por delitos y quisiesen ir á España en favor de los Moros Andaluces, fuesen perdonados.

»De estas gentes recogió Hernando el Habaqui cuatrocientos escopeteros debajo la conducta de un turco sedicioso y malo, llamado Husceyn; y, embarcándose con ellos en ocho fustas, donde metieron algunos particulares mucha cantidad de armas y municiones para vendérselas á los Moros, vino con todo ello á la Alpuxarra. Con este socorro, y con el de otras fustas, que vinieron también de Tetuán con armas y municiones, que traían mercaderes moros y judíos, los enemigos de Dios tomaron ánimo para seguir en su maldad, y..... »

Pero lo que siguió diciéndonos Mármol no viene á cuento ahora..... Conservemos en la memoria el nombre de ese HUSCEYN, turco sedicioso y malo, á quien hemos de ver figurar, acompañado de un hermano suyo peor que él, en la escena más dramática que registran los anales alpujarreños, y aprovechemos los minutos que aún hemos de permanecer en el *Cortijo de la Negra* para enterarnos de un tremendo combate que hubo por entonces entre Cristianos y Moriscos.

Dejamos á ABEN-HUMEYA contramarchando hacia Poniente con todos sus secuaces, en tanto que el Marqués de Mondéjar llegaba á los confines orientales de la *Alpujarra*, sin encontrar en su camino más que ancianos y mujeres, y nunca aquellas falanges de Moriscos armados que se disipaban ante él como la niebla.

1 Y con gran fortuna, por cierto; pues conquistó todo aquel Reino en en una sola batalla.—(*N. del A.*)

La presencia inesperada del REYECILLO, con su ejército casi intacto, precisamente cuando se temía recibir la noticia de que había sido deshecho por Mondéjar en el fondo de la *Alpujarra*, inflamó de entusiasmo á todos los rebeldes del Valle de Lecrín y de las Serranías limítrofes..... Sobre todo, hacia el lado de Salobreña se acumuló gran número de partidas, las cuales se establecieron en el famoso Peñón de las Guájaras, especie de ciudadela natural, situada en la cumbre de un monte escarpadísimo circuído de tajos por todas partes y que no tiene más acceso que una estrecha senda de un cuarto de legua de largo, mientras que dentro de sus breñas, y al amparo del Peñón, hay un llano en que pueden acampar hasta cuatro mil hombres, tan seguros como en la plaza de armas de una fortaleza.

Mil Moriscos escogidos, á las órdenes de Marcos *el Zamar*, Alguacil de Játar, guarnecían aquella formidable posición, á la que se habían refugiado con sus riquezas muchas familias principales de los pueblos comarcanos, particularmente las mujeres y los niños, y donde se había reunido además gran cantidad de víveres, pólvora y balas.

Para ABEN-HUMEYA, que había ido á visitar el Peñón y dispuesto que se aumentaran algunos reparos y parapetos artificiales á sus defensas naturales, era aquella una excelente base de operaciones, teniendo, como tenía, exagerada idea de la firmeza del Zamar.—Así es que, seguro de encontrar allí refugio y apoyo en cualquier aprieto, se enseñoreaba de nuevo de todo el Valle de Lecrín, llegando en sus audaces correrías hasta las mismas puertas de Granada é interceptando cuantos convoyes de municiones y vituallas salían de la Capital con destino al ejército Cristiano.

Noticioso Mondéjar de aquel estado de cosas, y visto que en Ugíjar perdía el tiempo y el crédito en vanas negociaciones de paz con tal ó cual magnate morisco de los muy pocos que aun no se habían alzado en armas, contramarchó á su vez lleno de enojo y de vergüenza, y salióse de la *Alpujarra* por donde mismo había entrado, decidido á apoderarse del Peñón y escarmentar allí á la morisma beligerante.

Avistado que hubieron los Cristianos aquella pavorosa altura, empeñóse en acometerla de frente y sin pérdida de momento el célebre D. Juan de Villaroel, hidalgo muy ganoso de gloria, que no quería ceder á nadie el lauro de tal empresa. Opúsose el Marqués, creyéndola irrealizable de aquel modo, por lo que mandó hacer alto y acampar en Guájar de Alfaguit.....; pero Villaroel no desistió de su intento, bien que ya disimulándolo; y, concertado secretamente con los caballeros D. Luis Ponce de León, D. Agustín Venegas, D. Juan Velázquez Ronquillo, D. Gonzalo Oruña y D. Jerónimo de Padilla, abandonó de pronto á Guájar, seguido de éstos y de cuatrocientos arcabuceros que entre todos traían á soldada de sus respectivas tierras, y se encaminó resueltamente hacia la codiciada posición, coronada de vistosos estandartes.

Lo escarpado del terreno obligó muy luego á apearse á los que iban á caballo y á continuar á pie tan fatigosa subida; pero, sin embargo, no hallaron al principiqo la gran resistencia que aguardaban.—Los de arriba parecían indecisos y amedrentados, aunque no dejaban por eso de tirotearse alguna vez, desde los altos parapetos, con los impertérritos asaltantes.

En esto, y cuando Villaroel y sus amigos, que iban á la cabeza, se encontraban ya á media ladera del monte, precipitáronse del Peñón como un torrente

desencadenado, el Zamar y cuarenta mancebos moriscos, cayendo sobre los nuestros con la velocidad y el brío del descenso y de la carrera..... La lucha fué espantosa, cuanto inútil por la parte de los Cristianos..... Casi todos los arcabuceros emprendieron la fuga, y muchos lograron salvarse; pero el resto de ellos, y los principalísimos caballeros mencionados, empezando por Villaroel, pagaron allí con la vida su temeridad y su desobediencia.....

El único de éstos que se salvó, aunque malamente herido, fué D. Jerónimo de Padilla.....

«..... y acabárale un moro que le iba siguiendo, si no le acudiera un esclavo christiano: el cual (dice un cronista), apretándole reciamente entre los brazos, y echándose á rodar con él por una peña abajo, no paró hasta dar en el arroyo, donde fué socorrido »

De buena gana copiara yo aquí ahora todo lo que las historias de aquel tiempo refieren acerca de las operaciones que en los siguientes días se llevaron á cabo para ver de rendir el Peñón; pero esto no cabe en los límites de la presente obra, y habré de contentarme con aprovechar el sucinto resumen que otro historiador hace de tan memorables acontecimientos.

«.....Este suceso (dice), que había previsto Mondéjar, oponiéndose al ardimiento de Villaroel, le hizo adoptar medidas prudentes para emprender el asalto. Distribuyó sus tropas en varias Compañías: cercó el monte, y dispuso avanzar con fuerzas concéntricas hacia la altura. Los moros y moras se defendieron bravamente en la ladera con tiros y piedras, y causaron muchas bajas en las filas cristianas; mas no pudieron conservar sus posiciones avanzadas, y se replegaron á la sombra.

»Acercados los asaltantes, embistieron tres veces la entrada y fueron rechazados otras tantas. Viendo el Marqués que se aproximaba la noche y que estaba indecisa la victoria, mandó retirar sus tropas y difirió el ataque postrero para el alba siguiente.

»Durante la noche, el Zamar..... hizo ver á los suyos la imposibilidad de resistir el ataque que esperaban, y los inclinó á abandonar la cumbre. Los caudillos, sus voluntarios y muchas mujeres salieron calladamente, y, bajando por despeñaderos y sendas de cabras, se retiraron hacia las Albuñuelas. Al amanecer ocuparon las tropas del Marqués el fuerte, dego-

llando á los pocos viejos y mujeres tímidas que en él habían quedado confiadas en la clemencia del vencedor.

»La caballería cristiana se lanzó en pos de los fugitivos, y alcanzó muchos moros y moras. El Zamar peleó heróicamente defendiendo una hija suya de trece años, desmayada con el cansancio de la huída. Herido en un muslo, fué cautivado y conducido á Granada, donde el Conde de Tendilla, que gobernaba en ausencia del Marqués, su padre, le condenó á morir atenaceado.»

Costosa y dolorosísima fué para los Moriscos la debelación del Peñon de las Guájaras; pero inútil sin duda alguna para el éxito de la campaña de Mondéjar.—Aben-Humeya y su gente, aprovechándose con singular acierto de aquella poco meditada expedición del Marqués habian vuelto á penetrar en la *Alpujarra*, verdadera llave estratégica de la Rebelión.—Resultaba, pues, vano y estéril cuanto el General cristiano había hecho trabajar y padecer un mes antes á sus tropas para ocupar aquellos ásperos terrenos, tan fácilmente recobrados por el enemigo. ¡Es decir, que la sangre de las flacas mujeres y pobres ancianos sacrificados en las Guájaras había valido al Reyecillo la reconquista de lo mejor de su Reino!—Cualquier batalla le hubiese costado más.

Así lo comprendió el Marqués y lo murmuraron sus émulos. Aumentaron, por tanto, su despecho y su rabia contra Aben-Humeya, y dió la vuelta á Órgiva decidido á acabar de una vez, ya que no con las huestes, con la persona de aquel joven caudillo, tan emprendedor, sagaz y valeroso, y cuya incansable actividad centuplicaba sus fuerzas y sus recursos.

¡Cruzó entonces por la mente del noble General, encanecida en las virtudes y el heroísmo, un pensamiento aleve, obscuro y tortuoso!....—Determinó, digo, emplear el dinero, el espionaje y la traición para deshacerse de Aben-Humeya.

Lo mismo hizo Cepión con Viriato.

—¡Á caballo, señores, á caballo.....; que se hace tarde, y nos esperan en *Murtas!* ¡Ya no calienta tanto el sol, y corre una brisa fresca!

Así exclamó en aquel momento, interrumpiendo la lectura, el que había de ser nuestro bondadoso huésped en el lugar á que nos dirigíamos.

—¡Á caballo!—respondimos todos.

Y partimos, llevando los más gratos recuerdos de nuestra estancia en el *Cortijo de la Negra.*

No menos viva conservo la memoria de los alegres trotes, y hasta galopes, que entonces se siguieron, interrumpidos por largas paradas á fin de contemplar esta ó la otra perspectiva, y siempre á lo largo del empinado lomo del *Cerrajón de Murtas.*—Y fué que aquella tarde se desarrollaron ante nuestra vista muchos de los redoblados pliegues de terreno que comparé en la cumbre de la Contraviesa á los tejados de una ciudad mirados oblicuamente desde un campanario.....

Sí: durante aquella especie de viaje aerostático, vimos el interior y hasta el fondo de gran número de Valles, cuajados de cortijos y de arbolado, de ya verdes viñas y de crecidas siembras:

Vimos..... de *cuerpo entero.....* la famosa *Sierra de Gádor,* llamada en otro tiempo la *Sierra del Sol* (como la *Contraviesa* se llamaba la *Sierra del Aire*) [1]: *¡Sierra de Gádor,* Eldorado de los almerienses, y aun de los granadinos, y albergue de pintorescas villas y lugares!.....; *¡Sierra de Gádor,* cuyo pico eminente, el *Sabinar,* mide la respetable altura de seis mil novecientos pies!.....:

1 De aquí ha provenido una gran confusión entre los geógrafos con *Solair* ó *Xolair,* nombre que daban los Moros á *Sierra Nevada,* llamada, en efecto, *Solaria* ó *Mons Solis* por los Romanos, pero nunca *Montaña del Sol y el Aire,* como pretenden algunos escritores.—Más adelante volveremos á hablar de este asunto.

Vimos también, entre aquella Sierra y la Cordillera que seguíamos, la honda y extensa cuenca del *Rio de Adra*, frontera allí de la Provincia de Almería:

Vimos á lo lejos, dejándola atrás, la hechicera sombra de *Berja*, que dos días después casi habíamos de tocar con la mano, y, más al Sur, la costa de *Adra*, marcándonos el sitio en que se escondía esta graciosa nereida del litoral alpujarreño;

Y vimos, en fin, la *Punta de Roquetas* y muchas playas y promontorios, dibujados ó recortados sobre el azul del mar..... «*como en los mapas de relieve*», que diría, trocando los frenos, cualquier retórico irreflexivo.

Por lo demás, y fuesen cualesquiera los bellos paisajes que divisábamos en lontananza, lo cierto era que nos habíamos encaramado á un terreno áspero y adusto, donde reinaba todavía el Invierno, y donde hacía, en consecuencia, un frío de todos los diablos;—por lo cual nos alegramos muchísimo de llegar, como llegamos, á *Murtas*..... antes que el sol al Occidente.

VI.

En *Murtas*.—Una noche á la antigua española.—Catalina de Arroyo.

Murtas es el reverso de Albuñol.

Á Albuñol se le divisa desde muy lejos: á *Murtas* no se le ve hasta que se está dentro de sus calles. Albuñol dormita en el fondo de una Rambla, casi al nivel del mar: *Murtas* campea en todo lo alto de su Cerrajón, bien que dominado y abrigado por el morro en que re-

mata la cordillera. En Albuñol, con estar tan bajo, tuvimos que entrar subiendo: en *Murtas*, con estar tan alto, entramos por encima de las chimeneas. En Albuñol era ya Verano: en *Murtas* era riguroso Invierno. Albuñol es blanco, alegre, risueño, luminoso: *Murtas* es pardo, grave, tétrico, sombrío. Allí se huye del sol: aquí se busca la lumbre. El uno respira voluptuosidad y molicie: el otro esquivez y austeridad. Aquél recuerda las ciudades del Oriente: éste las poblaciones de Castilla la Vieja. Albuñol es un pueblo moro: *Murtas*, un pueblo cristiano.

Todo tiene su poesía especial cuando se principia á ser viejo, y yo se la encuentro muy grande á estos pueblos de tan lúgubre fisonomía, que viven azotados por las inclemencias del cielo, oyendo á todas horas el mugir de los aquilones, ora abrumados de nieve, ora envueltos en niebla, y donde, sin embargo, ó por lo mismo, reina tan íntimo contento en los hogares, es tan amable la vida de familia, y se hallan tan excitados todos los afectos, todas las creencias y todos los temores.

En esos pueblos tristes (*probados* de continuo por el rigor celeste, como las almas de los escogidos), hay gran actividad en las imaginaciones, y la fe en Dios es más viva, el deseo de la Gloria eterna más apremiante, y el miedo al Demonio, y aun á otros espíritus que no reconoce la Iglesia, tanto mayor cuanto más justificado se halla.—Compréndese que no crean....., por ejemplo, en duendes, brujas y aparecidos los moradores de riente población tendida en verde llanura, entre pájaros y flores, ó reclinada frente al azul Mediterráneo, en el perfumado seno de una perpetua Primavera.—Pero ¿quién dejará de sentir todo linaje de terrores allá en la región de las nubes, rodeado de sombras, entre los elementos

desencadenados, y sin más consuelo ni refugio contra la hostilidad de la Naturaleza que el amor de la esposa, la piedad de los hijos y las dulces promesas que manan de los labios del señor Cura?

Por eso, hace muchos años, hablando de esto mismo, exclamé fervorosamente: *«¡Benditas sean las montañas!»* Y por eso sin duda aquella noche, la noche de nuestra llegada á *Murtas*, pasamos horas de inefable delicia y de verdadera unción cristiana, muy más sabrosas que cuanto ofrece el Corán á la morisma, sentados al amor de la lumbre, en casa de nuestro respetable huésped y antiguo amigo (el primer caballero que os presenté á la salida de Órgiva), recibiendo merced de su hidalga obsequiosidad y espléndida cortesía, y disfrutando de la grata sociedad de su noble esposa y distinguida hija, émulas suyas en el bondadoso afán con que nos agasajaban.

Sí, señor: en aquella inolvidable casa, de aspecto señoril y solariego; en el carácter serio y cordial de la tertulia que allí se reunió; en lo que del pueblo habíamos visto; en lo áspero y tempestuoso de la noche; en lo repuesto y clásico de la mesa á que nos sentamos; en las tradicionales complacencias que allí compartimos; en lo que se hablaba, en lo que se callaba, en lo que se sentía, en todo, finalmente, había un sabor tan latino, tan católico, tan español, tan castellano, que acabó por olvidársenos que estábamos en la morisca *Alpujarra*, y que hubo hace siglos agarenos en la Península, y hasta qne existió en la Meca un impostor llamado MAHOMA...; para acordarnos solamente de Condes y Obispos, de Ricoshomes y Ricashembras, de catedrales y castillos góticos, de conventos y abadías, de yelmos y lanzas, de gregüescos y gabanes; de ropillas y ferreruelos, de capas y espadas, de casacones y sombreros de tres picos, de

morriones y petis, de ponchos y roses.....; de España, en fin, limpia de sangre mora ni judía.

Por lo demás, y descendiendo á hechos reales, en mi cartera de viaje encuentro hoy los siguientes datos relativos á *Murtas*, recogidos aquella tarde y aquella noche, y otras noches y otras tardes que más adelante pasamos allí:

Murtas es el mayor centro de población del juzgado de *Ugíjar*—sin exceptuar á la cabeza del Partido.

Tiene 3.798 habitantes, casi la mitad de ellos domiciliados en los 107 cortijos y caseríos de su jurisdicción; de modo que el Lugar, propiamente dicho, encierra sobre 2.000 almas,

La Santa Cruz, ó sea la Cruz de Mayo, es la patrona de *Murtas*, y el día 3 de dicho mes se la celebra con función de iglesia, toros y bailes.

Murtas es muy rico; sobre todo en vinos y almendras.

Las almendras tienen fama muy merecida en toda la provincia, por lo gordas, finas y dulces, y por lo tierno y delgado de su corteza leñosa.

El vino es excelente, aunque un poco *dus*, como todo el de aquellas tierras, y se exporta en gran cantidad, ora por el Puerto de la Ragua con destino al Marquesado del Cenet, ora por el Llano del Laujar, con destino al Río de Almería.

La arriería de *Murtas* no reconoce rival en toda la *Alpujarra*, por lo activa y numerosa.—¡Asombro causa ver las interminables recuas que salen de aquel pueblo ó vuelven á él, llevando ó trayendo cuanto figura en la vida material de su poblada comarca y de otras circunvecinas!

Pero la principal riqueza de *Murtas*, y uno de los ramos más importantes de la producción alpujarreña, consiste en la fabricación de aguardiente. Piérdese la cuenta de los alambiques que hay establecidos en el Lugar y sus cercanías..... ¡Baste decir que ellos y los del próximo pueblecillo de *Mecina Tedel* abastecen casi por sí solos de un líquido tan apetecido y solicitado á la mitad de la provincia de Granada!.....—Lo cual no quita que las aguas potables de *Murtas* sean celebérrimas, y á justo título, por su abundancia, limpidez, exquisito gusto y eficacia digestiva.

Debido quizás á esto último, y á lo muy ventilado, á lo demasiado ventilado, de la eminencia que ocupa, es pueblo sumamente saludable, que produce hombres del tamaño y del temple de los de Homero, aficionadísimos á la caza, bien que con hurón ó con reclamo, y muy dados al jamón y á los dulces.

La mayor parte de sus famosos cortijos están abrigados en los pliegues del *Cerrajón*, con exposición al Mediodía. Algunos, pues, tienen honores de quintas de recreo, según lo rodeados que se ven de naranjos, flores y feracísimas huertas, y sirven de habitual morada á familias ricas y de aristocráticas inclinaciones, que prefieren aquella vida libre y solitaria á la que se lleva en el Lugar.

En cuanto al fandango que se baila en *Murtas* y sus cortijos, declaro que supera con mucho al de los pueblos inmediatos: 1.° Por las bellas y complicadas *mudanzas* que se hacen durante la copla; 2.° Porque se baila tocando al propio tiempo castañuelas, cosa rara en aquella región; y 3.° Porque la orquesta se compone casi siempre, no sólo de guitarra, bandurria y platillos, como en el resto de aquellas tierras, sino también de violín....., instrumento tan familiar á los labriegos murteños como á los cultos alemanes del Norte.

Finalmente: las mujeres de *Murtas* tienen fama de limpias y lujosas, y de no menos esforzadas y dispuestas que los hombres.—Por mi parte, aseguro de ciencia cierta, que abundan las de aspecto varonil, si bien moderado por cierta apasionada languidez, esencialmente femenina, que las hace tan seductoras como imponentes. Melpómene hubiera podido ser de *Murtas*, y también Medea, y Norma, y Safo, y hasta D.ª María Coronel..... hasta cierto punto.

Y de *Murtas* fué la célebre Catalina de Arroyo, morisca por todos cuatro costados, *pero* madre del Beneficiado Ocaña; la cual, el día que los Monfíes asesinaron á éste y á los demás cristianos de aquel pueblo, pidió á gritos la muerte, alegando que ella también era cristiana.....

¡Y mujeres fueron asimismo quienes se encargaron entonces de quitarle la vida!.....

Por cierto que la Historia recuerda que, cuando la llevaban al lugar de la ejecución (que fué el cementerio de la iglesia), Catalina de Arroyo «iba rezando la oración del *Anima Christi*, y que murió invocando el dulce nombre de Jesús.....»

¿Conocéis tragedia más sublime?

Terminada aquella noche la tertulia, á la cual asistieron, entre otras muchas personas, dos respetables sacerdotes, hermano el uno y sobrino el otro de nuestro noble huésped de la Arábiga Albuñol (que así están hoy de barajadas las cosas alpujarreñas, ni más ni menos que cuando las moriscas parían allí Beneficiados); hicimos y publicamos el programa del día siguiente, en virtud

de cuyo primer artículo todo el mundo tenía que estar á caballo antes de que saliera el sol.

Retiróse, pues, en seguida cada cual á su cuarto, á fin de aprovechar las contadas horas destinadas al sueño; pero la crítica situación en que aquella tarde habíamos dejado á Aben-Humeya tenía demasiado excitada mi curiosidad para que pudiese dormirme sin averiguar qué había sido de él.

¿Llevó adelante el Marqués de Mondéjar su menguado propósito de deshacerse del Reyecillo por medio del soborno y de la traición?—¿Lo consiguió efectivamente?

La contestación á estas dos preguntas la leí estando ya en la cama, y no me dejó pegar los ojos en toda la noche; ó, si los pegué, fué para seguir viendo lo mismo que causara antes mi desvelo.....

He aquí lo acontecido.

VII.

Asechanza contra Aben-Humeya.—Aparece en escena Aben-Aboo. Bárbaro tormento.

Había vencido el infierno.

No bien regresó á Órgiva, el despechado Marqués pregonó la cabeza de Aben-Humeya, tasándola en diez mil ducados; y, fuese codicia vil de aquella suma, fuese por odio personal al joven caudillo, como ellos dijeron, el caso es que á los pocos días presentáronse á Mondéjar un tal Miguel Aben-Zaba, de Válor, y algunos parientes suyos, y le hicieron la siguiente confidencia:

Que ABEN-HUMEYA y su tío D. Fernando *el Zaguer* andaban de día por las vecinas sierras de Los Bérchules, en cuyas famosas cuevas, casi inaccesibles, estaban los almacenes de la insurrección, y que por la noche solían bajar á dormir á Válor, á las casas patrimoniales del REYECILLO, ó á Mecina de Bombarón, á casa de DIEGO LÓPEZ.....

Pero no debo continuar sin deciros antes quién era este personaje.

DIEGO LÓPEZ, primo hermano de ABEN-HUMEYA, y descendiente como él del mismísimo Profeta MAHOMA, era, en la época á que nos referimos, y según opinión del grave Hurtado de Mendoza, «*un hombre tenido por cuerdo, animoso, de buena palabra, comunmente respetado, usado al campo, y entretenido más en criar ganados que en el vicio del Lugar.*»—Lo que no recuerdo ahora es dónde he leído que más parecía negro que blanco; y, por lo demás, de toda su historia se deduce que estaba dotado de gran fortaleza física, y que tendría de treinta y cinco á cuarenta años cuando lo presentamos en escena.—Entre los Moriscos llamábase ABDALÁ ABEN-ABOO.... —La historia le reservaba el puesto de segundo y último Rey de la rebelada *Alpujarra*.

Este hombre singular, cuyo fanatismo islamita y cuyo ardor guerrero hemos de ver rayar muy pronto en verdadera fiereza, habíase mostrado hasta entonces indiferente y neutro en medio de la rebelión que ardía en todo el Reino granadino.—Digo más: refiere Mármol que una mañana que el ejército cristiano marchaba de Cádiar á Ugíjar, acudieron espontáneamente algunos moriscos á someterse al Marqués, y que entre ellos

«.....vino DIEGO LÓPEZ ABEN-ABOO....., y trajo consigo al sacritán de la iglesia de Mecina de Bombarón, donde era vecino, para que certificase al

Marqués de Mondéjar cómo había defendido que los Monfís no quemasen la iglesia, y le había escondido á él y á su mujer y hijos en una cueva hasta aquel día, porque no los matasen.—El Marqués holgó mucho con la relación del sacristán, y loó al Moro delante de los otros, diciendo que no todos los de la *Alpujarra* se habían rebelado con su voluntad; y le mandó dar luego una salvaguardia muy favorable para que nadie le enojase y pudiese reducir todos los vecinos de aquel lugar y de fuera de él que quisiesen venir al servicio de Su Majestad.»

¿Por qué había procedido hasta entonces ABEN-ABOO de aquella manera? ¿Cómo seguía, sin embargo, tan respetado y querido de los Moros? ¿Á quién era traidor? ¿á los defensores de su abuelo MAHOMA, apartándose de ellos para favorecer realmente á los Cristianos, ó á los Cristianos, fingiéndose su amigo para apoderarse y abusar de su confianza en beneficio de la causa del Profeta?

Indudablemente á los unos y á los otros. La falsedad y la perfidia estaban en la masa de su sangre: su vida constituyó un tejido de felonías; y ¡cosa rara! una vez, una sola, que no fué traidor, costóle muy caro; tan caro, que ya renunció para siempre á la virtud, complaciéndose hasta en neutralizar las consecuencias de su único acto de lealtad....., según que vamos á ver ahora.

Tal era el hombre cuya casa había sido señalada al Marqués por los espías Moriscos como uno de los albergues nocturnos de ABEN-HUMEYA.....

La tempestad comenzaba á amontonar sus torbas nubes.

En virtud de aquella confidencia, MONDÉJAR envió una noche á cincuenta soldados, conducidos por los viles delatores, con orden de ir primero á Válor y luego á Mecina de Bombarón, sorprender dichas casas antes

de que ameneciese (pues de día podrían juntarse muchos enemigos y ser la operación peligrosa), y traerle muertos ó vivos á ABEN-HUMEYA y al Zaguer.

Partieron los expedicionarios con el mayor sigilo, en medio de las sombras, y treparon á *Sierra Nevada.....*

«No hallaron en Válor-el-Alto rastro de ABEN-HUMEYA (dice Hurtado de Mendoza); pero en el Bajo oyeron chasquido de jugar á la ballesta, música, canto y regocijo de tanta gente, que no la osando acometer, se tornaron á dar aviso.»

Enterado de ello el Marqués, dejó pasar dos ó tres días, y al cabo de este tiempo (dice Luis del Mármol):

«Hizo llamar á los Capitanes Alvaro Flores y Gaspar Maldonado y les mandó que con seiscientos soldados escogidos, llevando consigo los espías, que les habían de mostrar las casas sospechosas, fuese á los dos lugares, y los cercasen, y procurasen prender aquellos dos caudillos, ó matarlos si se defendiesen, y traerle sus cabezas.....; advirtiéndoles que lo primero que hiciesen fuese cercar la casa de ABEN-ABOO, donde había más cierta sospecha que estarían.....

»Pero á los Capitanes les pareció que si todos juntos llegaban á Mecina, y acaso no estaban allí, antes de pasar á Válor, corría peligro de ser avisados. Con este acuerdo, aunque no era bastante razón para pervertir la orden de su Capitán General, repartieron la gente en dos partes. Alvaro Flores fué á dar sobre Válor con cuatrocientos soldados, y Gaspar Maldonado con los otros doscientos, que para acercar la casa de ABEN-ABOO bastaban, caminó la vuelta de Mecina de Bombarón.

»Sucedió, pues, que aquella noche..... ABEN-HUMEYA y el Zaguer y otro caudillo de aquel lugar, llamado el Dalay, no menos traidor y malo que ellos, acertaron á hallarse en casa de ABEN-ABOO: los cuales, habiendo estado todo el día escondidos en una cueva, en anocheciendo se habían recogido al lugar, como inciertamente y á deshora lo habían hecho otras veces confiados en que no irían á buscarlos allí, por estar de paces ABEN-ABOO y tener salvaguardia.

»Gaspar Maldonado llegó lo más encubiertamente que pudo, haciendo que los soldados llevasen las mechas de los arcabuces tapadas, porque con la obscuridad de la noche no las devisasen desde lejos; mas no bastó su diligencia, ni el hervor del cuidado que le revolvía en el pecho, para que un inconsiderado soldado dejase de disparar su arcabuz al aire.....

»Estaban los moros bien descuidados; la casa llena de mujeres y criados; y la mayor parte de ellos durmiendo.....

»El primero que sintió el golpe fué el Dalay, que como más recatado y astuto, estaba con mayor cuidado: el cual, temeroso sin saber de qué, recordó con gran priesa al Zaguer; y, corriendo hacia una ventana no muy baja, que respondía á la parte de la Sierra, entre sueño y temor se arro-

jaron por ella, y, maltratados de la caída, se subieron á la Sierra antes que los soldados llegasen.

»ABEN-HUMEYA, que dormía *acompañado* en otro aposento aparte, no fué tan presto avisado; y cuando acudió á la fuga, ya los diligentes soldados cruzaban por debajo de la ventana; por manera que, si se arrojara como los otros, no pudiera dejar de caer en sus manos. Turbado, pues; sin saberse determinar, dando muchas vueltas por los aposentos de la casa, y acudiendo muchas veces á la ventana, la necesidad le puso delante un remedio que le acrecentó la perdida confianza.....

»Había llegado Gaspar Maldonado á la puerta de la casa, y, viendo que los de dentro dilataban de abrirle, procuraba derribarla, dando grandes golpes en ella con un madero, cuando ABEN-HUMEYA, no hallando cómo poderse guarecer, llegó muy quedo á la puerta, y, poniéndose disimuladamente enhiesto, igualado entre el quicio y la puerta, quitó la tranca que la tenía cerrada, para que con facilidad se pudiese abrir: la cual abierta, los soldados entraron de golpe, y el se quedó arrimado, sin que ninguno advirtiese lo que allí podía haber: tanta priesa llevaban por llegar á buscar los aposentos. . . . .

»Mientras esto se hacía..... ABEN-HUMEYA tuvo lugar de salir de tras de la puerta; y, arrojándose por unos peñascos que caen á la parte baja, se fué, sin que lo sintiesen.»

Veamos ahora de referir qué había sido entre tanto de ABEN-ABOO.

Maldonado y su gente lo hallaron en uno de los aposentos de su casa, y con él á otros diez y siete Moros; y, habiéndoles preguntado si sabían de ABEN-HUMEYA ó del Zaguer, dijeron que no los habían visto, y que, en cuanto á ellos, estaban reducidos á la obediencia del Rey D. FELIPE, en virtud de la salvaguardia que ABEN-ABOO había recibido del Marqués de Mondéjar.—Y, como no pudiese averiguar de ellos otra cosa; conociendo Gaspar Maldonado que no le decían verdad, hizo dar tormento á ABEN-ABOO, mandándolo colgar....., cabeza abajo, de la rama de un moral que había á espaldas de su casa.

«Y teniéndole colgado, que sólo se sompesaba con los calcañales de los pies (continúa Mármol); viendo que negaba, llegó á él un airado soldado, y, como por desdén, le dió una coz, que le hizo dar un vaivén en vago, y caer de golpe en el suelo. . . . .

»No debió de ser tan pequeño el dolor, que dejara de hacer perder el sentido á cualquier hombre nacido en otra parte; pero este bárbaro, hijo de aspereza y frialdad indomable, y menospreciador de la muerte, mostrando gran descuido en el semblante, solamente abrió la boca para decir: —*¡Por Dios, que el* Zaguer *vive y yo muero!*—sin querer jamás declarar otra cosa.

»Gaspar Maldonado dejó á ABEN-ABOO en su casa como por muerto (los soldados se habían ocupado ya en robarla), y se llevó los diez y siete moros presos: con los cuales y con otros que después prendieron en el camino, y más de tres mil y quinientas cabezas de ganado que recogieron de aquellos lugares reducidos (los soldados que habían ido á Válor con Alvaro Flores no habían conseguido otra cosa), se volvieron unos y otros á Orgiba, donde, siendo reprehendidos por su Capitán General, les fué quitada la presa por de contrabando, mandando poner en libertad á los moros que tenían su salvaguardia.»

Tal había sido el bochornoso resultado de aquella indigna asechanza, concebida en mal hora por el ilustre Marqués de Mondéjar.

Había triunfado el infierno, como ya dije más atrás: y consistía su triunfo en que tan insigne y generoso guerrero hubiese caído en la tentación de dejar durante algunos dias la espada de Tendilla por el puñal de Vellido Dolfos; en que, aun hecho este sacrificio de honra, quedase vivo y libre ABEN-HUMEYA, el enemigo de Cristo, y en que luego se perpetrara aquel crímen de lesa humanidad en la persona de ABEN-ABOO, convirtiéndolo para en adelante, de tibio y disimulado auxiliar de los Moriscos, en un monstruo sañudo, en un campeón infatigable, en una furia armada, espanto de su raza y de la nuestra, azote de la Cristiandad y abominación del género humano.

Sí: ABEN-ABOO, que acaso envidiaba y aborrocía á ABEN-HUMEYA desde que lo vió en el trono; ABEN-ABOO, que ignoraba y no podía concebir que el REYECILLO hubiese logrado escaparse por manera tan atrevida y milagrosa; ABEN-ABOO, que habría podido

deshacerse de él entregándolo á los Cristianos; Aben-Aboo, que era avieso y traidor por naturaleza, acababa, sin embargo, de ejecutar el primer acto noble y piadoso de su vida, arrostrando una muerte segura por salvar á dos seres que detestaba, ó sea por respetar en ellos las sagradas leyes de la hospitalidad.....

¡No la muerte, sino el tormento más infame, había sido la consecuencia de tamaño heroísmo!....—Renegó, pues, para siempre del bien, del honor, de la paz y de la dicha, y declaróse enemigo irreconciliable de todos sus prójimos, de toda virtud, de toda ley, ¡del mismo Dios!—El infierno había hecho más que triunfar: había encarnado en un hombre: tenía ya un representante en aquella guerra de exterminio.

Siquiera Aben-Humeya, en medio de su iracundia, de su soberbia, de su intemperancia, de todos los vicios que pronto lo asemejaron á Sardanápalo, había procedido hasta entonces, y procedió siempre, impulsado por pasiones activas y positivas, por el afán de vengar á su padre, por ambición de gloria, por sed de mando, por un amor desenfrenado á las mujeres..... Pero detrás de aquella figura, que hasta los más fanáticos escritores cristianos nos presentan gallarda, amante, fúlgida, poética, levantábase ya otra figura que parecía su sombra, su negación, su infernal contrasentido; la figura de Aben-Aboo, animada por el odio, flotando en las tinieblas, ganosa de destrucción y de infortunios.

Resumiendo:

Aben-Aboo, tan luego como estuvo curado, empuñó las armas contra los Cristianos, poniéndose para ello á las órdenes de Aben-Humeya; esto es, del hombre que más detestaba en el mundo; pero jurándose al propio tiempo perder y exterminar á este hijo mimado del amor y de la fortuna.

La tempestad relampagueaba sobre la cabeza de los Moriscos.

VIII.

Toque de Diana.—Orden del día.—*Mecina Tedel.*—Los caballos no quieren matarse.—*El Castillo de Juliana.*—*Jorairâtar.*—Recuerdos de un asesinato.—Una *soirée* en *Cojáyar.*—*Casta diva.*

—¡Buenos días nos dé Dios, señores!—Lo digo porque ya debe de estar amaneciendo.....—¡Qué frío hace! ¿no es verdad?.... ¡Cómo se conoce que no estamos en la Costa, sino en *Murtas!*—Afortunadamente, encontramos ardiendo en la chimenea una carga de leña.—¡Á ver! ¡nostramo! ¡patrón! ¡queridísimo huésped! ¡Más caridad con los forasteros!.... ¡Mande V. que nos echen una lágrima de cualquier cosa!.... ¡aunque sea una gota de aguardiente sin rebajar!.... ¿Quién se para en grados cuando el termómetro marca uno bajo cero? Y, por lo demás, queremos desayunarnos con gachas..... ¿lo oye V.?.... con gachas de las que comen los pastores; con gachas de caldo colorado y muy picante, que nos caliente el estómago antes de ponernos en camino.—¡El chocolate es bueno para las monjas!

Tal exclamaba uno de nosotros á la mañana siguiente, mucho antes de ser de día.

Porque ya recordaréis que, según el art. 1.° de nuestro programa, todo el mundo tenía que estar á caballo antes de la salida del sol.....

Los restantes artículos decían así:

«2.° Á las seis se pasará por el lugar de *Mecina Tedel.*

»3.º Á las ocho se estará en el lugar de *Jorairàtar*, donde nos esperan á almorzar á las nueve.

»4.º Á las dos se saldrá de *Jorairàtar*.

»5.º Á las cuatro se llegará al lugar de *Cojàyar*, donde tenemos una cita.

»6.º Á las cinco y media se pasará otra vez por *Mecina Tedel*.

»Y 7.º Á las seis de la tarde se estará de vuelta en *Murtas*, á fin de comer y hacer noche.»

Es decir, que aquel día recorreríamos hasta su extremo la parte septentrional del *Gran Cehel;* pero que, en vez de pasar más allá y saltar á los pueblos de *Sierra Nevada*, volveríamos grupas, á fin de trasladarnos al otro día á la orilla del mar.—¡Con tal arte íbamos andando y desandando de Norte á Sur la complicada tierra alpujarreña y aislando y dejando para lo último la expedición á la Gran Sierra y á *Càdiar* y á *Ugíjar*, importantísimos pueblos asentados á sus plantas, en las márgenes de sus bulliciosos ríos!....—El método es la mitad del encanto de esta clase de viajes.

No creáis, sin embargo, que la excursión del día á que me refiero dejó de ser interesante, ni que su relato no merezca vuestra atención más cuidadosa.....—Al contrario: por poco apego que nos hayáis tomado á los que la llevamos á término, os interesará muy mucho ver los grandes trabajos que nos costó, los atolladeros en que nos metimos, cómo escapamos de ellos, y las preciosas caras que contemplamos en medio de todo, á guisa de providencial recompensa de nuestros afanes.—Fué un verdadero día de prueba.

Á todo esto ya nos habíamos comido las apetecidas gachas, y los caballos piafaban de miedo más que de impaciencia, presintiendo sin duda los malos pasos en que los íbamos á meter.....

Sonó, pues, la voz de botasillas en la siguiente forma:—¡En marcha, caballeros!—¡Y hasta la noche gentilísimas damas!

Y todo el mundo montó á caballo y picó espuelas.

De *Murtas* á *Mecina Tedel*—llamado también *Mecinilla*, por ser, ó haber sido el menor de los Mecinas de la *Alpujarra* (es decir, menor que Mecina Fondales Mecina Alfahar, Mecina de Bombarón, etc.),—hay menos de un cuarto de legua; y es que *Mecina Tedel* está agarrado á las espaldas y como colgado del mismo cerro en cuyas crestas se esconde *Murtas*.

Así fué que, á los pocos minutos de ponernos en camino, y al asomarnos á la tajada ladera que sirve de brusco remate al *Cerrajón*, descubrimos á nuestros pies las casas de *Mecinilla*, unas debajo de otras, como los peldaños de una escalinata, sin que por eso se nos alcanzara la posibilidad de bajar adonde *empezaban* los tejados.

Pero los caballos se ingeniaron á su modo, y fueron descolgándonos lentamente por una serie de trancos esculpidos en la roca (los cuales constituyen una especie de vereda retorcida, trocada luego en ondulante callejuela, que pasa por delante de la puerta de todas las casas, después de haber pasado por encima de todas las chimeneas, y que en seguida deja otra vez de ser calle para volver á convertirse en sendero); hasta que al fin quiso Dios que llegásemos á todo lo hondo ó sea al *Arroyo de Mecinilla*, donde los animales lanzaron un relincho de triunfo.....

Respiramos también nosotros, aunque menos mili-

tarmente; y entonces pudimos hablar algo acerca de *Mecina*, la cual, desde abajo, parecía un pueblo construido ó tallado en una pared, ó más bien un grupo de nidos de golondrinas pegados al ladero de aquel abismo.

Cuatro fueron las noticias que adquirí allí acerca de la historia, estadística y costumbres de *Mecina-Tedel*:—1.ª Que le faltaban el año pasado dos habitantes para tener mil.—2.ª Que allí murió de una fiebre maligna, después de reñir las batallas que veremos mas adelante, D. Fernando *el Zaguer*, ó sea Aben-Xaguar, el tío y protector de ABEN-HUMEYA; fallecimiento ocurrido á los pocos meses de haber exclamado ABEN-ABOO:—¡«*Por Dios, que el* Zaguer *vive y yo muero!*» (¿Habría *hierbas* de por medio de aquella fiebre maligna?)—3.ª Que el Patrón del Lugar es San Fernando, Rey de España, cuya fiesta se celebra allí, no el 30 de Mayo, como determina la Iglesia, sino el 8 de Septiembre, unida á la de la Natividad de la Virgen.—Y 4.ª Que en tan solemne día hacen los vecinos una función de *Moros y Cristianos*, y corren la pólvora como los actuales marroquíes (supongo que todo esto será allá abajo, en el arroyo), saliendo á relucir con tal motivo algunas antiguas armas y vestimentas, entre las cuales no es raro (dicen) ver más de una prenda morisca de pura raza....

¡Todavía!—¡Y eso que la *Alpujarra* ha sido objeto de mil escrupulosos expurgos, no sólo de parte de los inquisidores del siglo XVII, sino de los anticuarios y coleccionistas del siglo XIX, representados por sagaces prenderos, vulgo *baratilleros*, granadinos!—¡Ah! Los pueblos son como el mar: á lo mejor se halla en su fondo tal ó cual mísero resto de antiquísimos naufragios.

El camino que seguimos (¡á cualquiera cosa se le llama *camino* en la *Alpujarra!*) para ir de Mecinilla á *Jorairátar* es el más imaginario y menos real que recuerdo haber andado en toda mi vida. Básteos saber, como muestra, que llegó el caso de tener que pasar, no ya por una estrecha repisa tallada sobre un abismo, como cuando bajamos á la *Cueva de los Murciélagos*, sino por donde no había repisa siquiera, entre una altísima pared cóncava y un espantoso derrumbadero.....—Y digo que ni siquiera había repisa, porque la senda que se destacaba ligeramente de aquella pared (más como pintada que como esculpida en ella), era una especie de chaflán vaciado hacia la hondura transversal pendiente, que apenas interrumpía la oblicuidad general de la ladera.....

¡Me parece estar viendo todavía aquella vereda puesta de canto, de treinta ó cuarenta metros de longitud, trazada en un resbaladizo muro de color de ceniza!..... Y recuerdo el asombro con que los forasteros nos detuvimos, exclamando:

—¡Por aquí no se puede pasar!

—Sí se puede. ¡Adelante!—contestaron los alpujarreños.—Nosotros pasamos todos los días.

—Nos apearemos entonces.....

—¡Fuera peor! Se les iría á ustedes la cabeza.—No hay más que dejar á los caballos que se las compongan á su modo.

Pero ¿dónde van á poner los pies los caballos? ¿Han de andar por la pared, como las lagartijas?

—Los caballos no quieren matarse.—Entréguense ustedes á su instinto.—Cuando ellos conozcan que no deben seguir, no darán un paso más.

—¿Y entonces? ¿Cómo retrocederemos?

—¡Ah! Entonces..... entonces.....—Pero ¿á qué hablar

de lo que no ha de suceder?—¡Miren ustedes cómo se pasa por aquí!.....

Y el que así dijo metió espuelas.

El caballo vaciló antes de echar á andar; luego marchó con mucho tiento, cruzando las manos y los pies cual si fuera zopo y sosteniéndose sobre el filo de las herraduras; pero, llegado que hubo á la mitad del mal paso, ó sea á lo más grave del peligro, se paró con la mayor calma y asomó la cabeza al despeñadero, como para medir su profundidad.....—¡Aquel momento, fué horrible!.....—Hecho esto, siguió andando y pasó.....

Excusado es decir que todos los caballlos y mulos fueron pasando lo mismo.—No hay cosa peor que un mal ejemplo.

Á la otra banda del *Arroyo de Mecinilla*, cruzamos por delante del llamado *Castillo de Juliana*, del que sólo quedan en pie tres ó cuatro ángulos sueltos de otras tantas hundidas torres.

Nadie sabe á la presente, ó á lo menos yo no he podido averiguar, qué *Castillo* ni qué *Juliana* fueron aquellos.—*Periit memoria eorum cum sonitu*, dice la sagrada Escritura.... Pero es aun más triste y miserable que el *sonido* esto de que el nombre sobreviva á la memoria. Y no otra cosa acontece con la tal *Juliana*, á pesar de haber tenido por cenotafio toda una fortaleza [1].

1 Hurtado de Mendoza cree que este Castillo recuerda la memoria del traidor Conde D. Julián, que poseía en este terreno algunos Estados. Mármol no hace siquiera mención del *Castillo de Juliana*.

Según me informa en carta particular el ilustre escritor D. Aureliano Fernández-Guerra, «este nombre parece aludir á una villa Juliana; pero también pudo ser de una iglesia visigótica, erigida para guardar alguna reliquia de aquel Mártir de Bitinia que tanta devoción inspiro á España desde el siglo VI.»

Resultado: que no se sabe cosa alguna sobre el particular, como tampoco se sabia hace ochenta años, cuando el Cura de *Torbiscón*, D. José Dionisio Granados, enviaba datos al Académico de la Historia, D. Tomás López, para el Mapa del Reino de Granada, entre los cuales sólo venía una mención muy vaga de tal Castillo.

Cuando nosotros pasamos por allí, algunos perales en flor alegraban con su juventud aquellas melancólicas ruínas, despojadas por el tiempo hasta de historia..... Es cuanto puedo declarar y la verdad, advirtiéndoos que, según mis cálculos, las cosas continuarán ya así indefinidamente: expuestos los escombros del Castillo á la indiferencia pública, como cadáver insepulto que la justicia humana no consigue identificar, y los perales dando peras, á falta de noticias, al dueño de tan romántico paraje......

. . . .

Entregados íbamos á estas y otras consideraciones filosóficas, cuando renovadas dificultades del camino llamaron nuestra atención á más próximos cuidados; entre ellos, al de no perecer por el momento, bien que á la postre tuviésemos que morir algún día..... ¡Nos acercábamos á *Jorairátar*, y *Jorairátar* está metido en los mismísimos infiernos! Allí se arremolinan, antes de espirar al pie de *Sierra Nevada*, las últimas estribaciones de la *Contraviesa* y del *Cerrajon de Murtas*, formando una especie de reducto de agrias y rotas peñas, cuyo aspecto tiene algo de terremoto en acción. Hondas grietas, negros tajos, quebrantados riscos, desgajados peñones, todo se ve allí confundido, dislocado, acumulado, superpuesto, como en una derruida obra de titanes..... ¡Nada más terrible y majestuoso!

Sobre el mismo pueblo hay un enorme peñón desprendido, suelto, amenazante, próximo siempre á caer y aplastarlo todo.....—Los Alpujarreños lo llaman antonomásticamente, y como en son de lúgubre vaticinio, el *Peñón de Jorairátar*.—¿Quién lo subió á aquella altura?—Yo quiero creer que Sísifo en persona, y que la inmensa mole no tornó á rodar á lo hondo, porque en aquel crítico instante *los dioses se fueron*..... y Sísifo quedó indul-

tado *ipso facto*—como todos los demás penados del paganismo cuando se descubrió que Júpiter era un dios de mentirijillas.

Pero todavía no me explico cómo *Jorairàtar* fué fundado, á sabiendas, debajo de aquella espada de Damocles.....—¡Bien es verdad que, aun hoy mismo, al pie del Vesubio, se reedifican puebios que siete veces destruyó la lava!.....—Por lo visto, puede aplicarse al *temor* lo que Horacio dijo de la *esperanza:*

Vitæ summa brevis spem nos vetat inchoare longam

Jorairàtar, á donde al fin llegamos con vida, tiene 1.900 habitantes.

Su riqueza principal consiste en la cosecha de aceite, del cual hay allí varios molinos—cuyo nombre propio de *almazaras* siento que vaya estando en desuso en muchas provincias de España.

Produce además bastante vino, y tiene muchísima arriería, aunque ni lo uno ni lo otro hasta el extremo de competir con el poderoso *Murtás*.....

Y aquí terminan mis datos estadísticos.

Encima del pueblo se ven aún las ruinas de un Castillo moro.—Así nos lo contaron, al menos..... Nosotros no las visitamos.

Y, á propósito de Moros: en *Jorairàtar* hay también función de *Moros y Cristianos* el día de la fiesta del pueblo;—lo cual quiere decir que allí se juega con recuerdos históricos como el siguiente:

Cuando se alzaron los Moriscos de aquel Lugar, y los *Monfíes* tenían ya reunidos en la iglesia á todos los cristianos para matarlos, el Beneficiado Francisco de Nava-

rrete, varón muy estimado por sus virtudes aun entre la misma gente agarena, pidío la gracia de *doce horas más de vida*, tanto para él como para sus infelices compañeros.

Accedieron á ello los Moriscos, aplazando la ejecución hasta la siguiente mañana, y el Beneficiado aprovechó aquellas doce horas para confesar á sus fieles y disponerlos, por medio de un sermón, á una muerte cristiana.

«El tiempo que le sobró de la noche (añade la Historia) estuvo de ro»dillas, puesto en oración, pidiendo al cielo misericordia de sus culpas.»

Llegado con el día el momento del sacrificio, los verdugos, queriendo dar otra muestra de afecto y reverencia á tan digno sacerdote, preguntáronle qué clase de muerte prefería.

—Degollado—contestó el noble mártir.

Y degolláronlo efectivamente.

Con el sacristán no fueron tan considerados.

«Al Sacristán (dijeron los Moriscos), que con muncho cuidado apuntaba la falta de los que no íbamos á misa los domingos y días de fiestas, y castigaba á los muchachos que no querían aprender la doctrina cristiana, cuando estaba borracho, quitadle asimesmo la cabeza y echadla en una tinaja de vino, y entregad después el cuerpo á los muchachos para que le den tantas pedradas como él dió azotes.»

«Dicho esto (concluye Mármol), los enemigos de Dios ejecutaron luego la inícua sentencia.»

¡También era aquello jugar á *Moros y Cristianos!*

Pero vamos á otra cosa.

El nombre de *Jorairátar*, áspero y feroz como el terreno convulso que lo lleva, despertó aquella mañana profundos ecos en mi memoria y en mi corazón, haciéndome recordar los primeros años de mi vida.

Era yo, en efecto, muy niño, cuando una noche siempre triste, la Noche de todos los Santos, víspera del día de Difuntos;—allá en lo alto de *Sierra Nevada,* á mitad de camino entre la *Alpujarra* y Guadix, en la Venta del Puerto de Ferreira, donde estaban detenidos varios trajinantes, á causa de la mucha nieve que caía — un hombre terrible, aceitero de oficio, llamado por el vulgo el *Tuerto de Jorairàtar*, había matado malamente, de una puñalada alevosa y atroz, á otro pasajero, natural de Lorca, dejándole clavado en la mesa en que cenaba con él.

Aquel asesinato fué muy sonado en Guadix, cuyo Juzgado siguió el consiguiente proceso, y sobre todo en mi casa, por ciertas razones especiales.—Pasé yo, pues, mucho tiempo oyendo hablar á todas horas de tan bárbara escena; y aquella fúnebre y clásica noche, aquella Venta solitaria, incomunicada por la nieve con el resto del mundo, aquel matador, aquel cadáver y aquellos testigos (que siguieron allí encerrados y juntos otros dos días), aquella circunstancia de ser tuerto el asesino, y aquel salvaje nombre del pueblo de su naturaleza....., todos los accidentes, en fin, del sangriento crimen, excitaron de tal modo mi imaginación infantil, que la palabra *Jorairàtar* llegó á parecerme sinónima de *infierno.*

Pero es más..... (y ved cómo se compaginan y á la postre forman una sola novela los incongruentes episodios de la vida humana). Entonces se presentó en Guadix un distinguido caballero alpujarreño, joven y brioso, natural de *Jorairàtar,* á fin de amparar en su triste situación al encarcelado reo, ahijado y antiguo servidor de su familia; y estuvo en mi casa; trabó amistad con mi buen padre; lográronse perdones; impetráronse gracias, y con todo ello se consiguió que el Tuerto, en

lugar de ser ajusticiado, fuese á presidio por *diez años con retención*—que era en aquel tiempo la pena inmediata á la de muerte.

Pues bien: al cabo de más de treinta años de no haber vuelto á parecer por Guadix aquel caballero ni sabídose más de él en mi casa, y cuando ya habían pasado nueve desde que mi amado padre cerró los ojos á este mundo; al llegar yo á *Jorairátar*, en virtud de contingencias de mi propia vida, y preguntarle al respetable anciano en cuya casa estábamos convidados á almorzar «si tenía idea de un joven (de cuyo nombre no me acordaba) que en tal año fué á Guadix á interesarse por un reo, etc., etc.», hallême con la siguiente contestación, que me llegó al alma:

—¡Aquel joven..... soy yo! Y yo sé que V. es hijo de un amigo mío, de quien no tengo noticias hace más de treinta anos.....

. . . .

Enterado que hube al anciano de la melancólica parte que correspondía á la *eternidad* en aquel período de *tiempo*....., fijóse la conversación en el sangriento drama de la Venta de Ferreira.

—¿Y qué fué del Tuerto?—pregunté.

—Estuvo muchos años en presidio..... (respondióme nuestro anfitrión), y, al cabo de ellos, vino á *Jorairátar*; dedicóse entonces á las labores del campo, dando muestras de arrepentimiento y hombría de bien; pero no le favoreció la suerte, y hace muy pocos meses que ha muerto sumamente viejo, pobre y desdichado.....—Ya llevaba algún tiempo de vivir de la caridad pública.

Yo respiré, cual si despertara de una pesadilla.

Y, desde aquel momento, *Jorairátar* me pareció menos lúgubre y espantoso.

Mucho contribuyeron también á ello las cariñosas atenciones de nuestro huésped, la dulce presencia de sus hijas, la alegría que reinó en el almuerzo y la riente hermosura de aquella mañana de Primavera, que inundaba de luz y embalsamaba con su aliento la gozosa estancia en que tan claros habían reaparecido á mis ojos los distantes días de la niñez.....

Por lo demás, nuestro huésped de *Jorairàtar* era el hermano mayor, en armas y en edad, de nuestro huésped de Albuñol, lo cual explica también nuestra presencia en aquella casa.—El caudillo de la Costa nos había enviado al caudillo de la Montaña, escribiéndole antes una de aquellas cartas á lo Pérez de Hita, medio árabes, medio españolas, con que los alpujarreños de una misma sangre se confieren y delegan el alto ministerio de la hospitalidad respecto de tales ó cuales peregrinos.....

Lo mismo hacían los frailes en la añeja España; por lo que las personas aceptas á una Orden religiosa podían recorrer toda la Península de Convento en Convento, sin necesidad de ir á dar con sus huesos en ninguna posada de mala muerte.....—Y lo propio ocurre en el Desierto de Sahara, donde es frecuentísimo que las caravanas vayan precedidas de un emisario del Jefe dominante en cada región, á fin de disponerles..... lo más difícil ó imposible de hallar por el dinero así en el África de siempre como en la España de ayer, como en la *Alpujarra* de hoy: un alojamiento más soportable que la *Posada del Francès* de Órgiva.

De todo lo cual se deduce que el actual prurito europeo de establecer en todas partes buenos *hoteles*, fondas y *restaurants* traerá consigo la desaparición absoluta de los santos placeres de la hospitalidad activa ó pasiva.

¡Es la triste ley de estos tiempos! Nuestra época parece encargada por el Antecristo de acabar con las más puras satisfacciones del alma humana.....

—«*¡Dad posada al peregrino!*».....—decían ayer el Catecismo cristiano..... y el moro.

—«*¡Que se vaya á la fonda!*».....—contestarán mañana moros y cristianos.

Y tendrán razón hasta cierto punto.

A las cuatro de la tarde; es decir, dos horas después de lo establecido en el programa del día, salimos de *Jorairátar*, totalmente reconciliados con aquel fiero Lugar, donde tan bien lo habíamos pasado todos..... y yo particularísimamente.—¡Es muy dulce poder reir de corazón después de haber llorado dentro del alma..... y es más dulce todavía heredar amistades de nuestros padres.....;—herencia bendita, que viene á ser un reflejo de su honra!

Decía que salimos de aquel pueblo con dos horas de retraso. Resultó, pues, que por mucho que apretamos á las cabalgaduras, ya obscurecía cuando dimos vista á *Cojáyar* —lo cual consistió también en que rodeamos mucho....., á fin de pasar por el *Cortijo de los Naranjos*.

. . . .

Cojáyar es un lugarcillo de 579 habitantes, dependiente de Jorairátar en lo eclesiástico, y famoso por unos riquísimos higos que constituyen su principal cosecha.—El Patrón del pueblo es San Antonio, pero se celebra el 9 de Septiembre.—Y no sé más.

Tampoco puedo decir cosa alguna del aspecto exterior de *Cojáyar;* puesto que, mientras nosotros subimos desde la estrecha Rambla de su nombre al alto

cerro en que está situado, hízose noche completa, y por cierto una noche tan obscura como boca de lobo.

En cambio, mucho y muy bueno pudiera contar de la agradabilísima velada que pasamos en casa del excelente amigo con quien estábamos citados..... (Y digo *velada*, porque fueron cerca de tres horas las que estuvimos allí, en medio de su familia, esperando á que saliera la luna para continuar nuestro viaje.....)—Pero me reduciré á meras indicaciones de los componentes de aquel cuadro, tal y como en este momento se lo representa mi memoria.

Figuraos todas las tinieblas nocturnas sobre los misteriosos montes de la *Alpujarra;* figuraos, en uno de los negros pliegues de esos montes, un pueblo solitario, casi desconocido del mundo, sin alumbrado ni sereno, cual si fuesen ya las dos ó las tres de la madrugada; figuraos una casa de ese pueblo, cerrada y muda como todas las demás, y al parecer invadida, si no por la muerte, por su hermano el sueño; y figuraos, en fin, dentro de esa casa una tertulia como la del mundo civilizado; su camilla con brasero, su alegre quinqué, una amabilísima señora, cuatro señoritas á cual más guapa y más discreta, un afortunado novio (que hoy ya es marido), delicadas labores, libros modernos, chispeantes conversaciones, amor en unos ojos, en otros melancolía, en otros jubilosa indiferencia, sonrisas en todos los labios, buenas ausencias hechas á personas queridas (por quienes luego hemos emparentado aquellas damas y yo), y, en el fondo del cuadro, unos viajeros que aguardan la salida de la luna para seguir su peregrinación á través de espantosos breñales y del frío y desamparo de la noche.....

Así fué: á cosa de las nueve nos avisaron que la *Casta Diva* había aparecido en el humilde horizonte de *Cojá-*

yar.....; y, acompañados de ella, ó más bien acompañándola nosotros en su melancólico viaje; después de darnos muchas veces por muertos en los malos pasos que ya conocéis, y sobre todo en la famosa vereda puesta de canto y en las cuestas de *Mecinilla*, llegamos al fin á *Murtas* sanos y salvos, y muy satisfechos de nosotros mismos, aunque yertos de frío, rendidos de cansancio y cayéndonos de sueño.

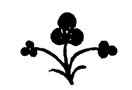
Eran las once y media de la noche.

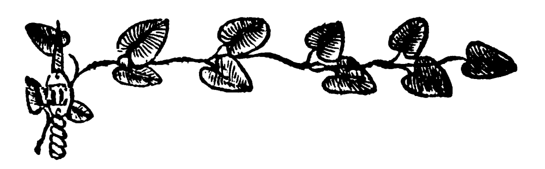
. . . .

—¡Orden del día para mañana! (díjose entonces más militar que parlamentariamente):—Levantarse al romper el día.—Oir Misa de alba..... (era Domingo, y *Domingo de Ramos*, por más señas).—Montar á caballo al salir el sol.—Viaje á *Turón*.—Almorzar allí.—Excursión á *Adra*.—Caminata por la orilla del mar.—Llegada á *Albuñol*....., etc., etc.

Total: ocho ó nueve leguas de camino.—Pero ¡qué leguas tan bien empleadas! ¡Qué seductora perspectiva!—¡Al fin íbamos al mar!..... ¡Cómo deseábamos que amaneciera!

FIN DE LA PARTE CUARTA.





PARTE QUINTA.

LA ORILLA DEL MAR.

I.

Cortijeros y cortijeras.—De *Murtas* á *Turón*.—Acerca de los higos.—De cómo mi primo *clavó clavos*.

Asomó al fin *por las doradas puertas del Oriente*, que se decía en mejores tiempos, el día de nuestro viaje al mar.—Llegó, sí, aquel día tan suspirado—y transcurrió;—y desapareció muy luego para siempre, como todos los de nuestra falaz existencia.....—Pero en verdad os digo, aunque ello os parezca inverosímil, que, si grande es el entusiasmo con que lo vimos amanacer, mayor es aún la satisfacción con que lo recuerdo en este instante.—¡Tan lejos estuvo de defraudar nuestras esperanzas, y de aventuras tan honrosas (para nuestros caballos especialmente) es hoy memorable fecha!

Mas procedamos con el debido orden; á cuyo efecto, volvamos á principiar este capítulo.

. . . .

Cuando salimos de *Murtas*, que no fué tan temprano

como se había dispuesto la noche anterior, entraban en el Lugar numerosas bandadas de hombres, mujeres y niños, unos á pie, otros en mulos, jumentos ó caballos, y todos vestidos con esmero.—Era la población de los 107 cortijos antes mencionados, que acudía á la *Función de las Palmas*, ó sea á la *Misa de los Ramos*, como allí se dice.

En aquellas alturas hacía un frío espantoso. Las campesinas llevaban, pues, echada sobre la cabeza, á guisa de manto, la falda del zagalejo; y, como quiera que los tales zagalejos están todos forrados de bayeta verde, amarilla ó encarnada, y debajo de ellos aparece otra saya de la misma tela, y por lo general del mismo color, aquellas mujeronazas, airosas y gallardas de suyo, resultaban sumamente bellas y elegantes....., suponiendo que se las considerase desde el punto de vista artístico..... y desde lejos, por añadidura.—Ya que no la estatuaria gentil, traían á la imaginación la pintura mural cristiana, ó sea aquellos grandes frescos en que tan frecuente es ver vestidas de un solo color las épicas mujeres de la Biblia.—En cuanto á los cortijeros, llevaban una especie de tabardo, y sombrero de extensas alas.—Con semejante equipo, más parecían soldados de Felipe II que descendientes de los Moros.—Y á la verdad, su abolengo era aquél y no éste, como ya demostraremos en su día.....

Pero tampoco va ahora la relación á mi gusto.—Principiemos por tercera vez.

. . . .

El camino de Murtas á *Turón* se reduce casi todo á una pendientísima cuesta, de tres cuartos de legua de longitud, que termina en la Rambla de este último nombre.

Nosotros, previo el oportuno acuerdo, anduvimos á

pie aquellos tres cuartos de legua, *á fin de entrar en calor;* lo cual no fué maravilla que consiguiéramos al poco rato; pues, á medida que descendíamos, subía la temperatura, adelantaba la Estación, cambiaba la flora y se enriquecía la fauna.....; de modo y forma que, cuando llegamos á lo hondo, nos vimos rodeados de tropicales pitas y otras plantas costeñas..... ¡y de moscas de 1872!

(¡Ahora es cuando va esto en regla!)

Una vez en aquella calurosa *Rambla,* montamos á caballo; y, en la primera trotada, recorrimos como un kilómetro de sus gruesas arenas; en la segunda, bastante más difícil, subimos á un empinado monte; y, ya en lo alto de él, descubrimos que, á la parte opuesta, es decir, á la parte del Mediodía, estaba hendido de alto abajo por una frondosísima cañada, llena toda de verdura, de árboles en flor y de seculares higueras.....

¡Eran las ilustres higueras de *Turón!*

Nosotros no pudimos menos de saludarlas con profundo respeto. ¡Llevábamos tantos años de admirar sus productos, sus obras, sus hijos..... (sus higos he querido decir!)—Sentimos, pues, al verlas una emoción análoga á la del viajero que visita en escondido villorrio á la modesta madre de algún célebre hombre público.

Por lo que toca á los higos en sí, su reputación no puede ser más merecida, y yo espero que con el tiempo salve los Pirineos y se extienda por toda Europa.—Son más chicos que los de Smirna y mayores que los de Cosenza, y, por su delicadeza y dulzura, recuerdan los de *Tusculum,* tan celebrados por el Cónsul M. T. Varron en su libro *De re rustica* y tan apreciados todavía en los mercados de Roma con el nombre de *Higos de Frascati.*—Sabido es que Frascati ocupa el mismo lugar

en que existió la antigua Túsculo.—En cuanto al paladar de los hombres, se ve que siempre es el mismo.

Macrobio, *Præfectus cubiculi* de Teodosio el Joven, hace notar en sus curiosísimas *Saturnales*, que la higuera es el único frutal que no echa flores, y luego clasifica á la *higuera blanca* entre los árboles de buen agüero y á la *higuera negra* entre los árboles fatídicos protegidos por los dioses del Averno.—Afortunadamente para *Turón*, allí se dan lo mismo los higos blancos que los negros, y, por consiguiente, sus habitantes no se hallan..... indefensos del todo, sino, á lo sumo, en la llevadera situación en que el maniqueismo nos suponía á todos los humanos.

Mucho más cómodo fuera, sin duda alguna, para los moradores de *Turón* no tener que habérselas sino con higueras blancas, como los Maniqueos se habrían alegrado de que el Principio del Bien reinase sin rival en el mundo; pero ¡ah!..... la felicidad absoluta es imposible aquí abajo—y hasta sería inconveniente, según nuestra Sagrada Teología.—Continuemos, pues, viviendo y escribiendo.

Aquella fértil y deliciosa cañada sirve como de triunfal *avenida* á *Turón*, y, desde que se entra en ella, forma uno completo juicio de la riqueza del lugar á que conduce, como las hileras de monumentos y sepulcros de la *Via Apia* anunciaban antiguamente al viajero todo el poderío y majestad de Roma.

Turón, adonde llegamos á las diez (cuando, según el programa del día, debíamos de haber llegado á las ocho), tiene 2.903 habitantes, inclusos los de la Cortijada de *Guarea*, que consta de veintiuna casas, y los del caserío de *Diëtar*, que se compone de catorce. Es pueblo sumamente alegre, de apacible temperatura, defendido á un propio tiempo de los vientos del Norte y de

os de África por los cerros que lo rodean, y más costeño ya que serrano.—Además de sus clásicos higos, produce almendras, trigo y cebada. También beneficia minas de plomo. Y, en fin, su nombre tiene el alto honor de ser de origen latino:—TUROBRIGA, diz que se llamaba antaño.

Debido quizás á esta romana etimología, los Moriscos turonenses se singularizaron entre todos los de la *Alpujarra* por la benignidad con que trataron á los Cristianos el día del Alzamiento de aquel lugar.....

«Los del lugar de *Turón* (dice la Historia) recogieron diez y ocho cristianos que allí vivían, y porque los Monfíes no los matasen, los acompañaron hasta Adra y los pusieron en salvo con todos sus bienes muebles.....»

Ahora: si más adelante los islamitas de aquel pueblo quitaron la vida al famoso Capitán Diego Gasca, ya hemos visto que se les dió harto motivo para ello. Y bien caro les costó; pues (según la Historia añade)

«..... los soldados que se hallaron presentes mataron luego al matador y á los que con él estaban; y se airaron tanto viendo el desdichado suceso de su Capitán, que sin otra consideración tocaron arma á gran priesa, y, dando igualmente en los vecinos armados y desarmados, mataron ciento veinte de ellos, y robaron el lugar, captivaron todas las mujeres y niños, y, dejando ardiendo las casas, volvieron á su alojamiento y repartieron la presa.....»

¡Mal año para las higueras blancas!

. . . .

Admirablemente lo pasamos en *Turón*: tan admirablemente, que, cuando caímos en la cuenta de que teníamos que continuar nuestra jornada, eran ya las dos de la tarde.....—¡Las dos de la tarde..... y, según el programa primitivo, debíamos haber salido de *Turón* á las diez ó las once de la mañana!

Los verdaderamente perjudicados por un retrase tan considerable, éramos mi primo y yo.—Á los demás ex-

pedicionarios les sobraba todavía tiempo para realizar sus planes y cumplir sus compromisos, reducidos á trasladarse directamente de *Turón* á *Albuñol*, distante de allí unas tres leguas, y á llegar á esta villa antes de las ocho de la noche.—Así es que fumaban tranquilamente, arrellanados en sendas butacas.....—¡Pero nosotros teníamos necesidad, capricho, voto, palabra comprometida, resolución formada, de ir á *Adra* aquel mismo día, amén de tanta obligación como los demás de estar en *Albuñol* á las ocho en punto, si no queríamos ser los últimos de los huéspedes, de los comensales, de los amigos, de los caballeros y de los hombres!.....

Es decir, que nosotros, para acudir á ambas partes, y, suponiendo que sólo nos detuviéramos una hora en *Adra*, tendríamos que andar ocho leguas en cinco horas..... ¡por caminos alpujarreños!.....

—¡Imposible, señores, imposible! (nos dijeron los hijos del país).—No les queda á ustedes más remedio que renunciar á una de las dos cosas: ó á ir á *Adra* esta tarde, ó á estar en *Albuñol* á las ocho.

—¡Cómo imposible! (prorrumpí, lleno de asombro y de despecho). ¿Nos creen ustedes unos mandrias á los del otro lado de la Sierra, porque hemos nacido en terreno llano?

—¡Completamente imposible, á menos que hubiesen ustedes nacido águilas!

—¡Conque es imposible! (volví á exclamar desesperadamente). ¡Y me lo decís ahora!

Aquellos crueles se encogieron de hombros, sin poder disimular la risa.—Mi desesperación era para ellos un triunfo. Desde por la mañana temprano habían estado prediciendo que los *novicios* acabaríamos por renunciar á aquel descabellado proyecto de ir á *Albuñol* pasando por *Adra*.

—¡Estoy perdido!.....—me dije, pues, con desconsuelo.

Y miré en torno mío, como buscando un rincón del mundo en que ocultar mi vergüenza.

Entonces observé que unos ojos estaban fijos y como clavados en mí desde lo hondo de la sala, con expresión indefinible.....

Eran unos grandes ojos moriscos, llenos de luz y de energía, que indudablemente me interpelaban, me reconvenían, me pronunciaban un discurso, protestaban, en suma, contra todo lo que allí se estaba hablando.....

Eran los ojos de mi primo;—de aquel primo mío, *más semítico que jafético*, que me acompañaba desde las orillas del Genil, y á quien ya califiqué, en la Primera Parte de esta obra, de «*camarada tradicional é indispensable de mis reiteradas excursiones á caballo por aquella Provincia.*»

Eran los ojos de mi primo PEPE;—que no es mi primo en realidad; pero á quien considero hace veinticinco años como un hermano del corazón, según que también expuse entonces, y acerca del cual añado ahora que, si llego á sobrevivirle, no montaré á caballo nunca sin rezar un Padre Nuestro por su alma de moro bautizado.

¡Eran, sí, sus ojos los que relucían en el fondo de la sala!

Tan luego como reparé en aquella mirada fulgurante, me acerqué á él con cierto disimulo; hícele seña de que me siguiese, y, llegado que hubimos á la pieza inmediata, le hablé y me contestó en estos términos:

—José, tú tienes algo que decirme.....

—Sí.

—Y lo que tienes que decirme es que *tú* y *yo podemos* ir á *Adra* esta tarde.....

—¡Sí!

—Y estar en *Albuñol* á las ocho de la noche.....

—¡Sí!!

—Probando de este modo á los hijos de la *Alpujarra*.....

—¡Sí!!! ¡Sí!!!

—Que aun hay hombres capaces de hacer marchas como las de ABEN-HUMEYA.....

Mi primo se contrajo como un epiléptico al oir estas palabras; volvióse rápidamente hacia una pared; dió en ella dos ó tres golpes con el puño, cual si *clavase un clavo*, y repitió, con el acento de un entusiasmo arrebatador:

—¡Eso! ¡Eso! ¡Eso!

—Pues calla, y sígueme.

Siguióme sin rechistar.

Cuando mi primo *clava clavos*, todo está dicho.

Bajamos á la cuadra, y nos pusimos á arreglar nuestros caballos sin ayuda de nadie.

Pero en tal momento se nos presentó aquel viejo del Albaicín que desempeñaba el alto cargo de *Criado Mayor* de la expedición, y nos dijo, medio riendo y medio llorando:

—Yo quiero ir con ustedes.....

—¿Á dónde?

—Á *Adra* y ¡al fin del mundo!—Yo sé el camino de la Costa.

—Pues ¿quién le ha dicho á usted que nosotros vamos á *Adra?*—exclamó mi primo.

—Yo, que me lo he figurado.

—¡Mal hecho!

—No lo he podido remediar, D. José.

—Á propósito, Pepe..... (dije yo entonces):—¿Conoces tú el camino?

—No tiene pérdida..... ¡En bajando siempre, de fijo llegaremos al mar!.....

—Eso es indudable.....—repuse filosóficamente.

—¡Á lo menos, así viajan los hombres *de nuestra hechura!*—añadió él con toda la gracia que Dios le ha dado.

—¿Y el camino de la Costa, desde *Adra* á la *Rábita?* ¿lo conoces?—le pregunté, mirándolo de hito en hito.

—¡Tampoco!—Pero, en siguiendo la orilla del mar hacia Poniente.....

—No me digas más..... — Pues, señor: veo que los años no pasan por ti.....—exclamé, abrazándole.

—Sin embargo..... (observó el Criado): hay *puntas* muy malas que evitar, y hace falta conocer las sendas que las atajan....., máxime viajando de noche, como ustedes viajarán desde la *Torre de Guarea* en adelante.—Pero yo conozco toda la *Costa.....*, por haber sido Carabinero.....

—¿Carabinero, ó contrabandista? — preguntó mi primo.

—Las dos cosas, D. José.

—¡Pues á caballo, abuelo..... (grité yo); y no diga ni una palabra á nadie!—Nosotros, Pepe, saldremos por la puerta del corral como D. Quijote.

—Me parece muy bien. Pero, antes, debemos dejar un recado á esos inicuos.

—Es verdad. ¡Así no detendrán su marcha por esperarnos!—Lo mejor es escribirles.

Y, diciendo y haciendo, escribimos con lápiz en una tarjeta las siguientes líneas:

«Son en *Turón* las dos y diez minutos.—Salimos para *Adra.*—Procuren ustedes llegar á *Albuñol* antes que nosotros.

Dos Moriscos.»

Como véis, el desafío era horrible. ¡Teníamos que morir ó vencer!

Entregamos la tarjeta á otro criado; montamos á caballo, y partimos.....

Cuando ya íbamos andado, oímos la voz de los alpujarreños, que nos gritaban desde un balcón:

—¡Hasta mañana, caballeros! ¡Buen viaje! ¡Que duerman ustedes bien en *Adra!*

—¡Hasta esta noche á las ocho! — respondimos nosotros melodramáticamente.

Y metimos espuelas.

II.

Viaje aéreo.—Vista de *Berja.*

No hay hombre cuerdo á caballo.
(*Adagio español.*)

Una vez fuera de Turón, nuestro primer cuidado fué repartir el tiempo de que podíamos disponer.

—De aquí á *Adra* (dijimos) hay tres leguas de montaña, con muchas más cuestas abajo que cuestas arriba, lo cual es gran inconveniente para correr á caballo..... No podremos, pues, andarlas en menos de tres horas; y eso, apretando muy de veras.—Pongamos tres horas menos cuarto.—De *Adra* á *Albuñol* hay cuatro leguas, casi todas de playa ó rambla, con algunas puntas ó promontorios que bajar y subir..... — Supongamos que las andamos en dos horas y media, aunque en la arena se camina detestablemente..... — Nos quedan treinta minutos que dedicar á *Adra*, á fin de ver al amigo que

nos espera, documentar nuestro paso por allí, y dar algún descanso á los caballos.....—¡Poco es! Necesitamos ganar otro cuarto de hora desde aquí hasta *Adra*, yendo en dos horas y media.....

—¡Imposible! (exclamó el antiguo Carabinero). ¡Todo lo que han dicho ustedes es imposible!

—¡Anciano! Eso..... ya nos lo advirtieron los renegados de Turón..... (contestó mi primo). — ¡Pero precisamente se trata de hacer imposibles! — Son las dos y cuarto.....—¡Á las cinco menos cuarto en..... *Adra!*

—¡Encomiéndese usted á Dios, abuelo!—añadí yo, por vía de resumen.

Y pusimos los caballos al galope.

Afortunadamente, éstos eran ya muy maestros en punto á caminos de la *Alpujarra*. De lo contrario, no hubiéramos podido, ó habría sido peligrosísimo para ellos y para nosotros, hacerles trotar y galopar por donde trotaron y galoparon aquel día; que fué (para decirlo de una vez) *por todas partes;* cuesta abajo, cuesta arriba, sobre peñascos, entre breñas, por altas cumbres y por inclinadísimas laderas de espantosos derrumbaderos.....

Sin embargo, pronto nos dimos cuenta de que no adelantábamos todo lo que queríamos, todo lo que necesitábamos.....—En primer lugar, á lo mejor, teníamos que bajar trancos ó peldaños de escaleras naturales que conducían á los profundos infiernos, y por las que no se podía menos de ir al paso..... — En segundo lugar, nos perdimos una vez, tomando la senda de un cortijo por el camino de *Adra*.—Y, en tercer lugar, hacía mucho viento, lo llevábamos de cara, y su violencia era horrorosa en las desamparadas cimas de aquellos montes, últimos ya del Continente, y, como tales, entregados á toda la saña de los vendavales marinos.

Pero nosotros no cejábamos por eso...... Quiero decir, nuestros caballos no cejaban. Antes parecían poseídos de un vértigo, ó enterados de lo que ocurría.—Así es que volaban materialmente.

Algunas veces, y á causa de las revueltas del camino, les cogía el aire de flanco..... Entonces corrían de bolina, como los buques; esto es, medio tendidos hacia el flanco opuesto, con una rapidez y violencia indescriptibles.....

No le iba tan bien al pobre criado. Su caballo valía menos que los nuestros. Así es que empezó por quedarse atrás..... Luego vimos volar un sombrero, arrebatado por el aire..... En seguida desapareció el jinete, sin duda en busca del sombrero, y ya no divisamos más que el caballo, atado á una chaparra..... allá..... en una loma que nosotros habíamos pasado hacía algunos minutos..... Y, por último..... (esto es cruel, pero cierto), no volvimos á saber más ni del sombrero, ni del jinete, ni del caballo;—hasta que, al día siguiente por la tarde, presentóse en *Albuñol* el antiguo Carabinero, á pie, con un pañuelo atado á la cabeza y llevando á remolque al pobre animal, que se había quedado cojo para toda su vida.

Pero volvamos á nosotros.—Nosotros corríamos, como digo, en lucha con el viento, á una altura inmensa sobre el nivel del mar, y ya muy próximos al fin de la Tierra..... ¡No se concebía que hubiera medio humano de bajar de donde estábamos á donde teníamos que bajar efectivamente! ¡Parecía más bien que nos proponíamos lanzarnos á los ámbitos del aire cuando *se nos acabara* la Península, alta por allí como una inconmensurable ciudadela!.....—Ello es que marchábamos, casi rectamente ya, por las elevadísimas mesetas de una serie de lomas, con dirección al Mediterráneo,

cuya soledad azul se dilataba á nuestros pies, á modo de campiña sin límites vista desde las murallas de encumbrada ciudad.....

¡El mar! ¡El mar! Su olor, sus brisas, su frescura, su movimiento, su ruido..... ¿Á qué deciros más? ¿No encierran estas palabras un poema?

Y, sin embargo, aun el demonio de la poesía tentaba mi imaginación, mostrándole en otros lados nuevos reinos para el deseo, nuevas lontananzas seductoras.....

De todo ello lo que más atrajo mis miradas, en medio de aquella vertiginosa carrera, fué una hermosísima población que estuvimos viendo sin cesar á nuestra izquierda, al otro lado de un hondo barranco, como á una legua de distancia en ocasiones, amorosamente guarecida en el seno de *Sierra de Gádor*, y rodeada de obscuros bosques, de verdes siembras, de relucientes aguas, de todos los encantos de una naturaleza propicia.....

Era la acaudalada *Berja*, la antigua *Virgi* de los Romanos; la *Medina Barcha* de los Moros, aquella de quien se decía hace siglos que *cada casa tenia un jardín*, lo cual acontece también hoy; aquella á quien el gran poeta árabe Ibn-Aljathib llama «sitio risueño para el placer de la vista y lazo de seducción para el pensamiento; nube fecundante, Darain [1] de preciosos aromas, campo rico, harem seguro, hermosura manifiesta y oculta».

—Pepe..... (dije yo á mi primo, corriendo como íbamos:) ¿ves aquel delicioso pueblo que blanquea y reluce á la luz del sol, entre densas masas de verdura, como joya medio escondida en un canastillo de olorosas

1 Nombre de un puerto de Arabia en el Golfo Pérsico, por donde se hacía gran comercio de aromas.—(*Nota del Sr. Simonet.*)

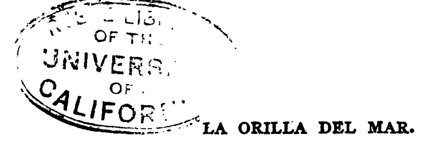
hierbas y gayas flores? Pues es *Medina Barcha*, á cuyas puertas se riñó aquella sangrienta batalla entre el Marqués de los Vélez y ABEN-HUMEYA, en que ambos ejércitos quedaron destrozados, teniéndose que retirar éste á *Válor* y aquel á *Adra*.....—¿No te parece ver todavía correr por aquellos cerros al temerario Morisco, al descendiente del PROFETA, al Rey de la *Alpujarra*, á quien, según dice Hurtado de Mendoza, era fácil distinguir entre todos en lo recio de los combates, *por ir siempre vestido de colorado y precedido de su Estandarte Real?*

—¡Pedro! yo no tengo ojos más que para mirar al sol..... (contestó mi primo:)—Yo no veo más sino que se inclina mucho á Poniente..... ¡Yo no veo más sino que hay que estar en *Albuñol* á las ocho, ó ir á esconder nuestra vergüenza en un monasterio!

¡Pepe! (repliqué yo, poniéndome de pie en los estribos, para mayor solemnidad:) Esas tus nobles palabras pasarán á los siglos venideros. Yo las escribiré en letras de molde, ya que no de oro, con la historia de estas descomunales hazañas que estamos realizando; y, además, para que tu gloria sea completa, te dedicaré el capítulo.—No puedo hacer más por tí.

Mi primo soltó....., primero la carcajada, y luego las riendas; quitóse el sombrero, y, con él y con ambos brazos, dirigió un saludo al firmamento, como haciéndolo testigo de mi generosa promesa.

Entre tanto, su caballo, viéndose libre del freno, salía enteramente desbocado, y el mío detrás de él, sin que por eso se cuidase Pepe de recobrar las bridas; pues tenía de antiguo esta costumbre de abandonarlas en los momentos de gran entusiasmo, y de regir entonces su cabalgadura con las rodillas y los talones, como los jinetes marroquíes.....



¡Yo no sé de qué modo me arrebata más mi primo; si haciendo esto, ó *clavando clavos!*

. . . .

Las tres y media eran cuando trepamos al fin á la última cadena de montes, y empezaron á aparecer ante nuestros ojos, quiero decir, á nuestros pies, las playas alpujarreñas y las almerienses....., *ribeteadas* todas por unas amarillas fajas de arena, á lo largo de las cuales corría la movible orla de blanca espuma de que á su vez estaba *ribeteado* el mar.....

El *Cabo de Gata* á lo lejos; más acá la *Punta de Roquetas*, la de *Balerma* y la de *Dalias;* barquichuelos pescadores en el undoso piélago; grandes buques cruzando en lontananza; la costa de África allá enfrente, como vaga sombra, velada á la sazón por tenue bruma; una inmensidad azul abajo; otra inmensidad azul arriba; el sol eterno, transponiendo del Mediterráneo al Océano, en busca de la remota América.....—he aquí un resumen, tan rápido como las circunstancias lo exigen, de lo que vimos desde aquellas postrimeras cumbres.....

Porque la verdad es que nosotros no pensábamos más que en *Adra*, en verla aparecer, en llegar á ella, en llegar á tiempo..... Sabíamos que estábamos materialmente sobre sus tejados, aunque todavía á media legua de distancia, ó más bien de elevación; pero hasta que la viésemos con los ojos no nos era lícito descansar.....—¡Podía haber cambiado de sitio; podíamos habernos equivocado nosotros y hallarnos á muchas leguas de donde creíamos; podía no haber existido nunca *Adra* sino en nuestra imaginación!

Descubrimos finalmente la misma, mismísima playa que servía de base al encumbrado último cerro de aquella erguida Sierra, y *Adra* no pudo ya por menos de dejarse ver.....—¡Sí! Allí estaba; á solas con el mar;

debajo de nosotros; en un pequeño arenal amarillento; con sus grandes fábricas de fundición, cuyas altísimas chimeneas quedaban muchísimos metros por debajo de nuestros talones; con sus azoteas blancas; con sus ingenios de azúcar; con su empinado Barrio antiguo; con su llano Barrio moderno; con sus casas de un solo piso; con sus campos plantados de caña dulce; con su opulento río á lo lejos, donde se descubre la histórica *Alquería* en que se bañaban los aristocráticos moros de *Berja;* con algún vaporcillo y otros buques de menor cuantía en su desabrigado puerto; con su aspecto, en fin, mixto de ciudad cubana, inglesa y berberisca.....

—¡Loado sea Dios, que nos ha permitido ver á *Adra!*—dijimos entonces, deteniendo los caballos para que respirasen un poco.

¡Eran las cuatro menos cuarto!—¡Habíamos andado más de lo convenido, más de lo imaginable!

Pero aun faltaba lo peor; que era bajar, y bajar de prisa.—¡Es decir, que aquella última media legua (un kilómetro á vuelo de pájaro) podía entretenernos una hora; y, entonces, adiós todo lo adelantado!.....

—¡Pie á tierra! (dijimos, por consiguiente, después de aquel corto respiro.) ¡Ayudemos á los caballos á bajar!

Nos apeamos, en efecto, y nos precipitamos de cabeza por aquel cerro abajo; quiero decir, nos precipitamos *de pies*, sin hacer caso alguno de senderos ni veredas, buscando siempre la línea más recta posible, ora deslizándonos como los torrentes sobre las peñas, ora brincando de una en otra como las cascadas, y arrastrando detrás de nosotros á los caballos—que acabaron también por cerrar los ojos al peligro y dar todos los saltos que les exigieron nuestros imperiosos tirones.—¡Indudablemente, los nobles brutos tenían ya en nosotros una fe ciega!

Resultando: á las cuatro y media entrábamos en *Adra*.....—¡Habíamos andado las tres leguas de Sierra en dos horas y cuarto!.....—¡Habíamos ganado un cuarto de hora sobre nuestros últimos cálculos, no obstante la avaricia con que los hicimos!.....

Podíamos vencer.

III.

Una hora en *Adra*.

En *Adra*, lo mismo que en Murtas, era Domingo, y los marineros y pescadores estaban tan aseados y compuestos á la orilla del mar como los labriegos y pastores que habíamos encontrado aquella mañana en lo alto del Cerrajón.—Pero el traje variaba mucho. Los hijos de la calurosa *Adra* vestían, si á aquello puede llamarse estar vestido, anchos y blanquísimos zaragüelles, llevando sobre los hombros una anguarina de paño negro con su correspondiente capucha.—Parecían moros de Levante.

Todos se hallaban de asueto y holganza.....—¡Y nosotros, por puro gusto, nos habíamos impuesto aquel día la ruda faena de tan fatigosa expedición!—Los miré, pues, con envidia, y tuve lástima de nosotros.—¡Tal es el perpetuo contrasentido de la naturaleza humana!

También sentí como una especie de recrudescimiento de amor hacia el mundo abierto, público y conocido, hacia el siglo XIX, hacia la civilización moderna, cuyos goces nos faltaban hacía algunos días, y de los cuales

nos hablaban aquella Villa tan industriosa, aquel olor á carbón de piedra, aquellos barcos en que se podía ir á todas partes, aquellas olas que había yo surcado tantas veces..... hasta sin barco, cuando tomaba baños de mar en Almería, en Málaga, en Motril ó en Almuñécar.....— Causóme, sí, mucho disgusto pensar que á la noche volvería á esconderme en el montuoso laberinto de la *Alpujarra*, para poner de nuevo, entre mí y el mundo, redobladas barreras de montes y abismos y todas las tinieblas de la incomunicación y el misterio.....

Mas luego pensé en nuestros amigos de allí; en *Albuñol*, donde nos esperaban; en la apuesta que íbamos á ganar sin remedio; en el proyectado viaje á *Sierra Nevada;* en lo que sería pasar la Semana Santa en aquellas alturas; en el desenlace de la tragedia morisca.....; y, acto continuo, resucitaron todos mis entusiasmos anteriores; enojóme *Adra* como la ciudad al cortijero; causáronme tedio y fastidio todas las perspectivas del mundo civilizado, y suspiré más que nunca por las soledades de la *Alpujarra*.

. . . .

Barajando en mi imaginación tan encontrados pensamientos, y mi primo no sé cuáles en la suya, atravesamos al trote casi toda la Villa, hasta llegar á cierta posada que nos habían dicho encontraríamos á lo último de la *Carrera*.

Una vez en aquel establecimiento, cuyo nombre no recuerdo ahora, nuestro primer cuidado fué encargar (del modo que se encargan las cosas cuando se quiere que se hagan) que tratasen á nuestros caballos á cuerpo de..... caballos de rey, marcando al mozo el riguroso método con que había de refrescarlos, pensarlos (yo he dicho en otro tiempo «*piensarlos*») y darles agua—todo ello en el preciso término de tres cuartos de hora.

En seguida fuimos á casa de un excelente y discretísimo amigo que nos había esperado toda la mañana, y que ya no contaba con vernos aquel día; el cual nos dió una carta para nuestros amigos de *Albuñol*, certificándoles que habíamos estado aquella tarde en *Adra*. Su digna esposa tuvo por su parte la amabilidad de poner unos barboquejos á nuestros sombreros, á fin de que no se los llevase el aire de las playas..... (Aquella señora ha muerto ya, cuando escribo estas líneas.....) Y, habiendo tomado allí vino muy caliente con azúcar, medio eficaz de restaurar nuestras fuerzas, nos despedimos de la que nunca más habíamos de volver á ver en este mundo.

Á continuación nos llegamos al telégrafo (!) y pusimos varios despachos, recogiendo cuidadosamente los recibos, á fin de mostrarlos también á la noche en *Albuñol*.—Si hubiera habido telégrafo hasta esta Villa, ¡qué de cosas habríamos hecho decir á los alambres!

Finalmente, por consejo reiterado de nuestro buen amigo, tomamos un Guía (muy *andarín*, según nos dijeron, aunque *hombre de mar*, como era del caso), para que nos indicase las Puntas que debíamos evitar, impidiendo así que nos metiéramos en ciertos parajes, al parecer respetados por las olas, donde repentinos golpes de mar han hecho perecer á algunos viajeros imprudentes.

Arreglado todo esto, nos dirigimos á la posada en busca de los caballos.....

¡Maldición!—¡Los caballos no estaban en la posada!

. . . .

Pero no había por qué asustarse de tal modo.—En aquel mismo instante los vimos asomar por lo alto de la *Carrera*.....—Venían de que les pusiesen algunos clavos que les faltaban en las herraduras;—oficiosa precaución

del mozo, digna por cierto de aplauso y recompensa.....

—¡Quién sabe (dijimos) si este pequeño retraso nos habrá evitado una completa derrota!.....

Eran las cinco y cuarto largas.

Á las cinco y media estábamos ya á caballo.

Habíamos perdido el cuarto de hora ganado en el camino.—Nos quedaba el tiempo tasado (según nuestro primitivo presupuesto) para llegar á *Albuñol* á la hora de la cita.....

—¡Mucho tienen Vds. que correr!.....—exclamó con penosa desconfianza el amigo á quien allí habíamos visitado.

—¡Ca! ¡No llegan!—le había dicho ya por lo bajo el posadero.

—¡Espero llegar antes!—contesté yo, metiendo espuelas.

—¡Ó antes....., ó nunca!—añadió mi primo, arrancando detrás de mí.

El Guía iba ya corriendo á lo lejos, por la Playa en que desemboca la *Carrera*, haciéndonos señas de que lo siguiéramos.....

—¡Desgraciado! ¡No sabía él en qué berengenal se había metido!

IV.

Playas y Puntas.—¿Llegamos ó no llegamos?

Tan luego como salimos de *Adra*, enderecé á mi primo el siguiente discurso, al compás del galope de nuestros caballos:

—¡Pepe! Acabamos de estar en la antigua *Abdera*, importante colonia fenicia..... Acabamos de hollar la primera tierra que pisaron SAN TORCUATO y los demás Varones Apostólicos, discípulos de SANTIAGO el Mayor cuando desembarcaron en Andalucía, á fin de propagar la fe de CRISTO..... Desde aquí penetraron en la *Alpujarra*, y, pasando el Puerto de la Ragua, se encaminaron á Guadix, nuestra ciudad natal, desde donde se repartieron por otras comarcas, y de este modo, según habrás leído, ú oído leer, en la *Lección Sexta* del *Oficio de San Torcuato*, que con tal solemnidad se celebra en la Catedral de nuestro pueblo, CECILIO llegó á ser Obispo de Granada (*Illiberi*); TESIFÓN, de Berja (*Virgii*); SEGUNDO, de Ávila (*Abulæ*); INDALECIO, de Almería (*Urci*); ESIGNIO, de Cazorla (*Carteja*), y EUFRASIO, de Andújar (*Illiturgi*); quedándose TORCUATO en Guadix (*Acci*), que es, por ende, la Silla episcopal más antigua de toda España.

—Antójaseme (dijo mi primo) que eso de «*Ávila*» debe ser «*Abla*», la Villa de la Provincia de Almería en que estuvimos hace años.....

—Lo mismo he pensado yo alguna vez; pues, en efecto, parece raro que todos los *Varones Apostólicos* se quedasen en Andalucía la Alta, y que SEGUNDO se fuese solo á Castilla la Vieja. Pero la verdad es, querido primo, que en Ávila, donde yo he vivido dos días, hay una célebre antiquísima iglesia de SAN SEGUNDO, y que SAN SEGUNDO, según todas las historias, fué el primer Obispo de aquella ciudad.....

—¡Yo no he estado en Castilla!—replicó mi primo con arrogancia.

—¡Ya lo sé, Pepe!—Pues, como te iba diciendo, ó como te pensaba decir, esta playa en que nos encontramos es además la última tierra de España que pisó BOABDIL

el Chico..... ¡Aquí se embarcó para África el desventurado Rey, y de aquí salieron también luego millares de Moriscos, expulsados del suelo que habían cubierto de flores!.....—Pero otro día hablaremos de la expulsión..... —Te contaré, en cambio, ahora la tremenda aventura del Daud, de que todavía se acordarán las arenas que recorremos en este instante.—El Daud, Pepe, era uno de los jefes de los Monfíes, el cual, antes de la rebelión de Aben-Humeya pensó ir á África en busca de auxilios para principiarla por cuenta propia. Vino, pues, á *Adra*, á fin de embarcarse, y siguiéronlo algunas mujeres, que decían tener prisa *de ser moras en libertad*..... Viendo que no pasaba ningún barco, el Daud alquiló el de un pescador morisco, llamado Nohayla. Pero éste se lo contó á su amo, cristiano legítimo, llamado por más señas Ginés de la Rambla....., y el tal Ginés hizo entonces agujerear la barca y tapar los agujeros con cera.....

—¿Y qué? ¿Se ahogaron todos?

—¡No, señor! ¡Ninguno! Porque has de saber que los agujeros se destaparon á muy poca distancia de la orilla, y que, á los gritos de las mujeres, acudieron..... lo mismo cristianos que moros, y salvaron á todos los náufragos.—El que se ahogó por entonces fué el proyecto de insurrección; pues el Daud, en su fuga por la playa, perdió una bolsa de papeles que pusieron en claro todos los planes de los Moriscos.

. . . .

Durante este coloquio, nuestros caballos traían *entre manos* una cuestión no menos interesante, que nos estorbaba adelantar cuanto deseábamos.....

La mar estaba algo revuelta, y sus olas, después de llegar á la rompiente de aquella playa tan suave, se ex-

tralimitaban, por decirlo así, extendiéndose tierra adentro en dilatadas sabanas de hirviente espuma, que pasaban á veces bajo los pies de los nobles brutos..... Veíanse, pues, éstos á lo mejor metidos en medio del mar, rodeados por todas partes de un agua que rugía, que los golpeaba y que les olía de distinto modo que la de los ríos.....

Los pobres eran del interior de la provincia, y no habían visto nunca á aquel monstruo inconmensurable que parecía pugnar por tragárselos. Justificábase, por consiguiente, que, no obstante el dominio que ya ejercíamos sobre ellos, de su noble condición y de la confianza que les inspirábamos, temblasen, se retemiesen, marchasen contraídos, sin quitar ojo de las olas, y que, al verlas venir, diesen unas bruscas huídas de costado, que nos hacían perder mucho tiempo, ya que de manera alguna los estribos.....

Para allanar semejante dificultad, tuvimos que acometerla de frente, obligando á los caballos á caminar algunos segundos, no ya á lo largo de aquella ancha orla de espuma, sino mar adentro, de cara al enemigo, como si pretendiéramos que vadeasen toda la extensión del Mediterráneo con dirección á la Costa de África.—Ellos se resistieron al principio por la buena, y como dándonos razones; pero nuestros halagos y nuestra autoridad acabaron por convencerlos, y entraron en el agua hasta que les llegó á las corvas.—Entonces los paramos; y, cuando hubieron resistido dos ó tres de aquellas embestidas, muy flojas por cierto en una playa tan mansa y tan reciente (el Mediterráse ha retirado de *Adra* cerca de un kilómetro en los últimos cincuenta años), respiraron con satisfacción y como diciéndonos que ya estaban tranquilos.

Los habíamos curado de espanto efectivamente, y,

en adelante, lo mismo les importó galopar sobre espuma que sobre arena.

. . . .

Á todo esto, el marinero que habíamos tomado como guía, y que recuerdo era un hombre muy alto (circunstancia rara en los andarines), nos llevaba todavía alguna delantera....., gracias á lo poquísimo que hasta entonces habían andado nuestros caballos.

Revolaban acá y acullá algunas gaviotas, indicio de borrasca, y el Guía, corriendo, volando materialmente por la orilla del mar, con sus anchurosos zaragüelles y su anguarina de flotantes mangas, blancos aquéllos y negras éstas, parecía á lo lejos otro pájaro marino, mensajero de desventuras.

Los caballos, libres ya de todo miedo, no tardaron en recobrar el tiempo perdido, y volaban á su vez en demanda de una fragosa Punta, ó prolongación de las Sierras alpujarreñas, que se adelantaba al remate de aquel angosto arenal, para luchar cuerpo á cuerpo con las olas, cerrándonos completamente el camino.—¡Los pobres animales creían sin duda que iba á terminar allí nuestra jornada!

En cambio, el Guía principió á flaquear..... De vez en cuando se paraba, volvía la cabeza hacia nosotros, se limpiaba el sudor y tornaba á salir corriendo fatigosamente.

En tal momento, vimos que una mujer bajaba, ó, mejor dicho, se precipitaba de roca en roca desde lo alto de aquella Punta (como para atajarnos el paso), levantando los brazos al cielo con la mayor angustia ó cruzando las manos con desesperación.....

Ninguna actriz ni ningún pintor ha imaginado nunca actitudes más dramáticas y conmovedoras. Parecía aquella mujer el numen de los peligros, el genio de los

náufragos, la divinidad de aquel promontorio que deploraba con anticipación todos los desastres que la tempestad traería consigo.....

El Guía, tan luego como la hubo visto, torció su rumbo y encaminóse hacia ella con redoblada celeridad, dándole grandes voces, como si á su vez quisiese prevenir alguna desgracia.

Nosotros arrancamos también á todo escape en la misma dirección, y llegamos al propio tiempo que él al pie de la enhiesta Punta, en cuya ladera se había detenido la aparecida, atajada por una cortadura de las rocas.

El hombre de mar no estaba menos aterrado y afligido que la mujer de la montaña.

—¿Qué sucede?—gritó él desde lo hondo.

—¿Qué pasa?—gritó ella desde lo alto.

—¿Qué tienes, mujer? ¿Qué tienes?—añadió aquel, trepando por las peñas.

—¿Y el niño? ¿Qué le pasa á nuestro hijo?—preguntó ésta con desgarrador acento.

—¡Malhaya seas, mujer!—exclamó entonces el hombre.—¡Buen susto me has dado!

Y se sentó en el suelo, reventado, jadeante, bañado de sudor.

—El niño viene detrás de mí.....—añadió en seguida —Míralo por dónde asoma.....

En efecto: allá, lejísimos, se veía un puntillo blanco que corría por la arena de la playa.

—¿Lo ves condenada?..... ¿Lo ves?

—Sí: lo veo.—¡Ay! ¡Dios me perdone!—exclamó entonces la pobre madre, poniéndose en cruz.—¡Al verte venir de esa manera creí que el mar se había tragado al chiquillo!

—¡Ca!.....—repuso el marinero.—Yo voy de guía.—

¡Mira! Aquí te dejo el capote..... Baja por él sin matarte. ¡Y hasta mañana, si Dios quiere!

Así diciendo, se levantó con gran trabajo, y echó á correr como un autómata.

El supuesto andarín estaba destrozado.

—¡Alto!—le dijimos entonces nosotros, que ya subíamos también el promontorio arriba.—Usted se queda aquí con su mujer y con su hijo. ¡Demasiado han padecido ustedes ya hoy por nuestra causa!—De todos modos, ni usted, ni la misma Atalanta, podrían seguirnos al paso que vamos á tomar ahora.

El hombre se resistió, lloró, nos suplicó que le permitiéramos continuar acompañándonos; pero, vistas nuestra tenacidad y nuestras monedas, hubo de reducirse á especificarnos, magistralmente por cierto, qué Puntas podían doblarse sin peligro siguiendo la orilla del agua, y cuáles había que cortar, pasándolas por encima.

Enterados de todo, nos despedimos de él y de su mujer, que al fin había logrado incorporársele; y escapamos hacia la cumbre, provistos, á falta de guía, de una infinidad de bendiciones muy dulces, muy tiernas y muy baratas.

—Aunque ya no lleguemos á tiempo, no me importa—murmuré cuando estuvimos solos.

—¡Hay que llegar, sin embargo!—exclamó mi primo con más energía que nunca.

Pero creí notar que me ocultaba alguna cosa.....

¿Si serían lágrimas?

. . . .

Dominada aquella Punta, descubrimos á nuestros pies otra Playa sumamente angosta, pero larguísima, á cuyo remate había un nuevo promontorio, coronado por una torre.

Era la *Torre de Guainos.*

En un tiempo fué torre de *moros*, hoy es *de carabineros*.....—¡Siempre el hombre preparándose contra el hombre!

En un abrir y cerrar de ojos bajamos á aquella Playa, la recorrimos de un extremo á otro, y llegamos al pie de la Torre.

Entre el cerro que la sostiene y el alborotado mar quedaba en seco una estrecha faja de arena, como ya nos lo había anunciado el Guía.....

Pasamos, pués, por aquella especie de istmo, y salimos á otra Playa.

Al comienzo de ella estaba, y creo que estará todavía, el Caserío de *Guainos*, consistente en una sola hilera de casas, delante de las cuales había un largo porche, que les servía á todos de soportal, cubierto de zarzos y sostenido por enormes pilastras blancas.

Ni en las casas, ni el porche, ni en parte alguna, se veía alma viviente.—Sin duda por ser Domingo, y Domingo de Ramos, los pescadores que allí habitan se habían ido á Adra á oir misa y á echar una cana al aire.—Éramos, pues, en aquel momento (¡oh melancolía!) profanos visitantes de una población desierta.

¡Pero nosotros nos bastábamos y sobrábamos á nosotros mismos, como suele decirse!.....—Pepe: ¿te acuérdas?—Al cruzar á escape por debajo de aquel cobertizo, cuya elevación sería lo menos de seis metros, agachaste la cabeza *cuidadosamente;* y yo, que corría detrás de tí, solté una ruidosa carcajada.

—¿Por qué te agachas?—te pregunté.

—¡Porque esta tarde (respondiste) me parece que voy á dar con la frente en el mismo cielo, y me creo capaz, si me lo mandas, de descolgar el sol y traértelo para que lo apagues!

—Lo de traérmelo—contesté yo—estaría bien hecho, José mío; pero lo que es de apagarlo, ¡guardárame muy mucho!—Precisamente estoy observando que él va á tardar muy poco en apagarse por sí mismo, dejándonos á obscuras en estos arrabales del Planeta.

Así dije, viendo que, en efecto, el sol principiaba á descender al Occidente.

—¡Podemos impedir que se nos ponga!.....—replicaste tú.—¿No marchamos en su misma dirección?—¡Pues corramos tanto como él!

—¡Pepe!—tuve entonces la honra de explicarte:—el sol anda *sobre la tierra* setecientas cincuenta y cinco leguas por hora.—Lo único que podríamos hacer, fuera pedirle á Dios que lo parase en nuestro obsequio, como lo paró en obsequio de Josué; pero ni nuestro viaje ni nosotros somos dignos de merced tan señalada.....

—¡Pues, en tal caso, metamos espuelas!—fueron tus últimas palabras.

. . . .

Todavía no sé, amigos lectores, que más espuelas quería aquella tarde mi primo que metiésemos. Los pobres caballos no podían portarse mejor. El terreno huía bajo sus pies como la sombra de una nube....., y, no obstante las detenciones que sufrimos al principio, habíamos andado una legua en menos de media hora.

Á los pocos momentos (cerca de las seis en el reloj de mi primo.....—El mío se había parado tenazmente.....) Se puso el sol detrás de la *Sierra de Gualchos*.....—Al verlo desaparecer, sentí que me abandonaba la esperanza de triunfar. ¡Quedábannos tres leguas de tierra desconocida que recorrer entre las sombras de la noche, sin más guía, camino ni sendero que las revueltas olas del mar, de las cuales teníamos que alejarnos mu-

chas veces para enfrascarnos en las breñas de los promontorios!.....

Entonces comprendí toda la temeridad de nuestra empresa.—¡De día hubiera sido difícil; de noche era mortal, desesperada, irrealizable!—Pero ya no había más remedio que seguir marchando.

El crepúsculo fué largo aquella tarde, y durante él corrimos espantosamente..... Mas, cuando cerró la noche, los bramidos del viento, el rugido del mar y una obscuridad absoluta llegaron á imponer también á mi primo.

Lo digo, porque callaba mucho y arreaba poco.

—¿Á qué hora salió anoche la luna en Cojáyar?—preguntó al fin con voz desapacible.

—¡Á las nueve!.... (le contesté). Lo cual quiere decir que saldría á las siete para estas playas; pues tú sabes que en los breves horizontes de aquellos barrancos no se ve el sol ni la luna hasta que ya están casi en el zenit.....

Mi primo volvió á callar.

. . . .

Poco después, y en el momento en que íbamos á pasar cierta Punta por la parte de abajo, creyendo que era de las que se prestaban á ello, oímos una voz que gritaba sobre nuestra cabeza:

—¿Á dónde van Vds.? ¡Por ahí no se pasa!

Levantamos los ojos, y, á los reflejos del mar vimos el brillo de un fusil entre las rocas de aquel promontorio.

—Pues, ¿por dónde se pasa?—preguntamos nosotros.

—¡Por aquí arriba! (contestó otra voz más lejos).

—¡Ahí no hay camino! ¡Ahí no hay más que agua!

—¿Y quiénes son Vds.?—gritó mi primo con tanto recelo como osadía.

—Esa es otra conversación..... —repuso el primero que había hablado.

Y sonó un pito.

—¡Estoy! —dijo la segunda voz.

La obscuridad era densísima.

—Son carabineros.....—advertí yo á mi primo.

—¡Poco pitar!.... (exclamó entonces éste con mucha sorna). ¡No somos contrabandistas!

—¡Aunque fuesen Vds. el mismo diablo, lo primero es que no se ahoguen!—dijo una tercera voz á nuestro lado, en medio de nosotros, como si el que hablaba hubiera surgido de la tierra.

Y luego agregó, cambiando de tono como un ventrílocuo, y con acento de bajo profundo:

—Buenas noches, caballeros.

Era un carabinero del Reino, y pronto fueron cuatro los que nos rodeaban en las tinieblas.

—¿Á dónde se va tan tarde?—nos preguntaron afectuosamente.

—Á *Albuñol* (respondimos).—¿Nos queda mucho?

—Dos leguas y media.—Á las nueve estarán ustedes allí.—Pero ¡cuidado con las puntas! Esta noche hay que evitarlas casi todas. La mar está muy mala, y, como no se calme á la salida de la luna, las olas llegarán á lo alto de nuestras torres.

—¡Á las nueve!—pensé yo, con la angustia que podréis imaginaros.

—Vengan Vds. por aquí.....—añadió otro de aquellos buenos hombres.

Y nos condujeron á una vereda que pasaba por encima del promontorio.

Luego que nos hubimos despedido de ellos.

—¿Has oído?—le pregunté á mi primo.

—¡Adelante! — contestó éste, sacando fuerzas de

flaqueza, ó confiando en algo que no se me alcanzaba.

Corrió él, pues, á toda brida, sin saber por dónde, y yo le seguí maquinalmente, sin más aliento que el que me prestaba su tenacidad inquebrantable, muy parecida al fatalismo mahometano.

. . . .

Y así cruzamos playas, doblamos puntas, saludamos torres, cortamos promontorios, durante no sé cuanto tiempo, en medio de lo orfandad llamada noche, entre los bramidos del viento y el estruendo de las olas, entregados al instinto de los caballos, aunque sin dejarlos descansar un momento, y esperando á cada instante que un tropezón en las cuestas arriba, un resbalón en las cuestas abajo, ó un hundimientc de la floja arena que á veces atravesábamos entre golfos de espuma, pusiese fin á aquella insensata carrera.

Yo había perdido toda conciencia de la hora que podría ser.

Una vez se lo pregunté á mi primo, y éste me contestó en términos tan elevados y grandiosos, que dióme vergüenza de volver á preguntárselo.

—¡La hora que sea es! (me dijo).—Nosotros no podemos andar más de lo que andamos.—Lo que haya de suceder..... ¡está escrito!

—No hubiera hablado mejor un árabe.

Pero pronto se encargó el cielo de sacarme de dudas, ó sea de acabar con mis esperanzas.....

El horizonte empezó á blanquear hacia Levante.—Es decir..... ¡iba á salir la luna!....

—Suponiendo (pensé) que anoche saliera á las siete, esta noche le toca salir á las ocho menos cuarto. Es así que aun no hemos llegado á la *Rábita*, y que desde la *Rábita* á *Albuñol* hay una legua; luego..... ¡imposible llegar á *Albuñol* á las ocho! ¡Imposible!..... ¡imposi-

ble....., ¡como nos dijerón en Turón! ¡Imposible, como nos lo dijo también el antiguo carabinero, antes de que se lo llevara el aire!—¡Llegaremos á las nueve, como nos anunciaron los carabineros en activo servicio!

En aquel momento apareció la luna, plena, hermosa, rutilante, indiferente á todas las inquietudes humanas, y, por lo tanto, sin reparar siquiera en la mía.

Pero el mar se calmó á su vista como por arte de magia, y empezó á jugar mansamente con sus luces y á devolverle sus cariñosos besos..... (El mar y la luna se entienden hace muchos siglos.)

. . . .

—¡Entramos en la *Rambla de Albuñol!* (gritó en esto mi primo, que corría siempre delante).—Pero ¿dónde está la *Rábita?*

—¡Ésta no es la *Rambla de Albuñol!* ¡Éste es el *Barranco del Muerto!*—contestó una voz en los aires, ó sea en lo alto de una roca.

Era la voz del carabinero encargado de guardar aquel portillo ó callejón de la *Alpujarra,* que mi primo había tomado por la desembocadura de la gran Rambla ó *boulevard* que ya conocéis.....

—¿Y cuánto hay desde este fúnebre barranco á la *Rambla de Albuñol?*—pregunté yo tímidamente.

—Media legua—contestó el carabinero.

¡Media legua más! ¡Es decir, que nos faltaba legua y media de camino!—¡Y ya eran las ocho, á juzgar por la luna!

—¡Pepe! ¡Pepe!—grité, una vez echada aquella cuenta, al parecer infalible.

Pero mi primo no me oía. Mi primo volaba de nuevo por la orilla del mar adelante.

—¡Se ha vuelto loco! (dije).—¿A dónde va ya de ese modo?

Y continué gritándole, al par que lo seguía:

—¡Pepe! ¡Pepe!

—¿Qué quieres?—respondió él desde muy lejos.

—¡No corras! ¡Ya hemos perdido la apuesta!

—¡No se sabe! ¡Sígueme! ¡Allá veo la *Rábita!*

—¡Pepe! ¡Son las ocho y cuarto!

—Sígueme, te digo..... ¡Estamos en la Rambla de *Albuñol!*

. . . .

Aquella vez no se equivocaba.....

La naciente luna alumbraba el torreón árabe de la *Rábita*, sus casas, su iglesia y los barquichuelos de los pescadores, mientras que á nuestra izquierda se extendía, negra y misteriosa, la mayor de las Ramblas alpujarreñas.....

Desde allí hasta *Albuñol* hay una legua corta toda por terreno llano, expedito, y no sujeto á equivocaciones ni riesgos de ninguna especie.

—Descansemos aquí un poco —dijo mi primo, parando su caballo á la entrada de la *Rambla*.

—Podemos descansar cuanto quieras..... (respondí tristemente):—¡De todos modos, ya ha pasado la hora!

—¿Pues qué hora piensas tú que es?—replicó él con indiferencia.

—¡Mucho más de las ocho! ¿No ves la luna?

—¡Sí que la veo!.... Pero ¿no has dicho tú mismo que en Cojáyar sale mucho después que aquí?

—Bien; pero esta noche sale aquí y en todas partes tres cuartos después que anoche.—La luna retrasa con relación al sol.

—Eso ya lo he entendido..... Mas figúrate que no son dos horas, sino tres, las que tarde siempre la *casta*

diva en llegar desde este dilatado horizonte al angostísimo de Cojáyar..... ¡En tal caso no serían las ocho todavía!

—¿Qué estas diciendo?

—¡Ni yo mismo lo sé! (contestó mi primo, descubriendo al fin una emoción extraordinaria).—¡Me he propuesto no mirar la hora hasta que lleguemos á las puertas de *Albuñol*, y, aunque me muera, no la miro antes.—¡Pero sé que hemos corrido muchísimo! ¡Sé que el tiempo se nos ha hecho muy largo! ¡Sé que la noche aflige y que la luna engaña!— En fin..... ¡me da el corazón que todavía vamos á llegar á tiempo!

—¡Pues en marcha, Pepe, aunque revienten los caballos!....

—¡En marcha, sí! ¡Este es el último galope!

. . . .

El último fué; pero bueno.

Diríase que los caballos se alegraban de huir del mar, ó que pronto reconocieron aquella Rambla, cuyas aguas habían bebido tres días antes.....—Ello es que sus fuerzas parecieron renovadas, y que corrieron como exhalaciones por aquel arenal arriba.

Minutos después apareció á nuestros ojos *Albuñol*, reclinado en su cerro, argentado por la luna y tachonado de mil puntos de oro.....

Aquellos puntos de oro eran las luces de sus calles..... y de sus casas.....—De consiguiente, no podía ser muy tarde.

—Mira el reloj, Pepe..... (dije entonces.)—Estamos llegando.....—¡Si han dado las ocho, yo no entro en Albuñol!

—Tómalo, y míralo tú mismo.....—respondió Pepe con acento supersticioso.

Yo lo cogí con mano trémula: volví su esfera hacia la luna, y lancé un grito de admiración y de alegría.

¡No eran más que las siete y media!

—¡Las siete y media! (exclamé frenéticamente.) ¡Hemos triunfado!

—¡Me lo figuraba! (respondió Pepe.) ¡Somos los primeros hombres del mundo!

Y saludó al cielo con su ademán acostumbrado.

Mas entonces di yo otro grito espantoso.

—¿Qué es eso?—exclamó mi primo, viniendo hacia mí.

—¡Pepe, somos los últimos hombres del mundo!—¡Tu reloj está también parado!

Mi primo no replicó al pronto ni una palabra. Cogió el reloj; se lo llevó al oído; conoció que en efecto no andaba; se lo metió en el bolsillo; quitóse el sombrero; se encaró con la luna, y, entonces, la insultó descomedidamente.

. . . .

Pero en aquel instante oímos lejano ruido á nuestra izquierda, esto es, hacia la *Rambla de Aldàyar*, que, como sabéis, confluye allí con la de *Albuñol*.....

—¡Calla! (pronunció sordamente mi primo, tendiéndose sobre el cuello del caballo para oir mejor.—¡Son ellos!

—¿Cómo *ellos?*

—¡Sí! ¡nuestros *enemigos*, que llegan ahora de Turón.....—¿No los oyes hablar? ¿No sientes las pisadas de sus caballos?—¡Por cierto que no se dan ninguna prisa!

—¡Entonces, es muy temprano!—Por lo visto, tu reloj se paró aquí mismo, al propio tiempo que nosotros.

—¡Temprano ó tarde, nos cabía al menos la gloria de entrar en *Albuñol* antes que ellos!.....

—Eso no tiene duda..... Pero, por si acaso, no entremos hasta cerciorarnos de que no son otros caminantes los que por allí vienen..... Es decir: cerciorémonos de que nuestros *enemigos* no están ya dentro de *Albuñol*.....

—Cerciorémonos—repitió mi primo.

Y, penetrando algunos pasos en la *Rambla de Aldáyar*, gritó resueltamente:

—¿Quién vive?

Confusas voces nos contestaron al principio, y luego se oyeron grandes risotadas.

—¿Qué gente?—volvimos á preguntar.

Una mezcla de aplausos y silbidos fué la única respuesta.

—¿Oyes, Pepe? ¡La injusticia humana empieza á dudar de nuestra gloria!—Esos que silban creen que no hemos pasado por Adra.....

—¡Lo que yo oigo es que aprietan el paso para cogernos la delantera y entrar en *Albuñol* antes que nosotros!.....—¡Sígueme! ¡Sígueme!.....—Esa gente sabe mucho.

Y, mientras esto decía mi primo, galopábamos ya hacia la moruna Villa.

. . . .

Un minuto después estábamos en brazos de nuestro amadísimo huésped.

—¿Qué hora es?—le preguntamos con ansia febril, antes de saludarlo.

—¡La que quiera que sea!..... ¿Qué nos importa? (contestó él bondadosamente.)—El caso es que lleguen ustedes bien.....—¿Y los compañeros?

—Ahí vienen.....—Pero ¿qué hora es? ¡Necesitamos saberlo!

—Las ocho menos diez minutos —respondió nuestro huésped, mostrándonos su reloj.

Mi primo y yo nos abrazamos, locos de alegría.

En aquel momento sonó ruido de caballos á la parte afuera.....

¡Eran nuestros enemigos, *que llegaban después que nosotros!*

Que explicamos en plena tertulia todo lo ocurrido; que nuestros compañeros de viaje empezaron efectivamente por poner en duda que hubiésemos estado en Adra; que los documentos que llevábamos acabaron por convencerlos de lo contrario; que entonces nos celebraron y felicitaron con la mayor nobleza; que los hijos del país nos admiraron y elogiaron también muchísimo, diciendo que no había ejemplo de una caminata semejante; que mi primo y yo no cabíamos de orgullo en el pellejo; que comimos como ogros; que no nos acostamos sin abrazar y besar á nuestros caballos, y que aquella noche dormimos como Napoleón después de la batalla de Austerlitz, ó como Castaños después de la batalla de Bailén, son cosas que se caen de su peso y que no tengo para qué contaros.....

Pero lo que sí me cumple referiros, á riesgo de que no lo creáis, es que no me dormí sin reunir antes en torno de mi lecho á los Historiadores y celebrar con ellos una nueva consulta.....

Érame absolutamente indispensable estudiar á fondo aquella misma noche la gran campaña del Marqués de los Vélez contra Aben-Humeya, ó, por mejor decir, de

ABEN-HUMEYA contra el Marqués de los Vélez, en que ambos compitieron en heroísmo, y que cierra brillantemente la historia militar del reyezuelo de la *Alpujarra*.....

Pues bien: he aquí en rápido y sustancioso resumen la historia de aquellos seis meses de continuas batallas, últimos de la vida del que fué bautizado con el nombre de D. FERNANDO DE VÁLOR y murió con el nombre de MULEY MAHOMET ABEN-HUMEYA ....

V.

Historia pura.

Conoció Felipe II que no bastaban los esfuerzos hechos hasta entonces para reprimir la insurrección de los Moriscos, y, midiendo prudentemente la importancia que podían llegar á tener, pensó en trasladarse á Granada á fin de dirigir la guerra por sí propio; pero disuadiéronle de ello caracterizados personajes eclesiásticos, y acordó que fuera en su nombre, con muchas y muy buenas tropas, su hermano natural DON JUAN DE AUSTRIA, mozo entonces de veinticuatro primaveras.

Mientras llegaba ó no el Príncipe, acontecieron horrores en uno y otro campo.—Los cristianos diéronse á robar, matar y violar en los pueblos moriscos no alzados en armas y que en premio de su fidelidad tenían seguros del Marqués de Mondéjar. Aun hicieron algo más inicuo y feroz: ¡asesinaron á 110 moros principales que estaban presos como rehenes en la cárcel de la

Chancillería de Granada!..... —En cambio..... Pero ¿qué digo *en cambio?*..... ¿en buena ley de guerra y por justo y merecido desquite, los vecinos de Válor, que por entonces no estaban en armas, alzáronse furiosos, atacaron á una columna de 800 hombres, los mejores del ejército cristiano, mandados por Antonio de Ávila y Álvaro de Flores, los vencieron en campo abierto y luego los degollaron impíamente!.....—No sólo estos dos famosos capitanes, sino más de 500 de sus soldados murieron á manos de los vengativos y valerosos paisanos de ABEN-HUMEYA.

Éste propagaba en tanto la rebelión por toda la tierra de Almería hasta el río Almanzora; recibía hombres y armas de Marruecos y de Argel, y diseminaba á sus mejores caudillos por todo el terreno sublevado para que lo mantuviesen en pie de guerra.

«Al Maleh (dice Lafuente Alcántara) encomendó el Marquesado del Zenete y la frontera de Guadix, Baza y Río Almanzora: á ABEN-ABOO, sano ya de la mutilación bárbara que antes referimos, el partido de Poqueira y Ferreira; al Xavá la Taha de Órgiva; á Aben Meguenun las de Lúchar y Sierra de Filabres y Gádor; á Girón de Archidona y al Rendati el Valle de Lecrín y Costa de Motril y Almuñécar, etc....., entregándolos patentes con sello Real.....—Sólo Aben-Farax quedó excluído, porque aspiraba á destronar á ABEN-HUMEYA, y éste deseaba haberle á las manos y ahorcarle.»

. . . .

Despidióse D. JUAN DE AUSTRIA del Rey su hermano en los jardines de Aranjuez, y llegó á Iznalloz, el 12 de Abril de 1569, asistido de su célebre ayo Luis Quijada y fiando sus mejores esperanzas de triunfo en el famosísimo Capitán General D. Luis Fajardo, Marqués de los Vélez, de quien su ilustre soldado Ginés Pérez de Hita nos dejó hecho el siguiente homérico retrato:

«El Marqués D. Luis (dice) era muy gentil hombre: tenía doce palmos de alto: era de recios y doblados miembros: tenía tres palmos de espalda y otros tres de pecho, era fornido de brazos y piernas: tenía la pantorrilla gruesa, bien hecha: al modo de su talle, el vacío de la pierna, delgado de tal manera, que jamás pudo calzar bota de cordován justa, si no fuese de gamito de Flandes: calzaba trece puntos de pie, y más: era tan bien travado y hecho, y tan doblado, que no se echaba de ver lo que era de alto. Era de color moreno cetrino, los ojos grandes rasgados, lo blanco de ellos con unas vinzas de sangre, de espantable vista. Usaba la barba crecida, y peinada; alcanzaba grandísimas fuerzas: quando miraba enojado, parecía que le salía fuego de los ojos: era súpito, valiente, determinado, enemigo de mentiras..... Era grande hombre á caballo: usaba siempre la brida: parecía en la silla un peñasco firme. Cada vez que subía á caballo, le hacía temblar y orinar. Entendía bien cualquier clase de freno. Su vestido de monte era pardo y verde y morado. Las botas que calzaba habían de ser blancas, abiertas, abrochadas con cordones. Era larguísimo gastador. Tenía cuatro despensas de grande gasto, uno en Vélez el Blanco, otra en Vélez el Rubio, otra en las Cuevas y otra en Alhama. Era muy sabio y discreto; en burlas y en veras extremado. Tenía de costumbre oir misa á la una del día, y á las doce, de suerte que los Capellanes no lo podían sufrir. Comía una vez al día, y no más, y aquella comida era tal, que bastaba á satisfacer cuatro hombres, por hambre que tuviesen. En la comida no bebía más que de una vez, mas aquella buena, con agua y vino muy templado, y esto era acabando de comer. De noche era su negociar, y así, se iba á dormir cuando los otros se levantaban. Siempre andaba con su capa, cobijado solamente las espaldas, ceñida espada y daga, y esto era de noche. De día se ocupaba sólo en tirar al blanco, ora con escopeta, ora con ballesta, y en cuerpo: si era verano, siempre sin gorra; y si era invierno, con un sombrero de monte muy pespuntado. La lanza que él llevaba era tal, que harto haría un criado suyo que llevarla al hombro, y el Marqués la meneaba cual si fuera un junco delgado..... Tenía muchos perros y aves de volatería..... Quando había de ir á monte, aguardaba que hiciese mal tiempo, que nevase ó lloviese, ó hiciese grande aire; y esto por haber á sus gentes robustas, como él lo era.»

Pasemos por alto las grandes fiestas que hicieron á D. Juan de Austria cuando entró en Granada, y digamos únicamente que salieron á recibirlo «más de cuatrocientas mujeres cristianas, de las maltratadas por los Moriscos en la Alpujarra, viudas y huérfanas, en traje humilde, llorosas y con los cabellos esparcidos, pidiendo venganza.....»—«*Espectáculo industriosamente preparado.....*»—añade el historiador de quien tomamos estas noticias.

En compensación, «apenas D. Juan hubo descansado—dice luego—dió audiencia á una comisión de

Moriscos, los más ricos y principales, quienes se quejaron de los agravios de las Autoridades cristianas y de los insultos y desmanes con que la soldadesca ultrajaba á todos los de su raza.»

Á los pocos días llegó el Duque de Sesa, nuevo Consejero que le enviaba el prudente Felipe para los casos árduos de política y guerra, y celebráronse varios consejos á que asistieron, además de los Jefes militares, el presidente Deza, el Arzobispo y otras autoridades civiles.

«Hubo contestaciones acaloradas—dice Lafuente,—sobre la terrible medida propuesta por Deza y por el Duque, de expulsar incontinenti del Reino de Granada á todas las familias que permanecían bajo la fe de los Tratados. Oponíase á esta proscripción general el benigno Marqués de Mondéjar; y D. Juan, que vió discordes los ánimos, y que era poco propenso á adoptar resoluciones fecundas en infortunios sin la debida madurez, excusó dar su voto sobre la despoblación, y se limitó por entonces á organizar su ejército.»

Falta le hacía; pues las gentes de Aben-Humeya dominaban casi completamente el antiguo Reino de Granada desde los confines de Málaga hasta el extremo de la Sierra de Almería, exceptuando únicamente las capitales, y habían derrotado á las tropas cristianas en el puerto que comunica á la *Alpujarra* con Guadix, en Frigiliana y en otros puntos, dando muerte á muy valerosos Capitanes y á compañías enteras de soldados.

El propio Aben-Humeya llevó su audacia hasta el punto de atacar á Berja, con diez mil hombres, sin considerar que ya estaba establecido allí el formidable Marqués de los Vélez con su Cuartel General y con las mejores tropas de su ejército.....

Pero oigamos á Lafuente Alcántara, cuya historia es en este punto un animadísimo resumen de la de Luis del Mármol.—Dice así:

«El de los Vélez, que sabía los propósitos de Aben-Humeya por unos espías moros sorprendidos dos días antes y condenadss al tormento, estaba apercibido para la defensa. Fué, sin embargo, tan furioso el ímpetu de los Moros, y mayormente el de unos aventureros berberiscos (que llevaban en la cabeza guirnaldas de flores para significar que pelearían hasta morir mártires de su secta), que arrollaron á fuego y hierro una compañía de manchegos mandada por un Capitán, de nombre Barrionuevo, y estuvieron casi al alcance de la persona misma del Marqués.

»Saltó éste atropelladamente sobre su caballo, y marchó á la plaza de armas. Aquí se defendieron bravamente quinientos arcabuceros á las órdenes de los Capitanes D. Rodrigo de Mora, D. Juan y D. Francisco Fajardo.—Aben-Humeya recargó con fuerzas que rompieron la posición de estos valientes.—En este conflicto, el Marqués de los Vélez salió por un portillo y llamó la atención de los enemigos por retaguardia.—Este lance amilanó á los agresores y los hizo aflojar en el ataque.—Los Cristianos recobraron su posición, y atacando con nuevo ímpetu rechazaron á los Moros y les hicieron retirarse hacia Dalias y Andarax con pérdida de mil quinientos hombres.

»A pesar de este triunfo, el Marqués consideró falsa su posición, y se replegó á Adra.

»Aben-Humeya se retiró hacia Cádiar y Válor á rehacer su gente y reponerse del anterior descalabro.

. . . .

»Otro suceso próspero ocurrió por estos días é inspiró no poco desaliento á los Moriscos.—El Comendador Mayor de León arribó á la Costa de Vélez con una escuadra de veinticinco galeras, traídas de Italia, para favorecer la empresa de la reducción.....

»Asistido por D. Juan de Requesens, marino ilustre, y por otros Capitanes y señores de Málaga, desembarcó con los tercios de Nápoles en Torróx, y recibió refuerzos de la misma ciudad y de otras villas.—Ordenado su campo, practicó un reconocimiento, y dispuso acometer por tres puntos simultáneamente; por la loma de Puerto Blanco, por la cumbre y por la cuesta (11 de Junio).

»Era la subida agria, y la resistencia de los Moros tenaz y ventajosa: hasta las Moriscas peleaban con aliento varonil. Casi todos los veteranos de Italia, acaudillados por D. Pedro de Padilla fenecieron en la vanguardia. Otros muchos Capitanes esforzados hallaron la muerte en la penosa subida, hasta que, esforzándose los Capitanes de Vélez, Cerezo y Vozmediano, y el Alférez malagueño Caraveo, penetraron en el fuerte donde los enemigos tenían un vasto campamento de chozas y tiendas.—Este suceso hizo desmayar á los Moros y abandonar sus enriscadas posiciones: muchos escaparon por derrumbaderos y sendas estrechísimas; otros fueron pasados á cuchillo. Quedaron cautivas hasta tres mil personas de ambos xesos. El despojo de seda, oro y plata, perlas, granos y bestias fué considerable.—La gente de Loja, Alhama y Alcalá la Real, acaudillada por el Corregidor D. Gómez de Figueroa, y la de Archidona por el ilustre poeta, amigo de Cervantes, D. Luis Barahona de Soto, se presentaron en número de ochocientos hombres á pie y á la gineta momentos después de conseguida la victoria; y como su presencia era ya innecesaria, recorrieron los Lugares comarcanos saqueando y matando.

»Aben-Humeya se propuso alentar á sus soldados y hacerles olvidar los anteriores sucesos acometiendo empresas de mejor éxito. Despachó al Maleh con cuatro mil hombres hacia el río Almanzora; puso en insurrec-

Colectio historic...

ción completa todos los Lugares de esta comarca, y se hizo dueño de los castillos y peñas bravas que aun se conservaban del tiempo de la Conquista. Los destacamentos cristianos de los castillos de Oria, Las Cuevas y Serón opusieron alguna resistencia; pero esta última plaza, la más importante de aquella tierra, se rindió después de ser derrotado D. Enrique Enríquez, que acudió de Baza con socorro, y de ser preso el Alcaide defensor Diego de Mirones por las fuerzas de Maleh y de un Capitán intrépido, llamado el Mecebe.

. . . .

»Entre tanto, se agitaba entre los Consejeros de Granada la cuestión de si era ó no conveniente expulsar sin tregua ni dilaciones á las familias moriscas que permanecían tranquilas en la ciudad, aunque propicias á la insurrección.— El Gobierno de Felipe II sancionó esta medida terrible, y encomendó á D. Juan su rápida ejecución.

»En efecto: el 23 de Junio amanecieron puestos sobre las armas todos los batallones de la guarnición de Granada y los destacamentos de los Lugares de la Vega. Enseguida se promulgó bando general mandando á todos los Moriscos acudir á sus parroquias respectivas. Las familias enteras obedecieron llenas de terror y persuadidas de que les amenazaba un infortunio extraordinario, y quizás la muerte. El Presidente Deza, á quien se comunicó el recelo que aquejaba á los infelices proscriptos, les dió seguridades de vida, y comisionó á D. Alonso de Granada Venegas para que los tranquilizase.

»Permanecieron los Moriscos encerrados en la iglesia toda la noche y custodiados por guardias en las puertas, y á la mañana siguiente los fueron trasladando entre gente armada á los salones del Hospicio. Una gruesa columna de tropa, á cuya cabeza estaban D. Juan de Austria, el Duque de Sesa, el Marqués de Mondéjar, Luis Quijada y el Licenciado Bribiesca Muñatones, se extendía por todo el Triunfo, desde la Puerta de Elvira hasta el edificio de la Casa de locos. El caballero Francisco Gutiérrez de Cuéllar estaba allí con una oficina formando el padrón de los que eran conducidos.

»Don Juan, que había calmado la inquietud de los proscriptos, tuvo que deplorar un suceso funesto. El Capitán de Sevilla, Alonso Arenallo, dispuso llevar los Moriscos de una parroquia, precedidos de un Crucifijo en el asta de una lanza cubierto con un velo. Los desventurados que veían aquella insignia, y las Moriscas que caminaban llorando detrás, creyeron que eran conducidos al cadalso, y una de ellas exclamó:—«¡Oh, »desventurados de vosotros, que os llevan como corderos al degolladero! »¡Cuánto mejor os fuera perecer en las casas donde nacísteis!»— Con este hecho hubo ya algunas alarmas, hasta que, al llegar á las puertas del Hospicio, un Carrachel, llamado Velasco, dió un palo á un morisco joven medio loco: éste le hirió con un ladrillo que halló á la mano: acudieron los alabarderos al alboroto, y creyendo que el herido era D. Juan, mataron al morisco y trataron de hacer lo mismo con los restantes.— Presentóse D. Juan y apaciguó el tumulto, y mandó al historiador Luis del Mármol y á D. Francisco Solís la ejecución de algunas medidas que evitasen tales desórdenes.

»Con la más exquisita vigilancia, para refrenar las intenciones aviesas de la soldadesca, fueron encerrados todos los moriscos de Granada y de su Vega, útiles para la guerra, quedando por entonces los viejos, las mujeres, los niños, muchos artesanos útiles y otros que tuvieron favor ó medios de gratificar á los agentes subalternes. «Fué—dice Mármol—un mi-

»serable espectáculo ver tantos hombres de todas edades, las cabezas ba»jas, las manos cruzadas y los ojos bañados de lágrimas, con semblante »doloroso y triste, viendo que dejaban sus regaladas casas, su familia, su »patria, su naturaleza, sus haciendas y tanto bien como tenían..... Quedó »grandísima lástima á los que habiendo visto la prosperidad, la policía y »el regalo de las casas, cármenes y huertas, donde los Moriscos tenían »todas sus recreaciones y pasatiempos, y desde ha pocos días lo vieron »todo asolado y destruído.»

«Mientras D. JUAN y sus Consejeros se ocupaban en expulsar los Moriscos de Granada y su Vega, ABEN-HUMEYA hacía una correría gloriosa por los lugares del Río Almanzora, y se proporcionaba reclutas, armas y caballos.—Satisfecho del buen resultado de su incursión, regresó al Lanjar de Andarax para organizar nuevas huestes y dar algún respiro á sus voluntarios.

»Desde su guarida escribió á D. JUAN DE AUSTRIA, á D. Luis de Córdoba y al Marqués de los Vélez, quejándose de los inhumanos tormentos á que la Inquisición había sometido á D. ANTONIO DE VÁLOR, su padre, y á D. FRANCISCO, su hermano [1]: se doclaraba él mismo único responsable de la guerra promovida, y se brindaba á entregar ochenta cautivos en canje de sus dos caras personas: amenazaba ejercer crueles represalias si no se mitigaba la persecución de su familia.

»Celebróse consejo para decidir si era ó no conveniente contestar, y, después de algunos debates, se acordó que el mismo D. ANTONIO DE VÁLOR escribiese á su propio hijo manifestándole que era tratado con dulzura, y que eran inexactos los informes sobre su tormento.

»Tranquilizado ABEN-HUMEYA con estas noticias, partió de Andarax con fuerzas respetables, y se encaminó hacia Almería con ánimo de ocuparla.—D. García de Villarroel, que supo su designio, se emboscó junto á Güécija, sorprendió la división enemiga, y desbarató los proyectos de ABEN-HUMEYA.—La concentración de los rebeldes hacia Almería permitió hacer al Capitán D. ANTONIO DE CÓRDOBA una correría en el Valle de Lecrín, en cuyos lugares sostuvo, con ventaja á veces, con pérdida otras, varias escaramuzas.

»En esto (Julio), el Marqués de los Vélez, que desde su retirada de Berja continuaba en Adra, recibió órdenes del Gobierno para acelerar sus operaciones en la *Alpujarra*. Para ello allegó numerosos refuerzos y partió hacia Ugíjar.

»Enterado ABEN-HUMEYA de sus movimientos, destacó á su tío el Zaguer y al Hosceyn, Capitán turco, con cinco mil hombres, á disputar el paso del barranco de Lucainena; pero estos Moriscos fueron rechazados, y el Marqués volvió á ocupar segunda vez á Ugíjar.

»Sentido ABEN-HUMEYA de este revés, y afligido con la muerte del

1 Este otro hermano de ABEN-HUMEYA estaba también preso en las cárceles de la Chancillería desde antes de la rebelión de los Moriscos, sin que conste por qué causa.—No se le confunda con ABDALÁ ó D. LUIS, el menor de los hermanos, que estaba en Africa, como ya sabemos, procurando socorros para los insurgentes, ó tal vez en rehenes, como asegura Pérez de Hita, para responder de la conducta del REYECILLO con los auxiliares que se le enviaban.—(*N. del A.*)

Zagüer, que sucumbió en Mecina de Tedel á impulso de una fiebre maligna, reunió sus voluntarios en Válor y se jactó de desalojar en breve al de los Vélez de sus posiciones. Ofendido el Marqués de tal provocación, tomó la delantera en el ataque y partió en busca de los rebeldes. Trabóse una escaramuza bastante porfiada en las inmediaciones de Válor, y en ella cedieron los Moriscos.—Los Cristianos siguieron al alcance de los fugitivos al través de quebradas y barrancos, y sólo hallaron el cadáver de Diego de Mirones, el Alcaide de Serón y el de un morisco llamado Alguacil, á quienes ahorcaron para entretener á los perseguidores.»

. . . .

. . . .

«Neutralizaron las consecuencias de estas ventajosas escaramuzas algunos refuerzos de Turcos, Argelinos y Moros. Entusiasmados por las exhortaciones de sus morabitos, desembarcaron en ocho fustas y se pusieron á las órdenes de Hosceyn.—ABEN-HUMEYA se rehizo con esta gente, reiteró sus correrías y paralizó las operaciones del Marqués de los Vélez. —Animados al mismo tiempo los moros del Valle de Lecrín, acometieron al Padul (21 de Agosto) en número de dos mil hombres, y empeñaron una batalla formal con algunas compañías acantonadas en la población á las órdenes de D. Juan Chacón, vecino de Antequera, Pedro de Vilches, de Jaén, y Juan Chaves, de Trujillo. Los Moros ganaron bravamente terreno, é incendiaron casi toda la población.

»Los Cristianos resistieron en un reducido recinto, y D. Martín Pérez Aróstegui, natural de Vergara, se defendió heroicamente en un torreón aislado, con cuatro criados cristianos y tres moriscos amigos.—La noticia llegó á Granada, y al punto volaron en su socorro fuerzas de caballería é infantería.—Con esta noticia los Moros se replegaron á la Sierra, dejando casi todo el Padul reducido á escombros.

Por aquel tiempo FELIPE II llamó á Madrid al Marqués de Mondéjar, á fin de que le informase acerca de los disgustos que mediaban entre el altivo Marqués de los Vélez y D. JUAN DE AUSTRIA, y, cumplido este encargo por el noble descendiente del gran Tendilla, fué nombrado Virrey de Valencia y después de Nápoles..... [1].

«Mediaron, entre tanto (concluía diciendo Lafuente Alcántara), sangrientas escaramuzas hacia Cuevas de Vera, en Albacete de Órgiva y en

1 Es decir, que se alejó definitivamente del teatro de la Guerra de los Moriscos.—Á este propósito considero oportuno recomendar la lectura de una *Carta del Marqués de Mondéjar para el Sr. Arzobispo de Granada*, publicada por primera vez hace pocos meses (el 15 de Enero de 1874 en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*.—Es una defensa que el MARQUÉS hace de su conducta (tachada de contemplativa con los Moriscos), y que me ha afirmado más y más en mis opiniones acerca de aquellos sucesos.—(*N. del A.*)

el valle de Lecrín, hasta que la Guerra cambió de aspecto con la muerte de Aben-Humeya.....»

. . . .

¡Doblemos la hoja! (exclamé al llegar á este punto.) —¡No es cosa de enterarse del trágico fin del Reyecillo por extractos y referencias!.....—Pasado mañana saldremos para *Sierra Nevada*, y allí, contemporáneos y testigos presenciales de los hechos, es decir, los historiadores del siglo XVI, nos los referirán con todos sus lúgubres accidentes.....—Descansemos entre tanto.

Dije; y, dando las buenas noches al joven Lafuente Alcántara, me dormí como el último de los mortales, bien que para soñar con la *Sierra*, con *Cádiar*, con la Semana Santa, con el *Mulhacem*, con *Ugijar*, con la muerte de Aben-Humeya, con la muerte de Aben-Aboo, y con todas las demás interesantes perspectivas que me presentaba el gran viaje que va á ser objeto de la Sexta y última Parte de la presente obra.

FIN DE LA PARTE QUINTA.



PARTE SEXTA.

LA SEMANA SANTA

EN SIERRA NEVADA.

I.

LUNES SANTO.—Descansamos en *Albuñol*.—Cosas de la Luna.—MARTES SANTO.—Nos trasladamos á *Murtas*.—Preparativos para la peregrinación á *Sierra Nevada*.

DÍA de mucho, víspera de nada», dice el adagio; y, en efecto, el día que se siguió á nuestra inolvidable correría por la orilla del mar constituye una especie de entreacto en la peregrinación á que íbamos dando término.

Por varias razones; por ser día de la Encarnación, por estar cansadísimos de tres jornadas consecutivas, y porque necesitábamos preparar nuestro espíritu y nuestros caballos para la solemne expedición á los pueblos de *Sierra Nevada*, dedicamos aquel día al reposo, y á ordenar y guardar en el archivo de la memoria todo lo que hasta entonces habíamos visto y sentido en la *Alpujarra*.—Con esto; con oir misa; con rehabilitar al viejo ex Carabinero, y con dar un paseo á pie por la

Rambla, se nos fueron sin sentir las horas del LUNES SANTO del año de gracia 1872, dejándonos, ya que no recuerdos de exorbitantes aventuras, la plácida memoria de una paz y una tranquilidad impropias de esta desdichada vida.

Á la noche nos obsequió el cielo con una magnífica tempestad, que duró desde las siete hasta las diez, y cuyos majestuosos truenos, repetidos por todos los montes y valles de la *Contraviesa*, en retumbantes y prolongados ecos, simulaban el cañoneo más espantoso de que pueden tener idea los nacidos.—Era la propia tormenta conjurada la noche anterior por la súbita salida de la Luna.....—¡Indudablemente, los enconados elementos habían vuelto á encontrarse de manos á boca, y, no llegando esta vez la Tiple de los cielos á punto de meterse por medio y poner paz, habían desnudado los aceros y trabado aquella descomunal refriega....

Yo no sé quién saldría vencedor, ni si llegaría á morir alguno de ellos.—Lo que sé es que, cuando nos acostamos, todo había concluído..... El más profundo silencio reinaba en la naturaleza, turbado solamente por el oficioso lloriqueo de las chorreras que afluyen á la *Rambla*; la Luna (diosa del lunes) se paseaba con la mayor calma por las soledades del ya despejado firmamento, sin darse por entendida de lo que había pasado.—¡Y eso que el mar había sido uno de los combatientes! ¡Eso que el mar es su amante, como sabe todo el mundo! ¡Eso que la muy taimada había presenciado el fin de la contienda, oculta detrás de un cortinaje de nubes! ¡Eso que probabilísimamente ella habría tenido la culpa de todo!.....—Pero la Luna es la Luna....., y mi primo Pepe no le había dicho más que la verdad al insultarla la noche anterior tan descomedidamente.

Y es cuanto recuerdo del LUNES SANTO.

La Iglesia, por su parte, había conmemorado aquella mañana, en el Evangelio de la Misa, una de las últimas escenas de la vida del SALVADOR —vida que ya tocaba á su fin mortal, ó sea á su complemento entre los hombres.

La escena era la siguiente, según San Lucas, traducido por el Padre Scio, de quien por la tarde, á fuer de buenos católicos, nos complacimos en leer la autorizada y muy anotada versión, proponiéndonos hacer lo mismo los días siguientes hasta que terminase la Semana Santa.

«Y una mujer pecadora que había en la ciudad, cuando supo que estaba (Jesús) á la mesa en casa del Fariseo, llevó un vaso de alabastro, lleno de ungüento.

Y poniéndose á sus pies en pos de él, comenzó á regarle con lágrimas los pies, y los enjugaba con los cabellos de su cabeza, y le besaba los pies, y los ungía con el ungüento.

Y cuando esto vió el Fariseo que le había convidado, dijo entre sí mismo: Si este hombre fuera profeta, bien sabría quién y cuál es la mujer que le toca: porque pecadora es.

Y JESÚS le respondió.....

—Un acreedor tenía dos deudores; el uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta. Mas como no tuviesen de qué pagarle, se los perdonó á entrambos..... Por lo cual te digo que perdonados le son á ésta sus muchos pecados, porque amó mucho.

Y dijo á ella: Perdonados te son tus pecados.»

El MARTES SANTO fué también día de pocos acontecimientos, ó, mejor dicho, de pocas novedades; pero fuelo, en cambio, de grande emoción, de inmensa expectativa en las filas expedicionarias.....—¡Era la víspera de la excursión á *Cádiar* y del asalto á la *Sierra!*

Á fin de emprender esta excursión y este asalto desde más cerca y con más horas útiles á nuestra disposición, aquel día nos trasladamos á *Murtas*.—Así quitá-

bamos de en medio tres leguas que nos eran conocidas, é íbamos á dormir, como quien dice, á la frontera de lo desconocido.

No tengo, pues, para qué narrar aquél nuestro segundo viaje de *Albuñol* á *Murtas*, el más tranquilo, descansado y racional de cuantos realizamos en la *Alpujarra*.—Básteos saber que lo emprendimos á hora muy cómoda; que caminamos al paso que quisieron las bestias, y que no nos salieron al encuentro ni los Moriscos, ni los Historiadores, ni los prehistóricos habitantes de la Cueva de los Murciélagos.

En cambio, vimos por doquier las huellas de la horrible tempestad de la noche anterior.

El día estaba regular; pero se nublaba á veces....., y aquellos nublos parecían síncopes de la naturaleza, reminiscencias de su último sobresalto.....

En las *Angosturas* notamos señales de haber pasado por allí mucha agua.....—¡Todavía daba miedo aquel sitio.....!!—Olía como á pólvora.

La *Encina-Visa* había perdido durante la tormenta infinidad de hojas y hasta gran parte de una rama.....—¡La pobre no está ya para tales jaleos!

El intrépido mar, á la distancia que lo divisamos desde aquellas alturas, nos pareció dormido.....—¡Se hallaría descansando de la batalla!

El viento no respiraba siquiera.....—¡Por lo visto, él había sido el muerto!—«*No se movia el elemento*»....., como suele decirse en aquel país.

En cuanto á la *Sierra*..... ¡ah! la *Sierra* habíase vestido de limpio para recibirnos en toda regla al día siguiente.—Estaba, sí, recién nevada, y sus faldas de encaje bajaban hasta los pueblos en que debíamos *andar las Estaciones* el Jueves Santo.....

Pero, á propósito de faldas:

Aquel día iban con nosotros (en lugar de graves señores como otras veces) dos ó tres gallardos mancebos en estado de merecer, los cuales llevaban en el ojal las primeras *rosas de olor* de la *Costa*—destinadas, según entendimos, á tal ó cuál señorita de *Murtas* y de *Sierra Nevada.....*

No tengo mas que decir en este punto..... ¡Apreciad vosotros ahora, según vuestra edad, vuestro sexo y el estado sanitario de vuestra alma, todo el simbolismo de aquel mensaje que le enviaba la Primavera al Invierno, todo lo expresivo y tierno de aquel regalo que iban á hacer los ribereños del mar á las hijas de las perpetuas nieves, todo lo que significaban aquellas flores en manos de la gentil adolescencia!.....

Consuélense, pues, los viejos..... y los filosófos..... y los desgraciados — El mundo no lleva trazas de acabarse.—Afortunadamente para la poesía, para el arte, para la propagación de nuestra especie y para la guerra, siempre habrá jóvenes nuevos, y, por consiguiente, amadas nuevas, nuevos madrigales, nuevos idilios, nuevos amorcillos que pintar, nuevas Venus que esculpir, nuevos casamientos y nuevos bautizos á que ser convidados y nuevos mozos que entren en quintas cuando determine la Ley.....

Alguien lo ha dicho:

> Por mucha gente que muera
> desengañada de amores,
> tendrá cada Primavera
> tantos pájaros y flores
> como tuvo la primera.

. . . .

Al obscurecer llegamos á *Murtas.*

Ya estaban allí, procedentes de sus respectivos pue-

blos, otros amigos que debían acompañarnos á *Cádiar* y á la *Sierra.....*

—En la *Sierra* está nevando..... (nos dijeron); pero el Sol se ha puesto por claro, y mañana hará buen día.

Á cuál noticia era mejor.

En *Murtas* nos aguardaba además, como siempre, la inagotable bondad de aquella obsequiosa familia que ya nos había albergado otras dos noches bajo su techo.—Pasamos, pues, las horas de la velada en la grata compañía de tanto buen amigo y disponiéndolo y concertándolo todo para emprender la marcha á la mañana siguiente muy temprano;—después de lo cual dimos fondo en el Puerto del Sueño....., situado en el Continente del Olvido, frente á la Isla de la Locura

Pasaron luego á esta Isla nuestras almas, escapándose de nuestros cuerpos, y allí anduvieron vagando hasta el amanecer, rodeadas de fantasmas y monstruos más ó menos terribles; cuál de ellas luchando con una pesadilla negra como las panteras de Java, cuál hablando con sus muertos queridos, cuál persiguiendo ensueños de gloria, de justicia y de felicidad, cual en plácido coloquio con el dulce objeto de un amor imposible, cual, en fin, departiendo con la benigna muerte acerca de cosas que nunca acertó á comprender en este infierno de la vida.....

Quiero decir, que dormimos y soñamos.....

Pero, antes de dormir y de soñar, leímos el Evangelio de aquel segundo día de Semana Santa.

La parte propia del Martes Santo era este melancólico pasaje:

«Y el primer día de los Azimos, cuando sacrificaban la Pascua, le dicen sus discípulos:—¿Dónde quieres que vayamos á disponerte para que comas la Pascua?

»Y envía dos de sus Discípulos y les dice: —Id á la Ciudad, y encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua: seguidle.

»Y en donde quiera que entrare, decid al dueño de la casa: El Maestro dice: ¿Dónde está el aposento en donde he de comer la Pascua con mis Discípulos?

»Y él os mostrará un cenáculo grande, aderezado: disponed allí para nosotros.» (*San Marcos*, cap. XIV.)

. . . .

¡Con qué majestad y con qué sencillez á un mismo tiempo se iba preparando la Epopeya de los siglos!

II.

Miércoles Santo.—Vista panorámica de Sierra Nevada.

Eran las ocho de la mañana. Llevaba el sol dos horas de estar sobre el horizonte, y nosotros habíamos andado ya una legua, ó sea la mitad del camino que media entre *Murtas* y *Cádiar*.

El día estaba magnífico.—Era uno de esos días puros, radiantes, que suelen seguir á otro de nevada, cual si el astro-rey los dedicase al placer de contemplar la nieve, de enamorarla, de seducirla, de hacerle reir y llorar á un mismo tiempo;—días solemnes y melancólicos, alegres y tristes, como el primero de la paz después de una larga guerra; como aquél en que Noé desembarcó del Arca; como el de la muerte de vuestro peor enemigo; como el del casamiento de vuestra última hija; como la convalecencia después de la Extrema-Unción; como unas segundas nupcias; como la libertad tras el cautiverio; como la toma de posesión de una gran herencia; como el regreso á la patria; como la tardía hora de la justicia; como el del estreno de una pierna de palo, etc., etc.

Por encargo de los alpujarreños que iban con nosotros, hacía ya algunos minutos que nuestras miradas no se extendían más allá de las crines de los caballos, pues querían que contempläsemos entero, de golpe, de una ojeada sola, en el momento crítico y oportuno, el sublime espectáculo que nos aguardaba.....

Á la hora susodicha, este momento estaba llegando, y prueba de ello era que, después de haber bajado y subido muchas cuestas pequeñas, llevábamos ya un largo rato de no hacer más que subir.....

De pronto observamos que no subíamos.....

—¡Alto! (exclamaron entonces nuestros amigos.) ¡Vista á la derecha! ¡Mirad ahora cuanto queráis!

Nosotros obedecimos y miramos.....

Toda *Sierra Nevada* estaba ante nuestros ojos.

Toda *Sierra Nevada*..... ¡toda!.....; desde la base hasta las cúspides, sin colinas intermedias, y solamente separada ya de nosotros por las amplias y profundas cuencas de los pujantes ríos de *Cádiar* y de *Yátor*.—¡Toda *Sierra Nevada*.....; desde el boquete de *Tablate*, por donde entramos ocho días antes en el recinto alpujarreño, hasta más allá de *Laroles*, punto extremo á que se dirigía nuestra peregrinación.—¡Toda *Sierra Nevada*, extendiéndose de Poniente á Levante en una línea de once leguas, como descomunal anfiteatro, en cuyo ciclópeo graderío se asentaban más de cuarenta pueblos!—¡Toda *Sierra Nevada;* alzada sobre inmensos pedestales de color de violeta; con su zócalo recamado de anchas fajas de verdes siembras; hendida acá y acullá, de arriba abajo, por relucientes chorros de agua cristalina; cubierta, á trechos, de bosques que parecían bor-

dados en las laderas de los barrancos, y blanca y resplandeciente al fin, desde su media altura hasta las excelsas cumbres, cual si fuera de bruñida plata!—¡Maravilloso templo en verdad, levantado allí por el Creador para morada de las Cuatro Estaciones!

¡Declarémoslo!..... ¡No basta haber visto á *Sierra Nevada* por el otro lado, esto es, por el lado de Granada y de Guadix, para tener idea de su grandeza y de su hermosura!—Allí no hay modo de contemplar de una vez y á corta distancia toda la Cordillera: allí no se presentan nunca de frente y en orden de batalla todas sus cimas. Granada no ve más que el señorío del *Veleta:* Guadix nada más que el reino patrimonial del *Mulhacem.* ¡Ni la una ni la otra Ciudad descubre á un mismo tiempo todo el vasto imperio presidido por este viejo Rey! Entre el *Mulhacem* y el *Veleta* se interpone por aquella parte, á lo menos para el espectador, el formidable espolón ó contrafuerte que, adelantándose hasta el Molinillo, entiba en los cimientos de Sierra Arana, y aquel espolón separa el horizonte accitano del granadino, partiendo la perspectiva de la *Sierra* en dos mitades casi iguales.....—Pero, por el lado de la *Alpujarra,* la antigua *Orospeda* se muestra de cuerpo entero, cabal, íntegra, desnuda, pródiga de sus encantos—á la manera de deidad mitológica que, no recelando ser vista por nadie, discurre como su madre la parió, ó sea en cueros vivos (¡las cosas claras!), por los sagrados bosques paganos.....

Así es que en aquel punto y hora quedó satisfecha por completo mi curiosidad de tantos años acerca de cómo sería *Sierra Nevada* por la banda del Sur, y formé completo juicio de la forma, estructura y respectiva proporción de sus ingentes moles.....

Alzado sobre aquel desmesurado catafalco, cuya mag-

nificencia tenía algo de fúnebre y mucho de triunfal, enseñoreábase el *Mulhacem*, en perpetua apoteosis, sin reconocer otro rival en Europa que los formidables Alpes.....—¡El *Mulhacem!*..... No hay palabras ni habría pincel con que poder dar idea de la pureza inmortal, de la transparencia empírea, de la claridad seráfica, con que se destacaba allí la nieve sobre el cielo. Lo blanco y lo azul, al demarcar sus plácidos límites y trazar el nítido perfil de la suprema cima, se regalaban mutuamente unos resplandores tan suaves, ó casaban de tal modo la candidez con la limpieza, la inocencia con la diafanidad, lo inmaculado con lo infinito, lo reciente con lo eterno, lo intacto con lo intacto, que parecíame tener ante los ojos la realidad inefable de cuanto soñó Murillo al vestir de azul y blanco sus *Purísimas Concepciones*.

Yo no sé en qué consistiría, como razón física ó moral, lo que acabo de intentar decir: no sé si en que la silueta de la *Sierra* se proyectaba sobre el mágico turquí del cielo que más amo en el mundo; no sé si en que yo estaba acostumbrado á mirar aquella silueta de Norte á Sur y á la sazón la miraba de Sur á Norte (lo cual determina siempre un cambio en el tono de los celajes recortados por las nieves); no sé si en que aquellos días empezaba la Primavera; no sé si en que era Miércoles Santo; no sé, en fin, si en que ya va uno para viejo..... Lo que sé únicamente es que aquel ósculo purísimo que le daba la nieve al cielo tuvo para mí en tal instante algo de extraordinario y sobrenatural, que en vano intentaría definir una pobre pluma.....

Mons Solis (Monte del Sol), y de aquí *Solaria*, denominaron también los Romanos á la que oficialmente

llamaban *Orospeda*.—Lo de *Solaria* ó *Mons Solis* referíase sin duda á que el Sol ilumina ó deja de iluminar sus crestas media hora antes de haber salido y media hora después de haberse puesto para todas las comarcas adyacentes.—De lo de *Orospeda* no recuerdo el origen.

Los Árabes corrompieron el nombre de *Solaria*, y llamaron á *Sierra Nevada*, ora *Solair*, ora *Xolair;* mientras que los Españoles cristianos de la Edad Media, entre ellos D. Alonso el Sabio, descompusieron erróneamente el *Solair* de los Moros y apellidaron á aquella cordillera la «*Sierra del Sol y el Aire* (*Sol-air*) [1].»

«Maravilla de la tierra, de donde brotan treinta y cuatro ríos y arroyos», llámala el gran poeta mahometano-andaluz Ibn-Aljathib, en la introducción á la *Yhatha*.—«Madre de Andalucía», la había llamado yo en el Valle de Lecrín.—«*Venere genitrice*», la llamo ahora en italiano.....

Pero sigamos describiendo.

Á la izquierda del *Mulhacem* gallardeaba el *Picacho de Veleta*, virrey de Lanjarón y de Órgiva, señor feudal de Granada y su campiña, presunto heredero de la corona de *Sierra Nevada*, y digno ciertamente del tratamiento de Alteza (¡era tan alto!);—así como el *Mulhacem* (por ser mayor) merecía á todas luces el de Majestad..... (*Major —vel magis, sive magè.*)

Otras respetables cumbres descollaban en la gigante cadena: verbigracia, la *Alcazaba*, *Tajos Altos*, la *Caldera*, el *Cerro de los Machos*, el *Pico del Almirez*, etc.; y por cierto que nos dolió muchísimo que estos Infantes no tuviesen nombres más poéticos y graciosos.....—En

1 Ya hemos dicho más atrás que *Sierra de Gádor* y la *Contraviesa* son respectivamente las *Sierras del Sol y el Aire*.

cambio, hubimos de reconocer que, en cuanto á estatura, ninguno desmentía su estirpe, pues todos medían de 12 á 12.300 pies sobre el nivel del mar.—Del *Veleta* ya hemos dicho que se alza 12.680.—Y, por lo que toca al *Mulhacem*, harto sabréis que pasa de los 12.800; lo cual equivale, en términos modernos, á tres kilómetros y medio de altura.

«Pero ¿qué es mi pobre Mulhacem (escribía yo hace años en medio de los Alpes) comparado con el Mont-Blanc? ¡Colocad sobre la cúspide de Sierra Nevada otra sierra de cuatro mil novecientos pies de elevación, y tendréis la cumbre que estamos contemplando!»

Y luego añadía:

«¡Verdaderamente, el Mont-Blanc pudiera ser todavía un poco más alto!—La cumbre del Himalaya, sin ir á otro Planeta, mide veintiocho mil pies de elevación; es decir, casi doble estatura que el Mont-Blanc.—¡Y aun el mismo Himalaya podría tener algunos metros más!—¡Y, aunque llegase á las estrellas fijas, cualquiera conseguiría, sin grande esfuerzo, imaginárselo un poco mayor!.....»

Y terminaba diciendo:

«Pero yo no debía revelar al públioo estos secretos, ni disminuir con tales reflexiones la importancia de mi viaje.»

Lo mismo digo hoy;—y, ateniéndome á esta última observación, y para que volváis á venerar la *Sierra* alpujarreña, agregaré ahora: que, aunque finita, su altura casi dobla la del Guadarrama [1], tan respetado por los matritenses, y que, ya que no de otra cosa, el *Mulhacem* y el *Veleta* pueden jactarse de que (según ya he dicho varias veces) ni en el resto de España ni en el resto de Europa haya otros montes tan altos como ellos, fuera de sus progenitores los Alpes.....—¡Algo es algo!

1 En el *Guadarrama* no hay ninguna cumbre que llegue á 7.700 pies de elevación sobre el nivel del mar. Su famoso Puerto no excede de 5.780.

Por lo demás, los titanes de hielo de la *Alpujarra* no gozan en su encumbrado solio de toda la seguridad que podría suponerse.....—Lejos de ello, ¡en qué se ven de refrenar á los pueblos que se les suben á las barbas por todas partes, sin consideración alguna á la nieve de los siglos!

Sobre todo, á orillas del consabido Barranco de Poqueira la cosa nos pareció muy formal....., bien que al propio tiempo ofreciera un aspecto muy cómico—según que ya habíamos observado más detalladamente desde el Puerto de Jubiley..... ¡Figuraos que, hacia aquella parte, trepaban por lo alto de una vastísima ladera, casi vertical, uno detrás de otro y convenientemente *distanciados* (que diría un militar puro), tres ó cuatro lugarcilllos, con sus campanarios á la cabeza, todos en dirección al mismísimo *Picacho*, como batallones escalonados en masa que fueran al asalto de la nevada cúspide!.....

Aquellos batallones (digo, aquellos pueblos) se llamaban *Pampaneira*, *Bubión*, *Poqueira* y *Alguástar*.—Algo más cerca, veíamos gatear por otra ladera arriba, con análogo intento, y á mucha mayor altura, al famoso *Trevèlez*, llevando en pos de sí toda la *Taha de Pitres*.....; pero estos otros escaladores no podían inspirar ya tanto cuidado, pues tenían que habérselas con la inaccesible mole del *Mulhacem*.—Por último: enfrente y á nuestra derecha, se descubrían, en ademán más pacífico (y como grupos de espectadores sentados en las gradas de aquel descompasado anfiteatro), unos veinte pueblos más, entre los cuales se contaban todos aquellos en que habíamos de *andar las Estaciones* al día siguiente.....

Sí; allí estaban: primero, *Busquistar*, *Tímar*, *Lobras* y *Jubiles*;—luego, los *Dos Bèrchules*, en una extraordinaria altura;—debajo de ellos, *Yátor*, mirándose en su

río;—encima, *Yegen* (donde dormiríamos aquella noche), chico y verde como un oasis;—en seguida, *Mecina de Mombarón*, el pueblo de ABEN-ABOO,—y enfrente *Válor*, el señorío de ABEN-HUMEYA;—más al Este, *Nechite;*—á sus pies, *Mecina Alfahar;*—allá arriba, *Mairena;*—á continuación, *Júbar;*—más alto aún, *Laroles;* —y, sobre *Laroles*, el puerto de la Ragua, temeroso tránsito al horizonte de Guadix;—y debajo de *Laroles*, *Picena;*—y debajo de *Picena*, *Cherín*, ya casi en la llanura;—y allí la cuenca de un río, prolongación de un inclinado barranco;—y, al otro lado del barranco, la Provincia de Almería, representada por *Alcolea*, *Lucainena* y *Darrical*, que ya pertenecen á Sierra de Gádor; —y, entre Sierra de Gádor y Sierra Nevada, la entrada del alto llano del *Laujar*, de la *Taha de Andárax*, de la residencia de BOABDIL, del ZAGAL, de CID-HIAYA y de ABEN-HUMEYA, ¡del lúgubre escenario donde éste último encontró tan desdichada muerte!

Nada más lejos de mi ánimo que describir aquí, uno por uno, los veintiséis Lugares citados.—¡Fuera cuento de nunca acabar!.....—Ya iremos á algunos de ellos.....; y, por lo que toca á los restantes, habréis de contentaros con saber su nombre y su situación.....—Mas no puedo prescindir de hacer desde luego especialísima mención de cierta ilustre Villa que contemplábamos en aquel momento á gran distancia, y que habíamos de visitar dos días después.—¡*Ugíjar*, la antigua ciudad, la verdadera metrópoli de la *Alpujarra*, acababa de aparecer también á nuestros ojos; pero no encaramada en un monte, ni escondida en una rambla, ni opresa en un barranco, como los demás pueblos de aquel enmarañado país, sino aristocráticamente extendida al pie de la *Sierra*, en un terreno casi llano, en medio de una tierra feracísima, con su horizonte propio, cercado de monta-

ñas ajenas, y, en fin, ni más ni menos que las poblaciones *del mundo!*

El más impaciente deseo de visitar á *Ugíjar* nos acometió en aquel instante, al hacernos cargo de su situación, y necesario fué todo nuestro respeto á los itinerarios preestablecidos, para que dejásemos transcurrir todavía dos soles antes de pasear nuestros corceles y mulos por su encantadora campiña y llanas calles.....— En cambio, había llegado el momento de dirigirnos, antes de subir á la Sierra, á dos pueblos que no figuran entre los que acabamos de citar; á dos pueblos que no descubríamos desde aquel viso, precisamente porque eran los que más cerca se hallaban de nosotros; á *Cádiar* y *Narila*, en suma, que, como quien dice, estaban escuchando la conversación.....

Cádiar, patria y residencia habitual de D. Fernando *el Zaguer*, y algunas veces corte del mismo ABEN-HUMEYA, y la diminuta *Narila*, que, según veremos, viene á ser como el Trianón de aquel Versalles, quedaban escondidos en lo hondo del foso que nos separaba de la *Sierra*, y tapados por algunos montículos que se prolongan entre los lechos de los ríos Cádiar y Yátor.....

—¡Bajemos á *Cádiar!*—gritóse en las filas luego que hubimos saciado nuestros ojos en la contemplación de la gran Cordillera.

—¡Sí!..... ¡sí!..... ¡Bajemos á *Cádiar!*—repetí yo, pasando de una devoción á otra, ó sea recordando que en *Cádiar* principia el terrible drama intitulado «*Aben-Humeya,*» escrito por el ilustre Martínez de la Rosa.

Pero, antes de bajar, y de convertir por ende mi atención á los espectáculos humanos, torné á abarcar con la vista el espectáculo divino de la *Sierra*, á la cual pedí perdón de todas las puerilidades humorísticas que me complacía en deducir de su aspecto verdaderamente

augusto..... Y la *Sierra*, con la sublime serenidad de su excelsitud, dióme á entender que ella está fuera del alcance de toda irreverencia mundana, y que no se había enterado siquiera de que yo andaba por el mundo.....

Entonces fué cuando verdaderamente sentí todo el peso de su poderío; y no sin terror pensé en que aquella misma tarde mediría mis débiles fuerzas con las suyas, al escalar sus inconmensurables laderas como hormiga que se aventura á curiosear por el lomo de un elefante.

Bajando hacia *Cádiar*, pasamos por el renombrado *Portel*.

Llámase así una encrucijada de cuatro veredas, ó más bien de dos (la que sigue el correo para ir de *Órgiva* á *Ugíjar*, y la que va de la *Costa* al promedio de la *Sierra*), que se cortan en ángulo recto en una depresión de la divisoria que baja del *Mulhacem* y que separa los ríos de Cádiar y de Yátor.....

El *Portel* es, por consiguiente, la posición más estratégica que se pudiera desear para una emboscada, y harto lo han comprendido en todos tiempos desde los guerreros de mayor nombradía hasta los más ruines malhechores, desde el Marqués de Mondéjar hasta los Monfíes, desde Aben-Humeya y Aben-Aboo hasta las partidas de ladrones de la época presente (ó, mejor dicho, de la época de nuestros padres;—pues hoy no se oye hablar de robos en la *Alpujarra*).—Pero la fama del *Portel* no disminuye por eso, y todo el mundo pasa por aquel sitio, como nosotros pasamos, esto es, evocando las inultas sombras de tantos como lo habrán regado con su sangre en pugna religiosa, en guerra de

independencia, en lucha civil ó á manos de vulgarísimos bandoleros.....

. . . .

Fuera ya del triste paraje, descubrimos un horizonte desahogado y riente, olivares inmensos y un sonoro y espumante río.....—¡Nos acercábamos á *Cádiar!*

No faltó quien nos *revelase* entonces cuál de los vetustos olivos que vimos en los alrededores del Lugar era segurísimamente la famosa *olivera* á cuya sombra, según los historiadores, fué coronado ABEN-HUMEYA rey de Granada.....—Sin embargo, nosotros, en la duda de si habría alguna equivocación de por medio, saludamos aquel árbol de una manera equívoca..... y continuamos nuestro camino.

A todo esto, ya no se veía el *Mulhacem.*—Habíamos bajado tanto para llegar á lo hondo de la cuenca que separa á *Sierra Nevada* del resto de los montes alpujarreños, que otras alturas de segundo orden nos impedían, como más próximas á nuestras narices, divisar las cumbres verdaderamente soberanas.....—Tampoco las divisamos luego desde *Cádiar.....*—Es decir, que al *Mulhacem* se le distingue á una distancia de sesenta leguas; se le distingue desde la Mancha; se le distingue desde el Estrecho de Gibraltar; se le distingue desde el interior del Imperio de Marruecos..... ¡y no se le ve desde el humilde pueblo en que nace!..... *Nemo propheta est in patria sua.*

III.

Sigue el Miércoles Santo.—*Cádiar.*—Una tragedia.—El drama de Martínez de la Rosa.—Cosas de los historiadores.—*Narila.*—Por la señal..... de la Santa Cruz.....—*Yátor.*

Poco después de las nueve llegamos á *Cádiar.*

El aspecto de este lugar..... (¡asombro causa que ni siquiera sea villa, cuando tantas ciudades quisieran tener su historia y su hermosura!....) el aspecto de *Cádiar*, digo, es de lo más pintoresco, noble y principal que puede darse, partiendo siempre del principio de que se trata de una población de 2.354 almas..... Más que un pueblo agrícola y ganadero (y no es otra cosa), parece lo que fué hace trescientos años; una residencia de príncipes, una mansión de placeres, un Aranjuez, un Versalles, una Capua.....

Todo esto, se entiende, visto por fuera y considerando en conjunto, como nosotros consideramos ahora, sus grandes casas rodeadas de huertas y jardines, sus obscuros olivares, su refulgente río, sus floridos campos, la poética bruma que se resistía á dejar las alamedas, el radiante azul del cielo á que no lograba subir aquella bruma, y el alegre sol que plateaba las cercanas nieves, doraba los edificios, relucía en las aguas, argentaba la misma niebla y convertía en penachos de colores las columnas de humo de los hogares.....—Visto después por dentro, *Cádiar* nos pareció lo que cualquier otro pueblo campestre de su categoría estadística.....

Sin embargo, aun entonces encontramos algunas casas tan majestuosas, otras construídas en situación

tan á propósito para gozar de los encantos de aquel Valle y de la *Sierra*, y una, sobre todo, tan cuidadosamente rodeada de huertas y jardines y tan en contacto con un carmen ó huerto, cercado de muros que servían de sostén á lujosas parras....., que *Cádiar* siguió siendo el *Cádiar* de mi fantasía, y todos los personajes históricos que pululaban en mi memoria tuvieron holgado albergue en que alojarse.

¡En cuanto á nosotros, éramos esperados precisamente en aquella gran casa de las huertas y los jardines!.....—Una vez en ella, y no bien hubimos contemplado sus amplias y bien dispuestas habitaciones, disfrutado de sus deliciosas vistas sobre el Valle y sobre las faldas de *Sierra Nevada*, y recorrido el jardín de los lujosos parrales (todo ello antes, al mismo tiempo y después de ser remediados con un exquisito almuerzo por el noble señor que allí vivía y á quien Dios recompense tanta liberalidad, así como á sus gallardas hijas, diligentes hijos y demás deudos); una vez, digo, que formé completa idea de la ventajosísima situación que ocupaba aquel edificio para poder gozar á un mismo tiempo de la sociedad y de la soledad, del trato de los hombres y de los placeres del campo, no me cupo ya duda de que estábamos en una casa construída sobre los cimientos de aquella en que nació y vivió casi siempre el opulento D. Fernando *El Zaguer*, ó sea Aben-Xaguar, tío y protector del REYECILLO.....

No soy yo dado á esta clase de conjeturas; pero en la ocasión á que me refiero casi tenía evidencia de no equivocarme. Ningún otro sitio hay en *Cádiar* que pudiera haber preferido para edificar su morada un príncipe tan poderoso, esplendido y sibarita como *el Zaguer;* ninguno más adecuado para asiento de un Palacio al gusto de los Moros; ninguno más apartado y más

seguro á un tiempo mismo; ninguno más deleitable y solo, al par que más confundido en apariencia con el resto de la población.....—Y, por lo demás, todos los árboles seculares de aquellos hermosos huertos que rodean la casa eran otros tantos mudos testigos, prontos á declarar en favor de mis sospechas.....

Si, pues, aquélla había sido la mansión de D. Fernando *el Zaguer*, y á éste lo heredó ABEN-HUMEYA, como aseguran las historias, ¡estábamos en una de las casas del Rey alpujarreño..... y hasta quién sabe si en la que sirvió de escenario á la segunda de las tres lúgubres tragedias que forman la trilogia de su destino!.....

La primera de estas tragedias nos era ya conocida: fué aquella que tuvo por desenlace el bárbaro tormento de ABEN-ABOO.—La tercera, en que ABEN-HUMEYA muere con la augusta tranquilidad de los personajes de Esquilo, nos aguardaba más adelante.—Íbamos, pues, á presenciar en Cádiar la segunda, cuyo argumento es la desastrada muerte de Muley Carime, ó sea de Miguel de Rojas, padre de la primera—y única legítima—esposa del REYECILLO.

No fueron empero los Historiadores quienes aquella vez nos ayudaron á rasgar los velos del tiempo y á resucitar lo pasado.....—(Los Historiadores tratan aquel suceso á medida de su mayor ó menor aversión á los Moriscos.....—Según unos, el mismo ABEN-HUMEYA asestó el primer golpe contra su suegro; según otros, lo mandó matar; según otros y según la tradición, lo indujo á que se matara con su propia mano.....)—¡Un poeta..... iba á ser entonces nuestro asesor y guía!

Pero cuenta que el tal poeta era el primer escritor granadino del siglo XIX; era nuestro venerable y llorado maestro y amigo; era, en fin, Martínez de la Rosa;—el cual, después de haber leído todas las crónicas de la

Alpujarra y de estudiar maduramente las circunstancias del caso, lo expuso y analizó con gran elevación de juicio en su ya citado drama *Aben-Humeya*.—¡Cierto que, obligado por las exigencias del arte, altera el orden y sucesión de varios hechos, y además nos presenta al REYECILLO muy fiel á su primitiva esposa, cuando ya sabemos lo que pasaba en este punto, y le supone una hija adolescente, que mal podía tener á la edad de veintitrés años;—pero nada de esto impide que las causas del parricidio estén allí dilucidadas magistralmente y con severa imparcialidad histórica.

Hojeemos, pues, su admirable drama, sin perjuicio de oir luego á los principales cronistas, cuando se trate de la consumación material del crimen....., sacrificio....., ó lo que fuere, llevado á cabo por ABEN-HUMEYA.

El teatro representa una caverna. (Esto es de rigor escénico para conspirar.)

Es el día de la proclamación de D. FERNANDO DE VÁLOR como Rey de Granada y de Córdoba.

El ALFAQUÍ, ó Sacerdote musulmán, ha arengado á los moriscos, y luego añade:

ALFAQUÍ.—No basta que rompáis vuestras cadenas: es preciso que levantéis otra vez el trono de Alhamar..... El que destina el cielo para cimentarlo de nuevo, es un caudillo de sangre Real y de la misma estirpe del Profeta.....

EL PARTAL.—¡No puede ser otro sino Aben-Humeya!

MUCHOS MORISCOS.—¡Él es! ¡Él es!

ABEN-ABOO.—¡Aun no hemos desenvainado el acero, y ya buscamos á quien sometemos!

ABEN-FARAG.—No faltarán valientes que nos guíen á la pelea. ¿Hemos menester más?

ABEN-ABOO.—Cuando hayamos borrado, á fuerza de honrosos combates las señales de nuestros hierros; cuando seamos dueños de algunos palmos de tierra en que zanjar á lo menos nuestros sepulcros; cuando podamos siquiera decir que tenemos patria, los que logren sobrevivir á

tan larga contienda podrán á salvo elegir Rey..... y aun entonces no debiera ser la corona ciego don del acaso, sino premio del triunfo.

ABEN-HUMEYA.—Por mi parte, Aben-Aboo, ni aun aspiro á ese premio; y puedo de buen grado cederle á otros..... Los Aben-Humeyas tienen su puesto seguro; siempre son los primeros en las batallas.

Paréceme que esto basta como dibujo de los caracteres.

En el segundo acto el teatro representa la Plaza de *Cadiar*.

Es la terrible Nochebuena de 1568, la noche de la matanza de los cristianos de aquel lugar por los implacables *Monfíes*.

MULEY CARIME, el suegro de ABEN-HUMEYA, acaba de salvar la vida á un muchacho, y tres de los feroces asesinos están censurando aquel hecho del antiguo MIGUEL DE ROJAS.—He aquí sus palabras:

MORISCO 1.º—¡Lástima es que haya tomado nuestros vestidos!..... Mejor le asentaba el traje castellano.

MORISCO 2.º—Se lo ha quitado esta noche, por no morir con sus amigos.....; pero lo habrá guardado para mejor ocasión... .

MORISCO 3.º—¿Y quién tiene la culpa? ¡Nosotros! ¿Por qué le hemos dejado escapar?

ABEN-ABOO y ABEN-FARAG, los dos mortales enemigos de ABEN-HUMEYA, entran en la plaza; oyen aquel diálogo, y pregunta:

ABEN-FARAG.—¿A quién?

MORISCO 1.º—Al hijo de un castellano.....

MORISCO 2.º—Que ha salvado Muley Carime.

ABEN-FARAG.—¡Muley Carime!

MORISCO 2.º—¿Y por qué lo extrañas?.....Nada más natural..... Ha sido toda su vida el más vil esclavo de los cristianos.

ABEN-FARAG.—No habléis de él en esos términos,.... Debéis tratarlo con más respeto..... ¿No es suegro de vuestro Rey?

MORISCO 3.º—¡De nuestro Rey!

MORISCO 1.º—Si se vuelve como Carime, poco le durará el serlo.

ABEN-ABOO—Eso es..... ¡Echar fieros á sus espaldas, y después temblar en su presencia!

ALGUNOS MORISCOS —¡Nosotros!

ABEN-ABOO.—¿Pues no acabáis de decirlo? Con una palabra de Muley Carime se os ha caído el puñal de las manos.

MORISCO 1.º—Si no se hubiera tratado de un niño.....
ABEN-FARAG.—Tienes razón, amigo..... Su padre tal vez degolló al tuyo.
MORISCO 1.º—Su hijo le vengará.

Se van los tres Moriscos, y ABEN-ABOO le dice entonces á ABEN-FARAG estas filosóficas palabras:

ABEN-ABOO.—¡Miserables! Su furor se enciende y se apaga como lumbrarada de sarmientos.

La equívoca conducta de MULEY CARIME, llamado MIGUEL DE ROJAS entre los cristianos; sus inteligencias con el Capitán General de Granada; sus trabajos para impedir el progreso de la Rebelión, etc., etc., proporcionan muy luego á ABEN-ABOO y á ABEN-FARAG la ocasión que buscaban de asestar el golpe de muerte á la popularidad del REYECILLO.

Leamos.

Es el tercero y último acto del drama.

ABEN-ABOO y ABEN-FARAG se presentan á media noche en la cámara real, donde tenían siempre libre acceso, y, avanzando «*con paso lento y aire misterioso*», cada uno se coloca á un lado de ABEN-HUMEYA.

ABEN-ABOO.—Te traemos, Aben-Humeya, una nueva fatal.....
ABEN-FARAG.—Y nos vemos forzados á traspasar con ella tu corazón.
ABEN-HUMEYA (*con suma presteza*).—¿Ha muerto mi padre?

. . . .

ABEN-ABOO.—Han tratado de vendernos con la traición más negra.....
ABEN-HUMEYA.—¿Y por qué temes descubrirla?
ABEN-ABOO.—Si temo, es sólo por ti.....
ABEN-HUMEYA.—¡Por mí! Haces mal, Aben-Aboo, en tomarte ese cuidado. Si hay peligros, los arrostraré. Si hay culpables, sabré castigarlos.
ABEN-ABOO.—Mucho tiempo te ha de temblar la mano antes que descargues el golpe.....
ABEN-HUMEYA.—Decid el nombre del reo, y el rayo no será más pronto.
ABEN-ABOO.—Muley Carime.....—¿Qué es eso? ¿Mudas de color?—¡Vuelve en ti, Aben-Humeya!.....
ABEN-FARAG.—Me da lástima verte así.....
ABEN-HUMEYA (*Quédase, durante unos momentos, desconcertado y confuso; pero, recobrándose luego, dice con tono grave*):—¿Y en qué indicios se funda tan extraña sospecha?

ABEN-ABOO.—¡Ojalá que no fuesen más que indicios! Hubiéramos podido cerrar los ojos.....

ABEN-FARAG.—No son indicios, sino pruebas.

ABEN-HUMEYA.—¿Pero son ciertas?

ABEN-FARAG.—Irrefragables.

ABEN-HUMEYA.—¿Hay testigos?

ABEN-ABOO.—Uno.

ABEN-HUMEYA.—¿Y ese le acusa?

ABEN-ABOO.—No; que le condena.

ABEN-HUMEYA.—Puede engañarse.....

ABEN-ABOO.—No puede.

ABEN-HUMEYA.—O desear su perdición.....

ABEN-ABOO.—A toda costa quisiera salvarlo.

ABEN-HUMEYA.—¿Es amigo suyo?

ABEN-ABOO.—Aun más.

ABEN-HUMEYA.—¿Quién es, pues?

ABEN-ABOO.—¡El mismo!—Puedes guardar esa carta, si quieres..... Ya es público su contenido.

(*Entrega un papel á* ABEN-HUMEYA, *quien lo lee para sí, dejando entrever su turbación.*—ABEN-ABOO *y* ABEN-FARAG *le observan con el mayor ahinco; en tanto que él permanece inmóvil, con los ojos clavados en la carta.*)

ABEN-HUMEYA (*En un momento de distracción, mientras está cavilando*):—¡Desventurada!..... No te engañaba el corazón..... ¡Bien tienes que llorar!

ABEN-FARAG.—Ved cómo aún conservaba esperanzas de volvernos á someter al yugo..... No aguardaban sino un momento de flaqueza para remachar nuestros grillos.

ABEN-ABOO.—Mas, por lo menos, no puede tachársele de ingrato..... No te echaba en olvido, Aben-Humeya..... Solicitaba tu indulto, y se proponía salvar á tu familia á costa de tu libertad..... El ejemplo de Boabdil, disfrutando en Africa sus infames tesoros parecía tentador á los ojos del pérfido. ...

ABEN-HUMEYA (*con tono severo*).—¡Basta!—¿Cómo ha caído en vuestras manos este pliego?

ABEN-FARAG.—Lara, que era el portador, le ha dejado en el camino.

ABEN-HUMEYA.—¿Dónde le habéis hallado?

ABEN-FARAG (*con frialdad*).—Sobre su cadáver.

. . . .

ABEN-ABOO.—Por cierto que no deja ni asomo de duda: el delito está patente: el mismo reo lo ha sellado con su mano.....

ABEN-FARAG.—Y debe en breve sellarlo con su sangre.

ABEN-ABOO.—¿Hay alguien que lo dude? Todo lo hemos aventurado por salir de tan odiosa esclavitud....., ¡y dejaríamos expuesta nuestra suerte á las tramas de algunos traidores! Nadie será osado á proponérnoslo: no sabríamos nosotros tolerarlo.

ABEN-HUMEYA.—Tampoco tolero yo advertencias ni amenazas..... Ya habéis cumplido con vuestro deber: yo cumpliré con el mío.—Idos.

ABEN-ABOO.—No ha sido nuestra intención dirigiros advertencias ni amenazas..... Mas ¿empezáis tan pronto á reputar como insulto el recordaros vuestros juramentos?

ABEN-HUMEYA.—No los he echado en olvido, para que sea menester recordármelos.

ABEN-ABOO.—Quien vacila al cumplirlos, no está ya lejos de olvidarlos.
ABEN-HUMEYA.— Aun menos lejos está de castigar á un insolente. ¡Idos!..... ¡Idos! (*Apártase, descubriendo su ira.* FARAG *coge del brazo á* ABEN-ABOO *y se lo lleva consigo.*)

¡Tal y tan horrible fué la situación en que ABEN-HUMEYA llegó á verse! Todos los historiadores están de acuerdo en ello: MIGUEL DE ROJAS, su suegro, apoderado y tesorero general, era traidor á la causa de MAHOMA, que tanta sangre y tantas lágrimas estaba costando ya á los Moriscos; y él, como descendiente del Profeta y Rey alzado por millares de guerreros, tenía obligación de hacer justicia antes que nadie.....

Veamos los sentidos términos en que el triste caudillo se definió aquella situación luego que se encontró solo.—Son fragmentos de un monólogo en que Martínez de la Rosa revela todo su talento dramático:

ABEN-HUMEYA.—¿Qué has hecho, desgraciado, qué has hecho?..... ¡Me has entregado indefenso en manos de mis enemigos!..... Pero no lo habrás hecho impunemente, no. ¡Yo arrojaré tu cabeza sangrienta á la cara de esos audaces!.. . . . .

Tal vez es eso lo que más anhelan..... ¡Desean verme sonrojado al pronunciar el nombre del reo, y que vuelva á mi casa lleno de dolor y vergüenza, para hallar, en vez de consuelo, las quejas y reconvenciones de mi afligida esposa!.....—No: viva, viva.....—Es preciso salvar al padre de mi mujer..... y que el gozo de mis enemigos no sea tan colmado.

Pero ¿de qué arbitrio valerme?..... Ellos se apresurarán á divulgar la traición..... ¿Cómo los desmiento? La más leve contradicción, la menor demora me perdería á los ojos de un pueblo arrebatado, suspicaz, que acaba de romper sus hierros, y que sufre á duras penas aún la sombra de mando.....—En vez de salvarle yo, me llevaría consigo en su caída..... ¡Pues perezca, perezca él solo!

Mas no acierto á salir de este círculo fatal: la mancha de su castigo va á recaer sobre mi esposa, sobre mis hijos, sobre mí..... Va á morir siendo el blanco de la ira del cielo, de las maldiciones de cien pueblos, de los insultos de una turba desenfrenada..... ¡Y yo, su amigo, su huésped;¡yo, que aun hoy mismo le apellidaba *padre*, tendré que firmar su muerte, que presenciarla, que aplaudirla!—No; no podría yo sobrevivir á humillación tan grande: es forzoso impedirla á toda costa..... ¡Un medio!..... ¡un medio!..... ¡uno solo....., sea cual fuere....., y le abrazo al instante!

(*Volviéndose hacia el aposento de* MULEY CARIME.)

¡Ah! No es tu vida, miserable; no es tu vida la que detiene y emba-

raza mis pasos. ¡Te arrastro como un cadáver que me han atado estrechamente al cuerpo!.....—¿Y por qué no me desprendo de él?—¡Puedo y debo hacerlo!—Lo haré.—No más indecisión; no más dudas: ¡de un solo instante puede depender mi suerte! Antes que esos malvados tengan tiempo de volver en sí; mientras deliberan y traman el plan para perderme, confundamos sus proyectos con un golpe decisivo.....—¿No me pedíais ahora mismo, no me intimábais con tono imperioso la muerte del culpable?—Pues bien: aguardad un instante; voy á dejaros satisfechos..... ¡Mas llevará consigo vuestras esperanzas y las hundirá en el sepulcro!—¡Aliatar! ¡Aliatar!

(*Preséntase el esclavo negro.*)

¿Dóndé están los demás esclavos?

ALIATAR.—En el patio del castillo.

ABEN-HUMEYA.—¿Estás solo?

ALIATAR.—Solo.

ABEN-HUMEYA.—¿Nadie nos oye?

ALIATAR.—Nadie.

ABEN-HUMEYA.—Ve y despierta á Muley Carime..... Que venga al punto..... Aquí le aguardo.

. . . .

Hemos llegado á la gran escena del drama.—Leedla íntegra, os lo aconsejo; tanto más cuanto que en nada se opone á la verdad histórica.

ESCENA VI.

ABEN-HUMEYA (*recostado en unos almohadones*).—MULEY CARIME (*entrando*).

MULEY CARIME.—¿Qué motivo..... te ha obligado á llamarme á estas horas?

ABEN-HUMEYA.—Un asunto muy grave que tengo precisión de consultaros.

MULEY CARIME.—Y has querido aprovechar el silencio y la soledad de la noche....., ó tal vez ese asunto importante debe estar resuelto antes que raye el día.....

ABEN-HUMEYA (*señalando el reloj de la sala*).—¡Mirad allí..... mirad!

MULEY CARIME.—Acaba de dar la una.....

ABEN-HUMEYA.—Pues antes que dé otra hora, ya ese grave asunto habrá terminado.

MULEY CARIME.—¡Terminado!
ABEN-HUMEYA.—Y para siempre.

(*Quédanse en silencio algunos instantes.*)

MULEY CARIME.—Me parece que estás muy pensativo. Aben-Humeya..... Á pesar de tus conatos, veo claramente que te aflige una grave pena.
ABEN-HUMEYA.—Es un secreto fatal.....
MULEY CARIME.—¿Y por qué tardas en confiármelo?
ABEN-HUMEYA.—No tengas tanto afán por saberlo..... Siempre tiene que pesar sobre mi corazón, y no váis á poder con él.
MULEY CARIME.—Mas ¿qué secreto es ése? ¡Ah! Bien te lo había yo dicho; ni el engrandecimiento ni el poder acaban por darnos en el mundo un solo día feliz: has perdido la paz del ánimo, has comprometido tu suerte, lo has comprometido todo por un pueblo inconstante, que te abandonará cuando apremie el peligro.....
ABEN-HUMEYA.—¡Y al que he jurado defender..... aun á costa de mi vida!..... ¿Lo habéis oído, Muley Carime?..... *¡Aun á costa de mi vida!.....*
MULEY CARIME.—¿Y á qué fin me diriges esas palabras?
ABEN-HUMEYA.—Os ruego meramente que las peséis.
MULEY CARIME.—No te comprendo.
ABEN-HUMEYA.—Pues ahora váis á comprenderme—Todo lo he sacrificado por redimir del yugo á estos pueblos..... Vos mismo acabáis de decirlo..... y ellos, á su vez, han depositado en mí su confianza, su poder, su futura suerte..... ¿Cumplirán sus promesas? ¡Dios lo sabe!—Yo sé que cumpliré las mías.
MULEY CARIME.—¿Y quién te dice?.....
ABEN-HUMEYA.—No me interrumpáis.—Yo tengo un *padre* anciano, *cuya vida me importa mucho más que mi vida.....* Está entre las garras de mis enemigos cargado de cadenas, con la cuchilla á la garganta..... Lo sé; lo sabía cuando dí la señal contra sus verdugos, ¡y ellos saben también el modo de vengarse de mí!
MULEY CARIME.—Mas ¿por qué te anticipas á sentir las desgracias antes de que sucedan?.....
ABEN-HUMEYA.—Escuchadme un instante: voy á concluir.—Yo he agravado el peligro en que se halla *mi padre:* cada golpe que descargo, puede acelerar su muerte; y sin embargo, *no he vacilado un punto.*—¡Pensad, pensad vos mismo *si habrá algo en el mundo que pueda contenerme!*
MULEY CARIME.—¿Por qué me echas esas miradas? ¿Qué quieres decirme con ellas?
ABEN-HUMEYA.—Ya que os he mostrado hasta el fondo de mi corazón, voy á consultaros sobre aquel grave asunto.... y adivinaréis desde luego cuáles pueden ser las resultas.—En nuestro mismo seno hay un traidor....
MULEY CARIME.—¡Un traidor! ¿Lo sabes de cierto?
ABEN-HUMEYA.—De cierto. Vos mismo váis también á quedar convencido. —¿Qué castigo merece?
MULEY CARIME.—¿Tiene hijos?

(ABEN-HUMEYA *se queda callado.*)

¿No me contestas, Aben-Humeya?
ABEN-HUMEYA.—No los tendrá mañana.

MULEY CARIME (*aparte*).—¡Qué recuerdo, Dios mío!

ABEN-HUMEYA.—Parece que os turbáis.....

MULEY CARIME.—No por cierto..... Compadezco á ese desdichado..... ¡Soy padre como él!

ABEN-HUMEYA.—Bien se echa de ver que os inspira mucha compasión..... ¿Sabéis, por ventura, quién sea?

MULEY CARIME.—¿Y cómo quieres que lo sepa?.....

ABEN-HUMEYA.—Recapacitad un poco..... Recorred vuestra memoria..... Tal vez el corazón os ayudará también.....

MULEY CARIME.—Más fácil sería que tú me lo dijeses.....

ABEN-HUMEYA.—¿Queréis forzarme á ello?

MULEY CARIME.—Yo no te esfuerzo; antes te lo suplico.

ABEN-HUMEYA.—Y, por mi parte, haría el mayor sacrificio, á trueque de evitarlo.

MULEY CARIME.—¿Y por qué te cuesta tanto pronunciar el nombre del reo?

ABEN-HUMEYA.—¡Porque al salir de mi boca lleva consigo la sentencia de muerte!

MULEY CARIME.—¡La sentencia de muerte!

ABEN-HUMEYA.—Y en el mismo instante.

MULEY CARIME (*con voz alterada*).—Mucho me compadece ese desgraciado; te lo confieso...... Mas, puesto que estás empeñado en decirme su nombre.....

ABEN-HUMEYA.—Al contrario; no váis á oirlo.

MULEY CARIME.—¿No?

ABEN-HUMEYA.—Váis á verlo con vuestros propios ojos.

(ABEN-HUMEYA *le muestra abierta la carta.* MULEY CARIME *la aparta con la mano.*)

MULEY CARIME.—Basta.

(*Pausa. Luego, mirando á* ABEN-HUMEYA, *y señalándole el aposento de su mujer, dice:*)

¿Eres tú el único depositario de este secreto?

ABEN-HUMEYA.—También lo saben otros.

MULEY CARIME.—¿Quién?

ABEN-HUMEYA.—Aben-Aboo y Farag.

MULEY CARIME.—Ya sé la suerte que me espera.

ABEN-HUMEYA.—¿La sabéis?

MULEY CARIME.—Y la aguardo tranquilo.

ABEN-HUMEYA (*echa una ojeada alrededor de la sala; saca del seno un pomo de oro, lo abre y se lo da*).—Tomad, y salvaos.

(*Vuelve al otro lado el rostro, y se arroja sobre los almohadones.*)

MULEY CARIME (*toma el pomo de oro, bebe el veneno y clava los ojos en* ABEN-HUMEYA. *Después se acerca á él y le dice:*)—Tú reinarás.

. . . .

Hasta aquí Martínez de la Rosa. Lo que sigue después es pura invención suya, y está en contradicción con lo que las historias refieren acerca de las causas que motivaron la muerte de ABEN-HUMEYA y sobre las circunstancias del hecho en sí.

Tampoco aparece en ninguna parte que la muerte que éste dió á Muley Carime fuese la que acabamos de ver; pero el que fuera una ú otra, no importa nada al propósito con que he copiado las anteriores escenas. Lo que yo he querido probar es que ABEN-HUMEYA, considerado desde el punto de vista de su posición, de sus compromisos, de sus juramentos, de sus deberes, tuvo la misma obligación de matar á su suegro que Lucio Junio Bruto de condenar á sus hijos, que Felipe II de procesar al suyo, y que Guzmán el Bueno de hacer lo que hizo por su religión y por su patria; y eso creo haberlo probado enteramente.—El poeta, el dramaturgo, no me ha suministrado más que su elocuencia para definir y analizar el tremendo caso; pero el caso, esto es, la traición de Muley Carime, consta, como ya he dicho, en las páginas de la Historia.

«Miguel de Roxas (cuenta Mármol, hablando de las diferencias que hubo entre los Moriscos acerca del punto en que debían establecer su base de operaciones), Miguel de Roxas y los de Uxixar querían que fuese allí, porque andaban ya en tratos sobre las paces..... El Gorri y otros, que aborrecían la paz, que se compraba con sus cabezas (pues siendo principales caudillos y autores de la maldad, tenían por cierto que se había de executar en ellos el rigor de la justicia), no querían ponerse en parte que *pudieran ser acorralados*.....

»Mas el Gorri, y el Partal, y el Seniz le tomaron luego aparte (á ABEN-HUMEYA), y entre temor y malicia le hicieron creer que su suegro le engañaba, y que, teniendo trato hecho con el Marqués de Mondéjar, andaba por meterlos á todos en parte donde los pudiese coger en una red y quedarse él con el dinero y plata qus tenía en su poder (recordaréis que era el tesorero general); y *pudo ser que dixesen verdad*.»

Hurtado de Mendoza no dedica á todo este asunto más que las siguientes líneas:

«..... A pocos días *mandó* matar al suegro y dos cuñados, *porque no quisieron tomar su ley:* dejó la mujer, perdonó la suegra, porque la había parido, y quiso gracias por ello, como piadoso.»

Finalmente, Mármol, que siempre deprime cuanto puede el carácter de ABEN-HUMEYA, refiere de este modo la consumación del sacrificio ó castigo del cuitado Miguel de Rojas:

«..... Le indignaron tanto (los Moriscos á ABEN-HUMEYA, contándole las traiciones de aquél), que, sin más averiguación, violando la ley del parentesco, acordó de matar á su suegro, y enviándole á llamar á su casa, le aguardó con una ballesta armada á la puerta, acompañado de los otros malvados, y errando el tiro (porque el Miguel de Roxas, en viéndole encarar hacia él, se metió despavorido debajo de la ballesta, y la saeta fué por alto), el Seniz acudió con otro tiro, que le atravesó entrambos muslos, y luego todos con las espadas le acabaron de matar.

»De aquí nacieron grandes enemistades entre los parientes del muerto y ABEN-HUMEYA, el cual repudió luego la mujer, y juró que no había de dejar hombre de ellos á vida; y el mesmo día del homicidio siguió también á Diego de Roxas, su cuñado, por unas barranqueras abajo para matarle..... Mató á Rafael de Arcos, mancebo de aquel linaje, y á otros, de donde se recreció tratarle la muerte á él, y dársela como diremos en su lugar.»

Toda esta relación podrá ser exacta; pero hay un punto en ella que me resisto á creer, y es lo de la saeta disparada por el REYECILLO contra Muley Carime.—Semejante acto desdice del carácter aristocrático y caballeresco de ABEN-HUMEYA. Antójaseme, pues, que lo inventaron sus enemigos, y que Mármol se apresuró á consignarlo para rebajar la siempre artística figura del descendiente de MAHOMA. Aun así, observad que, en medio de todo, resulta que éste no llegó á herir por sí mismo á su suegro.....—Convengamos en que únicamente *lo mandó matar*, como dice el veraz y austero Hurtado de Mendoza.

Y, de cualquier manera, ¡á bien que nosotros no tenemos responsabilidad alguna en aquel suceso....., ni tratamos de hacer el panegírico del yerno de Muley Carime!—ABEN-HUMEYA estaba muy lejos de ser un

santo; antes era muy desenfrenado libertino, á cuyo lado no había mujer segura, como fuera guapa, según veremos al estudiar las verdaderas causales de su muerte.....—Además, á estas horas Miguel de Rojas hubiera fallecido ya de todos modos.....—¡Han pasado tres siglos de reloj desde que le descubrieron sus malas artes! —Y, en fin, en el Valle de Josafat se liquidarán todas estas cuentas.

Montemos, pues, á caballo: despidámonos de la encantadora *Cádiar*, y trasladémonos al próximo lugarcillo de *Narila*.

En *Narila* (576 habitantes) sólo nos detuvimos una hora.

Casi toda ella la pasamos con el Cura, quien se hallaba en su iglesia disponiendo el Monumento para el día siguiente (JUEVES SANTO), sin miedo alguno á los sectarios de Mahoma (que ya llevaban más de trescientos años de no parecer por la *Alpujarra*), y satisfecho y agradecido á Dios de que todavía no se hubiese encarnizado en sus ovejas otro enemigo de la fe, muy más fiero y temible hoy que los moros: el llamado *monstruo de la impiedad*. (Fueron sus palabras.)

Nuestra conversación sobre este punto salió á propósito de unos retratos de D. FELIPE EL HERMOSO y de DOÑA JUANA LA LOCA, fundadores de aquel templo, y que por ende figuraban en el retablo del altar mayor.

—¿Cómo se salvarían estos retratos y este retablo de las sacrílegas devastaciones de los *Monfíes?*—le preguntamos al Sr. Cura?

—¡No sé! ¡Muchas veces me lo he preguntado á mí propio! —nos respondió el padre de almas.

—Y es tanto más extraño—repusimos nosotros—cuanto que aquí mismo, dentro de esta iglesia, aquellos bárbaros mataron á su antecesor de usted, que se llamaba Cebrián y á todos los cristianos de *Narila.*

—¡Ya lo sé!—respondió el Sr. Cura.

Y de aquí provino todo lo demás que hablamos, cuyo tema fué: investigar qué era peor, si el fanatismo y los errores religiosos de los africanos y asiáticos, ó la indiferencia y descreimiento absoluto de los europeos del siglo XIX.—Todos convinimos en que esto era peor que aquéllo para la propia dignidad del espíritu humano ó de lo quier que sea la conciencia del hombre.....

Por cierto que, entre las cosas que allí se contaron, fué una el martirio del Cura de la villa de Félix, durante la propia Rebelión de 1568; martirio tan noble y tan *privilegiado*, que nunca pudo ensoñarlo mejor el alma seráfica de un paladín de Cristo.....

Escuchad, aunque seáis incrédulos; y sentiréis lo que yo sentí; esto es, sentiréis envidia del martirizado, suponiendo que el martirizado no fuera también incrédulo.

Los Monfíes despojaron de sus ropas al Sacerdote cristiano, y lo persignaron con unas cortantes navajas, diciendo así:—«POR LA SEÑAL..... DE LA SANTA CRUZ....» (y le abrieron una sangrienta cruz en la frente), «DE NUESTROS..... ENEMIGOS.....» (y le cruzaron la boca con otras dos heridas), «LÍBRANOS, SEÑOR, DIOS NUESTRO.....» (y le rasgaron el desnudo pecho de alto á abajo y de un lado á otro), «EN EL NOMBRE DEL PADRE, DEL HIJO Y DEL ESPÍRITU SANTO.....» (y hendiéronle las carnes á todo lo largo y ancho de su cuerpo).

—AMÉN—dijo el mártir; y cerró los ojos á esta vida.

. . . .

Había llegado el momento de que los apartásemos también nosotros de las cosas de este valle de lágrimas..... y de todos los valles habidos y por haber.

Quiero decir: había llegado el momento de que emprendiéramos la ascensión á *Sierra Nevada*, donde debíamos pasar el resto del día, á solas con la augusta naturaleza, en la vecindad del cielo y en íntimo coloquio con el Criador de moros y cristianos, de deístas y de ateos, y de todas las demás variedades del humano espíritu.....

Emprendímosla efectivamente.....; pero, no habíamos subido el primer escalón de la Cordillera, cuando nos encontramos en otro alegre y pintoresco pueblecillo, todavía perteneciente al valle más que á la montaña.....

Era *Yàtor*, lugar de 717 almas, situado á orillas de su impetuoso río; *Yàtor*, cantado por Zorrilla en su *Poema de Granada*; *Yàtor*, muy digno ciertamente de tan gloriosa mención y de que nosotros nos hubiéramos detenido en él.....

Pero ya era imposible resistir más tiempo á la atracción de la gran *Sierra*.....

—¡Arriba! ¡arriba!..... —resonaba á todo lo largo de la cabalgata.....

¡Arriba! ¡arriba! os digo yo á mi vez en el presente instante.....—*¡Sursum corda!* ¡Subamos llenos de religiosa unción las gradas del inconmensurable templo que tenemos ante la vista!

IV.

En *Sierra Nevada*.—Vislumbres de África.—Las Tinieblas.—*Miserere*.

(*Capítulo copiado literalmente de las notas de mi cartera de viaje.*)

¡Ah! Dejadme, deseos y cuidados.....
Dejadme que tranquilo aquí respire
Estos aires purísimos, delgados,
Y que de Dios la omnipotencia admire..... [1]

..... Lo imponente, lo terrible, lo asombroso, principia desde nuestro primer paso.

No bien hemos echado á andar, ya estamos escalando la gigante mole, y sus ciclópeos estribos nos presentan escalonadas las recias olas de arcilla y de arena que hace miles de años están bajando sin cesar de los flancos de la *Sierra* á impulso de los aluviones.

Nuevas cadenas de enmarañados cerros han nacido á sus pies, formadas con aquellos enormes arrastres. Los impetuosos ríos se llevan además continuamente otra inmensa cantidad de arena y de arcilla, que va á sumergirse en el fondo del mar; y, sin embargo, la antigua *Oróspeda* no se desgasta, al parecer: sus mermas no se

1 Estos versos, y los demás que van insertos en el presente capítulo son de una sentidísima, aunque desaliñada Oda, inédita en mi entender, que escribió á *La Sierra Nevada* el Sr. D. Baltasar Lirola, natural de *Dalias*, Canónigo que fué del Sacro-Monte de Granada, muerto al poco tiempo de componerla, hará cosa de veinte años.

Debo á la buena amistad del Sr. D. Antonio Rivas Ortíz, de Albuñol, la copia manuscrita que poseo de dicha Oda; y, al publicar algunos de sus versos, llenos de poesía sencilla, natural, legítima, como las flores del campo, rindo un homenaje de admiración y simpatía al malogrado poeta alpujarreño que tan hondamente sintió las maravillas de la gran *Sierra*.

notan: diríase que su corpulencia no disminuye.....—¿Es que las montañas viven, crecen, se renuevan como los seres orgánicos?—¿En virtud de qué ley, más fisiológica que geológica?—¿Ó es meramente que nosotros no podemos apreciar su decrecimiento, su lenta ruina, y llegar á una época en que no exista *Sierra Nevada;* en que sus pizarras y calizas se hayan derretido, al modo que hoy se derriten sus nieves?—¡Qué sé yo!.....;—lo cual es mejor que saber lo cierto, como indudablemente lo sabrán los geólogos.

Pero ¡véase cuán audaz es la fantasía humana! ¡Apenas hemos puesto el pie en la *Sierra*, y ya la hemos destruído completamente; ya la hemos reducido á polvo; ya la queremos borrar del mapa!..... ¡Donosa manera de principiar su apología, de dar una idea de su excelsitud, de reverenciar su magnificencia!

Por fortuna, ella sabe defenderse á sí propia y poner respeto al más atrevido caminante.—Mirad, si no, estos abismos que nos rodean, y vedlos llenos de colosales agujas, pirámides, obeliscos y todo género de monumentos puntiagudos.....—¡Son trabajos de Hércules del agua infatigable, dedicada siglos y siglos á impedir que esos abismos se terraplenen! Semejantes monumentos no se han formado por acumulación, conglobación y concreción de materia, sino por desbaste paulatino: cada una de esas inmensas estalacmitas ha sido esculpida por el cincel de los torrentes y labrada luego por el buril de las mansas lluvias: son como aquellos monotes llamados por los franceses *damas* y que los españoles llamamos *testigos*, que quedan de pie en un desmonte, para indicar la antigua altura del terreno. Todos agrupados, ofrecen el aspecto de una catedral gótica, cuyos agudos chapiteles contemplásemos á vista de pájaro.

De la propia suerte, ciertas angostísimas calzadas que ligan unos estribos con otros, y por las cuales caminamos con gran miedo; semejan largos botareles encargados de sostener el empuje de las lomas superiores, ó más bien istmos que separan profundas simas predestinadas á formar con el tiempo una sola.

. . . .

Ya estamos á una respetabilísima altura.....; pero todavía no es tiempo de volver de cabeza para admirar los panoramas que se van desarrollando debajo de nosotros.....—Aquí fué sin duda donde exclamó el poeta alpujarreño:

La cabra montaraz cruza, salvando
Los bosques, las malezas, el torrente.....
Y en un puntal la cierva rebramando
Al ciervo llama de ramosa frente.

. . . .

¡Salve! ¡Ya pisamos nieve!..... Pero es nieve de estos últimos días: no es nieve perpetua.—El imperio de Flora, Ceres y Pomona alcanza hasta aquí, y por eso se ven todavía pueblos en estos alrededores y á este mismo nivel.....

Por ejemplo: mirad allí, á nuestra izquierda, el diminuto y frondoso *Yegen*, á donde bajaremos á dormir esta noche, después de haber hollado los eternos hielos.....—Considerado desde aquí, se diría que es un ramo de flores y olorosas hierbas depositado por un amante en el regazo de la blanca *Solair*.

Y aun aquí mismo..... ¡ved qué rozagantes lirios silvestres se atreven aún á abrir sus azulados cálices en las hendeduras de las rocas! ¡Ved qué infinidad de graciosas y aromáticas plantas!—Todo exhala ya el vigoroso olor de las grandes sierras; olor á salud y vida; olor á la savia inmortal que su corazón, siempre joven, re-

parte luego por las llanuras en ocultos veneros ó en descubiertos ríos.....

¡Oh, cómo el pensamiento se engrandece
Marchando por la senda solitaria!—
Aquí el espino ó la abulaga crece:
Allí la fuerte encina centenaria:
Más allá el sauce de dolor fallece
Junto á la desmedrada parietaria.....

exclamaba Lirola..... tal vez en este propio sitio.

Porque, en efecto: encinas, espinos y sauces figuran en el magnífico arbolado que estamos viendo, además de nogales, almeces y cuantos árboles enumeramos en Lanjarón.—Sólo sigue faltando el tétrico pino, símbolo obligado de las montañas septentrionales, que, por lo visto, no se ha acomodado á vivir en esta gozosa cordillera, de cuya verdadera frondosidad, asombrosa en una altura tan extraordinaria, únicamente puede formarse cabal juicio en los colindantes barrancos, verdes y deliciosos como otros tantos paraísos terrenales.

Altísimos castaños los sombrean.....
La oropéndola allí cuelga su nido:
Las parleras urracas picotean
El fruto en sus espinas guarecido:
Por encima las águilas otean,
Y los cuervos repiten su graznido,
Y bandadas de tórtolas azules
Arrullan en madroños y abedules.

¡Ah! Repitámoslo: el Sol alpujarreño puede más que la *Sierra*. La *Sierra* no tiene aquí su espada..... la terrible espada de todas las Sierras, que es el aire Norte.—Por el contrario: la noble Oróspeda sirve aquí de escudo á una Primavera continua, impidiendo que la hiera el cierzo con su agudo puñal de dos filos.

. . . .

Sin embargo, principia á refrescar: quiero decir, prin-

cipiamos á helarnos.—Estamos llegando á las regiones del perpetuo invierno.....

Ya no descubrimos más que nieve por todas partes.....

La alta vegetación se ha despedido de nosotros.....—Ya no se ve un árbol por ningún lado.....

Nadie puede pedirnos que subamos más..... ¡Para estar en Marzo y al día siguiente de una nevada, ya hemos subido bastante!..... ¡demasiado tal vez!

Nos encontramos indudablemente á la misma altura en que Lirola exclamó con acento medroso:

Mas ya se enrisca el áspero sendero.....
Y se corta tal vez..... tal vez se pierde.....

¡No obstante lo cual, el poeta de Dalías siguió adelante!.....

Pero él viajaba en Julio, y se dirigía al Picacho de Veleta: mientras que nosotros no vamos por aquí á parte alguna, pues el *Mulhacem* es ahora inaccesible, ni sabemos ya por donde meter los caballos, que no se los trague la nieve.....

Hagamos, pues, alto: volvamos la cabeza, y contemplemos el mundo de los hombres.

El Atlántico mar al Occidente.....
El mar Mediterráneo al Mediodía.....
Y en la morisca tierra que está enfrente
Las crestas de la inculta Berbería.....

Estos cuatro versos son el resumen de lo que llegó á ver Lirola.

Nosotros debemos confesar que no vemos tanto.

Verdad es que Lirola hablaba ya desde el *Veleta*, y nosotros no estamos sobre el *Mulhacem*.....

No vemos, pues, el Océano Atlántico.....—Pero ve-

mos una extensión inmensa del Mediterráneo; vemos la Costa de África, desde el Estrecho de Gibraltar hasta los confines de Argel; vemos las nevadas cumbres del Atlas, del monte gemelo de esta *Sierra;* vemos, bordado en el agua azul, todo el litoral antártico de nuestra gran Península, como no es fácil verlo sino en un mapa, y vemos, en fin, toda la *Alpujarra* á nuestros pies—más ampliamente que desde la cumbre de la Contraviesa, puesto que nos hallamos á mucha mayor altura—pero en la misma forma que entonces; es decir, como un mar cuyas olas son cadenas sucesivas de encrespados cerros, como un mar que se hubiese petrificado de pronto en medio de una furiosa tempestad.....

De todo esto lo que más nos sorprende, seduce y enamora es la tierra de África.....—¡Cuán clara y distintamente se percibe á la simple vista! Palmo á palmo (salva la hipérbole) pudiera dibujarse el contorno de su litoral sobre el agua y de sus montes sobre el cielo.—Algunos puntos blancos se destacan de aquella perspectiva bosquejada en el horizonte.....—Serán casas, quintas, sepulcros, morabitos..... ¡quién sabe!.....

Pero de lo que no cabe duda es de que aquello es *El Moro.....*, de que aquello es la *infanda Libia*, de que aquello es África..... ¡el África á que fué á morir, ciego y pobre, el valeroso Rey ZAGAL: el África en que pasó BOABDIL la segunda parte de su vida; el África que devoró á D. SEBASTIÁN DE PORTUGAL y á la flor de los guerreros lusitanos: el África en que, tres siglos después, se presentó un caudillo español, el memorable O'Donnel, á recordar á los príncipes de Marruecos que aun existía aquel Reino Castellano contra el cual nunca podría prevalecer el islamismo!.....

Sí: ¡allí está África!..... ¡Cuán cerca..... pero cuán lejos de nosotros! ¡África mirándonos siempre, siempre á

nuestra vista, pero separada de España, no por ese lago azul del Mediterráneo, sino por la negra inmensidad de sus destinos!—Es la vecindad inútil y acerba (perdonadme la comparación) de los que estuvieron un tiempo unidos y luego se divorciaron para *in æternum:* que se ven y no se hablan; se escuchan y no se comunican; tal vez se aman....., y preferirían, sin embargo, mil muertes á reconciliarse.—Ó más bien, es la vecindad de dos vástagos, de distinto sexo, de familias tradicionalmente contrarias, ambos afables y garridos, que nacen en una misma calle, pasan su vida tropezándose á todas horas, y mueren sin haberse jamás saludado.....—Edgardos y Lucías, Romeos y Julietas, que nunca llegan á cantar un duo.

Conque acordémonos de nosotros mismos.

El sol principia á caer al Occidente, y, si no nos damos prisa á bajar de estas espantosas soledades antes de que obscurezca, podremos vernos muy apurados.

Dichosamente, no se trata de descender á lo hondo ni mucho menos.—*Yegen*, donde hemos de hacer noche, se encuentra todavía á grande altura; *á media Sierra*, que dicen los pastores.—Por consiguiente, mañana tendremos adelantado lo peor del trabajo para recorrer los elevados pueblos en que andaremos las Siete Estaciones de Semana Santa, á pueblo por Estación.

Despidámonos, pues, del *Mulhacem*, repitiendo los melancólicos versos con que termina el canto de Lirola; versos en que profetizaba su próxima muerte, y en que se descubren abismos de soledad y de tristeza.—Dijo así:

¡Nieves, adiós, y tempestad y truenos!....
¡No me veréis ya más.....; que la corriente
De mi vida, volando huye sin frenos,
Y ya su fin el corazón presiente!
¡Es tan triste morir!..... Mas yo, á lo menos,
Podré morir en paz, tranquilamente,
Sin que de nadie la aflicción deplore.....
¡Ay! ¡No tengo en el mundo quien me llore!

. . . .

Ya se ha ocultado el Sol del Miércoles Santo.—Mil ochocientos treinta y nueve años hace que se puso del propio modo tras el monte Carmelo, llevándose el último día de los que en la vida del Redentor precedieron á su voluntario sacrificio.—Al día siguiente Él mismo se entregaría á sus verdugos..... Al otro, sufriría la muerte en Cruz, para sellar con su sangre unas doctrinas que pronto habían de regenerar el espíritu de los hombres (ó, por lo menos, de los europeos), rescatándolo de la servidumbre de los sentidos, hoy enseñoreados otra vez de la llamada civilización de Occidente.

Aquella tarde, la tarde del Miércoles Santo de hace diez y nueve siglos, no presentía la especie humana, al ver ponerse el Sol, cuán grandioso y memorable en la perpetuidad de los tiempos había de ser el día siguiente.....—Hoy, la Iglesia, instituída sobre el Misterio de que mañana es efeméride solemnísima, reza ya, y canta, y llora, y agradece y bendice (todo á la par), la Pasión y muerte de JESUCRISTO.

Sí: á estas horas, en este lúgubre momento, las sombras de la noche principian á caer sobre los templos católicos, como cayendo van sobre esta encumbrada Sierra en que nosotros peregrinamos con tan religioso terror.....—Allí, como aquí, ha terminado la hora de *Vísperas* y se aproxima la de las *Tinieblas*.

Aquí, un tenue crepúsculo queda en el cielo, que apenas nos permite ver por dónde andamos al través de

estas fragosidades, ásperas como los senderos de la vida.....—Allí..... ¿quién ignora lo que está pasando? ¿Quién no ha sido hasta actor, cuando niño, en aquella representación sublime y candorosa? ¿Quién, lleno de miedo y de mística compunción, no ha golpeado las puertas del Templo al obscurecer de este luctuoso día? —Recordemos, recordemos lo que pasa allí, trasladándonos con el pensamiento á los serenos años de la niñez.

El Coro ha rezado ya *Maitines* y *Laudes*. En el *Tenebrario* triangular ardían hace poco quince velas, catorce de ellas amarillas y la de en medio blanca.....; pero al fin de cada Salmo se ha apagado una, en memoria de cómo fueron apartándose de Jesús, primero sus atribulados Discípulos y luego las dos piadosas Mujeres que, más animosas que ellos, lo acompañaron hasta la Cruz. —Ya no arde más que una vela, la vela blanca, la que se llama *Vela María*.....—Es la personificación de la Madre del Crucificado, cuando se quedó sola al lado de su expirante Hijo.—*Stabat Mater dolorosa, juxta Crucem lacrymosa*.....

Además de esta única luz que queda en el *Tenebrario*, alumbran todavía el Templo las seis velas del Altar Mayor, representación de los seis Profetas que anunciaron la Venida del Mesías.....—Pero el coro reza los doce versículos del Cántico de Zacarías «*Benedictus*»....., y á cada verso apágase una de aquellas seis luces del Tabernáculo.

¡Apagáronse ya todas!.....—El beso de Judas, recordado por la Antífona, ha sido el soplo de muerte.

Ya no arde en la Iglesia otra luz que la *Vela María*.....—¡Esta no se apaga jamás!.....—Sin embargo, una mano piadosa la oculta, aunque encendida....., y las *Tinieblas* reinan en la Casa de Dios.

¡Pavoroso momento!—El clero y los fieles están de rodillas ante los enlutados Altares, rezando el *Miserere* como reos contritos.....—*¡Tibi soli peccavi!*..... le dicen al Criador con el Rey Profeta.—Y los golpes de pecho retumban en la obscuridad del santuario.....

¡Miserere!—digamos asimismo, desde las cumbres de la edad y de esta Sierra, nosotros, pecadores también..... y también arrepentidos de haber llevado á Cristo á la muerte en Cruz..... *usque ad mortem; mortem autem Crucis*.....—*¡Miserere!*—repitamos, bajando los disformes escalones de esta montaña, en medio de las sombras que nos rodean, yertos de frío y con el alma puesta en el Autor de lo criado, cuya mirada nos sigue sin duda alguna en el obscuro laberinto de nuestra existencia.

. . . .

Terminado el *Miserere* de la Iglesia, el Vicario del Coro reza en voz baja una última oración; y, cuando ésta concluye, los Capitulares golpean fúnebremente la madera de sus sillas; á lo que los muchachos responden aporraceando las puertas del templo; todo ello para representar el tumulto que armarán mañana los soldados y verdugos en las calles de Jerusalén, así como el terremoto que seguirá pasado mañana á la muerte de Jesucristo.—Por hoy, todo se ha acabado.

¡Oh! Sí..... ¡todo!—Es noche completa en *Sierra Nevada*, y en Jerusalén, y en el templo, y en todos los corazones cristianos.....

Así llegamos á *Yegen*, sumido también en *tinieblas* de una y otra clase.....

V.

Jueves Santo.—*Yegen*, primera Estación.—*Válor*, segunda.—*Nechite*, tercera.—*Mecina-Alfabar*, cuarta.—*Mairena*, quinta.—*Júbar*, sexta.—*Laroles*, séptima.

Clareaba apenas el día siguiente, cuando ya estábamos de pie.

Habíamos dormido á las mil maravillas en casa de unos gentilísimos recién casados, que nos cedieron su flamante lecho, y á quienes otorgue Dios tanta ventura (hasta la edad más inverosímil por lo avanzada) como abrigo, satisfacción y descanso encontramos nosotros en aquel novísimo hogar, cuya dirección disputaba todavía el alegre Cupido al grave Himeneo, y donde, sin embargo, aquella noche rindióse principalmente culto á los dioses Lares, protectores de la hospitalidad.....

Por lo que hace á nuestro madrugón, estaba muy justificado. ¡Era tanto lo que teníamos que andar, que ver y que sentir durante aquel clásico día!—Así es que la orden de botasilla se dió sin pérdida de tiempo.

Acto seguido, y mientras ensillaban los caballos, nos dirigimos á la iglesia.....

Hallábase ésta todavía cerrada; pero, habiéndosenos dicho que la abrirían muy pronto, dimos en el ínterin un paseo profano por las calles y las afueras de *Yegen*, —tarea que estuvo despachada en breves momentos y que nos suministró materia para escribir en nuestra cartera de viaje los renglones siguientes:

«*Yegen*, lugar de 1.210 almas, está sumamente elevado

en las andamiadas de la *Sierra;* pero tan defendido de los vientos del Norte y tan á merced del Sol y del ambiente de África, que en él hallamos, entre brillantes chorros de nieve derretida que bajan de las vecinas cumbres, granados en flor, opulentos olivos y hasta naranjos llenos de fruto.

»Encima del pueblo abundan los castaños, los nogales y las encinas; pero más notable que todo esto es un *Nacimiento de agua* que hay á la salida del Lugar por la parte de Oriente. ¡Casi un río brota al pie de una roca gigantesca, y no bien acaba de brotar cuando ya mueve dos colosales piedras de molino!—El agua es riquísima, y, según dicen, crea además otras riquezas en los barrancos y cañadas á que da riego.....—¡Oh! *Quien á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija.*—Al lado de *Sierra Nevada* no puede haber necesidades.»

. . . .

Cerca de las seis abrieron la iglesia.

El *Monumento* no estaba todavía armado, pero ya se veían por el suelo algunos preparativos para su composición, y en cuanto á los Oficios del día, díjosenos que tardarían aún tres horas en principiar.—Ardía, con todo, pendiente del techo de aquella pobre nave, la lámpara de aceite que denota la continuidad del culto en los templos de que no se han incautado los *gobernantes* de este insensato siglo, y aquello bastó para que entendiésemos haber visitado allí la PRIMERA ESTACIÓN.—¡No se podia exigir más á unos pobres viajeros!

Con lo que montamos á caballo, y partimos.....

¡En aquel instante salía el Sol por el Llano del *Laujar!*

Pange, lingua.....

Era el Sol del Jueves Santo, del día más grande de la Iglesia; día de tanto gozo, de tanta majestad, de tanta gala como el del *Corpus;* día en que los Sacerdotes y los Altares se despojan de sus crespones de duelo, sin embargo de conmemorarse también la Prisión de JESÚS, y visten de *blanco* para solemnizar la Institución de la EUCARISTÍA, que, según el Apóstol, «*es la misma blancura de la luz eterna de la Gloria.*»—Ya veis que todavía se me conoce que he sido seminarista.

Sí: la Iglesia, agitada por contrapuestos afectos, destina las Horas canónicas de este día á diferentes ceremonias á cual más augusta.—Esposa de JESUCRISTO y Madre del género humano, tiene á un mismo tiempo que llorar al Redentor y que celebrar la Redención; tiene que acusarse á sí propia (en nombre de la raza de Adán, congregada en el hogar de su Fe) de haber derramado la sangre del Hijo del Eterno, y tiene que cantar su triunfo, su libertad, su emancipación, dando gracias al Sacrificador y á la Víctima, á Abraham y á Isaac, al Padre que consintió en rescatarnos á tanta costa y al Divino Cordero que fué precio del rescate.....

Así, al menos, lo exponen, según mis recuerdos, en sus inmortales escritos, los padres de la Iglesia, y tal es la significación de la solemnísima Misa que se canta la mañana del Jueves Santo.—Aquella Misa es, no ya la conmemoración, sino la viva representación de la Cena en que JESÚS se inmoló por los hombres, en que legó su Cuerpo y su Sangre á la Comunión de los fieles, en que estableció la Ley de Gracia. Por eso tanto júbilo, tanta fiesta, tanta pompa, pocos momentos antes

del dolor y el luto que luego reinan en el templo.....; por eso el *color blanco* y la riqueza de ornamentos y vestiduras: por eso aquel triunfal repique de campanillas de plata con que se acompaña todo el *Gloria in excelsis Deo;* por eso la elevación del Monumento «*con aparato regio de persona Real*» que previene la Liturgia; por eso el lujo y los vistosos trajes de colores que aquella mañana lucen en el templo las hijas de Sión (nuestras hijas, hermanas y mujeres, quiero decir), enlutadas Verónicas á la tarde, errantes por la calle de la Amargura..... (Léase «calle de la Montera» ó «Carrera de San Jerónimo», si la escena se figura en Madrid).

Sin embargo, aun en aquella Misa tan solemne y fastuosa, la Iglesia, en medio de su mayor alborozo, recapacita en el cruel martirio que le espera á JESÚS, y para demostrarlo, no da á besar *la Paz* á nadie, «por aborrecimiento, al beso de Judas», ni quiere que el Sacerdote persigne el altar antes de leer el último Evangelio, sino que *se persigne á sí mismo*, como prueba de la orfandad en que va quedando la Casa Santa.

¡Oh! ¡Qué delicadeza y qué grandiosidad á un propio tiempo en todas estas sagradas alegorías! ¡Qué abismos de ternura en todos los Ritos de la Religión Católica!.....—Los que así no lo proclamen, no han visto por dentro el ceremonial de nuestras Catedrales y Basílicas sino por fuera, como cerrado libro, como plegada flor, como callada esfinge.—Podrán haber oído, por ejemplo, la música de los Salmos; pero no han entendido la letra: podrán saber de memoria la misma letra; pero no se han penetrado de su espíritu.—Tienen ojos y no ven; tienen oídos y no oyen.....,—ni tan siquiera en materia artística y literaria.....

Muy lejos estábamos nosotros de las grandes Cate-



drales en que otros años habíamos visto conmemorar con tanta pompa la Institución de la Eucaristía: muy lejos de aquellos suntuosos *Monumentos* que, en Sevilla, en Toledo, en Granada, en Guadix....., sirven de trono y de prisión á Jesús Sacramentado, durante la tarde y la noche del Jueves Santo, y en todo es luz y blancura, excelsitud y refulgencia..... Pero, en compensación, la mañana que digo, en el momento de salir el Sol (ó más bien dicho, en el momento de *entrar* en la *Alpujarra* por aquel boquete que da paso á la *Taha de Andarax*), cielos y tierra ofrecieron á nuestros ojos y á nuestra imaginación el cuadro más grandioso que haya cantado nunca las alabanzas del Autor del mundo.

Hablo de la *Sierra*—en medio de la cual nos hallábamos, viéndola desarrollarse á nuestros pies en descomunales laderas, que descendían á profundos abismos, y perderse al propio tiempo sobre nuestra cabeza en las soledades del espacio.....—¡Hablo de *Sierra Nevada*, calificada ya como *templo* por nosotros varias veces durante aquella larga peregrinación!

La *Sierra*, pues, vestida, como la Iglesia, de blanco y plata, en señal de triunfo, alzada á modo de catafalco dispuesto para una apoteosis, sobre escalones de ricos mármoles, cubiertos de flores y olorosas hierbas; reverberante toda de claridad seráfica, como los iluminados Sagrarios, y alzando, en fin, al firmamento sus inmaculadas nieves, inaccesibles á todo contacto humano, puras como las oraciones de los ángeles, era para nosotros aquella mañana un Altar inconmensurable, en que oficiaba la Naturaleza rindiendo culto á su Criador; era la Mesa del *Convite* en que el Tiempo y Eternidad se unieron para siempre; era el pináculo en que la tierra se despedía del Cristo que la había habitado treinta

y tres años: era el propiciatorio en que los siglos reverenciaban el aniversario de aquel supremo instante;—era nuestro *Monumento* de Semana Santa.

Pero volvamos al Tiempo; volvamos al mundo; volvamos á nuestro viaje, volvamos á los Moros.

Salía, dije, el Sol del Jueves Santo por el Llano del *Laujar* en el mismo instante que nosotros nos poníamos en camino.....

¡Triste, fatídico, de mal agüero era el punto que había escogido el astro-rey para presentarse aquel día en la *Alpujarra!*—La entrada del Llano del *Laujar*, que teníamos ante la vista, fué siempre el tránsito de los Reyes desgraciados. Por allí cruzó el ZAGAL para ir del trono al confinamiento y después del confinamiento á la expatriación; por allí entró BOABDIL en su retiro temporal cuando perdió el Reinó Granadino y por allí salió para dejar definitivamente la tierra de España; por allí, en fin, penetró un día ABEN-HUMEYA en la *Taha de Andarax*, en lo mejor de su edad y de su fortuna, ¡muy ajeno el mísero de que en la *Taha de Andarax* le aguardaba la muerte..... y de que sólo volvería á salir de allí su exhumado cadáver, cuando lo desterraran de la propia huesa!.....

Y lo cierto es que el mismo Sol tenía ya algo de rey desgraciado..... ¡Estábamos en la víspera de su mortal desmayo, de su pavoroso eclipse de tres horas enfrente de la Cruz, durante las cuales diz que exclamó San Dionisio Areopagita: *«¡Vel auctor naturæ patitur; vel mundi machina disolvitur!»*

En cuanto á nosotros, caminábamos precisamente hacia el extremo oriental de la *Sierra*, hacia Levante,

hacia Jerusalén, de donde venía el Sol; y, bien que no pudiésemos llegar en todo el día á la Ciudad de Herodes, por mucho que corriéramos, era indudable que, cuando menos, habríamos avanzado hacia ella, al final de la jornada, cosa de veinte kilómetros.....; — lo cual, si no un viaje completo, siempre constituiría un pedazo de viaje á los Santos Lugares.

Como estáis viendo, los Moriscos habían perdido el pleito para nosotros, no bien amaneció el Jueves Santo. ¡Inútilmente tratábamos de reducir nuestra imaginación á que se interesase por su suerte! Á fuer de caballeros cristianos, no teníamos ya entrañas ni fantasía sino para sentir y representarnos todo lo que á la sazón sentía y se representaba la Iglesia..... — Es decir: que, habiendo pensado estudiar en *Sierra Nevada* la muerte del REYECILLO, investigar sus causas, instruir, en suma, el correspondiente proceso, no hallábamos manera de principiarlo en tan santos días..... ¡Parecíanos una profanación!

Pero ¡qué diablo! todavía teníamos tiempo por delante, y ya se nos ocurriría algún pretexto honroso para salir de tal apuro.....—Continuamos, pues, nuestra marcha á lo largo de la *Sierra*, y pocos minutos después estábamos en *Válor*.

Válor, el Lugar de señorío de ABEN-HUMEYA; el que le dió nombre durante el período cristiano de su vida; tal vez su tierra natal (ó nació allí ó nació en Granada: lo cierto no lo sé); el pueblo, en fin, donde tenía una casa solariega (de que no quedan ni vestigios), está situado entre dos barrancos muy frondosos, en cierta especie de descanso de las pendientes de la *Sierra*.

Para llegar á la población y á sus cuatro barrios (llamados el *Portel*, la *Jarea*, *Cohijar* y *Cantarranas*) hay que pasar un hondo torrente que corta el camino, y que es la defensa natural de *Válor* y el origen de su importancia, en la guerra del siglo XVI, como punto estratégico.—Sobre aquella cortadura existe un puente peraltado de forma árabe, de un solo ojo, levemente apuntado á la manera de ojiva, como los del llano de Tetuán.—Si aquella obra no es del tiempo de los Moros (que tampoco lo sé), cuando menos es copia exacta de otro puente que ellos tendrían allí.

1.952 habitantes encierra hoy el antiguo feudo del que en mal hora dejó de llamarse D. FERNANDO DE VÁLOR; y, según mis noticias, lo más notable que pasa allí anualmente es una gran función de *Moros y Cristianos* que hacen los jóvenes del pueblo el día 14 de Agosto, y á la cual acuden espectadores de toda la *Alpujarra* (hasta de Berja y de Dalías), atraídos por la fama de *divertidísima* que goza aquella fiesta.....—¡La Humanidad es un abismo sin fondo!

Conque ¡basta de historias profanas!—Así dijimos entonces, y así repetimos ahora.....—Habíamos llegado á las puertas del templo católico de *Válor*, ó sea á nuestra SEGUNDA ESTACIÓN, y deber nuestro era conmemorar la historia de la grandiosa Revolución Cristiana, dejándonos de Moriscos antiguos y modernos.

En la Iglesia de Yegen, al amanecer de aquel solemne día, habíamos considerado, como era de rigor, el momento augusto de la Cena, y traído á la memoria, por consiguiente, el Himno de Santo Tomás á la Eucaristía (*Pange, lingua*, etc.).—También habíamos recor-

dado allí la humildad (imitada todavía una vez al año por nuestros Pontífices y Reyes) con que JESÚS lavó los pies á sus Discípulos después de la Cena, lo cual hizo comprender á San Pedro que aquellos eran los últimos adioses del Hijo de María, dando ocasión á este sublime diálago:

—«Señor, ¿á dónde vas?
»Respondió Jesús:
—A donde yo voy, no me puedes seguir ahora: mas *me seguirás después.*
»Pedro le dice:
»—¿Por qué no te puedo seguir ahora? El alma pondré por ti.
»Jesús le respondió:
»—¿Tu alma pondrás por mí? En verdad, en verdad, te digo: Que no cantará el gallo sin que me hayas negado tres veces.»—(*San Juan* capítulo XIV.)

Así habló el CRISTO, y salió en busca de la muerte.

¡Qué majestad, qué tristeza y qué inefable dulzura en esta despedida!—Es la despedida del Maestro, el Codicilo de su amor y sus predicaciones, la cita dada por el primer Mártir á los que más tarde morirían también por su doctrina.

—«*Me seguirás después.....*»

Estas palabras de JESÚS á San Pedro resumen en profecía toda la historia de la Iglesia, todo el Martirologio cristiano.....—del cual forman parte los tormentos sufridos en 1568 y 1669 por tantos y tantos Sacerdotes de la *Alpujarra*.

Hasta aquí lo que habíamos leído en Yegen aquella mañana.....

En *Válor*, consideramos la patética escena denominada la ORACIÓN DEL HUERTO: aquel momento de expectativa del martirio, en que JESÚS «*empezó á entristecerse y angustiarse*»;—aquellas palabras dirigidas á Pedro y á los hijos del Zebedeo: «*Triste está mi alma hasta la muerte;*»—aquel trance doloroso en que, puesto

de rodillas, exclamó: «*Padre, si quieres, traspasa de mi este cáliz; mas no se haga mi voluntad, sino la tuya*»; —aquel sudor, «*como gotas de sangre, que corría hasta la tierra*»; —y la llegada de Judas, «*uno de los doce, con gran tropel de gente, con espadas y palos, de parte de los Príncipes de los Sacerdotes*»; —y el beso del traidor Discípulo;—y la Prisión de Jesús—y, por fin, el instante en que, «*desamparándole los demás Discípulos, huyeron todos*» [1].

La Pasión había principiado.

De *Válor* á *Nechite*, para donde salimos inmediatamente, hay menos de una legua, bien que muy dificultosa. — Sería, pues, cosa de las nueve cuando llegamos á esta nuestra Tercera Estación.

Por el camino fuimos reparando en que ya estábamos á retaguardia de *Ugíjar*, de la antigua Ciudad, de la consabida Metrópoli de la *Alpujarra*. — Días antes la habíamos visto, como quien dice, de frente: después la flanqueamos á cierta distancia por la izquierda: á la sazón nos encontrábamos á su espalda; y, por último, al día siguiente, entraríamos en ella por el flanco derecho.—¡Creeríase que la rondábamos, que la bloqueábamos, que íbamos estrechando su cerco á la manera de sitiadores ó de amantes!

¡Y cuán impotente aparecía á aquella distancia, relativamente á los demás pueblos comarcanos! — Su verde y matizada vega dilatábase allá abajo, al pie de los austeros montes que la circundan, como una sonrisa de la Naturaleza, y, en medio de aquella graciosa campiña,

1 Las palabras subrayadas son de San Lucas y San Marcos.

divisábanse los nobles edificios y tendidas calles de la Capital del viejo Corregimiento, de la actual Cabeza del propio Partido judicial que recorríamos, de la tierra clásica de los curiales, del pueblo, en fin, más á propósito para representarnos, como nos representaba á lo lejos, la parte *jurídica* de la Pasión, las casas de Anás, de Caifás, de Herodes y de Pilatos, la Sinagoga, el Pretorio, los Jueces, los Escribas, los Fariseos, los soldados de Roma mezclados con las turbas judías, y las turbas judías gritándole al Pretor romano: «¡Perdona á Barrabás y crucifica á Jesús Nazareno!».....

¡Lo cual demuestra nuevamente que aquel día no había manera de hacernos ver otra cosa que escenas de Semana Santa! — Por fortuna, y para desagravio de la Villa de *Ugíjar* (comparada por nosotros con la deicida capital de la Judea), veinticuatro horas después recorrimos sus calles, precisamente á la hora de la Crucifixión, y nos hallamos con un pueblo tan cristiano como el que más, no menos dolido que ningún otro de lo que en aquel instante estaba pasando en el Gólgotha.....

Pero volvamos á donde estábamos; que tiempo nos queda para hablar de Ugíjar en su punto y hora correspondientes.

. . . .

En *Nechite* habían principiado ya los *Oficios*.—Tuvimos, sin embargo, ocasión de saludar un momento en la sacristía á nuestro antiguo amigo el señor Cura, como lo saludo nuevamente desde aquí.—En cuanto á sus 415 feligreses, casi todos se hallaban también en la iglesia....., jugándose la vida en ello; no en verdad porque pudiesen temer otra feroz carnicería como la que hicieron los *Monfies* en los Cristianos de aquel Lugar el 25 de Diciembre de 1568, sino porque la tal

iglesia estaba, y creo que estará todavía, hundiéndose materialmente.....

En el propio estado hallamos después la de *Mairena*, también por falta de algunos reales en que están *presupuestadas*....., digo, presupuestas, las obras que habría que hacer para restaurar ambos templos (12.000 las de *Nechite* y 31.000 las de *Mairena*).....

—¡Ah, señora España! (exclamamos entonces). ¡Mucho apresurarse á arrojar de la *Alpujarra* á los Moriscos, como á enemigos de nuestra Fe: mucho obligar á aquella tierra, con el hierro y con el fuego, á ser católica: mucho lamentarse hoy nuestros hombres de Estado de los progresos de la impiedad: mucho decir que el descreimiento religioso es la carcoma de la actual civilización: mucho consignar en nuestros presupuestos grandes partidas para *reparación de tos templos:* mucho sacar á los pueblos exorbitantes contribuciones....., y he aquí dos feligresías que vanamente piden un día y otro que se les conserve la casa de Dios — único refugio que pueden hallar en sus tribulaciones los menesterosos que todavía no pertenezcan á la *Internacional!*

Por lo que respecta á los pobres Párrocos, el llamado Gobierno se abstiene también de pagarles su dotación y la del culto!.....—¿Qué le importa al Gobierno que los españoles tengan ó no tengan ideas religiosas? ¿Qué le importa que tengan ó no tengan principios morales? ¡Habrá visto el Gobierno tantos pueblos que vivan y prosperen sin lo uno y sin lo otro! ¡Habrá visto tantas sociedades, tantas civilizaciones, basadas en la negación de la inmortalidad del alma!.....—«*¿Qué falta hace Dios, existiendo la Guardia civil?.....*» (dirán acaso nuestros actuales gobernantes).—«*¡Y hasta sin Guardia civil!.....*» (añadirán, á fuer de liberales á la española).—«*¡Con armar al pueblo, cada ciudadano defenderá su dicha como pueda!.....*»

—«*¡Justo!* (responderán los leones, los tigres y los chacales del desierto). *¡Así vivimos nosotros!*»

Sin embargo: á fin de que nada falte á las funciones de Semana Santa que voy describiendo, ocúrreseme convertir esta página en una bandeja, ponerme á dar en ella golpecitos con la pluma, y exclamar, dirigiéndome á los católicos que sean millonarios:

—¡Para reedificar las iglesias de *Mairena* y de *Nechite!*.....

. . . .

Á todo esto, nosotros habíamos rezado la susodicha TERCERA ESTACIÓN en lo que queda de la iglesia de *Nechite*, y considerado allí á JESÚS en casa de Anás.

Anás había sido Sumo Sacerdote de los Judíos; pero ya no lo era. Sin embargo, tenía una hija casada con Caifás, el cual acababa de comprarle á Herodes aquel Pontificado en una gran suma de dinero [1]; y, sin duda por esta razón, y por respeto á sus canas y á las dignidades que había ejercido, condujeron á JESÚS á su presencia antes que á la del Sumo Sacerdote en activo servicio;—ó tal vez el mismo Caifás, por deferencia y obsequio á su suegro, se lo ordenó así al comandante de aquella gavilla [2].

«Y Pedro le seguía á lo lejos.

»Y habiendo encendido fuego en medio del atrio, y sentándose ellos alrededor, estaba también Pedro en medio de ellos.

»Una criada, cuando le vió sentado á la lumbre, lo miró con atención, y dijo:—Y éste estaba con él.

»Mas él lo negó diciendo:—Mujer, no le conozco.

»Y un poco después, viéndole otro, dijo:—Y tú de ellos eres.

»Y dijo Pedro:—Hombre, no soy.

»Y pasada como una hora, afirmaba otro y decía:—En verdad éste con él estaba; porque es también galileo.

»Y dijo Pedro:—Hombre, no sé lo que dices.

1 Así lo refiere San Jerónimo.

2 Estas conjeturas son del Padre Scio.

»Y en el mismo instante, cuando él estaba aún hablando, cantó el gallo.—(*San Lucas*, cap. XXII.)

»Y Pedro se acordó de la palabra que le había dicho Jesús:—*Antes de que cante el gallo me negarás tres veces.*

»Y habiendo salido fuera, lloró amargamente.»—(*San Mateo*, capítulo XXVII.)

Entre tanto, Anás interrogaba á Jesús sobre sus discípulos y sobre su doctrina, sin obtener más que esta contestación:

«Yo manifiestamente he hablado al mundo: yo siempre he enseñado en la Sinagoga y el Templo, á donde concurren los Judíos, y nada he hablado en oculto. ¿Qué me preguntas á mí? Pregunta á aquellos que han oído lo que yo les hablé: he aquí éstos saben lo que yo he dicho.

»Y Anás lo envió atado al Pontífice Caifás.»

Entre *Nechite* y *Mecina Alfahar* (nuestra CUARTA ESTACIÓN) media tan poca distancia como mediaría entre la casa de Anás y la de Caifás.

Algunos expositores se inclinan á creer que suegro y yerno vivían en dos departamentos diferentes de un mismo edificio; y he aquí que precisamente *Mecina Alfahar* viene á ser el piso bajo de *Nechite*.

En efecto: estos dos Lugares están situados el uno encima del otro, como la actual villa napolitana de Resina sobre el antiguo Herculano, sepultado por las lavas del Vesubio; y, á la manera que allí no hay más que sumergirse en una especie de escalera de palacio encantado para ir del pueblo vivo al muerto, así, para trasladarse de *Nechite* á *Mecina* todo se reduce á bajar, durante seis ú ocho minutos, unos escalones tallados por las aguas en las escarpias de la *Sierra*.

Y *muerto*, ó sea deshabitado, parecía igualmente *Mecina Alfahar*.—Sus 382 hijos hallábanse todos reunidos en la iglesia, guardando el más profundo silencio, sólo

interrumpido por el chisporroteo de las velas.....—El Sacramento había sido ya encerrado en el «Sagrario abscóndito.»—JESÚS estaba prisionero.

Porque ya sabréis que Caifás, muy poseído de su papel de Sumo Sacerdote, que tanto dinero le había costado, viendo que JESÚS no respondía á los testigos falsos que declaraban contra él, preguntóle airadamente:

«¿Eres tú el Christo, el Hijo de Dios bendito?

» Jesús le dijo:—Yo soy; y veréis al Hijo del hombre, sentado á la diestra del poder de Dios, venir con las nubes del cielo.

»Entonces el Sumo Sacerdote, rasgando sus vestiduras, dijo:—¿Habéis oído la blasfemia? ¿Qué os parece?

»Y le condenaron todos ellos á que era reo de muerte.

»Y algunos comenzaron á escupirle, y, cubriéndole la cara, le daban golpes y le decían:—Adivina.

. . . .

»Y luego por la mañana, teniendo Consejo los Príncipes de los Sacerdotes con los Ancianos y los Escribas y todo el Concilio, haciendo atar á Jesús, le llevaron y entregaron á Pilato.»—(*San Marcos*, cap. XV.)

La explicación histórica de esto que leímos y consideramos en la iglesia de *Mecina Alfahar*, era que, formando entonces parte Jerusalén del Imperio Romano (Pompeyo la conquistó sesenta y cuatro años antes de Jesucristo), los Sumos Sacerdotes judíos habían dejado de ser Jueces de Apelación en lo criminal y de tener derecho de vida ó muerte.—Semejante derecho correspondía ya al Pretor, ó sea al Procurador ó Gobernador que Roma tenía en aquella provincia, el cual era hacía seis años un tal Poncio Pilato, ó Pilatos, probablemente natural de la misma ciudad del Tiber, y de fijo tan disipado, escéptico y sibarita como todos los que hacían fortuna bajo los auspicios del más corrompido de los Césares.

—¡Vamos, pues, á casa de Pilatos!—exclamamos nosotros, saliendo con dirección á *Mairena*.

Para llegar á *Mairena*, distante de allí una legua escasa, tuvimos que subir muchísimo; pues este pueblo es quizás el más alto de la parte oriental de *Sierra Nevada*.—Sin embargo, hacía tanto calor en aquellas lomas, batidas de frente por el sol de Mediodía, que fuenos preciso descansar una hora en el pintoresco *Barranco de las Parras*, á la sombra de los arbolillos sin dueño, hijos naturales de un despeñado y sonoroso torrente.....—Y al propio tiempo almorzamos.....—¡Porque á los caminantes no les obliga el ayuno!

. . . .

En *Mairena*, lugar de 987 almas, y nuestra QUINTA ESTACIÓN, nos aguardaban unos amigos procedentes de *Laroles*, que se habían adelantado hasta allí, con galante solicitud, á fin de acompañarnos luego á su pueblo—donde debíamos pernoctar.—Por señas que entre estos amigos había uno de quien tengo que hacer especial mención; pues trajo á mi memoria *otra fisonomía* de la Semana Santa; su fisonomía *urbana* y *moderna*, por decirlo así.....

Era el tal un antiguo camarada mío de lecturas, polémicas y paseos melancólicos, que había residido en Guadix largos años, y que luego se había vuelto á la *Alpujarra*, donde nació, á esperar la vejez en medio de los suyos; el cual, al presentárseme en aquel extremo de la *Sierra*, parecía encargado de advertirme cuán cerca me encontraba ya de mi horizonte nativo....., de aquella amada tierra en que juré hacer el viaje que ya estaba terminando....., de aquella vieja *Acci* [1] en que habíamos pasado juntos tantísimos Jueves y Viernes Santos, cuando él era todavía joven y yo adolescente.....

Y, en efecto: no bien lo hube abrazado en las frago-

1 Primitivo nombre de *Guadix*.

sidades alpujarreñas, donde tan selvática figura nos daban nuestros equipos montaraces, acudieron á mi imaginación los tiempos en que conmemorábamos anualmente, con una regularidad casi litúrgica, la Pasión y Muerte del Redentor; ambos vestidos de ceremonia, como todo el *señorío* de Guadix; de frac y en cuerpo desde por la mañana hasta la noche; sin quitarnos los guantes blancos el Jueves, ni los negros el Viernes, sino para hacer aquella única comida diaria en que eran de rigor las natillas, el huevo mol, el arroz con leche y otras dulces compensaciones del ayuno y de la vigilia; recorriendo á todas horas las once iglesias abiertas allí al Culto, ó sea *andando las Estaciones* incesantemente....., la primera vez por amor á Dios, y las restantes por amor á las jóvenes..... de aquel tiempo; formando parte de todas las Procesiones, como Hermanos que éramos de las principales Cofradías, y muy satisfechos y orgullosos, si por ventura resultábamos elegidos en ellas Mayordomos para el año siguiente.....—¡Oh! ¡Aquello sí que era estar en Semana Santa! ¡Aquello sí que era vivir! ¡Aquello sí que era ser hombres!.....

No carecía, con todo, *Mairena* de títulos locales á la veneración de los romeros cristianos que acabábamos de llegar á sus puertas.—Por el contrario: ningún pueblo de la *Alpujarra* recuerda martirio tan imponente y grandioso, tan en consonancia con el de nuestro Divino Redentor, y cuya conmemoración fuese tan oportuna, como el que padeció en 1568 el Cura de aquel lugar bajo el poder de los Monfíes.....

He aquí los sentidos términos en que lo refiere un cronista de aquel tiempo [1]:

1 *Vida y hechos de Pío V, Pontífice romano, dividida en seis libros, con algunos notables sucesos de la Christiandad de su Pontificado*, por D. Antonio de Fuenmayor. En Madrid, por Luis Sánchez. Año de 1595.

»Hubo en Mairena una sola muerte, del bachiller Xauriqui [1], Cura; pero digna de un gran soldado de Christo.

»De la manera que los sedientos, si tienen poca agua, la beben muy despacio por engañar la sed, que no pueden matar, éstos, deseosos de sangre de Christianos, en la de uno que tenían se entretuvieron, por recrear más su crueldad, que no podían satisfacer.

»Primero le atormentaron con hambre quince días, dándole de comer pocas onzas de pan de alcandía. Al tiempo de su muerte le entregaron á la ira y escarnio de muchachos y mujeres. Después, abiertos los brazos, en modo de cruz, y atado á una higuera, le abrieron el costado derecho con una lanza. De allí con dos saetas le clavaron el vientre y pecho. Luego le cortaron las piernas. Tendido en el suelo tras esto, le sembraron de pólvora el cuerpo, y hinchieron la boca, y con la mecha del arcabuz pegaron fuego. La poca ánima que le quedaba con dos balas se la arrancaron. No sólo como leones rabiosos se encrudelecieron sobre el vivo; despedazaron, como sacios buitres, el cuerpo muerto y echáronlo á los perros.»

«*Me seguirás después.....*»—había dicho JESUCRISTO á San Pedro.—Y San Pedro, al cabo de treinta y dos años, padeció efectivamente la muerte en cruz.

«*Me seguirás después.....*»—había dicho al propio tiempo á todo el que lo quisiera oír.—Y, diez y seis siglos más tarde, un humilde Sacerdote de la Alpujarra *seguía* también á JESÚS; veíase crucificado en su santo nombre, y recibía en el costado derecho la lanzada de otro Longinos.....

¡Lisonjero martirio en verdad! ¿Qué mejor empleo de esta triste vida que perderla de semejante modo?—¡Creer en CRISTO, Hijo de Dios vivo, y morir por ÉL y como ÉL!..... ¿qué mayor ventura? ¿que mayor gloria?

. . . .

Haciendo estas reflexiones, habíamos llegado al Pretorio de Jerusalén, ó sea á la casa del Gobernador de la Provincia Romana de Judea:—quiero decir; habíamos entrado en la iglesia de *Mairena*, donde nos tocaba considerar lo acontecido la primera vez que JESÚS fué presentado á Pilatos.

1 Debe de ser *Jáuregui.*—Mármol escribe *Geuregui.*

Los Sacerdotes, Escribas y Prefectos del Templo judío se habían quedado á la puerta del Pretorio, por no contaminarse entrando durante la Pascua en casa de un gentil, en casa de un hombre impuro, en casa de un *enemigo de Dios;* que tal era para ellos el Gobernador romano, verdadero dueño de Jerusalén, el representante de aquel poderoso Imperio que había dado á Herodes Antipáter el Reino de los Macabeos sesenta y cuatro años antes; que se lo había conservado á su hijo Herodes el Grande hasta su muerte, y que luego había dividido la Judea en cuatro pequeños Reinos (Tetrarquías), repartiéndolos entre las personas que fueron más de su agrado.—No se había enojado, pues, Poncio ante aquel escrúpulo de los que en realidad eran siervos de Roma; y, pues que ellos no querían entrar en el Pretorio, él salió á la puerta, y les preguntó:

—«¿Qué acusación traéis contra este hombre?
»Respondieron y le dijeron:
—»Si este no fuera malhechor, no te lo hubiéramos entregado.
»Pilato les dijo entonces:
—»Tomadle allá vosotros, y juzgadle según vuestra ley.
»Y los judíos le dijeron:
—»No nos es lícito á nosotros matar á alguno.

. . . .

»Volvió, pues, á entrar Pilato en el Pretorio, y llamó á Jesús, y le dijo:
—»¿Eres tú Rey de los Judíos?
»Respondió Jesús:
—»¿Dices tú esto de ti mismo, ó te lo han dicho otros de mí?
»Respondió Pilato:
—»¿Soy yo acaso Judío?—Tu nación y los Pontífices te han puesto en mis manos: ¿qué has hecho?
»Respondió Jesús:
—»Mi Reino no es de este Mundo. Si de este Mundo fuera mi Reino, mis Ministros sin duda pelearían para que yo no fuera entregado á los Judíos: mas ahora mi Reino no es de aquí.
»Entonces Pilato le dijo:
—»¿Luego Rey eres tú?
»Respondió Jesús:
—»Tú dices que yo soy Rey. Yo para esto nací, y para esto vine al Mundo, para dar testimonio á la verdad: todo aquel que es de la verdad escucha mi voz.
»Pilato le dice:

—»¿Qué cosa es verdad [1]?

—»Y cuando esto hubo dicho, salió otra vez á los Judíos, y les dijo:

—»Yo no hallo en él ninguna causa [2].

»Mas ellos insistían diciendo:

—»Tiene alborotado el pueblo con la doctrina que esparce por toda la Judea, comenzaudo desde la Galilea hasta aquí.

»Pilato, que oyó decir Galilea, preguntó si era galileo.

»Y cuando entendió que era de la jurisdicción de Herodes, lo remitió á Herodes, el cual á la sazón se hallaba también en Jerusalén.»

¡Con tan desdeñosa compasión y tal aire de superioridad é indiferencia trató el escéptico romano á JESUCRISTO y á sus acusadores! ¡Tan pueril debió de parecerle aquella pugna de dos religiones á él, que de seguro no creía en ninguna y que, cuando preguntaba «*¿Qué cosa es verdad?*», volvía la espalda sin aguardar respuesta; sin considerarla posible!

¡Ah! ¡Cuán lejos estaba de imaginar el delegado de Tiberio que aquella altiva y prepotente civilización que él representaba; aquel Imperio Romano que daba leyes al mundo; aquella teogonía helénica que aún existía para las letras y para las artes, desaparecería de la faz de la tierra al cabo de tres ó cuatro siglos, precisamente por falta de espíritu religioso, por falta de fe, por falta de Dios; y que, entre tanto, la doctrina predicada por aquel humilde galileo, que él acababa de enviar á Herodes como una galantería política, imperaría en Roma, se extendería por todo el globo terráqueo, y serviría de cimiento á otra civilización, prodigiosa hasta en sus errores!

¡Y cuán lejos estaban también de imaginar aquellos sacerdotes hebreos, aquellos escribas, aquel Tetrarca de Galilea, aquellas turbas de Jerusalén, que el reo cuya muerte pedían á gritos era el porvenir del mundo, y

1 «Quizá profesaba Pilato la secta de los Pirrónicos,» dice el P. Erra

2 Hasta aquí San Juan, cap. XIX: lo que sigue es de San Lucas, capítulo XXII.

que ellos, su descendencia, el pueblo judío, toda su raza, empezarían á pagar treinta años después el crimen de haberlo desconocido y crucificado, quedándose, como se quedarían, sin templo, sin ciudad, sin patria, sin ley, para peregrinar eternamente por extrañas naciones, huéspedes molestos y despreciados en todas partes, verdaderos parias de la Humanidad, leprosos de la Historia, abominación del Cielo y de la Tierra!

Cuando empezó á refrescar la tarde, nos trasladamos de *Mairena* á la aldea de *Júbar*, compuesta de 46 casas, y en cuya humilde iglesia nos correspondía rezar la SEXTA ESTACIÓN.

En cuanto al camino que anduvimos para llegar allí no nos ofreció nada de particular, ó, por mejor decir, nada nuevo.—¡Siempre el mismo espectáculo maravilloso! ¡Siempre la *Sierra*, levantándose sobre nosotros á la izquierda hasta invadir los cielos, y despeñándose á la derecha hasta encontrar el profundo lecho de los ríos; siempre nosotros avanzando hacia el Oriente, á media ladera de la empinada montaña; siempre la *Alpujarra* á nuestros pies, el mar á lo lejos, y allende el mar la costa de Berbería; siempre una grandiosa soledad, un inmenso horizonte y un Sol que parecía no lucir más que para nosotros....., ó sea para que nosotros contempláramos aquel dilatado panorama sin accidentes humanos, aquel mapa sin fecha, aquel teatro del mundo, cuyos actores iba á buscar nuestra fantasía á través de diez y nueve siglos!

Llegados á *Júbar*, y una vez en su iglesia, el más gigantesco drama se desarrolló ante nuestra imaginación, ya que no ante nuestros ojos. ¡Parecíanos estar viendo

aquellas series de vastas pinturas murales ú de enormes tapices que cubren las amplias paredes de los claustros de algunas Catedrales, representando escenas de la Pasión!.....

Herodes [1], alegrándose de ver á JESÚS NAZARENO, de quien tanto había oído hablar, y exigiéndole que haga delante de él algún prodigio—JESÚS, callando tenazmente hasta desconcertarlo;—el Tetrarca, despreciándolo al fin, y devolviéndoselo vestido de blanco á Pilato, en señal de irrisión;—la Mujer de Pilato, pidiendo, entretanto, á su marido que de ningún modo castigue á JESÚS, y asegurándole qne *toda la noche ha sido atormentado su corazón gravemente en sueños por causa de aquel justo;*—Pilato, empeñado en salvarlo á toda costa y diciendo á los judíos que opten entre el perdón del facineroso Barrabás y el de JESÚS;—Barrabás, preferido y puesto en libertad por los Sacerdotes y el pueblo hebreo;—JESÚS, azotado, vestido de escarlata, coronado de espinas y provisto de un cetro de caña, asomado por Pilato al balcón del Pretorio, para ver si sus enemigos se contentan con aquel dolor y aquel escarnio del NAZARENO, toman la cuestión á burla y lo dejan vivir;—los Judíos, contestando al «*¡Ecce Homo!*» del compasivo romano, con aquel tremendo aullido: «*¡Crucifícale!*» que había de resonar en todas las edades;—Pilato, en fin, vencido al cabo, por miedo al suspicaz y terrible Emperador Tiberio, con cuya ira le amenazan los Sacerdotes, lavándose las manos en presencia del pueblo antes de firmar la sentencia.....:—tales fueron los cuadros que se representó nuestra mente en la iglesia de *Júbar*,

1 Herodes Antipas, Tetrarca de Galilea, nombrado por Tiberio.—Era hijo de Herodes el Grande, el que decretó la Degollación de los Inocentes.—Estaba enemistado con Pilatos, y éste, para reconciliarse con él, tuvo la galantería de enviarle á JESÚS, y de cometerle el conocimiento de su causa. Pilatos y Herodes se reconciliaron, en efecto, aquel día.

al oir al clérigo que predicaba el Sermón de Pasión repetir estas palabras del Evangelio de San Mateo:

«Y viendo Pilato que nada adelantaba, sino que crecía el alboroto, tomando agua, se lavó las manos delante del pueblo, diciendo:
—»Inocente soy yo de la sangre de este justo. Allá os lo veáis vosotros.
»Y respondiendo todo el pueblo, dijo:
—»SOBRE NOSOTROS Y SOBRE NUESTROS HIJOS SEA SU SANGRE.»

«Después de esto (díjonos el Padre Erra, cuya admirable Historia llevábamos también á mano), vistieron á JESÚS con sus ropas, y, puesta la Cruz sobre sus hombros, fué llevado al monte Calvario para quitarle la vida en el suplicio.»

Serían las cinco de la tarde cuando salimos de *Júbar* con direccion á *Laroles*, postrimer pueblo de la provincia de Granada por aquella parte, término de nuestra jornada, y ÚLTIMA ESTACIÓN que teníamos que andar; —pero Estación solemnísima, compuesta de otras Siete, denominadas el *Via Crucis.*

Dicho se está que en aquellos altos senderos de la *Sierra*, lo mismo que en los templos que íbamos visitando, los recuerdos sagrados del día y todo lo que con ellos se relacionaba, era nuestra única preocupación y el principal asunto de nuestras conversaciones. Así, pues, á la salida de *Júbar* hablamos mucho (paréceme estar oyendo aquella plática) acerca de la suerte que cupo sobre la tierra á algunos de los personaje que más figuraron en la parte casual y externa de la Pasión de JESUCRISTO; y por cierto que nos causó disgusto, extrañeza, mística indignación, verdadero escándalo....., el ver cuán humana y sublunar y pedestremente siguie-

ron rodando por este mundo los Jueces del REDENTOR, sin imaginarse el tremendo papel que debían representar sus nombres en la perpetuidad de los tiempos, á causa de haber terciado en la crucifixión de aquel galileo, irrisoriamente llamado *«Rey de los Judíos.....»*

¡Sobre todo, lo que las historias cristiana y gentílica aseguran de que este Herodes acabó sus días en España, pugnaba con todos nuestros sentimientos religiosos, patrióticos y poéticos!—Que Poncio Pilatos volviese á Roma al año siguiente de la muerte de JESÚS, y luego morase en Francia desterrado por otros motivos, y falleciese en Vienne, ciudad del Delfinado, como cualquier otro mortal, ya tenía algo de cruel, de sacrílego, de abominable.....; ¡pero pasara!.... ¡Allá se las compusieran los franceses!.....—Pero que un Herodes (¡el hijo del que mandó degollar á San Juan Bautista y el mismo que mandó entregar á CRISTO al ludibrio de la chusma!) viviese y muriese en paz en nuestra noble y piadosa tierra..... ¡era una ferocidad sin ejemplo de la Madre Historia,—á quien no podíamos perdonarle aquel insulto hecho á la Madre Patria.....

. . . .

Bajaba entretanto el sol á Poniente, y principiaba á hacer frío en las desamparadas alturas que íbamos recorriendo.—Todos nos pusimos muy tristes.—En nuestro corazón, como en la iglesia, aquel día no era ya *Jueves Santo;* era *Viernes.....*—Quiero decir, que ya sentíamos la fúnebre tristeza del aniversario de la muerte de JESUCRISTO, en virtud del patético y solemne cómputo, llamado *Vísperas*, que enlaza melancólicamente los júbilos y los dolores de la cristiandad, haciendo que cada sol, al ponerse, dedique algunos de sus reflejos á un *«mañana»*, reflejo á su vez de un *«ayer»* pasado hace siglos.—En suma: nuestra alma vi-

vía ya en el día siguiente, en la Calle de la Amargura, en el Gólgotha, en la Crucifixión, en el Entierro.....

Entregados íbamos á estas fantasmagorías, cuando de pronto, y como obedeciendo á misterioso conjuro, apareció ante nosotros, á un cuarto de legua de distancia, en terreno más bajo que el que á la sazón recorríamos, un espectáculo asombroso, increíble, que nos pareció sobrenatural, y cuyo recuerdo durará tanto como nuestra vida.....—¡Ningún poeta, ningún artista, ningún creyente, ningún místico, fué jamás tan afortunado como nosotros en aquel instante!.....

He aquí lo que vimos, casi con lágrimas en los ojos.....

Empezaré por declarar que era pura y simplemente el Lugar de *Laroles;* esto es, una población mucho más extensa que las últimas que habíamos visitado, y situada de tal modo, que desde la altura por donde caminábamos descubríamos á vista de pájaro hasta el suelo de sus prolongadas calles —por las que no circuaba alma viviente.....

En cambio, fuera del pueblo, por el lado que mira á la *Sierra,* divisábase una apretada columna de seres humanos, que, apoyándose todavía en las últimas casas del Lugar, se dirigía hacía una eminencia no muy distante, donde hormigueaban otra gran muchedumbre, como si aguardase la llegada de aquel numeroso cortejo.....

Éste avanzaba sin cesar, aunque muy lentamente, y los últimos rayos del sol nos permitieron distinguir, de trecho en trecho, en medio de aquel cordón de seres humanos, algunas banderas, algunos puntos brillantes (que parecían armas) y algunas extrañas figuras levantadas en alto, alrededor de las cuales se apiñaba más y más la multitud, como si aquellas figuras fuesen los trágicos protagonistas de lo que allí pasaba.

¡Misecordia de Dios! ¡Aquello era una representación material de lo mismo que estábamos pensando! ¡aquello era la visión profética del día siguiente! ¡Aquella era Jerusalén! ¡aquel era el camino del Gólgotha!..... ¡Nuestra última ESTACIÓN había adquirido los caracteres de la realidad! ¡Las escenas de la *Calle de la Amargura*, el *Via Crucis*, la cuesta del Calvario, y, en esta cuesta, el Divino Mártir y los dos malhechores Gestas y Dimas, rodeados del pueblo judío y de los soldados de Roma, habían aparecido milagrosamente ante nuestros ojos, tal como los iluminó el Sol del Viernes Santo hace más de diez y ocho siglos!.....

Habréis adivinado, como nosotros adivinamos muy luego, que lo que teníamos ante la vista era una *Procesión de Pasos de Semana Santa* que se dirigía desde *Laroles* á una ermita situada en las afueras del pueblo; procesión en que irían sacerdoles de ahora. Cofradías con banderas cristianas, faroles levantados en alto, é Imágenes de la Magdalena, de San Juan, de la Virgen María y de *Jesús-con-la-Cruz-á-cuestas*.....

¡Pero haceos cargo de la situación de ánimo, del paraje y del momento en que nosotros columbramos aquel espectáculo, y adivinaréis también el efecto que nos causó! ¡Nunca un simulacro pudo llegar á tal grado de verosimilitud! ¡Aquello no parecía una representación, sino la misma cosa representada, la tragedia viva y fehaciente!....

S. P. Q. R. (*Senatus Populus-Que Romanus*), decían á nuestros ojos aquellos estandartes; y, en pos de ellos, creíamos ver marchar: primero á Gestas, el Mal Ladrón; luego á Dimas, el que se arrepintió en la Cruz y reconoció á Jesucristo; luego á JESÚS, cayendo y levantando, ayudado por Simón Cirineo; aquí á la Verónica, saliéndole al paso y enjugándole el sudor y

la sangre del rostro con el legendario lienzo; allí á las otras Mujeres que le seguían llorando, y á las cuales dijo el Salvador!—«*Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos*».....; y, en torno de los sentenciados, á los verdugos, y, al frente de la comitiva, al Centurión, y, cerrando la marcha, á los lanceros romanos, con Longinos entre ellos, y, detrás de toda aquella turba, á la angustiada Madre, traspasado el pecho por la espada del dolor, pero magnánima y valerosa, como sabiendo que los pecadores necesitábamos de sus lágrimas al par que de la sangre de su Hijo.....—El *Pasmo de Sicilia*, de Rafael, los cuadros del divino Morales y de Sebastián del Piombo, todo el Arte cristiano estaba allí ante nuestra vista, animado, palpitante, auténtico, llenándonos de santo pavor, de inmensa piedad, de punzantes remordimientos y de un amor sin límites al que dió su vida por la felicidad del género humano.

Entretanto, se había puesto el Sol; y las luces de los faroles y de los cirios comenzaban á brillar entre las primeras sombras del crepúsculo; y el gentío se movía ya en sentido contrario que antes.....—¡Dijérase que *todo estaba consumado*, y que los deicidas regresaban en busca de sus hogares para esconderse en ellos con el horror y la duda dentro del alma!.....—Pero no era esto: era que la Procesión volvía á *Laroles*, después de haberse detenido un momento en la colina de la ermita.....—mientras que nuestra cabalgata bajaba por el otro lado hacia el mismo pueblo.....

Ya era noche cerrada cuando penetramos en el Lugar.—La procesión llevaba algunos minutos de estar de vuelta en el templo. Las mujeres, vestidas de obscuro, circulaban por las calles con sendos rosarios en la mano y con la más religiosa tristeza en el rostro. Los

hombres, envueltos en sus capas, capotes ó anguarinas, se arremolinaban en grandes grupos, como preguntándose:—«¿Qué hemos hecho? ¿Si éstos que llegan á caballo serán los soldados de Tito que vienen á destruir la Ciudad y el Templo hasta no dejar piedra sobre piedra?»

Nosotros nos apeamos en la puerta de la iglesia parroquial, rezamos nuestra ÚLTIMA ESTACIÓN, y nos dirigimos á la casa en que se nos aguardaba.....

¿Qué más os diré sobre aquel inolvidable Jueves Santo?

Todavía acuden á mi memoria dolorosas reminiscencias de emociones vivísimas, todas ellas en consonancia con la santidad del día.....—Pero tengo que concluir.

Me limitaré, pues, á daros alguna idea de lo que callo.

Recordaréis que la víspera pernoctamos en un hogar reciente é hicimos colación en compañía de un matrimonio nuevo.—Aquella noche, por la inversa, paramos en una casa de añeja historia, y cenamos con unos esposos ancianos, cuyos hijos y nietos moraban allá, en lo hondo de la *Alpujarra*, á la orilla del mar, lejos de su vista, bien que felices, cuanto se puede ser en este mundo;—lo cual bastaba asimismo á la felicidad de los abuelos.

Vivían éstos, por consiguiente, solos en el hogar en que habían pasado tantos años; hogar que ya empezaba á apagarse; hogar que se apagó bien pronto.....—(Cuando esto escribo, ha muerto el viejo y noble caballero que nos albergó aquella noche.....)

Y allí, en aquella extremidad de la *Sierra*, al pie del Puerto de la *Ragua* (temeroso camino de *Guadix*, paso estratégico de los Moros y región en que se han helado

tantos viajeros), aquel anciano y yo conmemoramos á algunos vivos y á algunos difuntos que habían establecido cierta especie de parentesco entre la Ciudad y el Lugar que separan las eternas nieves.....—Estaba allí, por ejemplo, alguien que tenía enterrado en Guadix al que le dió el ser y en *Laroles* al que le dió la vista.....—¡Había, sí, mucho que amar, mucho que recordar, mucho que agradecer en aquella melancólica velada!—¡Y hoy, como véis, se ha aumentado el número de los muertos!.....—*Requiescant in pace.*

. . . .

Ya muy tarde, nos asomamos á un balcón, á fin de contemplar la *Alpujarra* á la luz de la Luna.

¡Era la última vez (acaso en toda nuestra vida) que podríamos disfrutar de aquel grandiosísimo espectáculo!.....—Á la mañana siguiente bajaríamos de *Sierra Nevada,* con dirección á la Costa y de vuelta ya para el mundo.....

Pero ¿qué hoguera, qué incendio, qué volcán de luz era aquel que divisábamos como á tres leguas de distancia, en medio de los montes alpujarreños? ¿Era un pueblo que ardía? ¿Era una isla de fuego en medio de un mar de tinieblas? ¿Era un túmulo inmenso, el túmulo de Cristo, adornado de millares de blandones? ¿Era otra visión profética del Viernes Santo?

Pronto supimos á qué atenernos.—Aquel ascua de oro era el Lugar de *Jorairátar,* iluminado profusamente por sus devotos moradores, á fin de que los pueblos y cortijos comarcanos supiesen que aquella noche, á las nueve, se predicaba allí el *Sermón de la Soledad.....*

Para que forméis idea del número de luces que producían semejante iluminación, os diré que en todas las ventanas, balcones y azoteas de cada una de las casas del Lugar ardía á aquella hora (según nos explicaron)

una apretada hilera de caracoles llenos de aceite y provistos de una torcida;—¡lo cual significa que pasarían de diez mil aquellas luminarias!

Figuraos lo que sentiríamos en tal momento: figuraos el laberinto de obscuros montes que había á nuestros pies; figuraos la indecisa claridad de la Luna, mezclada con las sombras de la tierra, refulgiendo en la despejada atmósfera y reverberando en el lejano mar; figuraos á esta misma Luna, sola en el espacio como un alma en pena; figuraos la religiosa tristeza de aquella noche, después de los santos recuerdos que habían llenado toda nuestra jornada, y figuraos, por último, aquellos miles de luces, que parecían estrellas bajadas del cielo para hacer compañía á MARÍA en las negras horas de su *Soledad*, y no extrañaréis el místico idealismo que se apoderó de nuestra alma.....

Entretanto, las nieves de la *Sierra*, aquel *Monumento* que, según nosotros, servía en la *Alpujarra* de Solio, de Cárcel y de sepulcro á JESÚS SACRAMENTADO, continuaban brillando — como habían de brillar toda la noche—al modo de las luces de los *Sagrarios* en los grandes templos de la Cristiandad.....

¡Toda la noche, sí! ....—Y, durante ella, este padre sin ventura no dejó ni un solo momento de mirar de hito en hito, con los ojos del corazón, aquel esplendoroso Altar de puras nieves, velándolo piadosamente hasta el amanecer, y buscando, entre los Ángeles que lloraban el Sacrificio del Señor, la faz idolatrada de la tierna hija que acababa de arrebatarme la muerte.....

Y aquí ya no hay palabras con que seguir hablando de la noche del JUEVES SANTO.

. . . .

. . . .

VI.

EL VIERNES SANTO.—Cuadro sinóptico de la *Alpujarra* y de la presente obra.

Al coger hoy la pluma para reseñaros este supremo día de nuestra excursión por la *Alpujarra*—durante le cual vimos, con los ojos de la imaginación, desenlazarse y concluirse las grandes historias que habíamos recordado en sus valles y montes—se me representa, y paréceme contemplar en lontananza, el siguiente vastísimo *Cuadro*, alegórica suma de todo aquel Viaje, de todo lo que en él pensamos, soñamos y sentimos, de todo lo que ha sido y es la tierra alpujarreña, de todo lo que constituye el fondo de la presente obra.

Mirad. Una inmensa Cruz campea en los aires, en lo más alto de *Sierra Nevada*, mostrando sus brazos abiertos al Continente africano, como en ademán de conjuro fulminado contra el Islamismo.—En aquella Cruz expira el SALVADOR DEL MUNDO.—Son las tres de la tarde del Viernes Santo.

Á cada lado del Árbol de la Redención hay otra cruz más pequeña, en las cuales están clavados dos criminales, dos malhechores, dos facinerosos; pero que no son Dimas y Gestas, sino dos Reyes moriscos, dos renegados, dos descendientes de MAHOMA, que recibieron el agua del bautismo y luego se bañaron en sangre cristiana.—El de la derecha, el que ocupa el lugar del Buen Ladrón, es aquel que, no sólo dijo haber delinquido por vengar á su padre, sino que se declaró cris-

tiano á la hora de la muerte: es ABEN-HUMEYA.—El de la izquierda es el perpetuo traidor, la personificación del odio, el réprobo impenitente: DIEGO LÓPEZ ABEN-ABOO.

Detrás de la Cruz de JESUCRISTO se ven de un modo vago, cual si fuesen reflejos de ella ó espejismos crepusculares, otras cruces indecisas, que se desvanecen y pierden en el espacio, en número infinito, y de las cuales penden, ora desnudos, ora vestidos con ropa talar, unos desconocidos, aunque históricos personajes.....—Son los Sacerdotes Alpujarreños martirizados por los *Monfíes*.

La aureola de luz seráfica que rodea la faz de CRISTO se refleja en el lívido rostro de aquellos mártires que *lo siguieron despuès*.—La Iglesia los ha reconocido como Héroes de la Fe cristiana.—Los semblantes de ABEN-HUMEYA y ABEN-ABOO permanecen en la sombra del pecado; pero en los ojos del primero, alzados hacia JESÚS moribundo, empiezan á lucir el arrepentimiento y la esperanza.....

Á los pies de todas aquellas cruces, y formando varios grupos en las agrias laderas de la *Sierra*, se ven millares de cadáveres; aquí de caballeros castellanos; allí de turcos y moros; ora de moriscas pasadas á cuchillo con sus pequeñuelos en los brazos; ora de cristianas asesinadas al pie de los altares.....—Arden más abajo iglesias y mezquitas.—Vense Pueblos derruídos, despoblados, arrasados completamente.—Luego se divisa el Mediterráneo, cubierto de bajeles atestados de moriscos y judíos..... Los barcos zozobran al peso de los desterrados; hasta que al fin se hunden....., y el mar queda cubierto de náufragos que desaparecen poco á poco.....—¡Ancianos, niños, mujeres....., todos son pasto de las olas!

DON JUAN DE AUSTRIA, el MARQUÉS DE MONDÉJAR, EL DE LOS VÉLEZ y el DUQUE DE SESA, en devota actitud, están sobre una colina, vuelta la espalda á los expulsados hebreos y musulmanes, y adorando al CRUCIFICADO.....

—«*Padre mio, perdónalos, que no saben lo que se hacen*»—exclama JESÚS, luchando con la agonía.

—*¡Nosotros no perdonamos!*—responden á lo lejos FELIPE III y los Inquisidores.

En otro lado, casi un siglo más atrás, ISABEL LA CATÓLICA, el Arzobispo HERNANDO DE TALAVERA, el CONDE DE TENDILLA y otros Capitanes de la Conquista de Granada, intervienen también por los Moriscos, aconsejan la tolerancia y la persuasión, esperan redimirlos por el amor y la caridad.....

Pero allí acontece lo mismo: CISNEROS y los dos DEZAS les responden implacablemente:

—«*¡Nulla est redemptio!*»

Y expira JESÚS; y queda despoblada la *Alpujarra;* y la soledad y la miseria hacen su guarida del inmenso ámbito recortado á nuestro alrededor por la corva cuchilla del horizonte.

Y el *Cuadro* principia á desvanecerse, á disolverse, á transformarse.....

Y son los días de este siglo.....—Penachos de humo flotan sobre los barcos que cruzan por delante de la *Alpujarra.*—El ferrocarril silba á lo lejos.—La raza vencedora puebla ya las *Tahas* morunas y reedifica los pueblos que habitaron los Árabes..... Lo único que no se reedifica son las antiguas iglesias cristianas.—La exportación de frutos y la industria minera van enriqueciendo el país.....—Pero turbas más feroces, más impías, más antiespañolas, más anticristianas que los agarenos, pululan en los desiertos de la incredulidad,

sedientas de pillaje y de exterminio, de oro y de sangre, de groseros goces y de salvaje independencia.....—La *Internacional* va apoderándose de España.

Y he aquí que una voz exclama entonces :—*¡Dichosa edad y siglos dichosos aquellos* en que había Moros y Cristianos; en que cada cual luchaba y moría por su fe; en que el idealismo dirigía las acciones humanas; en que esta corta vida era como un torneo en que se disputaban los hombres el derecho á la inmortalidad; en que el alma era señora del cuerpo, y no su esclava y su cautiva; en que todos se consideraban iguales, no porque todos se creyesen dioses, sino porque todos sabían que no eran nada ni nadie ante Dios; y en que el Error consistía, no en desconocer (como se desconoce ahora) que tenemos espíritu, y que nos espera otra vida, y que Dios nos aguarda en ella, sino únicamente en la elección de los medios para lograr tan altos fines!.....—*¡Dichosa edad*, sí, *y siglos dichosos aquellos* en que había Mahometanos y Judíos en España, en lugar de ateos ó de pirrónicos, y en que se sublevaban los pueblos por su fe propia, y no, como hoy, por la hacienda ajena!

Esto dice aquella voz.....;—y, mientras sus ecos se pierden en el vacío, el Cuadro se desvanece de nuevo.....

Y ya no queda ante mis ojos, de tanto como vi y medité en la *Alpujarra*, sino las descoloridas páginas de un libro—que también se llevará el aire.....

VII.

Bajada á *Ugijar*.—Pasamos por *Picena* y *Cherín*.—*Ugijar* en Viernes Santo y en los demás días del año.—El *Cortijo de Unqueira*.—Las Tres de la tarde.—Muere Jesús entre dos ladrones.

Acabáis de ver el Cuadro que nos ofreció la *Alpujarra* al *anochecer* del Viernes Santo de 1872.....

Pero como, para vosotros, lectores, todavía no ha *amanecido* aquel día solemne; como nos habéis dejado en las alturas de *Sierra Nevada*, dentro del Lugar de *Laroles*, viendo transcurrir las fúlgidas horas de la noche del Jueves Santo, y como es deber mío no prescindir ni un momento de vuestra compañía hasta que termine esta peregrinación, voy á deciros de qué manera fuimos al cabo á *Ugijar*, tradicional Metrópoli de la *Alpujarra;* en qué paraje y de qué modo pasamos la tristísima hora de las Tres de la tarde, y cuál fué en realidad el fin que tuvieron Aben-Humeya y Aben-Aboo, á quienes hemos visto en la precedente sinópsis hacer el papel de Dimas y de Gestas y expiar sus crímenes al propio tiempo que Jesús expiaba los del linaje humano.....—Voy, en una palabra, á descomponer el Cuadro que acabo de pintar, y á referiros por separado cada uno de sus tremendos episodios.

Serían las seis de la mañana cuando partimos de *Laroles* y emprendimos la bajada de la *Sierra*.

Nos dirigíamos á *Ugijar;* pero nuestro ánimo era únicamente pasar por en medio de la población, sin detenernos á estudiarla, pues no nos parecía el Viernes Santo día á propósito para curiosear profanamente en

un pueblo cristiano, cuyos moradores estarían entregados completamente á sus obligaciones religiosas.

—Si hoy nos paramos en alguna parte (dijimos desde luego), será en solitarios cortijos, y á la noche iremos á dormir á *Murtas*, donde ya se nos trata en familia.

Habia amanecido un dia hermosísimo, asaz impropio de sus lúgubres recuerdos..... Sin embargo, sobre el *Mulhacem* se veía una nubecilla torva, que bien podía presagiar un eclipse y un terremoto para las Tres de la tarde.....

A la media hora de camino (bajando siempre), pasamos por el Lugar de *Picena*, cuyo número de habitantes era casi inútil averiguar aquel día en que podían aumentarse con los muertos.....—como diz que sucedió en Jerusalén cuando expiró Jesús: que «*se dejaron ver muchos difuntos que habían vuelto á tomar sus cuerpos.....*»—(San Mateo, cap. XXVII.)—Con todo, nosotros, siguiendo nuestra costumbre, inquirimos allí que *Picena*, á las siete de la mañana, tenía 936 habitantes, incluso aquellos que estaban trabajando en lo hondo de las minas de Sierra de Gádor, ó sea en los mismísimos Infiernos.

Después de otro descenso de media legua llegamos á la planta baja de la *Alpujarra*.....: esto es, á la llanura de *Ugíjar*.—*Sierra Nevada* pertenecía ya á..... nuestra historia.

Estábamos en *Cherín*.

Cherín, cuya población es algo más numerosa que la de Picena (979 habitantes), hállase situado en muy riente posición, á orillas de un río que fluye entre pacíficas alamedas, después de haber bajado despeñado de las alturas del Puerto de la Ragua.....

Este río, llamado en todo lo alto *Rio de Laroles*, en seguida *Rio de Picena*, *Rio de Cherin* en aquel sitio, más abajo *Rio de Lucainena*, y que acaba por ser el caudaloso *Rio de Adra*, constituia, en el paraje en que á la sazón nos encontrábamos, la frontera de las Provincias de Granada y de Almería; y nosotros nos solazamos mucho rato en pasar de una margen á otra, ó en marchar por en medio de la corriente, á igual distancia de ambas orillas, diciendo:—«Ahora estamos en Granada.....»—«Ahora estamos en Almería.....»—«Ahora no estamos en ninguna parte.....»: lo cual reconozco que no estuvo bien hecho; pues era jugar con la autoridad de los *límites*—respetables é interesantes siempre, como los aniversarios, como las edades críticas, como cada 31 de Diciembre, ó como las Columnas de Hércules del sepulcro.....—en las que unos leen «*Plus ultra*» y otros «*Non plus ultra*» antes de pasarlas, ó sea cuando están vivos....., pero que todos pasan al fin con los ojos cerrados y más amarillos que la cera, como si temieran alguna cosa.....

Nuestro buen amigo el joven Médico de *Cherin* nos hizo descansar algún tiempo en aquel pueblo.—Verdaderamente, no teníamos prisa.—Además, en *Cherin* teníamos que resolver sobre si subiríamos ó no á la próxima *Taha de Andarax*, cuyo camino arranca allí mismo.....; y al fin optamos por la negativa, en atención á que (según nuestros informes) ni en el *Laujar*, ni en el *Presidio*, ni en el *Fondón* quedaban rastros algunos de ABEN-HUMEYA [1], ni de BOABDIL, ni del ZAGAL, ni de

1 En el *Laujar* hay una calle denominada de «Aben-Humeya,» en la cual existe cierta casa—propia hoy de los herederos de D. Antonio López,—que dicen está edificada en el solar de la en que ABEN-HUMEYA fué asesinado.—Es una casa relativamente moderna, sin ningún carácter ni accesorio monumental.—Ignórase, pues, si la tradición tiene algún fundamento.

CID-HIAYYA; en atención también á la santidad del día, que entibiaba en nuestro espíritu todo entusiasmo poético por los Musulmanes, y en atención, por último, á que ya nos íbamos cansando de rodar por valles y montes.....

Nos encaminamos, pues, desde *Cherín* hacia *Ugíjar*, que era, en aquel punto y hora, el principal objeto de nuestra curiosidad y nuestras ansias, y de la que sólo nos separaban dos ó tres colinas muy suaves...... Pero nos habíamos detenido tanto tiempo en las andanzas de aquella mañana, que ya marcaban las doce nuestros relojes y el padre sol, cuando descubrimos, en medio de amenísimos campos, la insigne residencia de los antiguos Corregidores, aquella población que calificaba Mármol, hace trescientos años, de «*Ciudad no menos noble que las otras del Reino granadino*.»

—¡Al paso, señores, y armas á la funerala; que hoy es Viernes Santo!.....—exclamamos entonces respetuosamente.

Y penetramos en *Ugíjar* con el mayor recogimiento y compostura.

En efecto: eran las doce.—Así nos lo advirtió el árido, triste y cadavérico ruido de la *carraca* de madera que en aquel día fúnebre da las horas en las torres de los templos; ruido que parece formado por el choque de muchos huesos de muerto, y con el cual recuerda á cada instante la Iglesia á los fieles *el leño de la Cruz;*—así como el silencio de las campanas (que representan á los Apóstoles) significa de qué manera callaban éstos á la sazón ó estaban ocultos en la Ciudad deicida.....

Según habíamos convenido, cruzamos por en medio

de la Villa de *Ugíjar* (entrando por Levante y saliendo por el Sur), sin detenernos en ella.—Las calles, limpias y bien empedradas; la Plaza, llana, extensa y con soportales: las casas, de simpático aspecto en su generalidad, y muchas de ellas con grandes balcones, tras de cuyos cristales blanqueaban elegantes cortinillas, que se levantaban á veces para mostrarnos una bonita, curiosa y aristocrática cabeza de mujer.....; todo, todo en aquella población tenía el carácter *aseñorado* (palabra de mi tierra) correspondiente á los títulos históricos de la actual Cabeza de Partido—elevada á Ciudad por BOABDIL cuando residió en la *Alpujarra*, y degradada más tarde de esta categoría por los Cristianos, sin duda para borrar aquel recuerdo del REY CHICO.

La soledad absoluta y el consiguiente silencio que reinaban en las calles y en la plaza, cuyas tiendas estaban cerradas, como supondréis, decían muy alto cuán á rigor se llevaba en aquella ilustre Villa la santificación del Aniversario de la Muerte de JESÚS.—En la iglesia habían terminado los Oficios y cantándose las Vísperas con la anticipación que aquel día es de rúbrica, y en seguida los Sacerdotes habían desnudado los Altares, en recuerdo de cómo los Judíos desnudaron á CRISTO para crucificarlo y se repartieron sus vestiduras y echaron suertes sobre su túnica inconsútil.....—Así nos lo dijeron algunos naturales de *Ugíjar* que habían estado por la mañana en los Oficios y salido luego á *Cherín* á aguardarnos: por todo lo cual no entramos en la iglesia, que ya estaría sola y huérfana..... como las demás del orbe católico—y dímonos prisa á evacuar aquel pueblo, que profanaban y perturbaban en tal día las pisadas de nuestros caballos.....

Pero no era cosa de alejarnos así de *Ugijar*, la población más calificada del territorio Alpujarreño.—Nos detuvimos, pues, una media hora, aunque sin echar pie á tierra, en las márgenes de su río....., todavía á la vista de sus últimas casas....., y allí, á la fresca sombra de algunos arbolillos, platicamos extensamente sobre el estado actual de la villa, y hasta leímos varios apuntes relativos á su noble historia.

He aquí el resumen de aquella sesión extramuros.

La antigua Plaza Fuerte de *Ugijar* encierra hoy 3.432 habitantes, inclusos los que moran en los ciento catorce cortijos, molinos, etc., de su jurisdicción y en los Caseríos de la *Cantera* y de *Montoro* (ó *Rio de Yátor*), situado el primero á media legua y el segundo á una legua de la Villa y cada uno compuesto de unas cuarenta casas.

Desde hace cuatro años hay en *Ugijar* una fábrica de filatura de seda (con doscientas operarias, establecida por industriales de Lyón de Francia), que va haciendo revivir en todas aquellas tierras la cría de la preciosa oruga y de los morales y moreras que la nutren.—Los campos producen todo lo necesario al consumo de la población. Expórtase algún aceite, del cual hay varios molinos. En las ramblillas defendidas por la *Sierra* se ven cada día más naranjos, bien que no en el terrible barranco de *Nechite*, por donde á veces baja encañonado un aire frigidísimo, sin el cual aquellos terrenos serían casi tan templados como la Costa.

El carácter principal y culto que siempre ha distinguido á *Ugijar* se revela en muchas cosas, además de las ya apuntadas. — Su hermosa iglesia fué en otro tiempo Colegiata, con sus correspondientes Canónigos.—Había, además, un convento de frailes cuyo local subsiste.—Abundan las casas antiguas de aire nobi-

liario.—Hay alumbrado público de noche y un sereno....., cosas ambas muy de notar en la alta *Alpujarra*.—El Casino, que tiene fama de excelente, está suscrito á dos periódicos conservadores (*La Época* y *La Política*), y en sus salones se dan con frecuencia bailes de sociedad.—La iglesia del exconvento está habilitada para Teatro, en el que suelen funcionar algunas compañías de la Legua.—El correo es diario.—La estación telegráfica de que se sirven (la de *Berja*), sólo dista tres ó cuatro horas.—¡Los domingos hay Misa de once!—Las gentes *se visten*, ó sea se componen, para ir á paseo.—Éste, en el Invierno, es á la *Ermita de San Antón*, pasando cerca del cementerio.—El Verano, el señorío va por las tardes á la magnífica *Fuente del Arca*, y á la noche toma el fresco en un Paseo de acacias que hay á la puerta de la iglesia parroquial.—En tiempo del Corregimiento paseaban los *Cuellos* (así se llamaban los caballeros ó currutacos) en los soportales de la Plaza á la hora de la siesta, mientras llegaba la de ir á la fuente susodicha.—Hoy los *flaneadores* prefieren como lugar de *parada* cierta esquina que hay entre la Plaza de la *Constitución* y la de los *Caños*.

Hasta aquí la *Ugíjar* de ahora.—Hojear sus antiguos anales equivaldría á revolver toda la historia de la tierra alpujarreña.

Afortunadamente no hay para qué hacerlo: el presente libro va lleno del nombre de aquella Villa, y, además, poco pudieran ya interesaros ciertos pormenores en las postrimerías de esta obra.—Me limitaré, pues, á referiros un solo hecho, que tiene algo que ver con su parte histórica y dramática.

Cuando estalló la Rebelión de los Moriscos, había en *Ugíjar* una Alcaldía Mayor, dependiente del Corregimiento de Granada, con jurisdicción en toda la tierra

alpujarreña. Era entonces Alcalde el Licenciado León, quien, avisado por el Abad Mayor, Maestro D. Diego Pérez, de que iban á alzarse los Agarenos, publicó un Bando para que todos los Cristianos se refugiasen en la Iglesia *pena de la vida* (!), á fin de librarse de mil turcos y berberiscos que marchaban contra aquel pueblo.— Esta exageración y simpleza produjeron la incredulidad consiguiente, y los Cristianos se reían diciendo que «¡por dónde iban á ir los turcos á *Ugíjar!*»

«¡No fueron, en verdad, turcos..... (por entonces, que luego sí) los que entraron en la confiada Villa alpujarreña.....; pero fueron *Monfíes*, capitaneados aquella vez por ABEN-ABOO, que tenía agravios que vengar de las autoridades civil y eclesiástica!—ABEN-HUMEYA, que lo supo, y como grande amigo que era del Abad y de otros cristianos de *Ugíjar*, viendo el peligro en que se hallaban, montó á caballo en *Válor* y corrió aceleradamente á su defensa.....—Pero, cuando llegó, ya era tarde.—El Abad, seis Canónigos, el Alcalde Mayor y doscientos treinta y dos cristianos más habían muerto degollados....., el mismo día en que conmemora la iglesia la Degollación de los Inocentes.....

ABEN-HUMEYA increpó con terribles frases á su primo ABEN-ABOO á la vista de aquellos horrores, en tanto que lloraba piadosamente al Abad y á sus otros amigos.....

ABEN-ABOO le volvió la espalda con desvío.

¡La fatalidad mostró siempre empeño en alimentar un lago de sangre entre los dos descendientes de MAHOMA que reinaron en la *Alpujarra!*

De los campos de *Ugíjar* (que atravesábamos poco después, alejándonos ya definitivamente de la que fué

Ciudad) pudiera decirse lo que el gran poeta arábigo-español Ibn Aljathib dijo de la Vega de Guadix en su DESCRIPCIÓN DEL REINO DE GRANADA: «*que allí todo languidecía, excepto el aura de la Primavera*»;—inspiradísima frase, que es más una melodía que un concepto.

Efectivamente: los campos de *Ugíjar*, labrados en anchurosas paratas, compiten en amenidad (ya que no en extensión) con los primeros del mundo.—¡Qué rozagantes trigos! ¡Qué variedad de frutales! ¡Qué infinidad de flores!

Además: sus legumbres tienen fama en muchas leguas á la redonda.....—Pero nosotros no llegamos á probarlas.—¡Estaría escrito!

Discurriendo sobre estas cosas, pasamos por delante del *Cortijo de Unqueira*.

El Sol se había nublado. Aquella nubecilla que vimos por la mañana sobre la cumbre del *Mulhacem* cubría ya todo el firmamento.....

Eran las dos de la tarde.....

—Detengámonos aquí..... (nos dijo el dueño del *Cortijo de Unqueira*, que iba con nosotros). Esperemos en esta soledad á que pase la suprema hora de las Tres; la hora de Nona; la hora en que murió JESÚS.....—¡Parece mal afanarse en tales momentos por nada de la vida!

Á la puerta de aquel cortijo había muchos naranjos. Su opimo fruto y un poco de pan casero fué lo único que consentimos en tomar allí como parvedad, sin embargo de nuestra inmunidad de caminantes.....

Ayunábamos.—¿Qué menos podíamos hacer como homenaje á la memoria del Bienhechor del mundo?

Ecce lignum crucis.

La tremenda hora iba á sonar en el reloj de los siglos.

Desde las doce hasta las tres, ó sea de la hora de Sexta á la Nona, durante las cuales JESUCRISTO luchó con la Muerte, reinaron las tinieblas sobre la tierra: el Sol y la Luna aparecieron eclipsados, «no de un modo natural (que era imposible), sino como privados de vida por el horror y el duelo» (dice un Santo Padre). «Las estrellas brillaban como en medio de la noche. Un frío espantoso reinaba en la árida cima del Calvario......»,—añaden los Santos Libros.

Y JESÚS pronunciaba de vez en cuando, desde el Árbol de la Redención, las últimas palabras de su Testamento.

. . . .

En la *Alpujarra* llovía.....

Dijérase que el Cielo y la Tierra se habían reunido para llorar juntos.

Por delante del *Cortijo de Unqueira* vimos cruzar varios Curas, en distintas direcciones, todos á caballo y muy deprisa.....

Parecían los Discípulos de JESÚS, corriendo atribulados por las cercanías de Jerusalén en aquel temeroso instante.

Eran Sacerdotes que se trasladaban de un pueblo á otro, á leer la Pasión y á predicar, á fin de que no faltase en ninguno de ellos quien representase el luto de la Iglesia al expirar el Hijo del Eterno Padre.

Flectamur genua..... —¡Arrodillémonos!.....—exclamó en esto un noble anciano que nos acompañaba desde la *Sierra*.

Eran las Tres.

. . . .

—«*¿Ha muerto tan pronto?*»—exclamó Pilato, cuando el Senador Romano Joseph de Arimatea le pidió el cuerpo de Jesús para enterrarlo antes de que se pusiera el Sol.

—¡Sí, Pilatos, Magistrado de la impía Roma; sí, Sacerdotes de la Antigua Ley hebrea; sí, pecadora raza de Adán: Jesús ha muerto!..... ¡El Sacrificio se ha cumplido! ¡El Mundo acaba de transformarse!—Tal pudo contestar el Senador al Prefecto romano.

. . . .

¡Sí! había muerto Jesús, y en la cumbre del Gólgotha sólo respiraban ya una angustiada Madre, Madre también del género humano, el dulce Apóstol que pugnaba por apartarla del pie de la Cruz y dos malhechores, Dimas y Gestas, arrepentido el uno é impenitente el otro, luchando ambos con los pavorosos crepúsculos de la eternidad.....

Así lo había visto, con los ojos de la devoción y como si fuera un hecho presente, el anciano que nos acompañaba; y por eso sin duda repitió las palabras que en aquella hora sonaban en todas las iglesias de la Cristiandad:

—¡Jesús ha muerto!..... *Flectamur genua.*

Todos nos arrodillamos.

VIII.

Crímenes y muerte de Aben-Humeya.

Al Reyecillo nuevo levantado
La muerte merecida allí le dieron:
A manos de los Turcos fué acabado,
De los que por ayuda ellos trajeron 1.

Seguía lloviendo, y á nosotros nos sobraba tiempo para ir á *Murtas*, en donde, por respeto religioso, no queríamos entrar hasta que fuera de noche.....

Había, pues, llegado el momento oportuno de hojear el proceso de aquellos dos grandes malhechores que representaban desde por la mañana en nuestra imaginación el papel de Dimas y de Gestas. Había, sí, llegado el caso de juzgar los delitos de Aben-Humeya y de Aben-Aboo, y de ver la manera cómo los expiaron.—¡Dimas y Gestas nos perdonarían que los convirtiéramos de criminales judíos en criminales moros!

Tomada esta determinación, encendióse lumbre en el Cortijo, y cedimos la palabra á los Historiadores.....

Sean ellos también quienes se encarguen de relataros aquí la última Tragedia de la Trilogia que suspendimos al salir de *Cádiar*.

«Después de su memorable campaña de Vera, D. Hernando de Válor (dice D. Diego Hurtado de Mendoza) tornó á *Andarax*, donde, como asegurado de su fortuna, vivía ya con estado de Rey, pero con arbitrio de tirano, señor de haciendas y de personas..... Con todo esto, duró algunos

---

1 Véase la nota de la pág. 70.—Estos versos son también de aquel Español que estaba cautivo en la Goleta el año de 1574.

días, que le hacían entender que era bienquisto, y él lo creía, ignorante de su condición, hasta que el vulgo empezó á tratar de su manera, de su vida, de su gobierno, todo con libertad y desprecio, como riguroso y tenido en poco. Apartáronse de su servicio, descontentas, algunas cabezas que tomaron avilantez..... Quejábanse los Turcos, entre otros muchos, que, habiendo dejado su tierra por venir á servirle, no los ocupaba donde ganasen..... Mas él, espacioso, irresoluto hasta su daño, tanto dilató la respuesta, que se enemistó con ellos, habiéndolos traído para su seguridad, y después proveyó fuera de tiempo.»

Otras nubes se amontonaban sobre la cabeza del REYECILLO. Los parientes de su difunto suegro Muley Carime y de su repudiada primitiva esposa, y sobre todo un tal Diego de Arcos (hermano de aquel Rafael de Arcos á quien mató el propio ABEN-HUMEYA), no omitían medio de desacreditar y perder al que había sido el verdugo de su familia (los Arcos eran deudos de los Rojas), y propalaban que andaba en tratos con los Cristianos sobre la manera de rendirse;—calumnia en cuya corroboración exhibían dos documentos que *aparentemente* lo comprometían mucho.

Eran un *pasaporte*, firmado y sellado por él, en favor de cierto Cristiano que conducía pliegos á Granada, y una carta, toda de su puño, dirigida al Alcaide de Güéjar, enviándole otras para que las remitiese á aquella Ciudad.

El Romanceador Alonso del Castillo escribía poco después las siguientes palabras:—«Cuentan los Moros haber sido (dichos papeles) principal ocasión por la cual los moros y turcos de Berbería acordaron de matar á este *D. Hernandillo de Válor.*»—Sin embargo, no podían ser más inocentes aquellos documentos; pues, según confiesa el mismo Romanceador, y reconocen todos los Cronistas, habían sido redactados cuando ABEN-HUMEYA escribió á D. JUAN DE AUSTRIA quejándose de que hubiesen dado tormento á su encarcelado padre; ocasión en que, muy lejos de hablarle de paz, le amenazaba con

no dejar un Cristiano á vida.....—Pero el Alcaide de Güéjar, descontento sin duda del REYECILLO, «guardó aquella carta (dice Mármol) para *calumniarle* con ella», y, unida al pasaporte, fué un arma terrible en poder de los Arcos y los Rojas.

Leamos ambos papeles, incluídos en el *Cartulario* del mencionado Alonso del Castillo.—Son dos muestras curiosas de la mala gramática y ortografía de ABEN-HUMEYA y de su piedad filial.

Decía así el pasaporte:

«Con el nombre de Dios piadoso y misericordioso. Del estado grande, renovado por la gracia de Dios, con generosidad é ánimo valeroso, de Muley Mahamad Aben Omeya, Gobernador é Rey de los creyentes (¡que Dios haga victorioso e sea servido de remediar con él á los del Pôniente que suscitaron la ley de Dios!)

»Se haze saber que este moço es xpiano (cristiano) de los de la fortaleza de Xeron, el cual lleva unas cartas de Su Alteza á la cibdad de Granada: por tanto, el que lo estorbare, ó ascondiere, ó matare, e cualquiera que lo viere en cualquier lugar que entrare, le favorezca e ayude, porque va en provecho de los moros e de los xpianos, como es en las usanças de los Reyes.

»E lo firma por su mandado, siendo testigo de ello Mahamad Aben Gebela.

»Y está firmado al fin deste pasaporte una rúbrica e palabra que dice: *Esto es verdad.*»

La carta era del tenor siguiente:

«Los loores á Dios. Del estado grande, virtuoso, renovado por Muley Mahamad Aben Omeya, Rey (¡que Dios haga victorioso!), salud e Dios e su gracia e bendicion que desea á su especial amigo, el Alcayde Xoaybe de Güéjar.

»Hermano mío, la merced que os pido es que esta carta mia, que vos será dada en castellano, la embieis á mi padre, é guardaos no alçeis mas alcaria ninguna hasta que venga respuesta della de mi padre. E despues de esto yo os daré horden de lo que debeis de hacer, e por Dios os encargo seais hombre de secreto e prestamente os yré á ver, é probeeré todo aquello que os cumpliere.

»E salud e gracia e bendicion de Dios sea con vosotros.»

Se ve que estos documentos—si inocentes y hasta loables, conocido el sentimiento que los dictó y visto el

resultado que produjo la correspondencia á que se referían [1]—se prestaban á funestas interpretaciones, por poca mala fe que hubiese en quien los comentara, y esta mala fe no era sino mucha en el bando morisco que conspiraba contra ABEN-HUMEYA.

«Tomó además parte activa en la conjuración (dice Lafuente Alcántara) DIEGO LÓPEZ ABEN-ABOO, que ambicionaba el mando.»—¡Es decir, que ABEN-ABOO se quitaba ya la máscara!.....—Era natural: los odios, los rencores, las ambiciones y las envidias acaban siempre por concertarse en contra del enemigo ó del estorbo común.—¡ABEN-HUMEYA estaba perdido sin remedio!

Tiempo era, por lo demás, de que dejase de vivir aquel insensato, juguete de sus pasiones, manchado de sangre, entregado á la molicie y la concupiscencia como Baltasar y Sardanápalo y que parecía no luchar ya en las batallas sino para asegurarse el impuro goce de las veintidós mujeres que, según unos, y cuarenta, según otros, tenía en su casa del Laujar cuando estalló al fin sobre su frente la cólera divina.....—Apresurémonos, pues, á decir cómo se originó y realizó la catástrofe, no sin advertiros que, aunque el lance parece inventado por un poeta, es una historia ciertísima, que refieren unánimemente todos los cronistas de aquellos sucesos.

Tenía ABEN-HUMEYA un amigo y confidente con quien gustaba mucho de platicar sobre amoríos.—Llamábase Diego Alguacil, y era morisco, natural de Ugíjar.

Un día cometió éste la ligereza y la ruindad de revelarle que era amante correspondido de una prima suya,

1 Véase la página 304 de este libro.

«viuda, mujer que fuera de Vicente de Roxas, pariente del Roxas suegro de ABEN-HUMEYA; mujer igualmente hermosa y de linaje (dice Hurtado de Mendoza); buena gracia, buena razón en cualquier propósito; ataviada con más elegancia que honestidad; diestra en tocar un laúd, cantar y bailar á su manera y á la nuestra; amiga de recoger voluntades y conservarlas.»

Esta viuda llamábase Zahara, si hemos de creer á Pérez de Hita [1]; el cual conviene también en que era muy hermosa.

«Hermosa á la maravilla (escribe); gran música de voz y de tañer á la Morisca y á la Castellana....., y danzaba extremadamente.

»Y tanto le supo decir (continúa luego el mismo), que ABEN-HUMEYA, de oídas, quedó de ella muy amartelado y con encendido deseo de verla, y así, disimulando, le rogó (sin mandar como pudiera) que la trujese á su casa, porque la quería ver, y que en ello le haría gran servicio.

»Aben-Alguacil, arrepentido ya de haber alabado tanto á su dama, sufriendo su pena, aquella noche la llevó á casa del REYECILLO, á donde, á su ruego, danzó y tañó.....»

Resultado de esta entrevista fué que la mora Zahara no volvió á salir de las habitaciones del REYECILLO, quien «usó de ella como amiga» (dice Hurtado de Mendoza); mientras que DIEGO ALGUACIL desapareció de Andarax, tan receloso de que ABEN-HUMEYA lo matara, como resuelto á matarlo él en cuanto pudiese.

En lo que no están de acuerdo los historiadores es en la manera de calificar los resentimientos de Alguacil y de Zahara con el Tirano alpujarreño.—Según Pérez de Hita, que es el más romántico de todos, «la hermosa mora quedó á su pesar con el REYECILLO, no cesando de llorar aquella fuerza que se le hacía.»—Según Hurtado de Mendoza, «avisó la viuda á su primo, mostrando descontentamiento; ofendida entre tantas mujeres [2], de no

1 Los demás historiadores no dicen su nombre.
2 «Mujeres propias», quiere decir aquí el historiador.

ser tenida por una de ellas.»—Otros (dice Mármol), «entendieron que la causa del enojo que tenía con él (Diego Alguacil con ABEN-HUMEYA) no eran celos, sino punto de honra, afrentado de que, siendo mujer principal, que podía casar con ella, la traía por manceba.»

Como quiera que fuese (que lo cierto es muy difícil de adquirir cuando la verdad se esconde en el corazón de una mujer, y de una mujer muerta hace tres siglos), las Historias no dejan después lugar á duda en que Zahara, resentida con ABEN-HUMEYA por carta de más ó por carta de menos, suministró á Alguacil los medios de matar al REYECILLO.

Veamos las trazas de que se valió, dignas ciertamente de una mujer ofendida..... y mora por añadidura.

ABEN-HUMEYA, «que no se fiaba de los Turcos, ni estaba bien con ellos (dice Mármol)....., los había enviado á la frontera de *Órgiva*, á orden de ABEN-ABOO. Sucedió, pues, que, como estos hombres viciosos eran todos corsarios, ladrones y homicidas, donde quiera que llegaban hacían muchos insultos y deshonestidades..... Y como fuesen muchas quejas de ellos á ABEN-HUMEYA, escribió sobre ello á ABEN-ABOO, encargándole que lo remediase: el cual le respondió que los Turcos no hacían agravio á nadie, y que si alguna desórden hiciesen, él la castigaría. Sobre esto fueron y vinieron correos de una parte á otra; y ansí de lo que se trataba como de la indignación que ABEN-HUMEYA tenía contra los Turcos, avisaba por momentos la Mora á Diego Alguacil.»

Decidió al fin el REYECILLO enviar á los Turcos contra Motril, al mando de ABEN-ABOO, y escribió á éste que se pusiera en marcha con ellos hacia las Albuñuelas, donde ya le alcanzaría otro correo que le designase el punto á que debía dirigirse y todo lo que tenía que hacer.

«Y como estos correos (prosigue Mármol) pasaban forzosamente por *Ugíjar*, y la MORA avisaba á Diego Alguacil de los despachos que llevaban, éste y Diego los Arcos salieron al camino á esperar al portador

de la anunciada última orden, y lo mataron, quitándole el pliego. Y, contrahaciendo la orden Diego de Arcos (que había sido Secretario de ABEN-HUMEYA y firmado algunas veces por él); donde decía que ABEN-ABOO fuese con los Turcos á dar sobre Motril, puso que los llevase á Mecina de Bombarón, y que después de tenerlos alojados....., los desarmase y hiciese degollar á todos, valiéndose de cien hombres que le llevaría Diego Alguacil; y que lo mesmo hiciese con Diego Alguacil después que se hubiese aprovechado de él.»

Esta carta apócrifa fué enviada inmediatamente á ABEN-ABOO con persona segura, y poco después llegó Diego Alguacil á la cabeza de cien hombres que los Roxas y los Arcos le habían reunido en *Ugíjar*, y dijo al antiguo DIEGO LÓPEZ:

«Aquí me tienes con la gente que sabes; pero entiende que yo no pienso intervenir en semejante crueldad, pues los Turcos son personas que han venido á favorecernos; por lo que trato de avisarles la traición de ABEN-HUMEYA, á fin de que provean lo que se ha de hacer con este hombre ingrato, voluntario y perverso, á quien yo estoy cansado de servir.»

De manera alguna se comprende que un moro tan astuto como ABEN-ABOO, enterado, lo mismo que toda la *Alpujarra*, de los ruidosos amores del REY con la prima y amada de Alguacil, de la fuga de éste y de sus vengativos planes, no cayese en la cuenta de que todo aquello era una maquinación del ultrajado amante contra su aborrecido rival.....—Porque ¿cómo podía haber dado ABEN-HUMEYA una comisión tan delicada (ni ninguna otra) á su mayor y más reciente enemigo?.....

Además, la terrible orden que ABEN-ABOO recibió poco antes, no estaba escrita ni firmada de puño del REY.....—¿Cómo pudo, pues, considerarla auténtica el cauteloso DIEGO LÓPEZ?—¿Acaso no conocía la letra ni la firma de su primo y señor, con quien se carteaba diariamente?—¡Imposible suponerlo.....; pero razón de más para prevenirse!—¿Las conocía?—¡Pues ya veía que no eran suyas!—¿Sería acaso porque reconoció la mano de Diego de Arcos, antiguo Secretario Real?—

¡Pero Diego de Arcos estaba también fugitivo y rebelado contra el déspota alpujarreño desde que éste le mató un hermano!

La Historia no se ha detenido á dilucidar este punto, y dice, muy superficialmente, que ABEN-ABOO, creyendo cierta la orden escrita y veraces las palabras de ALGUACIL, participó de la indignación de éste contra ABEN-HUMEYA.....—Yo juraría, sin embargo, que ABEN-ABOO no fué engañado ni un solo instante por Diego Alguacil, aunque lo aparentara; y que, al contrario, contribuiría con todas sus fuerzas á engañar y exasperar á los Turcos.—¡ABEN-ABOO era aquel demonio que, según dijimos más atrás, seguía á ABEN-HUMEYA como la sombra al cuerpo, desde la horrible escena en que, por su causa, dejó de ser hombre y se convirtió en monstruo!

Pero prosigamos.

«Hablando se hallaban todavía de aquel asunto los dos moriscos, cuando acertó á pasar (dice Mármol) por delante de la puerta donde estaban, Husceyn, Capitán Turco, y llamándole á él y á Carácax, su hermano, ABEN-ABOO les mostró la carta: los cuales avisaron á otros Alcaides Turcos; y, alborotándose todos entre temor y saña, comenzaron á bravear, cargando las escopetas, y diciendo: qué, ¿aquello merecían los que habían dejado sus casas, sus mujeres y sus hijos por venirlos á socorrer?—Y apenas podía ABEN-ABOO apaciguarlos, diciéndoles estuviesen seguros, porque no se les haría el menor agravio del mundo.....

Tratóse allí luego que no convenía que reinase aquel hombre cruel..... sino que le matasen á él y cryasen otro Rey.....; y sin perder tiempo nombraron á ABEN-ABOO, harto contra su voluntad, á lo que mostró al principio. Mas luego aceptó el cargo y honra que le daban, con que le prometieron de matar luego á ABEN-HUMEYA.»

. . . .

La anterior escena ocurrió en Cádiar, á prima noche. De allí al Laujar de Andarax, donde residía el Rey, acostumbraban los Moriscos á poner cuatro horas.

Era aquella misma noche.—«*Antes del amanecer.....*» dice Pérez de Hita.

Ignórase el día fijo: sólo se sabe que corría el mes de Octubre de 1569.

El Laujar yacía en la quietud del descanso, ya que no en la del sueño.....

«*Los Caudillos y Capitanes más amigos de* ABEN-HUMEYA, *con dos mil moros, repartian la guardia cada noche..... teniendo barreadas las calles del Lugar, de manera que nadie pudiese entrar en él sin ser visto ó sentido.*»—Esto dice Mármol; á lo cual añade Hurtado de Mendoza que ABEN-HUMEYA, aquella noche, última de su vida, tenía «*veinte y quatro hombres dentro en casa, quatrocientos de guardia, y mil y seiscientos alojados en el Lugar.*»

Velaban, pues, muchos por la seguridad del REYECILLO; el cual, después de haber pasado la mayor parte de la noche en una *zambra*, ó baile moruno, acababa de entrar en su casa y de recogerse en sus habitaciones.

Por asistir á aquella fiesta, no había partido hacía ya algunas horas en busca de los que conspiraban contra él;—pues hay que advertir que á eso de las once, cuando se dirigía al baile, recibió un aviso de todo lo que se urdía en Cádiar.

«*Pero él no habia querido decir nada*» (refiere Mármol); bien que, desde que lo supo, «*tenia dos caballos ensillados y enfrenados..... y más de trescientos Moros de guardia al derredor del Lugar para caminar antes que amaneciese. Después, cansado de festejar, se habia ido á su posada.....*»

No dió, sin embargo, la orden de que se retirasen los que toda la noche le habían estado aguardando con el pie en el estribo; lo cual significa que sólo se proponía descansar algunos instantes, creyendo sin duda que el

Destino le consentiría, como otras veces, aquella tardanza en acudir á la defensa de su amenazada vida.....

Dormitaba, pues, ABEN-HUMEYA á eso de las tres de la madrugada.

«*En el aposento habia una hacha de cera ardiendo*», dice Pérez de Hita.

Dos mujeres (así lo aseguran todos los historiadores) acompañaban al desgraciado en el último sueño de que había de despertar....., y una de ellas era la viuda de Vicente Rojas, la prima y amada de Diego Alguacil, la mora Zahara....., la Helena de aquella Troya en miniatura.

¡Pero Zahara no dormía!..... ¡Zahara estaba despierta—como Judith la noche que mató á Holofernes!

. . . .

Entretanto, los conjurados de Cádiar avanzaban en medio de las sombras nocturnas, seguidos de cuatrocientos hombres, por mitad Turcos y Moriscos.

«*Con silencio caminaron hasta Andarax.....*»—depone Hurtado de Mendoza.

Y, en efecto, ya hacía rato que la tierra de Andarax cruzaban; tierra «*cuyo aire* (al decir de un poeta moro) *inclinaba á la molicie: tierra* (continúa diciendo) *estrecha de términos y contornos, áspera de caminos, copiosa en sepulturas y cavernas, falta de alegría y lugares de recreo, y cargada de tributos.....* [1].

Llegó, al fin, aquel ejército de blancos fantasmas á las guardadas puertas del Laujar.

«*Aseguraron la centinela, como personas conocidas,*»—observa Hurtado de Mendoza.

Es decir, que daría la cara ABEN-ABOO, el primo y y allegado del Rey, y, por consiguiente, el más traidor

1 Ibn-Aljathib.

de todos los que allí iban.....—Á lo menos, siempre acontece así en casos tales.

«*Pasaron el cuerpo de guardia* (sigue diciendo el noble historiador); *entraron en la casa.....; quebraron las puertas del aposento.....*»

Figurémonos aquel despertar de ABEN-HUMEYA.—Delante de él estaban, juntos por la primera vez, pero estrechamente unidos por el odio, sus más implacables enemigos: el torvo ABEN-ABOO, que ambicionaba el trono; Diego de Arcos, que había jurado vengar á su hermano y todas las demás ofensas de su familia; Diego Alguacil, el injuriado amante de Zahara, y Husceyn y Carácax, los terribles Capitanes turcos que tan quejosos é irritados se mostraban hacía ya tiempo..... ¡Todos, sí, todos se hallaban en su presencia, armados, irreverentes, descompuestos, amenazadores, en vías ya de hecho, pues que habían osado derribar la puerta!.....

Sin embargo, «ABEN-HUMEYA *les habló con semblante de rey*»—dice Pérez de Hita.

«*Halláronle desnudo y medio dormido* (continúa por su parte Mendoza); *y, vilmente, entre el miedo y el sueño y las dos mujeres; estorbado de ellas, especialmente de la* VIUDA....., *que se abrazó con él* (abrazo de Dalila para impedirle la defensa), *fué preso..... y atáronle las manos con un almaizar* (especie de toca ó faja morisca).»

«*No hizo resistencia.....*»—«*Ninguno hubo que tomase las armas ni volviese de palabra por él.....*»—«*¡Faltó maestro á* ABEN-HUMEYA (prorrumpe al llegar á este punto el insigne D. Diego.....); *porque ni supo proveer y mandar como Rey, ni resistir como hombre!*»

En cambio, el mismo que así habla va á hacernos ver que, cuando menos, aquel infortunado supo morir.

»*Juntáronse* (dice) *Aben-Aboo, los Capitanes y Diego Alguacil..... á tratar del delito y la pena, en su presencia.*

Leyéronle y mostráronle la carta (la orden contrahecha de asesinar á los Turcos), *que él, como inocente, negó. Conoció la letra del pariente de Diego Alguacil: dijo que era su enemigo; que los Turcos no tenian autoridad para juzgarle; protestóles, de parte de Mahoma, del Emperador de los Turcos y del Rey de Argel, que le tuviesen preso, dando cuenta de ello y admitiendo sus defensas.....*

»*Mas la razón tuvo poca fuerza con hombres culpados, prendados en un mismo delito, y codiciosos de sus bienes. Saqueáronle la casa; repartiéronse las mujeres, dineros, ropa; desarmaron y robaron la guardia; juntáronse con los Capitanes y Soldados, y otro dia de mañana* [1] *determinaron su muerte.*

»*Eligieron á* ABEN-ABOO *por Cabeza en público, según lo habian acordado en secreto, aunque mostró sentimiento y rehusarlo, todo ello en presencia de* ABEN-HUMEYA, *el cual dijo:*

»QUE NUNCA SU INTENCIÓN HABÍA SIDO SER MORO; MAS QUE HABÍA ACEPTADO EL REINO POR VENGARSE DE LAS INJURIAS QUE Á ÉL Y Á SU PADRE HABÍAN HECHO LOS JUECES DEL REY Don Felipe, ESPECIALMENTE QUITÁNDOLE UN PUÑAL Y TRATÁNDOLE COMO Á UN VILLANO, SIENDO CABALLERO DE TAN GRAN CASTA, PERO QUE ÉL ESTABA VENGADO Y SATISFECHO.....; QUE, PUES HABÍA CUMPLIDO SU VOLUNTAD, CUMPLIESEN ELLOS LA SUYA.

»QUANTO Á LA ELECCIÓN DE ABEN-ABOO, QUE IBA CONTENTO, PUES SABÍA QUE HARÍA PRESTO EL MISMO FIN:

»QUE MORÍA EN LA LEY DE LOS CRISTIANOS, EN QUE HABÍA TENIDO INTENCIÓN DE VIVIR, SI LA MUERTE NO LE PREVINIERA.

»*Ahogáronle dos hombres* (Diego Alguacil y Diego de

1 Es decir, al amanecer de aquel día, dos ó tres horas después de prenderlo.

Arcos, según Mármol: ABEN-ABOO y Alguacil, según Lafuente Alcántara), *uno tirándole de una parte y otro de otra de la cuerda que le cruzaron en la garganta.»* (Pérez de Hita dice que lo ahorcaron *«con una toca.»*)—*«Él mismo* (añade) *se dió la vuelta como le hiciesen menos daño; concertó la ropa; cubrióse el rostro.....»*

ABEN-HUMEYA acababa de cumplir veintitrés años.

. . . .

«Le sacaron muerto (cuenta otro historiador), *y le enterraron en un muladar, con el desprecio que merecían sus maldades.....»*

Sin embargo; algunos meses después, á la conclusión de la Guerra de los Moriscos, y despoblada ya la *Alpujarra*, *«tuvo noticia el* SEÑOR D. JUAN (dice Pérez de Hita, refiriéndose á D. JUAN DE AUSTRIA) *de cómo estaba enterrado en Andarax* D. FERNANDO DE VÁLOR, *el que había sido Rey, y cómo había muerto Cristiano; y, atento á esto, mandó su Alteza que los huesos suyos fuesen llevados á Guadix á enterrar.»*

. . . .

Lo único que la Historia vuelve á saber de la Mora Zahara es que, seis años después de terminada la Guerra, la vieron en Tetuán *«casada á ley de maldición con el propio Diego Alguacil.»*—Así lo refiere Luis del Mármol.

Hurtado de Mendoza la desprecia soberanamente, y no vuelve á nombrarla.

IX.

Reinado y muerte de ABEN-ABOO.

Vamos al MAL LADRÓN.

ABEN-HUMEYA había reinado diez meses.....

ABEN-ABOO reinó otros diez.

Cumplióse, pues, en esta parte, como en todo, la especie de emplazamiento que aquél le dirigió en su última hora, cuando le dijo:—«*En cuanto á ti*, ABEN-ABOO, *muero contento; pues tendrás mi mismo fin.*»

El nuevo REY pidió á los Soberanos de Argel y de Turquía la confirmación de su nombramiento, y, obtenido que la hubo, intitulóse MULEY ABDALÁ MAHAMUD ABEN-ABOO, REY DE LOS ANDALUCES, adoptando la siguiente divisa: «*No pude desear más, ni contentarme con menos.*»

Su reinado principió bajo muy buenos auspicios para la causa morisca. Conociendo el asesino de ABEN-HUMEYA que tenía que hacer olvidar su crimen por medio de grandes acciones, puso cerco á la Villa y Fuerte de Órgiva; derrotó y rechazó al Duque de Sesa, que había salido de Granada con muchas tropas en auxilio de los sitiados, y tomó el Fuerte y la Villa, después de otros señaladísimos combates.

Pero su estrella no tardó en nublarse para siempre. El joven D. JUAN DE AUSTRIA salió al fin á campaña [1]; alcanzó memorables victorias por la parte de Huéscar

1 FELIPE II se lo había prohibido hasta entonces.

y de Almería (bien que perdiendo delante de Serón á su ayo y amigo el célebre Luis Quijada); redujo ó aniquiló á los moriscos de todas aquellas tierras, y apareció, en fin, cubierto de laureles, por el lado oriental de la *Alpujarra,* decidido á apagar de una vez la rebelión en su mismo foco.—Volvió á la carga al propio tiempo el Duque de Sesa por el lado de Poniente....., y ABEN-ABOO, cogido entre dos fuegos, vióse obligado á refugiarse con sus adictos en las alturas de *Sierra Nevada.*

Sin embargo; todavía no hubiera sido fácil á los Capitanes cristianos enseñorearse del territorio Alpujarreño, si otras armas mucho más afiladas que las que ellos esgrimían no vinieran á herir de muerte la insurrección. Todos los Moriscos de Granada y de su Vega fueron expulsados de sus hogares y confinados á distintas Provincias de España, sin consideración alguna á edad, clase ni sexo, después de haber sido desposeídos de sus casas, tierras y tesoros: ¡tremenda medida, muchas veces anunciada, y hasta iniciada, pero cuya definitiva ejecución llenó de espanto á los Alpujarreños!

Además; los parientes y amigos de ABEN-HUMEYA, indignados, terribles, atentos sólo á la venganza, trataban ya con los Cristianos; hacían que millares de Moros depusieran las armas y volviesen á la obediencia de las Autoridades granadinas, y habían llegado á mermar tanto el ejército de ABEN-ABOO, que éste hubo de pensar también en rendirse, y entró en negociaciones con D. JUAN DE AUSTRIA.—Pero luego calculó que de todas maneras sería ahorcado, y, en señal de que daba por rota la Capitulación convenida, asesinó al que había servido de negociador en aquellos tratos, al venerable Havaquí, el más insigne General de las huestes moriscas, cuyos restos yacen también en Guadix.

Vengaron esta muerte y la de ABEN-HUMEYA los vecinos de Alora matando á un hermano de ABEN-ABOO, llamado comunmente el Galipe: abandonáronlo también, por resultas de aquella misma felonía, los pocos adeptos principales con que contaba; y hacia el mes de Octubre de 1570 (diez meses después de su solemne proclamación) vióse reducido el antiguo DIEGO LÓPEZ á capitanear trescientos ó cuatrocientos facinerosos, encastillados con él en las cimas de *Sierra Nevada*, escondidos en aquellas cuevas de los Bérchules tan fáciles de defender como imposibles de tomar por la fuerza, y expuestos á morir de hambre y de frío en el Invierno que ya principiaba.....

Así las cosas, aconteció que los parientes de ABEN-HUMEYA [1] y las Autoridades granadinas consiguieron atraerse también (asegurándole que sería perdonado) al único partidario importante que le quedaba á ABEN-ABOO; partidario que gozaba á la sazón de toda su confianza, pero que tenía con él antiguos resentimientos y estaba ya fatigado de vivir como una bestia feroz en aquellos inaccesibles parajes.—Llamábase Gonzalo el Xeniz [2], y había capitaneado Monfíes al principio de la guerra.

El Xeniz (á quien, con grandes precauciones, conseguía ver un platero de Granada, nombrado Francisco Barredo—que era el que manejaba la intriga) prometió que el mismo día que recibiera la Cédula Real con su indulto entregaría el cadáver de ABEN-ABOO á la persona que se la llevara. Fué, pues, á Granada Barredo, y, recogido que hubo la orden, tornó á la *Sierra* y citó al Xeniz al sitio en que solían avistarse.....

1 Lo dice Lafuente Alcántara.
2 ZENIX y SENIX escriben varios historiadores.—Nosotros seguimos á Hurtado de Mendoza.

Pero cedamos aquí la palabra á nuestro inimitable Hurtado de Mendoza:

«Llegado el Xeniz, y vista la Cédula, la besó, y puso sobre su cabeza; lo mismo hicieron los que con él venían, y despidiéronse dél (de Barredo), fueron á poner en ejecución lo concertado.—Francisco Barredo se volvió al castillo de Vérchul, porque allí le dijo el Xeniz que le aguardase.

»Gonzalo el Xeniz y los demás acordaron, para hacerlo á su salvo, que sería bien que uno de ellos fuese á Abdalá Aben-Aboo, y de su parte le dijese que la noche siguiente se viese con él en las Cuevas de Vérchul, porque tenía que platicar con él cosas que convenían á todos.

»Sabido por Aben-Aboo, vino aquella noche á las Cuevas, sólo con un Moro, de quien se fiaba más que de ninguno; y antes que llegase á las Cuevas, despidió veinte tiradores que de ordinario le acompañaban; todo á fin que no supiesen á dónde tenía la noche.

»Saludóle Gonzalo el Xeniz, diciéndole:—«*Abdalá Aben-Aboo, lo que te quiero decir es, que mires estas Cuevas, que están llenas de gente desventurada, así de enfermos como de viudas y huérfanos.....*»—Y luego le manifestó resueltamente: «*Ser las cosas llegadas á tales términos, que si todos no se daban á merced del* Rey, *serían muertos, y destruidos; y, haciéndolo, quedarían libres de tan gran miseria.*»

»Cuando Aben-Aboo oyó las palabras del Xeniz, dió un grito, que pareció se le había arrancado el alma, y, echando fuego por los ojos, le dijo:—«*¡Cómo, Xeniz! ¿Para esto me llamabas? ¿Tal traición me tenías guardada en tu pecho?..... No me hables más, ni te vea yo.*»—Y diciendo esto, se fué por la boca de la Cueva.....

»Mas un Moro, que se decía Cubayas, le asió los brazos por detrás, y uno de los sobrinos del Xeniz le dió con el mocho de la escopeta en la cabeza, y le aturdió; y el Xeniz le dió con una losa y le acabó de matar.

»Tomaron el cuerpo, y, envuelto en unos zarzos de cañas, le echaron la Cueva abajo, y esa noche le llevaron sobre un macho á Vérchul, á donde hallaron á Francisco Barredo.....»

. . . .

«De allí lo llevaron á Cádiar (dice por su parte Luis del Mármol), y, porque no oliese mal, habiéndole de llevar á Granada, le abrieron y le hinchieron de sal.....

«Juan Rodríguez de Villafuerte Maldonado, Corregidor de Granada y del Consejo, que por orden del Duque de Arcos había ido á asistir á la reducción de aquellas gentes....., mandó que Leonardo Rotulo y Francisco Barredo llevasen á Granada el Cuerpo de Aben-Aboo y los Moros reducidos.

»Entraron en la Ciudad con gran concurso de gente, deseosos de ver el cuerpo de aquel traidor que había tenido nombre de Rey en España.

»Delante iba Leonardo Rotulo, y luego Francisco Barredo á la derecha, y á la izquierda el Xeniz con la escopeta y alfanje de Aben-Aboo: todos tres á caballo.

»Luego seguía el Cuerpo, sobre un bagaje, enhiesto y entablado debajo de los vestidos, de manera que parecía ir vivo.....

»Detrás de todos iban los Moros reducidos, con sus bagajes y ropa.....

»Y á los lados la cuadrilla de Luis de Arroyo, y de retaguardia Jerónimo de Oviedo..... con un estandarte de caballos.

»De esta manera entraron por la Ciudad, haciendo salva los arcabuceros y respondiendo la artillería de la Alhambra, y fueron hasta las casas de la Audiencia, donde estaban el Duque de Arcos y el Presidente don Pedro de Deza, y los del Consejo, y gran número de caballeros y ciudadanos.

»Apeáronse..... y subie:on á besar las manos al Duque y al Presidente, á quien el Xeniz hizo su acatamiento y entregó el alfanje y la escopeta de ABEN-ABOO, diciendo *que hacia como el buen pastor, que no pudiendo traer á su señor la res viva, le traia el pellejo.*

»Tomó el Duque las armas, agradeciendo á todos tres lo bien que se habían gobernado en aquel negocio, y ofreciéndoles que intercedería con su Majestad para que les hiciese particulares mercedes.

»Mandó luego arrastrar y hacer cuartos el cuerpo de ABEN-ABOO, y la cabeza fué puesta en una jaula de hierro sobre el arco de la Puerta del Rastro, que sale al camino de las *Alpujarras*, donde hoy está.....»

. . . .

«Y pusieron (concluye Hurtado de Mendoza) un título en ella, que decía:

«ESTA ES LA CABEZA
DEL TRAIDOR DE ABENABÓ.
NADIE LA QUITE, SO PENA
DE MUERTE.»

. . . .

La Guerra de los Moriscos estaba terminaba.—Sólo nos faltaba enterarnos de su total Expulsión, y de cómo se despobló y repobló la *Alpujarra*.....

Pero ya eran las cuatro y media de la tarde en el *Cortijo de Unqueira;* habia cesado de llover, y teníamos que marcharnos á *Murtas*.

Dejamos, pues, para el día siguiente, último de nuestro viaje, aquel funesto epílogo de tan lamentables historias, y nos pusimos en camino.

Volvimos á pasar por *Cojàyar* y por *Mecina Tedel,* que respiraban la profunda tristeza propia de aquella tarde (tristeza en que no entraba por nada la muerte de ABEN-HUMEYA y de ABEN-ABOO); y, ya oscurecido, llegamos á *Murtas,* cuya plaza éranos forzoso atravesar para dirigirnos á nuestro alojamiento....,

Hallábase ésta llena de gente, y todas las casas tenían *iluminación*.—Las puertas de la iglesia estaban abiertas de par en par....., pero no se veía nadie dentro de su espaciosa nave.....—Dijérase que era la vacía estancia de donde acababan de sacar un muerto.....

Y no era otra cosa.—En una calle vecina (dicho se está que nosotros íbamos ya á pie) encontramos un magnífico entierro.....—En el ataud, que tenía grandes cristales por todos lados, se veía tendido el cadáver de un hombre como de treinta y tres años de edad, de incomparable hermosura, envuelto en un sudario que parecía tejido por los Ángeles.—Las personas que iban en el cortejo alumbraban con blandones..... Tristísimas plegarias, fúnebres quejas resonaban á la cabeza del duelo.

Era la procesión del *Entierro de Cristo*.

Poco después alzóse un viento espantoso..... un huracán horrible, de los que tan frecuentes son en el *Cerrajón de Murtas*.

Todas las iluminaciones se apagaron..... La iglesia (á donde ya había regresado la Procesión) cerróse inmediatamente, y el Sacristán se llevó las llaves, como las de una casa deshabitada..... Y un fuerte aguacero, que principió á caer en seguida, dejó completamente desiertas las obscuras calles del Lugar, en el que sólo se oyeron ya durante toda la noche los aullidos lastimeros del aire y el sollozo continuo de la lluvia.....

FIN DE LA PARTE SEXTA.

EPÍLOGO.

LA EXPULSIÓN DE LOS MORISCOS.

Amaneció (como no podía menos) el día siguiente.

Miré el Almanaque, y vi que era el 30 de Marzo de 1872.

Reinaba en España D. AMADEO DE SABOYA.

Los Alpujarreños andaban muy atareados con unas Elecciones de Diputados á Cortes, que iban á principiar á los dos ó tres días.

Aquellos Alpujarreños no tenían nada que ver con los Moriscos que sobrevivieron á ABEN-HUMEYA y á ABEN-ABOO, sino que eran descendientes de los castellanos, extremeños, gallegos y leoneses que repoblaron la desierta *Alpujarra* después de la paz....., ó de los alemanes y flamencos que inmigraron también allí cuando se colonizó Sierra-Morena.

Es decir, que todos los fantasmas evocados por mi imaginación durante aquel largo viaje, así los del tiempo de Tiberio como los del tiempo de FELIPE II, se habían desvanecido completamente. ¡Ni un judío, ni un ro-

mano, ni un inquisidor, ni un morisco se veía ya por ninguna parte! En la *Alpujarra*, como en el resto de España, sólo había cristianos puros....., pero de estos á la moderna, más semejantes en su generalidad á los tibios gentiles contemporáneos del escéptico Pilato que á los supersticiosos clérigos y soldados de fines del siglo XVI.—Parecíame que acababa de despertar de un sueño ó de sanar de una locura.

El día había amanecido lo que se suele llamar *revuelto*, ora claro, ora nublado, ora triste, ora alegre.....; —día *vario*, como la realidad de nuestra vida y como el destino de los pueblos; —día desapacible y escalofriado, como el alma y cuerpo de los que madrugan contra su voluntad; día, en fin, en que el Sol, con tanto salir y ocultarse entre las nubes, parecía jugar á muertes y á resurrecciones;—verdadero Sábado de Gloria, mixto de las tristezas del Viernes Santo y de los júbilos de la Pascua.

Nuestra caravana acababa de disolverse á las puertas de *Murtas*. Los Alpujarreños se habían marchado á sus respectivos pueblos á prepararse para la lucha electoral, y hasta mis dos primitivos compañeros de viaje (atentos á generosos cuidados) habíanse despedido también de mí por algunos días.....—al cabo de los cuales (dicho sea aquí de paso, por si no se me presenta ya ocasión de advetíroslo) irían á buscarme á Albuñol, desde donde saldríamos juntos de la *Alpujarra* por la orilla del Mar, en demanda de la culta Ciudad de Motril y de su conocida Diligencia.

Caminaba yo, pues, enteramente solo la melancólica mañana que digo.—Mi rumbo, en definitiva, era hacia el mencionado *Albuñol*, donde daría fondo aquella misma noche, poniendo así término á mis exploraciones alpujarreñas; pero de camino (aunque rodease un

poco) quería tocar en la Villa de *Albondón*, á fin de hacer la prometida visita á su simpático señor Cura—de quien supongo no os habréis olvidado.....

Todo esto estaba muy bien: el plan no podía ser mejor....., y yo saboreaba ya á mis anchas la plácida tristeza propia de los epílogos venturosos y de todo lo que termina á medida de nuestros deseos.....;—mas ¿quién era aquel hombre que hacía media hora marchaba detrás de mí, á pie, agarrado á la cola de mi caballo, diciéndome cosas fatídicas y desagradables, y cuyo aspecto me infundía un terror indefinible?

Aquel hombre se me había aparecido en el momento de quedarme solo y de perder de vista á *Murtas*, sin que pudiera yo precisar cómo ni por dónde llegó á incorporárseme.—Cuando reparé en él, ya estaba á mi lado dirigiéndome la palabra.

—¡Hoy va V. á perecer!—fué la frase con que me avisó su presencia.

Volvíme asustado, como si hubiera oído el silbido de una serpiente, y me encontré con que llevaba á remolque á un hombre joven todavía, pobre y suciamente vestido, con chaqueta, pantalón largo y alpargatas; flaco y pálido como la misma muerte; con barba de unos quince días, que le tiznaba toda la parte inferior del rostro; de grandes y hermosos ojos negros, ancha boca, propensa á reir de una manera cínica y amarga; nariz, frente y cejas de puras y correctas proporciones, y un aire, en fin, en toda su figura, de artista mendigo, de proscrito vagabundo, casi casi de *judío errante*.....

—¿Quién es V.?—le dije.

—¿Pues no me conoce V.?—exclamó, sin dejar aquella sonrisa, yerta como la de un cadáver.

—Tiene V. razón..... Yo he visto esa cara en alguna parte.....

—¡Me vió V. anoche! Soy el *Propio* de *Albuñol* que les llevó á Vds. el correo á Murtas.

—¡Es verdad!—pensé, tranquilizándome por entonces.

—Y, como llevamos el mismo camino.....—prosiguió diciendo.

—¡Ah! ¿V. regresa también á *Albuñol*?..... ¿Y qué hablaba V. de *perecer*?—interroguéle, procurando dar un mismo tono á aquellas dos preguntas.

—Decía que, con la mañana que hace, no debía V. ir á *Albondón* por la *Contraviesa*.....

—¿Pues?.....

—¡Á no ser que quiera V. que se lo lleve el aire, ó morir helado! ¡Eso va en gustos!.....

Yo no le contesté al pronto. El lenguaje de aquel hombre me repugnaba profundamente. Su estilo, su acento, sus ademanes, su gesticulación, todo era insultante en él....., acaso sin poderlo remediar.—Sólo la intención resultaba sana.

Digo esto último, porque algunos momentos después, al llegar al lomo de la *Contraviesa*, nos envolvió una horrible ventisca, que me obligó á hacer alto.

—Veo que tiene V. razón—le dije entonces.—Pero es el caso que yo no sé otro camino.....

—Eche V. por aquí.....—respondió él inmediatamente, dejando la cola y cogiendo las riendas de mi caballo. —Estos barrancos, aunque sea rodeando un poco, conducen también á *Albondón*.....

—Bien, sí.....; pero ¡suelte V. las riendas!—prorrumpí yo descompuestamente.

El hombre se rió, dejóme pasar, y repuso:

—Lo único que le podrá suceder á V. en estos barrancos es que caiga un aguacero, salgan los arroyos y se lo lleven á V. de cabeza al mar.....

—¡Tristes ideas tiene V., buen hombre!—no pude menos de decirle, disimulando algo mi mal humor.

—No tan tristes como los caminos de la *Alpujarra*—replicó él con la misma ironía de siempre.—¡A ver cuándo hacen Vds. aquí carreteras y ferrocarriles, para que sepamos lo que es una *rueda!* Viejo hay en estos contornos que no ha visto en toda su vida ni un coche, ni una galera, ni un carro.....; nada, en fin, que ruede; y el que ha visto esas cosas, ha sido porque ha estado en Motril ó Almería. Por supuesto, que lo mismo da á cuestas que al hombro..... ¡De todas maneras..... aguaderas!.....

Y, al pronunciar esta última frase, adelantóse para mostrarme la cara, en la cual vi una mueca lúgubre y espantosa, que indudablemente quería ser, y era, en efecto, la caricatura de la muerte.

El tal hombre volvió á causarme un miedo pueril, ridículo, fantástico.....; pero no menos incómodo por eso.....

¡Acababa de representárseme cierto horrible monigote de trapo que, en mi ciudad natal, amanece ahorcado de tal ó cual balcón la mañana del sábado de Gloria, representando el castigo que se dió á sí mismo el desesperado Judas Iscariote!.....

Apreté, pues, al caballo cuanto pude, y dejé atrás á mi acompañante.

. . . .

La idea de tomar por los barrancos en lugar de seguir por la *Contraviesa* había sido muy oportuna. Tan luego como descendí un centenar de metros por aquellas laderas, encontréme en unos valles abrigadísimos y ricos de vegetación, donde no llovía ni hacía aire, si bien estaban cubiertos de una techumbre de nubes sumamente bajas, que parecían toldos de lona tendidos sobre morunos patios llenos de macetas.....

Una vez libre del *Propio,* y en tanto que me engolfaba en aquellos amenos parajes, mi imaginación y mi juicio, ó sea la razón y el miedo, entablaron el siguiente diálogo, que demuestra cuán tristes vapores y dolorosas resonancias quedaban aún en mi cabeza, por resultas de tantas y tantas historias como había recordado en la *Alpujarra*:

El miedo.—¿Quién será ese hombre que me sigue desde Murtas?

La razón.—Desde luego es el *Propio* que nos envió de *Albuñol* nuestro mejor amigo, y por consiguiente, una persona de toda confianza.....

El miedo.—¡Pero eso no quita para que pueda ser un alma del otro mundo!..... Ni por un momento se me ha ocurrido ver en él un ladrón, ni un asesino, ni un espía..... Mis recelos pertenecen al orden sobrenatural.....

La razón.—Pues Judas no puede ser..... — Judas era rubio.

El miedo.—¿Será el Demonio?

La razón.—¡Ca!—¡Para bromas está hoy Lucifer!—Cristo se halla á estas horas en los Infiernos, en busca de las almas que esperaban su santo Advenimiento y que han de acompañarlo en su gloriosa Resurrección..... ¡No hay miedo de que el Príncipe de las tinieblas se aparte de allí ni un solo instante!

EL MIEDO.—Entonces, puede que sea aquel Francisco Barredo, que dispuso la captura y muerte de ABEN-ABOO.....

LA RAZÓN.—¡Qué disparate!—Á Barredo lo mataron en Tetuán en un convite..... Por consiguiente, no pensará en venir á la *Alpujarra*.

EL MIEDO.—Entonces puede que sea Aben-Farax, el verdugo de los Sacerdotes Alpujarreños, el que ambicionaba el trono de ABEN-HUMEYA.....

LA RAZÓN.—¡Sí, que le da un aire!.....—Pero Farax había cambiado mucho de fisonomía cuando murió.....

EL MIEDO.—Pues ¿cómo murió?

LA RAZÓN.—Murió de viejo, pidiendo limosna á los cristianos por las calles de Granada. Mas, antes, sufrió un tormento de que ese hombre no conserva señal alguna.—Sus propios amigos, así que creyeron haberlo matado (cosa que no consiguieron), deshiciéronle el rostro, magullándoselo con piedras, y dejáronlo tan desfigurado y horrible, que nadie hubiera podido reconocerlo, si él mismo no fuese diciendo á todo el mundo su nombre—más deseoso tal vez de que le dieran la muerte que el pedazo de pan que ponían en su mano!

EL MIEDO.—¡Nada! No es ABEN-FARAX.....—Sigamos pensando.....—¡Cómo no sea ABEN-COMIXA; aquél que les vendió á los REYES CATÓLICOS la persona y la hacienda de BOABDIL!.....

LA RAZÓN.—Tampoco lleva ese camino.....—¡Á Aben-Comixa lo mataron en África después de haber sufrido tantas metamorfosis, que no le quedaría gana de transformarse de nuevo!—Primero, abjuró la Ley de Mahoma y se hizo fraile Francisco, bajo la protección de DOÑA ISABEL y de DON FERNANDO: luego, renegó la fe de Jesucrisco y entró al servicio del Rey de Bugía, que lo nombró Gobernador de Argel: en seguida, trató de

entregarle al Conde Pedro Navarro esta codiciada ciudad, y entonces los argelinos lo cosieron á puñaladas.

El miedo.—¿Quién será?

La razón.—¿Quién ha de ser? ¡Un *Propio!* ¡Un vecino de *Albuñol!*

El miedo.—Mejor es creerlo así.

Á todo esto, el miedo, la razón y yo habíamos llegado á una Rambla estéril y melancólica, y dado vista á un pueblecillo con que yo no contaba—quiero decir; de que no tenía noticia alguna.....

Componíase de unas cincuenta ó sesenta casas; pero casi todas ellas estaban en ruinas, sin que tampoco se descubriera alma viviente en las que permanecían de pie.

¡Era una muestra viva de los Lugares que se quedaron despoblados después de la Expulsión de los Moriscos!—¡Qué silencio! ¡qué soledad!.....

Parecía una Nínive en miniatura.

—¿Cómo se *llamaría* este pueblo?—me pregunté interiormente.

Y paré el caballo para que bebiese agua en un arroyo sin objeto, que atravesaba alegremente aquellos solitarios parajes.

—¡Se llama la Cortijada de los *Puñaleros!*—díjome en son de respuesta una voz harto conocida.....

¡El *Propio* se hallaba á mi lado, mirándome de hito en hito, riéndose fúnebremente y adivinándome los pensamientos!

—¿Es usted andarín?—exclamé.—¡Yo lo hacía á usted á media legua de distancia!

—Por andarín me tienen sin duda, cuando me envían

de *Propio*—respondióme, muy satisfecho de aquella nueva lección que me daba.

Y luego prosiguió:

—La Rambla en que estamos lleva el mismo nombre de los *Puñaleros.*—En cuanto á esas casas que ve usted, casi todas *siguen desocupadas.*—¡Cualquiera diría que en otro tiempo pasó por aquí el Cólera!..... Pues no, señor..... ¡Quien pasó por aquí fué la guerra!—Ahora: lo que yo no sabré decir es si los *puñaleros* de que se trata fueron Cristianos ó Moriscos.....

—¡Hola! ¿Usted también?.....—exclamé maravillado.

—¡Yo también!—me interrumpió el desconocido, adivinando el resto de mi frase.

Y se cruzó de brazos, como retándome á una polémica.

No había más remedio que transigir.

Indudablemente, se trataba de un hombre muy listo, muy vivo de genio, muy sin ventura, y muy mal educado; pero inocente de todo punto.—Su rostro revelaba más tristeza que maldad.—Ya me iba acostumbrando á él.

—¿Conque también usted es aficionado á las cosas pasadas?—díjele medio amistosamente.

—¡Ya lo creo!—respondió con la viveza de una ardilla.—Mire usted: cuando los 400.000 Moriscos del Reino de Granada fueron internados en otras Provincias de España, quedaron despoblados 400 Lugares, entre ellos todos los de la *Alpujarra*, y, para repoblar unos y otros vinieron 12.542 familias de Extremadura, de Galicia, de Castilla la Vieja y de los Montes de León; pero, pareciendo poca aquella gente, sólo se repoblaron 270 Lugares, correspondiendo á los de este territorio los siguientes cupos:—Bérchules, 48 familias.—Ugíjar, 110.—Nechite, 26.—Mecina Alfahar, 25.—Laujar, 152.

—Alcolea, 35.—Presidio de Andarax, 80.—Fondón, 64. —Bayarcal, 47.—Cherín, 13.—Laroles, 77.—Picena, 42.—Darrícal, 24.—Mairena, 44.—Berja, 200.—Jubiles, 16.—Trevélez, 24.—Válor, 73.—Narila, 25.—Cádiar, 35. —Yegen, 21.—Mecina de Bombarón, 85.—Almejíjar y Notaez, 32.—Tímar y Lobras, 20.—Cástaras y Nieles, 36.—Murtas y Turón, 50.—Cojáyar, 15.—Poqueira, 70. —Pitres, 49.—Capileira, 16.—Aliacar, 16.—Ferreirola, 16.—Mecina Fondales, 16.—Fondales, 15.—Pórtugos, 56.—Atalbéitar, 10.—Padules, 45.—Canjáyar, 66.—Almocita, 31.—Ohanes, 36.—Beires, 41.—Dalías, 83.—Adra, 25.—Órgiva, 130.—Cáñar, 35.—Benisalte, 12.—Soportújar, 30.—Sóites, 14.—Carataunas, 16.—Bayaces, 12.—Beniser, 15.—Busquístar, 33.....—*Albuñol*..... no está en el Libro.

—¿En qué libro!—pregunté yo, asombrado de aquella singular erudición y de aquella prodigiosa memoria.

—En la *Relación auténtica de la creación de la Renta de Población del Reino de Granada*, compuesta por D. Manuel Núñez de Prado, Veedor y Contador de la Alhambra. Granada, 1755 [1].

1 «Quedó este Reino por la Expulsión de los Moriscos tan falto de Población y de gente, que muchos lugares estaban yermos, sin un solo vecino, otros con muy pocos; no había quien cultivase los campos; los arbolados y viñas se perdían por falta del beneficio ordinario, y todo el trato y comercio estaba aniquilado.....»

«En el Consejo y Junta de Granada se dispuso «poblar 259 Lugares; según la población que cada uno debiera tener, se dispusieron otras tantas casas, señalando á cada uno tierra calma competente, viñas y arbolado, con título de Suerte de población.....»

«Se deslindaron y apearon términos, y se señaló una Suerte para el Beneficiado y otra para el Sacristán, para que estuviesen asistidas y servidas las iglesias.....»

«No cabe en lo posible referir el gasto y la providencia que hubo para conducirlos (á los colonos) y asentarlos en las poblaciones; las prevenciones que se hicieron de pan, harina, trigo, cebada y otras semillas, bueyes, caballos y mulas, para el servicio de las nuevas poblaciones; y todo á costa de la Real Hacienda.»

«Á cada uno de los pobladores se les dió una casa, solamente con la

—¿Y V. ha leído esa obra?

—Naturalmente.

—¿Cómo naturalmente?

—Es claro: por razón de oficio.

—Pues ¿qué oficio es el de V.?

El hombre se encogió de hombros, y no me contestó.—Al cabo de unos instantes prosiguió diciendo de este modo:

—Así que me aprendí el libro de memoria, se lo vendí á un baratillero de Granada, que pasó por aquí.—Había sido de mi padre; pero yo lo hallé muy defectuoso.—Faltan en él muchos pueblos, que sin duda se repoblaron después; y, por la inversa, figuran algunos que ya no existen.—¡Los pueblos se mueren con el tiempo, como las personas!

—¿Sabe V., amigo, que es V. un hombre muy particular?

El *Propio* se rió de una manera más triste, pero también más afable que solía, y murmuró dolorosamente:

—Eso dicen; ¡que soy un hombre muy particular!

—¡Particularísimo!—repúse yo, volviendo á mis cavilaciones.

Y metí espuelas al caballo.

---

obligación de pagar un real de censo en cada un año, y una Suerte de población sencilla ó con ventaja, que se entiende dos sencillas, con obligación de pagar el quento de todos los frutos.....»

(Todo ello en virtud de Real Cédula, su fecha en San Lorenzo, á 31 de Mayo de 1572).

«Ningún poblador ha de ser natural del Reino de Granada.....

»Han de ser obligados á hacer en los Lugares de la Marina, ó en los que fuere menester, para su seguridad y guarda, un cercado ó reducto de tapias..... y han de tener todos los pobladores espadas, y con ella un arcabuz ó ballesta, con sus aderezos, rodela, ó alabarda, ó partesana, ó otras armas semejantes, enhastadas.»

(Todas estas noticias son del mismo libro citado por el *Propio*.—El señor D. Pascual de Gayangos posee un ejemplar de él.)

Pero no había andado cuatro pasos, cuando sonó un tiro otro, y luego, y luego dos ó tres seguidos, todos ellos en las altas laderas que limitaban aquella Rambla.

Mi caballo se paró por sí mismo, y hasta quiso retroceder.

Yo miré al *Propio*, más alarmado que nunca y como pidiéndole cuenta de aquello.

El *Propio* se reía espantosamente.

—¡Qué bárbaros!—decía.—Se han anticipado lo menos una hora.

—¿De qué bárbaros habla V.?—exclamé yo, requiriendo mi revólver.

—De los cortijeros de estas cercanías.

—Pues ¿qué hacen?

—¿No lo oye V. ¡Apenas son las nueve, y ya *tocan á Gloria!*

—¡Tocan á Gloria!—repetí maquinalmente.....

Y mis ojos se llenaron de lágrimas.—¡Ay! ¡no es sólo el Sábado Santo cuando las campanas *tocan á Gloria!* ¡También habían tocado en Madrid hacía menos de un mes!

Transcurrió un minuto.—Quitéme el sombrero, y recordé los versos con que principia el *Fausto.*

—¡Brutos!—seguía gritando el *Propio*, respondiendo con fuertes carcajadas á los tiros qus sonaban por todas partes.—¡Bestias! ¿No véis que todavía no son las diez? ¿No véis que aun falta una hora para el *Gloria in excelsis Deo?*

Á pesar mío me eché á reir.

—¿Es V. de Iglesia?—le pregunté á aquel energúmeno.

—Casi, casi.....—me respondió con cierto énfasis.

—¡Es el Demonio!—volví á pensar, más sobresaltado que nunca.

Y, disparando al aire, como salva de honor á Cristo resucitado, los seis tiros del revólver (lo cual aumentó el terror de mi cabalgadura) eché á correr á toda brida, y me encaramé en la montaña próxima, por donde erré perdido mucho tiempo, hasta que el repique triunfal de unas hermosas campanas sirvióme de norte para descubrir la Villa de *Albondón* [1].

Dos horas después, mi amigo el señor Cura y yo departíamos de sobremesa en su bendita casa—en tanto los hijos de *Albondón* seguían atronando el espacio con salvas, repiques, vivas, coplas de fandango, tañer de guitarras, largo tiempo mudas, y todo género de demostraciones de júbilo por la Resurrección de CRISTO.

—¡Le repito á V., señor Cura, que hoy he viajado con el Demonio!—decíale yo muy seriamente.—Pero ¡míreio V.! ¡Por allí asoma!.....

En efecto: á través de los cristales de un balcón próximo, acababa de ver penetrar en la plaza del pueblo á mi siniestro acompañante.

El Cura se echó á reir.

Conozco á ese pobre hombre.....—dijo luego.

—¿Quién es?

—¡No creo deber decírselo á V. ahora!—Nuestros amigos se lo dirán esta tarde en *Albuñol*.—Si yo se lo dijera ahora, renunciaría V. á los servicios de ese desgraciado.....

—Pero, en fin.....

1 *Albondón*, Villa de 3.216 habitantes, hállase situada en una ladera de la *Contraviesa*, á una legua de *Albuñol*.

—¡Ni una palabra más!—Bástele á V. por el momento saber que es una persona honrada.

—Me resigno á esperar, señor Cura.

Rodó luego la conversación sobre la Expulsión de los Moriscos, único asunto que me preocupaba ya en la *Alpujarra*, y, después de muy larga controversia, que salieron á relucir todas las apuntaciones de mi cartera de viaje, quedaron en pie, á mi juicio, los hechos siguientes:

1.° Que «todos los Moriscos del Reino de Granada que se sometieron fueron trasladados á distantes comarcas, y los que se ocultaron fueron cazados como fieras y entregados al verdugo.—Muchos lograron escaparse (continuaba diciendo el texto); pero el amor de la Patria los trajo de nuevo á Andalucía, donde [1] fueron quemados. La situación de aquellos que fueron llevados al interior de España fué peor que la esclavitud. Hablar la lengua arábiga, tocar un instrumento morisco, etc., eran crímenes que se castigaban con galeras..... [2].»

2.° Que los Moriscos que prefirieron irse á África á ser internados en la Península, «pasaron á Berbería, sirvieron á Abdel-Melic, Rey de Fez, bajo el nombre de *Andaluces*, y contribuyeron eficazmente á la derrota y muerte del Rey de Portugal D. Sebastián junto al río de Alcázar-Quivir [3].»

3.° Que, cuando Felipe III decretó la Expulsión definitiva de todos los Moriscos de España, ascendían éstos á más de un millón de personas [4], de las cuales el

1 Aquí suprimo una elipse inconveniente.

2 Schack, *Poesía y Arte de los Árabes en España y Sicilia*, trad. por Valera.

3 Lafuente Alcántara, *Historia de Granada*.

4 Creo oportuno recordar aquí que los Judíos expulsados de España por los Reyes Católicos pasaron de doscientos mil.

Bando Real exceptuaba á los muchachos de menos de cuatro años que quisieran quedarse, á no oponerse sus padres ó tutores: que, al principio, no huho padre que consintiera en ello; pero que, después, cuando supieron la triste suerte que les aguardaba donde quiera que ibán (en Italia y Francia los rechazaban y perseguían, considerándolos moros; en África, Asia y Turquía los maltrataban y despedían, considerándolos cristianos), vióse á muchos vender sus hijos antes de embarcarse: que el mismo Bando perdonaba seis familias en cada lugar de cien casas, *para conservar en el Reino los conocimientos prácticos de Agricultura y Labranza;* pero que los exceptuados optaron por irse, *besando la arena de las playas, embarcándose al son de instrumentos y saltando á las naves con grande regocijo* [1].

4.° Que esta expulsión total principió por el Reino de Valencia, cuya numerosísima población morisca, á pesar de haberse comprometido á alzarse en armas al mismo tiempo que los Granadinos, no secundó el movimiento de ABEN-HUMEYA: que, así que los Moriscos Valencianos vieron cuán mal se les pagaba la traición que habían hecho á sus correligionarios y su fidelidad á FELIPE II y FELIPE III, se sublevaron, reproduciendo las matanzas y sacrilegios de los antiguos Monfíes y la denodada resistencia de los guerreros alpujarreños; pero que ya era tarde....., y fueron muy en breve reducidos y presos; con lo que se les vió apiñados, desnudos y hambrientos, morir en nuestras playas ó en aquellas á que se les conducía, en medio del más absoluto desamparo.....; de tal modo, que se calcula en *cien mil* el número de los que perecieron aquellos días en España,

1 Janer, *Condición social de los Moriscos de España*, Memoria premiada por la Real Academia de la Historia.

en el mar, ó en las inhospitalarias costas en que se les desembarcaba [1].

5.° Que estos espantos tuvieron previamente la sanción moral de uno de los más ilustrados Reyes de Francia—FRANCISCO I—quien *motejaba á* CARLOS V *porque toleraba á los Moriscos en sus Estados, siendo Emperador y Rey Católico;* pero que, en cambio, el gran Cardenal Richelieu, al saber que FELIPE III había expulsado novecientos mil de sus más laboriosos súbditos, dijo que era «*el consejo más osado y bárbaro de que hace memoria la historia de todos los anteriores siglos.*»

Y 6.° Que el Cardenal Richelieu debía de tener razón, visto que Campomanes, el insigne estadista, dice que «*el punto de decadencia de nuestras manufacturas puede fijarse desde el año* 1609, *en que tuvo principio la Expulsión de los Moriscos*», y visto además que Fray Pedro de San Cecilio, varón muy docto y santo, los llama «gente aplicada, continua en el trabajo, enemiga de la sociedad, que *con su ejemplo obligaba á trabajar á los Cristianos viejos, cultivar sus heredades y labrarlas.*»

—¡Duéleme (dijo el Sr. Cura cuando acabé de fijar estos hechos) verlo á V. dar la razón á los Moriscos contra los Cristianos!

—¡Á mí también me duele tener que hacerlo! respondí.—Yo habría querido que prevaleciese el primer pensamiento de ISABEL LA CATÓLICA; que se hubieran empleado la tolerancia, el amor y la persuasión para convertir á los Moros á la Fe Cristiana; que se les hubiese hecho conocer y adorar todas las excelencias de la Doctrina de Jesús, y que la mansedumbre, la caridad, la paciencia, el perdón de los enemigos, el sublime principio de *alteri ne feceris quod tibi fieri non vis*, la

1 Janer, *Ibidem*.

humildad, la santificación de la pobreza, todos los tesoros del Evangelio, hubieran brillado á los ojos de los infieles, en lugar de las hogueras y de las armas.—De este modo, no sólo los hubiésemos conservado para nuestra tierra y ganado para el Cielo, sino que nuestra acción evangelizadora y civilizadora habría trascendido á África, ¡á ese desdichado Continente tan vecino á nuestras Costas, cerrado á toda luz, á toda esperanza, á toda felicidad digna del espíritu humano! ¡De este modo también hubiéramos impedido que la misma puerta por donde salieron de España, primero los Judíos y luego los Musulmanes, diese entrada en ella á este horrible descreimiento religioso, que va trocando á los pueblos en manadas de bestias feroces!—Sí, señor Cura: la intolerancia, la violencia, la crueldad de nuestros Reyes austriacos y el mal encaminado celo de nuestros Sacerdotes; el fanatismo y la sed de mando de la Inquisición; la supersticiosa repugnancia y bárbara sevicia con que tratamos á aquellos hermanos (y ya compatriotas nuestros) que vivían en el error, fueron causa de que el puro venero del Cristianismo se dividiera en dos corrientes, y de que por una fluyese en adelante su espíritu humanitario, liberal, democrático, consolador y redentor de los humildes y afligidos, y por la otra la autoridad del dogma y el dogma de la autoridad!.....—Llámele V. Reforma; llámele V. Revolución; llámele V. Racionalismo; llámele V. Impiedad..... ¡Todo es para mí la misma cosa! ¡todo es para mí el divorcio que sobrevino entre la Iglesia y la Civilización desde el momento en que una mal entendida defensa de la Fe (la defensa que se hizo por medio de persecuciones, de expulsiones, de tormentos y de hogueras) dió margen á que inteligencias enfermizas, hombres de más pasión que sindéresis y discernimiento, mirasen la



Religión del Crucificado con una prevención que sólo debieron inspirarles los que abusaban de su sagrado nombre!—¡Jesús no arrojó del templo las Tablas de la Ley, sino á los mercaderes!—Sin embargo, lo repito; los insensatos filósofos posteriores al Renacimiento, y sobre todo los del siglo pasado, confundieron la Religión con los tiranos que la explotaban y contradecían, y de aquí la situación á que hemos venido; de aquí esta orfandad en que va quedando el género humano en nuestra culta Europa; de aquí el descreimiento que V. y yo deploramos tanto; de aquí la rebelión de los pobres, de los tristes, de los menesterosos, de los tullidos de la Piscina....., no ya diciendo: *«¡Viva* Jesús, *que nació en un pesebre!»*, sino diciendo: *«¡Viva el Becerro de Oro!.....»*; de aquí, en fin, la pavorosa *Internacional*, última fórmula y apocalíptico derrumbamiento de este edificio social que lleva veinte siglos de existencia!

—Y ¿qué remedio?.....—exclamó el digno Sacerdote con el generoso ímpetu de un mártir.

—No veo más que uno....., y ese.....

—¿Qué?

—Está en manos de la Iglesia.....

—No me sorprendería.....—Pero, en fin.....—Explíquese V. más claro.

Mediaron unos instantes de silencio, al cabo de los cuales añadí:

—La receta no la he inventado yo..... Pensadores más profundos la formularon hace tiempo..... y ¡V. debe de conocerla! Por mi parte, no es tampoco ésta la primera vez que la proclamo..... Once años han pasado desde que, al escribir la historia de otro viaje por el estilo de éste [1], procuré que todas sus páginas fuesen

1 De Madrid á Nápoles.

una indicación de ese mismo remedio á la enfermedad que corroe las entrañas del mundo latino.....

—Pero, en fin, ¿cuál es el remedio?

Yo me acerqué al Padre de almas, y le dije tres palabras al oído..... [1].

El Cura no me respondió nada, ni pestañeó siquiera.....—Su actitud era sublime.

Y así pasaron no sé cuántos segundos.

—Conque adiós, Sr. Cura..... (exclamé entonces, respetando como debía aquel prolongado silencio). Me marcho..... Es muy posible que no nos veamos más..... —Voy á dejar la *Alpujarra*, postrimer escenario de la gran Cruzada Nacional contra los Moros.....; y, al tiempo de partir, y á pesar de lo que acabo de decirle á V., vuelvo á ser poeta, y repito las últimas palabras que pronuncié ayer mañana al abandonar á Laroles: «¡ DICHOSA EDAD Y SIGLOS DICHOSOS AQUELLOS EN QUE HABÍA MOROS Y CRISTIANOS; EN QUE CADA CUAL LUCHABA Y MORÍA POR SU FE; EN QUE EL IDEALISMO DIRIGÍA LAS ACCIONES HUMANAS; EN QUE ESTA CORTA VIDA ERA COMO UN TORNEO EN QUE SE DISPUTABAN LOS HOMBRES EL DERECHO Á LA INMORTALIDAD [2].....»—Adiós, señor Cura; adiós.....

—Adiós, ¡y ÉL le acompañe!—díjome con infinita tristeza, recibiéndome en sus paternales brazos.

Y partí.

Una hora después, el *Propio* y yo asomábamos por la cumbre del monte á cuyas faldas se recuesta *Albuñol*.

1 Al publicarse esta segunda edición, puedo repetir en voz alta, sin escándalo de nadie, lo que en 1872 sólo me atreví á decir en voz baja.....—Las tres palabras que pronuncié al oído del Cura de Albondón fueron las siguientes: «*Democratizar la Iglesia.*»

2 Véase la página 383 de este libro.

Era la primera vez que entraba yo en la sarracena Villa por aquellas alturas, y también la primera en que aparecía ante mis ojos su Cementerio, mucho más alto que las Ramblas por donde habíamos caminado hasta entonces, é invisible desde ellas por consiguiente.....

Aquel mudo recinto, aquel otro *Albuñol*, cuyo hambriento suelo habrá de tragarse poco á poco á todos los amigos de que iba á despedirme, está situado á la izquierda del pueblo, en una triste y melancólica soledad.—Altas hierbas ocultan casi por completo las negras cruces plantadas sobre una y otra sepultura, y sólo en una de sus elevadas tapias se ve un grupo de estos nichos de moda..... que no sé para qué ni por qué se inventaron, pues que nadie ha de ser tan feroz que vaya á contemplar el esqueleto de sus muertos queridos.....

En cuanto al *Albuñol* viviente, mostrábaseme más bello y animado que nunca, coronado de flores, vestido de luz por el espirante Sol del Sábado de Gloria y cobijado por un purísimo cielo de Primavera, en que flotaban algunas pintadas nubes, como pabellones de gala, pregoneros del alborozo de aquel día.....

—Yo tomo por aquí, si V. no me manda otra cosa..... —díjome entonces el *Propio*, rompiendo el silencio que, sin duda por encargo del señor Cura, había guardado desde que salimos de Albondón.

Y, al pronunciar aquellas palabras, me designaba con el dedo una tortuosa vereda..... que no conducía á la Villa.

—Vaya V. con Dios.....—le contesté, no sin que aquella nueva excentricidad del misterioso personaje me llamara mucho la atención.

Quedéme, pues, en la altura, para observar hacia dónde se encaminaba, y lo fuí siguiendo con la vista.....,

¡más y más asombrado á cada instante, al reparar que se dirigía al Cementerio!

Llegó efectivamente á la puerta de la fúnebre morada. Llamó, y le abrieron..... Volvióse entonces hacia mí, como adivinando que yo no me había movido de aquel sitio; saludóme familiarmente con la mano, y penetró en la mansión de los muertos.....

Era el sepulturero de *Albuñol.*

FIN.



ÍNDICE.

PARTE TERCERA.

LA CONTRAVIESA.

PARTE CUARTA.

EL GRAN CEHEL.

PARTE QUINTA.

LA ORILLA DEL MAR.

PARTE SEXTA.

LA SEMANA SANTA EN SIERRANEVADA.

EPÍLOGO.



COLECCION

DE

ESCRITORES CASTELLANOS.

TOMOS PUBLICADOS.

1.º—*Romancero espiritual* del Maestro Valdivielso, con retrato del autor grabado por Galbán, y un prólogo del Rdo. P. Mir, de la Real Academia Española. (Agotados los ejemplares de 4 pesetas, los hay de lujo de 6 en adelante.)

2.º—Obras de D. Adelardo López de Ayala: tomo I.—*Teatro:* tomo I, con retrato del autor grabado por Maura, y una advertencia de D. Manuel Tamayo y Baus.—Contiene: *Un hombre de Estado.—Los dos Guzmanes.—Guerra á muerte.*—5 pesetas.

3.º—Obras de Andrés Bello: tomo I.—*Poesías*, con retrato del autor grabado por Maura, y un estudio biográfico y crítico de D. Miguel Antonio Caro.—Contiene todos sus versos ya publicados, y algunos inéditos. (Agotada la edición de 4 pesetas, hay ejemplares de lujo de 6 en adelante.)

4.º—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo II.—*Teatro*: tomo II.—Contiene: *El tejado de vidrio.—El Conde de Castralla.*—4 pesetas.

5.º—Obras de D. Marcelino Menéndez y Pelayo: tomo I. — *Odas, epístolas y tragedias*, con retrato del autor grabado por Maura, y un prólogo de D. Juan Valera.—4 pesetas.

6.º—Obras de D. Serafín Estébanez Calderón (*El Solitario*): tomo I. —*Escenas andaluzas.*—4 pesetas.

7.º—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo III.—*Teatro:* tomo III.—Contiene: *Consuelo.—Los Comuneros.*—4 pesetas.

8.º—Obras de D. Antonio Cánovas del Castillo: tomo I.—*El solitario y su tiempo:* tomo I.—Biografía de D. Serafín Estébanez Calderón y crítica de sus obras, con retrato del mismo, grabado por Maura.—4 pesetas.

9.º—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo II.—*El solitario y su tiempo:* tomo II y último.—4 pesetas.

10.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo II.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo I.—5 pesetas.

10 bis.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo III.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo II.—5 pesetas.

11.—Obras de A. Bello: tomo II.—*Principios de Derecho internacional*, con notas de D. Carlos Martínez Silva: tomo I.—Estado de paz. —4 pesetas.

12.—Obras de A. Bello: tomo III.—*Principios de Derecho internacional*, con notas de D. Carlos Martínez Silva: tomo II y último.—Estado de guerra.—4 pesetas.

13.—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo IV.—*Teatro:* tomo IV.—Contiene: *Rioja.—La estrella de Madrid.—La mejor corona.*—4 pesetas.

14.—*Voces del alma:* poesías de D. José Velarde.—4 pesetas.

15.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo IV.—*Estudios de crítica literaria.*—Contiene: La poesía mística.—La Historia como obra artística.—San Isidoro.—Rodrigo Caro.—Martínez de la Rosa.—Núñez de Arce.—4 pesetas.

16.—Obras de D. Manuel Cañete: tomo I, con retrato del autor grabado por Maura.—*Escritores españoles é hispano-americanos.*—Contiene: El Duque de Rivas.—D. José Joaquín de Olmedo.—4 pesetas.

17.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo III.—*Problemas contemporáneos:* tomo I, con retrato del autor grabado por Maura.—Contiene: El Ateneo en sus relaciones con la cultura española: las transformaciones europeas en 1870: cuestión de Roma bajo su aspecto universal: la guerra franco-prusiana y la supremacía germánica: epílogo.—El pesimismo y el optimismo: concepto é importancia de la teodicea popular: el Estado en sí mismo y en sus relaciones con los derechos individuales y corporativos; las formas políticas en general. —El problema religioso y sus relaciones con el político: el problema religioso y la economía política: la economía política, el socialismo y el cristianismo: errores modernos sobre el concepto de Humanidad y de Estado: ineficacia de las soluciones para los problemas sociales: el cristianismo y el problema social: el naturalismo y el socialismo científico: la moral indiferente y la moral cristiana: el cristianismo como fundamento del orden social: lo sobrenatural y el ateísmo científico: importancia de los problemas contemporáneos.—La libertad y el progreso.—Los arbitristas.—Otro precursor de Malthus.—La Internacional.—5 pesetas.

18.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo IV.—*Problemas contemporáneos:* tomo II.—Contiene: Estado actual de la investigación filosófica: diferencias entre la nacionalidad y la raza: el concepto de nación en la Historia: el concepto de nación sin distinguirlo del de patria.—Los maestros que más han enriquecido desde la cátedra del Ateneo la cultura española.—La sociología moderna.—Ateneístas

ilustres: Moreno Nieto; Revilla.—Los oradores griegos y latinos.—Centenario de Sebastián del Cano.—Congreso geográfico de Madrid.—Ideas sobre el libre cambio.—5 pesetas.

19.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo V.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo III (siglos xvi y xvii).—4 pesetas.

20.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo VI.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo IV (siglos xvi y xvii).—4 pesetas.

21.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo VI.—*Calderón y su teatro.*—Contiene: Calderón y sus críticos.—El hombre, la época y el arte.—Autos sacramentales.—Dramas religiosos.—Dramas filosóficos.—Dramas trágicos.—Comedias de capa y espada y géneros inferiores.—Resumen y síntesis.—4 pesetas.

22.—Obras de D. Vicente de la Fuente: tomo I.—*Estudios críticos sobre la Historia y el Derecho de Aragón:* primera serie, con retrato del autor grabado por Maura.—Contiene: Sancho el Mayor.—El Ebro por frontera.—Matrimonio de Alfonso el Batallador.—Las Hervencias de Avila.—Fuero de Molina de Aragón.—Aventuras de Zafadola.—Panteones de los Reyes de Aragón.—4 pesetas.

23.—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo V.—*Teatro:* tomo V.—Contiene: *El tanto por ciento.*—*El agente de matrimonios.*—4 pesetas.

24.—*Estudios gramaticales.* Introducción á las obras filológicas de Don Andrés Bello, por D. Marco Fidel Suárez, con una advertencia y noticia bibliográfica por D. Miguel Antonio Caro.—5 pesetas.

25.—*Poesías de D. José Eusebio Caro,* precedidas de recuerdos necrológicos por D. Pedro Fernández de Madrid y D. José Joaquín Ortiz, con notas y apéndices, y retrato del autor grabado por Maura.—4 pesetas.

26.—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo VI.—*Teatro:* tomo VI y último.—Contiene: *Castigo y perdón* (inédita).—*El nuevo Don Juan.*—4 pts.

27.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo VIII.—*Horacio en España.*—*Solaces bibliográficos,* segunda edición refundida: tomo I.—Contiene: traductores de Horacio.—Comentadores.—5 pesetas.

28.—Obras de D. M. Cañete: tomo II.—*Teatro español del siglo* xvi.—*Estudios histórico-literarios.*—Contiene: Lucas Fernández.—Micael de Carvajal.—Jaime Ferruz.—El Maestro Alonso de Torres.—Francisco de las Cuevas.—4 pesetas.

29.—Obras de D. S. Estébanez Calderón (*El Solitario*): tomo II.—*De la conquista y pérdida de Portugal:* tomo I.—4 pesetas.

30.—*Las ruinas de Poblet,* por D. Víctor Balaguer, con un prólogo de D. Manuel Cañete.—4 pesetas.

31.—Obras de D. S. Estébanez Calderón (*El Solitario*): tomo III.—

De la conquista y pérdida de Portugal: tomo II y último.—4 pesetas.

32.—OBRAS DE D. A. L. DE AYALA: tomo VII y último.—*Poesías y proyectos de comedias.*—Contiene: Sonetos y poesías varias.—Amores y desventuras.—Proyectos de comedias.—El último deseo.—Yo.—El cautivo.—Teatro vivo.—Consuelo.—El teatro de Calderón.—4 pesetas.

33.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo IX.—*Horacio en España.*—*Solaces bibliográficos,* segunda edición refundida: tomo II y último.—Contiene: La poesía horaciana en Castilla.—La poesía horaciana en Portugal.—5 pesetas.

34.—OBRAS DE D. V. DE LA FUENTE: tomo II.—*Estudios críticos sobre la Historia y el Derecho de Aragón:* segunda serie.—Contiene: Las primeras Cortes.—Los fueros primitivos.—Origen del Justicia Mayor.—Los señoríos en Aragón.—El régimen popular y el aristocrático. —Preludios de la Unión.—La libertad de testar.—Epílogo de este periodo.—4 pesetas.

35.—*Leyendas moriscas,* sacadas de varios manuscritos por D. F. Guillén Robles: tomo I.—Contiene: Nacimiento de Jesús.—Jesús con la calavera.—Estoria de tiempo de Jesús.—Racontamiento de la doncella Carcayona.—Job.—Los Santones.—Salomón.—Moisés.—4 pesetas.

36.—*Cancionero de Gómez Manrique,* publicado por primera vez, con introducción y notas por D. Antonio Paz y Melia, tomo I.—4 pesetas.

37.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España,* por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. Eduardo de Mier: tomo I, con retrato del autor grabado por Maura.—Contiene: Biografía del autor.—Origen del drama de la Europa moderna, y origen y vicisitudes del drama español hasta revestir sus caracteres y forma definitiva en tiempo de Lope de Vega.—5 pesetas.

38.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo X.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo V (siglo XVIII).—4 pesetas.

39.—*Cancionero de Gómez Manrique,* publicado por primera vez, con introducción y notas por D. A. Paz y Melia: tomo II y último:—4 pesetas.

40.—OBRAS DE D. JUAN VALERA: tomo I.—*Canciones, romances y poemas,* con prólogo de D. A. Alcalá Galiano, notas de D. M. Menéndez y Pelayo y retrato del autor grabado por Maura.—5 pesetas.

41.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo XI.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo VI (siglo XVIII).—5 pesetas.

42.—*Leyendas moriscas,* sacadas de varios manuscritos por D. F. Guillén Robles: tomo II.—Contiene: Leyenda de Mahoma.—De Temim Addar.—Del Rey Tebín.—De una profetisa y un profeta.—Batalla del rey Almohalhal.—El alárabe y la doncella.—Batalla de Alexyab contra

Mahoma.—El milagro de la Luna.—Ascensión de Mahoma.—Leyenda de Guara Alhochorati.—De Mahoma y Alharits.—Muerte de Mahoma. —4 pesetas.

43.—*Poesías de D. Antonio Ros de Olano*, con un prólogo de D. Pedro A. de Alarcón. — Contiene: Sonetos.— La pajarera. — Doloridas. — Por pelar la pava — La gallomagia. — Lenguaje de las estaciones. — Galatea.—4 pesetas.

44.—*Historia del nuevo reino de Granada* (cuarta parte de los *Varones ilustres de Indias*), por Juan de Castellanos, publicada por primera vez con un prólogo por D. A. Paz y Melia: tomo I.—5 pesetas.

45.—*Poemas Dramáticos de Lord Byron*, traducidos en verso castellano por D. José Alcalá Galiano, con un prólogo de D. Marcelino Menéndez y Pelayo. — Contiene: Caín. — Sardanápalo. — Manfredo. — 4 pts.

46.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo II.—Contiene: la continuación del tomo anterior hasta la edad de oro del teatro español.—5 pesetas.

47.—Obras de D. V. de la Fuente: tomo III. — *Estudios críticos sobre la Historia y Derecho de Aragón:* tercera y última serie.—Contiene: Formación de la liga aristocrática. — Vísperas sicilianas. — Revoluciones desastrosas. —Reaparición de la Unión. — Las libertades de Aragón en tiempo de D. Pedro IV. — Los reyes enfermizos.—Influencia de los Cerdanes.—Compromiso de Caspe.—La dinastía castellana.—Falseamiento de la Historia y el Derecho de Aragón en el siglo xv.— D. Fernando el Católico.—Sepulcros reales. — Serie de los Justicias de Aragón.—Conclusión. — 5 pesetas.

48.—*Leyendas moriscas*, sacadas de varios manuscritos por D. F. Guillén Robles: tomo III y último. — Contiene: La conversión de Omar. —La batalla de Yermuk.—El hijo de Omar y la judía.—El alcázar del oro.—Alí y las cuarenta doncellas.—Batallas de Alexyab y de Jozaima. —Muerte de Belal.—Maravillas que Dios mostró á Abraham en el mar. —Los dos amigos devotos. — El Antecristo y el día del juicio.—4 pts.

49.—*Historia del nuevo reino de Granada* (cuarta parte de los *Varones ilustres de Indias*), por Juan de Castellanos, publicada por primera vez con un prólogo por D. Antonio Paz y Melia: tomo II y último, que termina con un índice de los nombres de personas citadas en esta cuarta parte y en las tres primeras publicadas en la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra.— 5 pesetas.

50. — Obras de D. J. Valera: tomo II. — *Cuentos, diálogos y fantasías.* — Contiene: El pájaro verde. — Parsondes. — El bermejino pre-

histórico.—Asclepigenia.—Gopa.—Un poco de crematística.—La cordobesa.—La primavera.—La Venganza de Atahualpa.—Dafnis y Cloe.—5 pesetas.

51.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo III.—Contiene: la continuación de la materia anterior.—5 pts.

52.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XII.—*La ciencia española*, tercera edición refundida y aumentada: tomo I. con un prólogo de D. Gumersindo Laverde y Ruiz.—Contiene: Indicaciones sobre la actividad intelectual de España en los tres últimos siglos.—De rebibliographical.— Mr. Masson redivivo.—Monografías expositivo-críticas.—Mr. Masson redimuerto.—Apéndices.—4 pesetas.

53.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo V.—*Poesías*.—Contiene: Amores.—Quejas y desengaños.—Rimas varias.—Cantos lúgubres.—4 pesetas.

54.—Obras de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: tomo I.—*Poesías*, con la biografía del autor, juicio crítico de sus obras por D. Aureliano Fernández-Guerra y retrato grabado por Maura: primera edición completa de las obras poéticas.—5 pesetas.

55.—*Discursos y artículos literarios* de D. Alejandro Pidal y Mon.—Un tomo con retrato del autor grabado por Maura.—Contiene: La metafísica contra el naturalismo.—Fr. Luis de Granada.—José Selgas.—Epopeyas portuguesas.—Glorias asturianas.—Coronación de León XIII.—El P. Zeferino.—Menéndez Pelayo.—Campoamor.—Pérez Hernández.—Frassinelli.—Epístolas.—Una madre cristiana.—Una visión anticipada.—El campo en Asturias.—5 pesetas.

56.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo VI.—*Artes y letras*.—Contiene: De los asuntos respectivos de las artes.—Del origen y vicisitudes del genuino teatro español.—Apéndice.—La libertad en las artes.—Apéndice.—Un poeta desconocido y anónimo.—5 pesetas.

57.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XIII.—*La ciencia española*: tercera edición corregida y aumentada: tomo II.—Contiene: Dos artículos de D. Alejandro Pidal sobre las cartas anteriores.—Indubiis libertas.—La ciencia española bajo la Inquisición.—Cartas.—La Antoniana Margarita.—La patria de Raimundo Sabunde.—Instaurare omnia in Christo.—Apéndice.—5 pesetas.

58.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo IV.—Contiene: Fin de la materia anterior.—Edad de oro del teatro español.—5 pesetas.

59.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo V y último.—Contiene: Fin de la materia anterior.—Decadencia del teatro español en el siglo XVIII.—Irrupción y predominio del gusto francés.—Últimos esfuerzos.—Apéndices.—5 pesetas.

60.—OBRAS DE D. J. VALERA: tomo III. — *Nuevos estudios críticos.*— Contiene: Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas.—El Fausto de Goethe.—Shakspeare.—Psicología del amor.—Las escritoras en España y elogio de Santa Teresa.—Poetas líricos españoles del siglo XVIII.—De lo castizo de nuestra cultura en el siglo XVIII y en el presente.—De la moral y de la ortodoxia en los versos.—5 pesetas.

61.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo XIV.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo VII (siglo XIX).—5 pesetas.

62.—OBRAS DE D. SEVERO CATALINA: tomo I.—*La mujer*, con un prólogo de D. Ramón de Campoamor: octava edición.—4 pesetas.

63.—OBRAS DE D. J. E. HARTZENBUSCH: tomo II.—*Fábulas*: primera edición completa.—5 pesetas.

64.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo XV.—*La ciencia española*: tomo III y último.—Contiene: Réplica al Padre Fonseca.— Inventario de la ciencia española: Sagrada Escritura: Teología: Mística: Filosofía: Ciencias morales y políticas: Jurisprudencia: Filología: Estética: Ciencias históricas: Matemáticas: Ciencias militares: Ciencias físicas: 5 pesetas.

65.—OBRAS DE D. J. VALERA: tomo IV. —*Novelas*: tomo I, con un prólogo de D. Antonio Cánovas del Castillo.—Contiene: *Pepita Jiménez.* —*El Comendador Mendoza.*—5 pesetas.

66.—OBRAS DE D. J. VALERA: tomo V.—*Novelas*: tomo II.—Contiene: *Doña Luz.*—*Pasarse de listo.*—5 pesetas.

67.—OBRAS DE D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: tomo VII.—*Estudios del reinado de Felipe IV:* tomo I.—Contiene: Revolución de Portugal: Textos y reflexión.—Negociación y rompimiento con la República inglesa.—5 pesetas.

68.—OBRAS DE D. J. E. HARTZENBUSCH: tomo III.—*Teatro:* tomo I. —Contiene: *Los amantes de Teruel.*—*Doña Mencía.*—*La Redoma encantada.*—5 pesetas.

69.—OBRAS SUELTAS DE LUPERCIO Y BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA, coleccionadas é ilustradas por el Conde de la Viñaza: tomo I.—Contiene las de Lupercio: Prólogo.—Poesías líricas.—Epístolas y poesías varias.—Obras dramáticas.—Opúsculos y discursos literarios.—Cartas eruditas y familiares.—Apéndices.—5 pesetas.

70.—*Rebelión de Pizarro en el Perú y Vida de D. Pedro Gasca*, por Calvete de Estrella, y un prólogo de D. A. Paz y Melia: tomo I.—5 pts.

71.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo VIII.—*Estudios del Reinado de Felipe IV:* tomo II.—Contiene: Antecedentes y relación crítica de la batalla de Rocroy.—Apéndice luminoso con 27 documentos de interés.—5 pestas.

72.—Obras de D. Serafín Estévanez Calderón *(El Solitario)*: tomo IV.—*Poesías*.—4 pesetas.

73.—*Poesías* de D. Enrique R. de Saavedra, Duque de Rivas, con un prólogo de D. Manuel Cañete y retrato del autor, grabado por Maura: tomo único.—Contiene: Impresiones y fantasías.—Recuerdos.—Hojas de álbum.—Romances.—La hija de Alimenón.—Juramentos de amor.—4 pesetas.

74.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XVI.—*Historia de las ideas estéticas en España*, tomo VII (siglo xix).—4 pesetas.

75.—Obras sueltas de Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola, coleccionadas é ilustradas por el Conde de la Viñaza: tomo II.—Contiene las de Bartolomé Leonardo: Poesías líricas.—Sátiras.—Poesías varias.—Diálogos satíricos.—Opúsculos varios.—Cartas eruditas y familiares.—Apéndices.—5 pesetas.

76.—*Rebelión de Pizarro en el Perú y Vida de D. Pedro Gasca*, por Calvete de Estrella: tomo II.—5 pesetas.

77.—Obras de D. J. E. Hartzenbusch: tomo IV.—*Teatro:* tomo II.—Contiene: *La visionaria.—Los polvos de la madre Celestina.—Alfonso el Casto.—Primero yo.*—5 pesetas.

78.—Obras de D. J. Valera: tomo VI.—*Novelas*: tomo III.—Contiene: *Las Ilusiones del Doctor Faustino*.—5 pesetas.

79.—Pidal (Marqués de).—*Estudios históricos y literarios:* tomo I. Con retrato del autor, grabado por Maura.—Contiene: la lengua castellana en los códigos.—La poesía y la historia.—Poema, crónica y romancero del Cid.—Un poema inédito.—Vida del rey Apolonio y de Santa María Egipciaca.—La poesía castellana de los siglos xiv y xv.—4 pesetas.

80.—*Sales españolas ó Agudezas del ingenio nacional,* recogidas por D. A. Paz y Melia.—Primera serie.—5 pesetas.

81.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo IX.—*Problemas contemporáneos*: tomo III.—Contiene: Ejercicio de la soberanía en las democracias modernas.—Las revoluciones de la edad moderna.—Clasificación de los sistemas democráticos.—La democracia pura en Suiza.—La democracia del régimen mixto en los cantones suizos.—La sobera-

nía ejercida en Suiza por la confederación.—El régimen municipal.—La democracia de los Estados Unidos.—El conflicto de la soberanía en los Estados Unidos y en Suiza.—Principios teóricos de la democracia francesa.—Conclusiones.—El juicio por jurados y el partido liberal conservador.—La economía política y la democracia economista en España.—La producción de cereales en España y los actuales derechos arancelarios.—Necesidad de proteger, á la par que la de los cereales, la producción española en general.—De cómo he venido yo á ser doctrinalmente proteccionista. La cuestión obrera y su nuevo carácter.—De los resultados de la conferencia de Berlín y del estado oficial de la cuestión obrera.—Últimas consideraciones.—5 pesetas.

82.—Obras literarias de D. Manuel Silvela.—5 pesetas.

83.—Pidal (Marqués de).—*Estudios históricos y literarios:* tomo II.—Contiene: Vida del trovador Juan Rodríguez del Padrón.—D. Alonso de Cartagena.—El Centón epistolario.—Juan de Valdés y el *Diálogo de la lengua.*—Fr. Pedro Malon de Chaide.—¿Tomé de Burguillos y Lope de Vega son una misma persona?—Observaciones sobre la poesía dramática.—Viajes por Galicia en 1836.—Recuerdos de un viaje á Toledo en 1842.—Descubrimientos en América.—Poesías.—4 pesetas.

84.—Obras de D. Juan Valera: *Disertaciones y juicios literarios:* tomo VII.—5 pesetas.

85.—*Cancionero de la Rosa*, por D. Juan Pérez de Guzmán: tomo I.—Contiene: Manojo de la poesía castellana, formado con las mejores producciones líricas consagradas á la reina de las flores durante los siglos xvi, xvii, xviii, y xix, por los poetas de los dos mundos.—5 pesetas.

86.—Obras de Andrés Bello: tomo IV: *Opúsculos gramaticales*: tomo I.—Contiene: Ortología.—Aritmética.—Apéndices.—4 pesetas.

87.—Duque de Berwick.—*Relación de la conquista de los reinos de Nápoles y Sicilia:* 5 pesetas.

88.—Fernández Duro (D. Cesáreo).—Estudios históricos.—*Derrota de los Gelves.*—*Antonio Pérez en Inglaterra y Francia:* un tomo.—5 pesetas.

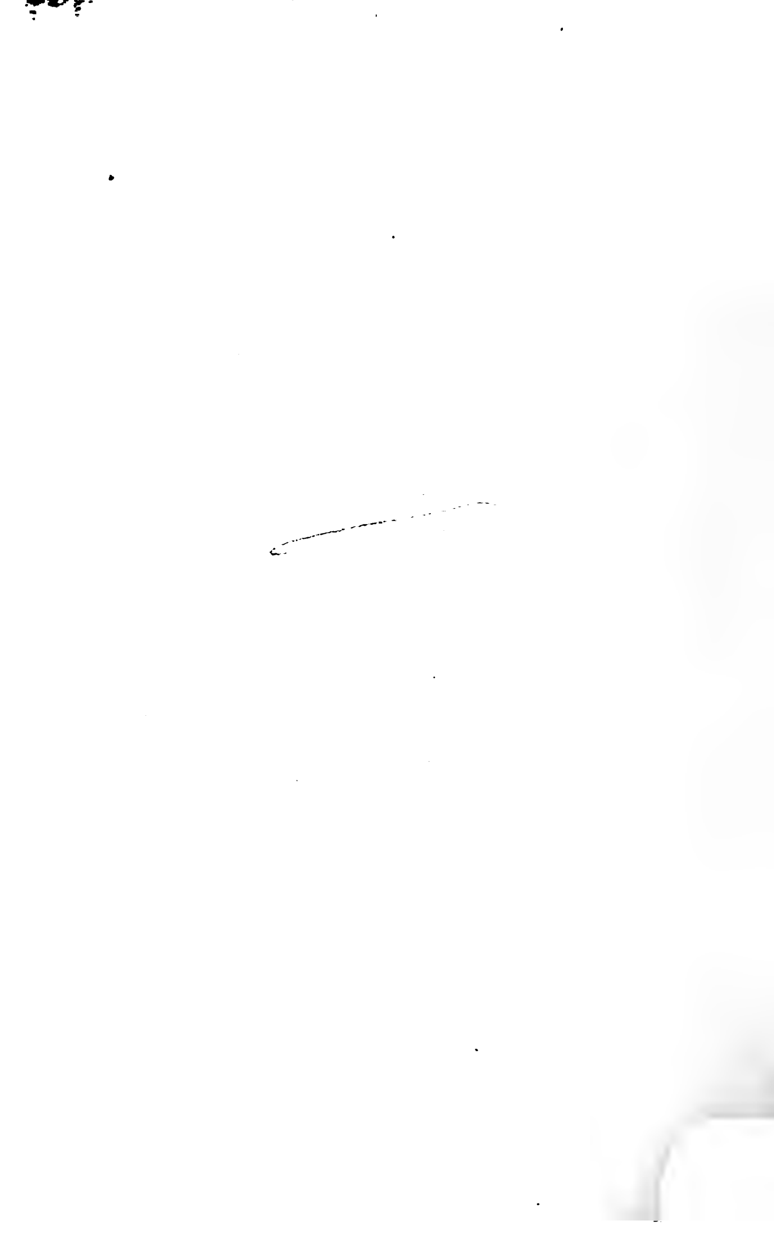
89.—Obras de Andrés Bello: tomo V.—*Opúsculos gramaticales:* tomo II.—Contiene: Análisis ideológica.—Compendio de gramática castellana.—Opúsculos.—4 pesetas.

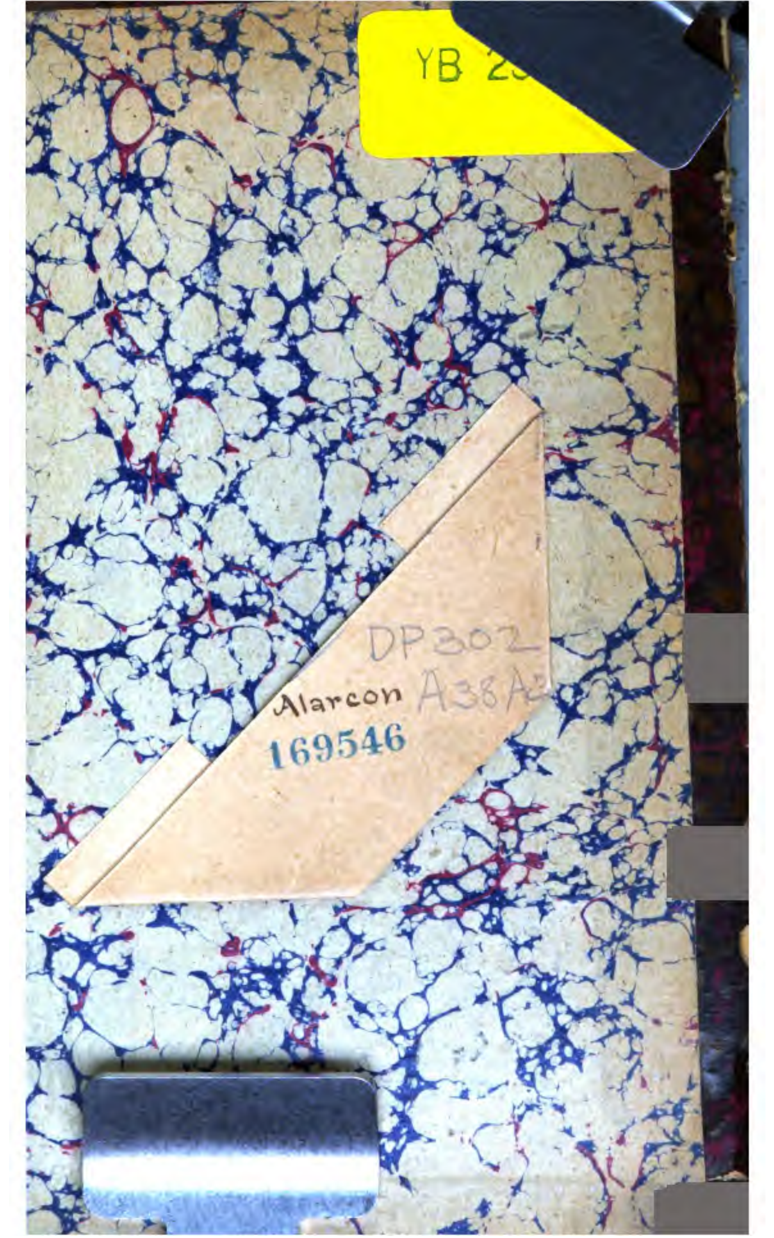
Ejemplares de tiradas especiales de 6 á 250 pesetas.

EN PREPARACIÓN.

Rimas de D. Vicente W. Querol.
Cancionero de la Rosa: tomo II.
Memorias de D. José Pizarro.
Relaciones de sucesos de la Monarquía española, desde 1654 á 1658, por D. Jerónimo Barrionuevo de Peralta, con la biografía del autor y algunas de sus obras poéticas y dramáticas.
Estudios históricos, por D. Aureliano Fernández-Guerra.
Obras completas del Duque de Rivas.






YB 23
DP302
A38A2
Alarcon
169546

